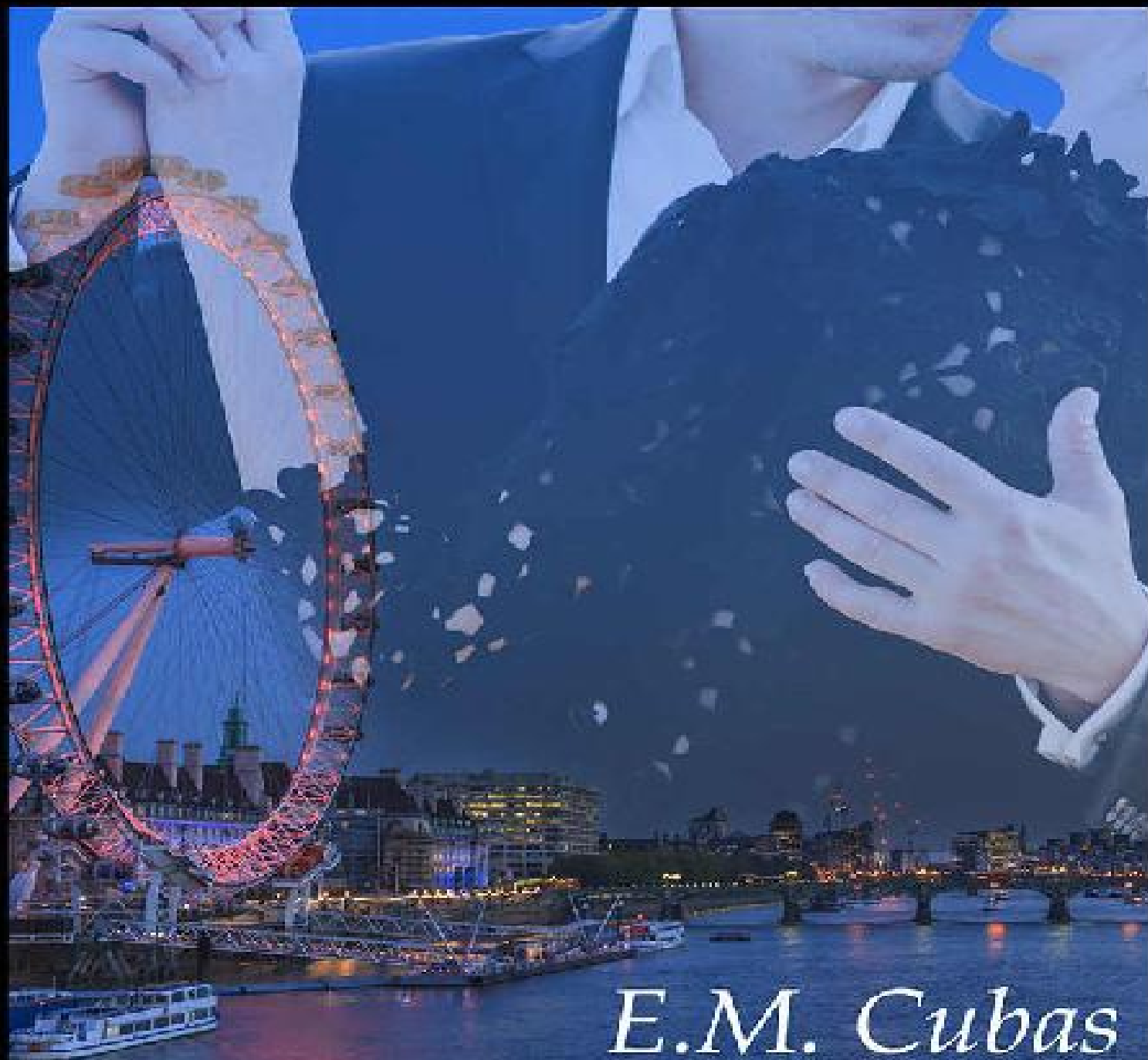


Selecta



E.M. Cubas

*Un conde
del montón*

Un conde del montón

E. M. Cubas

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prólogo

Los veranos en Tilman eran lo mejor del año. James estaba deseando que acabara el curso para ir allí y pasar unas semanas junto a sus abuelos, pero ese año iba a ser un poco menos interesante. Al contrario de lo que solían hacer, su familia estaba allí. James soltó un bufido; tocaba aguantar. Se lo había dicho su abuelo. Desde niño, los momentos con sus padres eran difíciles, solo su hermana estaba a su lado, incluso había sido un descanso cuando había entrado en Eton y había pasado allí el año escolar. Con sus nuevos amigos se sentía bien, a gusto, tranquilo y, luego, los veranos con sus abuelos. ¿Por qué ese año sus padres estaban allí? Desde luego no era por verle.

—Mira lo que tengo.

Su hermano Roger, tres años menor, se acercó a él y se sentó a su lado en la hierba en la que James estaba tumbado.

—No me interesa.

Pero a Roger no le importó; le enseñó el escarabajo que llevaba en las manos.

—¿Crees que volará con solo un ala?

—No digas tonterías, suéltalo.

Roger soltó una fuerte risa y se levantó de golpe, corriendo en dirección contraria, hacia el río.

—Cógeme si puedes; si no lo haces, lo mato.

James no lo dudó; esa parte escatológica de su hermano lo ponía muy

nervioso, pero sabía que no solo eran manías asquerosas, sino que lo hacía para fastidiarlo.

—Roger, para, no lo hagas.

Roger le sacó la lengua y sin dejar de correr le enseñó cómo le arrancaba un ala al animalito y lo lanzaba al agua. James gritó y sin pensarlo alargó la mano para detener a Roger. Esa vez no iba a salir tan impune de su atrocidad. Pero no hizo falta; el chico estaba cerca del río. Perdió pie y se cayó. James no hizo nada por ayudarlo mientras Roger lloraba a voz en grito, se lo tenía merecido, además, apenas le llegaba el agua a las rodillas y no corría peligro.

Unas voces a su espalda le hicieron alzar la cabeza y dejar de sonreír por el castigo de su hermano; fue cuando vio cómo sus padres corrían hacia ellos. James frunció el ceño. Nunca tenían tanta prisa por consolarlo a él.

—¿Qué le has hecho? —le gritó su madre adentrándose en el agua y sacando en brazos a su hermano.

—No he sido yo; él se ha caído después de matar...

—No quiero escucharte, que sea la última vez que le pegas a tu hermano.

Su madre besó en la frente a Roger mientras él se aferraba a su cuello con lágrimas de cocodrilo que ella no veía, siempre era así. Cada vez le importaba menos. James la vio alejarse a paso ligero y soltó un pequeño bufido casi inaudible que quedó cortado al notar cómo una mano fuerte lo tomaba del brazo y lo giraba con brusquedad para, acto seguido, lanzar un fuerte tortazo en su mejilla derecha que lo hizo tambalearse. El picor posterior fue intenso y un hilillo de sangre salió de su labio superior. Su padre lo miraba con furia, incluso podría decirse que era odio. No había preguntado, no quiso averiguar qué había pasado entre los hermanos. Para él, James era el culpable, el malo, el que siempre fallaba y era algo que nunca cambiaría. La mirada que se mantuvieron duró unos segundos; no iba a seguir aguantando ese odio que sus ojos rezumaban y se deshizo de su fuerte agarre, corriendo hacia la casa y refugiándose entre los brazos de su abuelo que lo esperaban más adelante y que fruncía el ceño ante la agresión de su hijo hacia el niño. No, nada iba a

cambiar.

—Tranquilo, Jamie, no ha pasado nada —le dijo limpiándole la sangre con el pañuelo blanco que siempre llevaba en el bolsillo.

—Abuelo, ¿por qué no me quiere?

—Tu padre no quiere a nadie. —El anciano le revolvió el pelo para calmarlo, gesto que siempre lo hacía reír—. Venga, vayamos dentro, tengo algo para ti.

—¿Qué es, abuelo?

—¿Sabes lo que ha preparado tu abuela?

—¿Unos sándwiches de atún y mayonesa?

El hombre asintió y lo cogió de la mano. James sonrió; su abuelo conseguía que olvidara los problemas con rapidez, al fin y al cabo, solo era un niño. Pero esa pregunta estaría ahí el resto de su vida, ¿cómo podía su padre odiarlo tanto? A pesar de las palabras de su abuelo, él sabía que solo lo odiaba a él y no podía hacer nada para remediarlo.

El verano pronto acabaría; durante los días que le quedaban, ignoraría a su familia y se centraría en disfrutar de sus abuelos, de Tilman House, de la campiña inglesa. El mejor lugar que tenía y el único en el que se sentía feliz. No iban a arruinarle sus vacaciones ni su vida. Empezaba a darle igual lo que sus padres pensarán de él.

Capítulo 1

James se detuvo frente a la entrada de la casa de Eaton Pl. y, cerrando los ojos, lanzó un suspiro.

Hacía menos de dos días que estaba en Nueva York, trabajando para una empresa privada. Estaba cenando con una hermosa mujer. Era increíble cómo la vida cambiaba en cuestión de horas. Pero no lamentaba haberla dejado en la ciudad, incluso ella había insistido en ir con él, cosa que le había impedido. ¿Cómo era posible que dos cenas y unos cuantos besos la hicieran creerse que era su deber viajar con él? ¡Ni siquiera se habían acostado aún! No le gustaba nada que las mujeres fueran tan posesivas a su lado; enseguida buscaban una relación seria, relación que él no quería darles. Solo una vez había estado interesado en eso; sin embargo, no había prisa y quiso viajar, estudiar, prepararse para la vida. Esa había sido su promesa. Ya habría tiempo para sentar la cabeza cuando regresara, quizás Victoria seguía esperándolo en Londres. No obstante, nunca se hubiera imaginado que volvería tan pronto, de una forma tan precipitada y por algo así. Cuando vio la llamada de su hermana había fruncido el ceño. Normalmente no hablaba mucho con ella. Deborah llevaba poco tiempo casada cuando él se había marchado y se habían prometido llamarse solo por emergencias. Era a la única que echaba de menos. El resto de su familia, simplemente, habían decidido que al irse dejaba de existir. Tampoco era que su relación anterior con ellos hubiera sido muy cordial, nunca había sentido el amor fraternal que una familia prometía y,

exceptuando a su hermana, a la que adoraba, se sentía fuera de lugar en su casa, y más desde la muerte de su abuelo, el único que lo unía a ellos. Y lo peor había sido cuando él le había heredado una buena cantidad de fondos de forma personal e intransferible para que saliera de Londres, del ahogo de los suyos, de los gritos y enfados a los que siempre había estado sometido por ellos. Su padre y su madre, apoyados por su hermano, habían puesto el grito en el cielo, amenazándolo con sacarlo de la familia y negándole literalmente la palabra al aceptar. Por suerte, su abuelo había dejado el testamento bien atado y nadie podía desheredarlo así como así. Esos años, alejado, le supieron a gloria. Sin embargo, allí estaba otra vez y parecía que para quedarse definitivamente. Sí, la vida podía cambiar en cuestión de horas.

Llamó al timbre de la puerta de la casa y esperó unos segundos, muy pocos. William ya era mayor, pero igual de eficiente. Las flores de lis que dibujaba la pequeña reja del cristal de la puerta seguían dándole la bienvenida, aunque algo tocadas por el polvo del descuido. Nada era como antes. Llevaba varios años intentando alejarse de lo que Londres representaba y no lo había conseguido. Su padre le había hecho la puñeta hasta para morir. No obstante, no fue eso lo que lo llevó de nuevo a esa casa, ni el prematuro fallecimiento de su progenitor ni su madre ni sus hermanos, solo el recuerdo de la mirada de su abuelo cuando él era niño y le hablaba de su herencia con orgullo. Aquellas palabras y las batallitas de los que habían sido sus antepasados en la historia de Inglaterra eran lo que lo mantenía frente a la puerta.

—Milord, bienvenido.

William y sus costumbres, él todavía no era el nuevo conde y el hombre ya utilizaba el apelativo de respeto. Sonrió y acabó el gesto que su mayordomo parecía no saber si acabar, fundiéndose con él en un cariñoso abrazo, el único que sabía que era de verdad y de corazón.

—Gracias, William, pero no son buenos momentos.

—Lo acompaño en el sentimiento, milord.

—Te doy permiso para llamarme James como siempre; no, casi que te lo pido por favor.

—No creo que pueda.

James sonrió; no lo convencería.

—Haz lo que consideres mejor, ¿cómo va todo por aquí?

William no contestó; bajó la vista al suelo y le indicó que entrara a la casa. Era mejor hablarlo con más calma. James entendió, no era el instante más idóneo para airear sus problemas. La casa estaría llena de gente para dar el último adiós a su padre.

La sala principal de la casa estaba presidida por una fotografía grande de su padre y, a su lado, estaba la urna funeraria rodeada de azucenas, pero no había tanta gente como podía haber pensado al principio. Pocos eran los que allí aguardaban, disfrutando del escaso buffet que la familia había preparado. Por lo visto los rumores eran reales y a su padre ya no le quedaban amigos. Ni siquiera le extrañó: no recordaba ni una sola palabra de afecto de su padre hacia su madre, hacia su familia, hacia él.

Despacio, sin poder evitar que las miradas se volvieran hacia él, se dirigió al sillón que ocupaba su madre, Brianna Tenston, con la pose perfecta de desconsolada viuda, ocultando su pelo rojo, herencia de su sangre escocesa, en un sombrero negro, pero no era pena por la pérdida ni cansancio por las horas sin dormir lo que James vio en sus ojos cuando los alzó para verlo. Allí solo había rencor. Sus pupilas verdes lo contemplaban casi con ira. No se dejó intimidar. Hacía años que eso era lo que aquellos ojos le mostraban.

—Lo siento, mamá. —James solo oyó un bufido por respuesta mientras ella inclinaba la cara para que él le diera un beso en la mejilla.

—¿Dónde coño estabas? —La pregunta de Roger le hizo volver la cabeza—. He tenido que ocuparme yo de todo, maldita sea, James, ni siquiera has llegado al funeral.

Su hermano le devolvió una mirada cansada, pero no por el dolor o las horas sin dormir, sino más bien por la embriaguez. Desde que había tenido

edad los clubes de moral liberal eran su segunda casa, siempre a costa de su apellido. El pelo oscuro revuelto y las ojeras no ayudaban a dejar una buena impresión. Era alto y bastante guapo, ¿por qué se maltrataba así?

—Fue demasiado repentino; no pude llegar antes.

—Da igual; has llegado a tiempo para lo que te interesa.

—No vayas por ahí, Roger.

—¿Qué? ¿Vas a negarme que lo único que te interesa es el título?

—Nunca he deseado esa carga.

—Por favor, desde pequeños...

—He dicho que no vayas por ahí.

—Como diga el conde, pero mientras tú estabas por esos mundos gastándote la herencia del abuelo, nosotros...

—Tengamos la fiesta en paz —pidió su madre—, ya habrá momento para hablar de todo esto. Ahora respetad a vuestro padre y a los amigos que nos acompañan.

James miró a su alrededor, ¿amigos? Reconoció a un par de nobles que habían sido compañeros de su padre; a amigas de su madre, pero poco más. ¿Dónde estaba el resto de su familia? En ese momento sintió cómo alguien lo abrazaba por detrás con ansias.

—Menos mal que has llegado. —La voz dulce de su hermana Deborah lo hizo sonreír.

—¿Qué tal todo? —James le dio un beso.

—Mira las caras de mamá y de Roger, ¿no te lo dice eso todo?

—No tengo claro si esas caras son por el funeral o por mi llegada.

—Ambas, ven conmigo.

Deborah lo tomó de brazo y lo arrastró hasta el fondo de la sala. Su madre debía entender que no era bueno que los hermanos estuvieran juntos mucho más tiempo. Allí estarían más tranquilos, podrían hablar y estar con personas más cordiales.

—¿Cómo fue? —quiso saber James.

—Fue un ataque al corazón, todo muy repentino. Nada de extrañar con la vida de desfases que llevaba. No pudimos hacer nada.

—Ha tenido que ser muy duro para mamá.

—Ya sabes cómo es ella, una roca contra la que todos chocamos.

—Si te soy sincero, me importa muy poco. Cuando me llamaste a darme la noticia apenas sentí nada, fue como si me hubieras hablado de un conocido cualquiera. ¿Crees que soy muy malo por eso?

—Supongo que no, que en tu caso es normal. Nunca ha sido un padre para ti, cariño.

Deborah le dio un abrazo y un beso, entendía perfectamente los sentimientos de su hermano y esos pensamientos de casi culpa solo le confirmaban que tenía mucha más conciencia de la que había tenido su padre en vida.

—Te acompaño en el sentimiento, amigo. —Un hombre joven se acercó a James. Andrew habló de forma exagerada y demasiado alta, dándole un sonoro abrazo después.

—¿De qué vas, Andy? —le susurró James, devolviéndole el abrazo a su mejor amigo.

—Calla, que parezca que de verdad lo sientes.

—Eres imbécil.

—Un imbécil que se alegra mucho de verte aquí. Y no por esta gente falsa, sino por mí mismo; te echaba de menos.

—Gracias por haber venido.

—Sabía que mi compañía era la única que te haría feliz.

—Eh, que su hermana está aquí también.

—Cierto, está aquí y sola.

James miró de nuevo a su alrededor; Andrew tenía razón, ¿dónde estaba su marido?

—¿Dónde está Matthew?

—No ha podido venir.

—¿No ha podido o no ha querido?

—Cállate ya, Andy.

—¿Ha pasado algo, Debbie?

—Se peleó hace unos meses con papá. Desde entonces no quiere saber nada de la familia.

James soltó un suspiro, había estado demasiado feliz viviendo solo por ahí.

—Hablaré con él en cuanto me organice aquí.

—Mejor no, para serte sincera, yo también estoy más tranquila alejada de aquí.

—¿Tú tampoco vienes a casa?

—Claro que vengo, sobre todo a ver a mamá, pero...

—¿Pero?

—Es una amargura; nada más entrar por la puerta ya me están pidiendo dinero o contándome sus penas.

—Debbie, ¿tan mal están las cosas? —preguntó James, aunque tenía miedo a esa respuesta.

—No he querido entrar en eso, pero me temo que sí.

—¿Quién ha pagado todo el funeral?

Debbie bajó la cabeza. Estaba claro que ella se había abstenido de hacerlo por no molestar a su marido.

—Creo que aún no está todo pagado y la señal la dio William.

—¿Qué?

—El pobre hombre se está encargando de todo lo de la familia lo mejor que puede, ni mamá ni Roger...

—Por Dios, ¿y me sueltan a la cara que se han ocupado de todo? Voy a hablar con William.

—Ahora no, James, no es buen momento. Luego aclarareis las cosas.

James soltó una maldición. Desde luego que su padre le había hecho bien la puñeta.

William se paseaba entre los pocos asistentes, haciendo su trabajo de forma impecable, ofreciéndoles bebida y comida sin desfallecer, la única lealtad que

quedaba en casa de los condes de Wranson. Cuando pasó por su lado le sonrió y apoyó ligeramente una mano en su hombro para darle ánimos y para, de alguna manera, decirle que ahora él estaba allí y que todo se solucionaría. Solo esperaba que fuera sencillo hacerlo. Tenía una cita dentro de cuatro días con el abogado de la familia para ponerse al día y cada vez le daba más miedo enfrentarlo. Por suerte, contaba con algo de dinero que todavía no había gastado de la herencia personal e intransferible que le había dejado su abuelo y que, gracias a Dios, no había caído en las manos derrochadoras de su padre y de su hermano.

Un tiempo después, la velada fue llegando a su fin y los falsos asistentes se pasaron a dar el último saludo a los familiares antes de marcharse, hasta que solo quedaron los íntimos, un grupo excesivamente reducido. Se sentaron en el salón ya vacío y tomaron unas copas de vino que quedaban.

—¿Peach está bien? —preguntó James a Andrew.

—Está de viaje en Italia con unas amigas; siente no haber podido venir.

—Me alegra que os vaya tan bien.

—La verdad es que siempre fui un escéptico con respecto al matrimonio y ahora estoy encantado; deberías probarlo.

—Lo tendrá más fácil ahora siendo conde —dijo Roger sin mucho tacto.

—Gracias por tus ánimos, hermano, pero no es algo que me inquiete mucho.

—A mí tampoco, aunque si fuera con una mujer como Peach me lo pensaría —manifestó Roger marcando una silueta con las manos—. Pero yo prefiero los rollos de una noche.

—Sobre todo pagando —soltó Andrew molesto por la alusión a su mujer.

—Bueno, calmad los ánimos, chicos —apaciguó Deborah.

—Me largo de aquí; el día ha sido demasiado intenso. —Roger no esperó, desde luego no iba a disculparse y la atmosfera de amiguismo que estaba tomando la sala lo hacía vomitar.

—¿Dónde vas?

—Donde me dé la gana, James; no empieces ya a marcarme, aún no eres el

conde.

James lo observó mientras salía de la sala: grosero, impertinente, descarado, no eran buenos los calificativos que acudían a su mente. Su hermana suspiró; era una batalla perdida que ya no era la suya, y su madre seguía callada, comiendo los últimos canapés sin inmutarse lo más mínimo. William se acercó y empezó a recoger en silencio.

—Deja eso, William, ya recogeremos después, descansa.

—Sí, milord.

—Querría hablar contigo más tarde.

—Por supuesto, milord.

—Siéntate ahora con nosotros.

—Gracias, milord, pero hay cosas que hacer en la cocina.

El hombre se retiró con una reverencia y se adentró en la cocina.

—Sigue igual que siempre —dijo Deborah.

—Parece uno de esos mayordomos del siglo XIX, ya no quedan como él —manifestó Andrew casi con admiración.

—Se mantiene en pie por pura lealtad; él sabrá lo que habrá tenido que aguantar.

—Ha tenido trabajo y un techo durante más de cincuenta años; no tiene motivos de queja —afirmó por fin su madre.

—Mamá, cualquier otro se habría marchado ya.

—Pues que se vaya, Deborah, como hacéis todos. Bueno, yo me retiro a descansar. —Se levantó de su sillón y subió las escaleras hasta su habitación sin dedicarles ni una mirada más.

—Había olvidado la facilidad que tiene para darle la vuelta a todo y dejarnos mal —dijo Deborah—; nunca cambia.

—Y no serás tú la que tenga que soportarla.

—Es lo que tiene ser el conde, Jamie.

James soltó un bufido. La forma en la que se lo decía su hermana era distinta a la que utilizaban su hermano o su madre; no había tono de envidia o

enfado, sino uno de pena por lo que se le venía encima. Él nunca había deseado la herencia familiar a cualquier costa, a pesar de lo que ellos creían.

—Pues nada, yo voy a irme ya —dijo Andy.

—Voy contigo, se ha hecho tarde —dijo Deborah—, adiós, hermanito, ya hablaremos.

Andrew se levantó del lugar que ocupaba y le dio un abrazo a su amigo dispuesto a seguir a Deborah.

—Si sobrevives, llámame mañana y quedamos.

—Qué gracioso, pero mañana no puedo; tengo que llevar las cenizas de mi padre a Tilman House.

—El cementerio familiar; lo había olvidado, ¿quieres que vaya contigo?

—No hace falta, hasta puede que me quede unos días.

—Como veas, avísame cuando vuelvas.

James se sentó sobre el sillón cuando escuchó cerrarse la puerta a sus espaldas. El olor de las azucenas era intenso, incluso narcótico, pero nada iba a conseguir evadirlo de sus futuros deberes, de lo que se le venía encima en los próximos días. Cerró los ojos y se recostó.

—¿Milord, puedo recoger?

William entró en la sala con la misma discreción de siempre.

—Siéntate un momento.

—Sí, milord.

—Quiero que me digas lo que te has gastado en el funeral.

—No lo hice para que se me devolviera.

—Los costes deben ser de la familia y, aunque tú formes parte de esta, no son tu deber.

—Gracias por considerarme de la familia.

—Eso siempre.

—Hagamos una cosa, será una deuda de futuro. Cuando consiga sacar a su familia del apuro económico me lo devuelve.

—No puedo aceptar eso.

—Y yo no puedo aceptar su dinero.

—¿Cuánto hace que no cobras?

William sonrió y se levantó de la silla en la que se había sentado; no iba a contestarle, y James supo que era su orgullo humilde el que lo movía. No insistió, ya habría tiempo para hacerlo.

—Si quiere descansar, tiene su habitación preparada.

—Has pensado en todo.

—Sabía que volvería a su hogar.

James apoyó una mano sobre su hombro y lo abrazó, el único calor que le quedaba en la casa. Su casa, eso había dicho William, pero de alguna manera, no se sentía en casa. Se despidió de él y subió despacio por las escaleras mientras William lo seguía con la mirada. A ese hombre, que era el orgullo de su abuelo, la esperanza de su familia. A ese joven que desde niño había sabido cuál era su lugar. A ese hombre noble, sincero, de buen corazón que no había sido contaminado con la envidia, la maldad y la avaricia de su padre, de su madre, de su hermano, por mucho que ellos lo hubieran intentado. A ese joven que era el vivo retrato de su abuelo y que albergaba en su persona la fuerza y el honor de los Wranson.

Capítulo 2

—Si buscas que me ofenda no lo vas a conseguir, hijo.

La noche ya empezaba a colarse por las ventanas que daban a la tranquila calle mientras James Tenston y su madre terminaban de cenar. La mujer seguía teniendo una excesiva afición al té nocturno que, según ella, la ayudaba a dormir. Estaban solos; Roger no había regresado desde que se había marchado al terminar el funeral y él intentaba hablar con más calma con ella, cosa prácticamente imposible.

—No es esa mi intención, madre, solo quiero que os deis realmente cuenta de que esto no puede seguir así, que la fachada de bienestar que estás intentando mantener es falsa y que debías haber parado esto hace tiempo.

—¿Me estás diciendo que debería haber dejado mis reuniones, mis compras, mi vida social? ¿Qué habrían dicho de nosotros?

—Te estoy diciendo que este funeral no era necesario, por favor, si lo ha pagado William.

—No es de tu incumbencia.

—¿Que permitáis que el pobre pague los gastos desorbitados de la familia no es asunto mío? Debería daros vergüenza.

—¿Cómo te atreves? No puedes dar una opinión y menos juzgarnos; tú no estabas aquí.

—No, si hubiera estado aquí, no habríamos llegado a esto.

—¿A qué? ¿A no dejarnos vivir?

—Arruinar la herencia familiar no es vivir.

—Esas eran cosas de tu padre.

—Ya, como siempre tú te dejas llevar.

—No voy a ser como tú.

—¿Por qué no abris los ojos y miráis más allá de vuestras narices?

—Por suerte, ya estás tú aquí para sacarnos de nuestra burbuja a golpes, pero igual no queremos salir.

—Mamá, no hay dinero y no quiero pensar en lo que voy a encontrarme cuando hable con el abogado. Deborah apenas viene porque os peleasteis con su marido, William se hace cargo de la economía básica, ¿en serio prefieres seguir en tu burbuja?

—Sí. Todos sois unos desagradecidos, si no hubiera sido por tu padre y por mí...

—No, vosotros solo recibisteis lo que os dio el abuelo y lo habéis destrozado. ¿Y sabes lo peor? Que no vais a pagar por eso, que el que tendrá que sufrirlo seré yo.

—Es lo que acarrea ser el conde, ¿pensabas que iba a ser un camino de rosas, hijo?

—No, el camino de rosas lo habéis paseado vosotros.

—Vende el título y, si no, arréglalo y déjanos en paz. —James abrió mucho los ojos ante su comentario envenenado, pero no dijo nada; vio cómo su madre se llevó la taza de té a los labios y dio un pequeño sorbo; nada la afectaba. Allí estaba con su compostura intacta, fría, despreocupada, como si nada fuera con ella. Antes de que saliera, le habló—. Por cierto, irás solo a Tilman House; no tenemos ganas de viajar.

La conversación acabó ahí. No conseguiría hacer que su madre entrara en razón, que se arrepintiera de algo. No iba a conseguir que su hermano abandonara su mala vida. Tendría que ser él el que enfrentara toda la mierda que le habían dejado. Y todo por mantener una promesa que le había hecho a su abuelo en su lecho de muerte.

Salió de la sala pequeña en la que hablaba con su madre y se dirigió a su habitación; ya había tenido bastante por ese día. Se tumbó sobre la cama y miró al techo, la habitación de al lado estaría vacía. Su hermano probablemente estaría bebiendo y jugándose el dinero que no tenían y su madre pronto descansaría tranquila. Él era el único que tendría insomnio.

James se apoyó en la repisa de la ventana alta que había en la cocina. Sobre la mesa grande estaba el bolso especial para viaje en el que la funeraria había puesto la urna con las cenizas de su padre. Sabía que era su responsabilidad trasladarlo a su lugar de reposo, pero era algo que habría deseado evita hacer. Él no era el más adecuado para acompañarlo, ni siquiera había querido estar en el funeral. Sí, intentó alargar su llegada sin éxito y le tocó dar la cara.

—Yo lo acompaño, milord.

La voz de William a su espalda lo hizo sonreír, por supuesto que el hombre estaría a su lado.

—No hace falta, William, puedo ir solo.

—Hace mucho tiempo que no piso Tilman House.

James asintió, los intereses eran comunes. Harían el esfuerzo si volvían a Tilman.

—Ya ves, yo que esperaba evitar toda la parafernalia del funeral y del entierro.

—Su padre habría agradecido que viniera.

—¿Seguro? —William bajó la vista—. Ni siquiera se han preocupado de llamarme en estos años para ver cómo me iba.

—La relación con usted siempre ha sido difícil y no precisamente por su culpa.

—Fue peor desde que el abuelo me dio el dinero; nunca lo entendieron.

—Su abuelo sabía lo que pasaría, era la única forma de que el dinero...

William dejó la frase sin acabar; no era quien para criticar a sus jefes.

—Dilo, William. Era la única forma de que el dinero no acabara en manos

de indeseables para pagar inversiones nefastas, deudas de juego, de bebida y de putas. Lo sé. Pero ¿de qué ha servido? Me encuentro antes de tiempo frente a la herencia familiar y, al final, lo que me quede irá a salvarla de la ruina que mi padre dejó, que mi madre consintió y que mi hermano mantiene. A veces me pregunto si no sería mejor marcharme y que sea lo que Dios quiera.

—¿Por qué no lo hace?

—Por mi abuelo, por aquella promesa, por mi legado familiar, por todos los que lucharon y mantuvieron el honor y el título. Porque tengo ideas y planes para reactivar Tilman House y su economía.

¿Reactivarla? William entendió sus ilusiones, pero también entendió que no se había enfrentado aún a la realidad de su herencia. No era momento para despertarlo de sus sueños, para arrojarle un jarro de agua fría. Ya habría tiempo para la decepción.

—Es hora de irnos o se hará tarde.

—Pues pongámonos en camino, William, hay que aprovechar la luz del sol.

Ambos subieron al BMW serie 2 coupé negro que James tenía aparcado en la entrada e iniciaron su viaje hacia su historia. El camino hacia la campiña fue tranquilo, intentaron no hablar de los problemas, del futuro, y James le contó lo que había hecho durante esos años en los que había vivido alejado; era normal que el hombre se interesara por su vida: era lo más parecido a un padre que tenía.

—¿Cuánto hace que no vas a Tilman?

—Cerca de un año —contestó William.

—¿Está todo bien?

—Su padre no se ocupó de ella, pero yo sí. Me tomé la molestia de contratar a un guarda que la cuidara y la protegiera; espero no haberme tomado demasiadas libertades.

—¿Mi padre lo sabía?

—No, tampoco es que le interesara.

—¿Quién paga al guarda? —William desvió la mirada hacia el exterior y no

hizo falta insistir—. Ya veo.

—No me supone mucho, milord, el guarda es mi primo y casi se conforma con tener una casa y comida. Estuvo en la cárcel por unos problemas menores y le costaba encontrar un empleo, pero le juro que es de confianza.

—Lo que tú decidieras está bien, sin embargo, a partir de ahora, me haré cargo de los gastos. Te agradezco que pensaras en Tilman.

—Es lo mínimo.

—¿Dónde vive?

—Arreglamos la antigua casa del capataz, está justo al lado de la propiedad y le permite vigilarla sin estar dentro de ella.

—Piensas en todo.

William sonrió levemente; era tan sencillo hablar con él y expresarle sus ideas, tanto como lo fue hacerlo con su abuelo. Los años con su padre habían sido mucho más duros, no aceptaba consejos ni problemas que no estuvieran en su radio de acción, el mayordomo llevaba un tiempo que no se metía en la vida del conde. Por fortuna, todo parecía estar de nuevo en buenas manos.

La primera parada antes de entrar en la casona fue el hogar del primo de William. La vieja casa del capataz se había construido hacía medio siglo y llevaba dos décadas sin usarse. Resultó curioso verla de nuevo con luz. James recordaba cómo jugaba y se escondía de niño entre las ruinas de esa casa, que era el hogar de un nuevo inquilino. William le había avisado y estaba esperándolos. Thomas, que así se llamaba, estrechó con ganas la mano de James, encantado de conocer por fin al conde.

—Todo está en orden, milord.

James sonrió ante su apretón; el hombre le agradó al instante: se parecía a William en ciertos aspectos. Tan alto como él, sin embargo, era mucho más grueso y su mirada oscura no mostraba la suspicacia que tenía la de William.

—No lo dudaba, Thomas, gracias por su esfuerzo.

—Es un placer. He intentado mantener la propiedad lo mejor que he podido, pero hay cosas que se han deteriorado con el tiempo.

—No te preocupes, eso es asunto mío. Se hará poco a poco.

—William me explicó las circunstancias de su visita. Lamento lo de su padre.

—Gracias, Thomas.

—Si necesita cualquier cosa...

—Estaremos bien; nos ocuparemos nosotros de todo —dijo William.

—No hay mucho tiempo, tenemos que volver pronto a Londres; tengo asuntos urgentes allí.

James estrechó de nuevo su mano antes de despedirse. Lo correcto había sido pasar a saludar al guarda y ya estaba cumplido pero, a pesar de estar a gusto allí de nuevo, no era ese su cometido principal. Salieron de la casa unos minutos después y subieron de nuevo al coche para entrar en la propiedad del conde de Wranson.

Tilman House los esperaba con ansias. La casa se fue perfilando a través de la verja que atravesaron y que los introdujo en la propiedad principal. James arrugó la nariz ante el aspecto de lugar. Tanto los antiguos jardines con setos como el paseo que daba al río que los rodeaba estaban descuidados; poco quedaba ya del aspecto acogedor de antaño. Y la casa no estaba en mejor estado. Detuvieron el coche frente a la entrada y, a pesar de lo que veía, James se sintió en casa. Los edificios colindantes que hacía siglos habían albergado al servicio estaban cerrados a cal y canto e incluso algunos cristales rotos mostraban los tablones de madera que se habían clavado por dentro para cerrarlos. Sin embargo, el aspecto del edificio principal estaba inalterado, la forma acastillada de una torre con grandes ventanales mantenía su orgullo y la fachada estaba intacta, con rastros de la pátina del tiempo que manchaba de color tierra su blancura, pero impresionante. Tres pisos que mezclaban de forma magistral la antigüedad con la modernidad que las reformas llevadas a cabo por su abuelo le daban, los amplios acristalamientos de la parte lateral que él había mandado construir para su abuela, para que ella disfrutara de la

luz del sol se mantenían en pie y eso le gustó. Nadie había accedido a destrozar la casa; William había hecho un buen trabajo contratando a Thomas.

La llave que usó para entrar hizo chirriar la puerta y James se dio cuenta de que el interior era otra historia.

Algunos retratos de la familia seguían ocupando sus paredes, pero nada quedaba ya de las obras de arte, de los tapices, de las alfombras flamencas o de la porcelana Meissen, de algunos de los muebles más caros, de las cuberterías de plata de las que habían disfrutado durante siglos. Si no hubiera conocido la verdad, habría pensado que alguien había robado o desvalijado la casa. Pero la triste realidad era otra, solo los muros y la propiedad se mantenían a duras penas. Las fastuosas fiestas que la casa había cobijado eran historias de antaño; su vieja gloria estaba muerta. James caminó por el hall principal. Tilman era lo mejor de sus recuerdos. Corretear por sus pasillos y utilizar sus escaleras como tobogán eran los recuerdos más bonitos que tenía de niño, así como sus paseos por las verdes explanadas y el río. Sabía que esos días no volverían, pero deseaba agarrar esas oscuras cortinas que sometían sus salas a las tinieblas y quemarlas en el jardín, devolver la luz a sus paredes y disfrutarla.

—No hay luz en la propiedad.

La voz de William lo sacó de sus pensamientos; el hombre había ido a la cocina y al ala del servicio, lo que él sentía como su territorio.

—¿Pensabas adecuar las habitaciones y hacer la comida?

—Supongo que me dejé llevar.

—Solo revisaremos la casa y llevaremos a mi padre al panteón. No dormiremos ni comeremos aquí; he reservado dos habitaciones en el hostel rural del pueblo.

—Por supuesto, milord.

James suspiró. No había manera de que siguiera llamándolo por su nombre. Subió las escaleras hasta lo que fue su habitación mientras William se paseaba por la planta baja. Abrió la puerta y esta lo recibió con un chirrido, era

curioso cómo se estropeaban las casas cuando nadie las usaba. Y el interior seguía el mismo canon, el polvo y las telarañas lo envolvían todo. James frunció el ceño. Podían haberse preocupado de limpiar la suciedad y no solo los objetos de valor, aunque suponía que su padre la había dejado de lado a propósito. Él sabía lo que la casa significaba para su abuelo y para su hijo. Sonrió, allí donde estuviera. Esperaba que viera que, al final, descansaría en ese lugar que odiaba. Se aproximó a la cama y se sentó sobre esta, levantando algo del polvo que allí reposaba. Abrió el cajón de la mesita que había a la derecha y, de debajo de unos libros, sacó una caja de metal labrada. Seguía en su sitio, a nadie le habían importado unos trastos y recuerdos de un niño. Unas fotos de cuando era pequeño, algunos de sus dientes de leche que su abuela siempre guardaba, unas calcomanías de los Power Rangers, nada de valor monetario. Sin embargo, sí había algo más, algo que le entregó su abuelo antes de morir, algo de gran valor sentimental e histórico: fotos antiguas de sus antepasados y el diario de Natalie Tenston, escrito a principios del siglo XX, un legado del que se sentía orgulloso. Acarició el cuero y las filigranas doradas desgastadas de la cubierta; muchas noches había navegado entre sus páginas, imaginando cómo podrían haber sido sus vidas, sabiendo que también habían tenido sus devenires, sus crisis, sus épocas de guerras. Todo para llegar hasta él; era normal que quisiese conservar su herencia, que tuviera esos sentimientos hacia aquello que su abuelo había arraigado en su alma. James regresó los objetos a su lugar, cerró la caja y se la llevó consigo; el cajón destartado de una habitación abandonada no era un lugar seguro, pondría las fotos a buen recaudo en uno de sus álbumes en Londres y guardaría el diario.

—¿Milord? —Escuchó la voz de William desde abajo y salió de su cuarto—. Se va a hacer tarde, anochecerá pronto.

—Un entierro entre velas, muy propio de un conde.

Descendió las escaleras con parsimonia, sin querer abandonar sus recuerdos. En el pasillo principal ya lo esperaba William junto a la urna de su padre, cuanto antes acabara con eso, mejor.

Caminaron por el jardín trasero a través de las enredaderas que habían colonizado lo que antes eran senderos bien cuidados que conducían hasta los parterres floreados, los cipreses y el panteón de mármol gris oscuro. James anotó en su memoria mandar a alguien para podar y limpiar todo eso, una cosa era la casa y otra el cementerio familiar. Llegaron ante la cripta sin apenas hablar; seguramente William iba pensando lo mismo. Y allí, los ángeles de piedra de cabellos largos, rostros compungidos y oscurecidos por la humedad les dieron la tétrica bienvenida a aquel lugar de morada eterna. William limpió con uno de los paños que había traído la suciedad y la hojarasca que se acumulaba en los cantos de la puerta y las columnas; sacó la gran llave de su bolsillo y la incrustó en la cerradura de la puerta de bronce. El panteón mantenía el aspecto de un templete griego cuyo tímpano albergaba el blasón y el apellido de la familia. La empujó y accedió al interior con James. Una tenue y decaída luz procedente de una de las ventanas superiores de cristales con plomo bañaba la estancia, incidiendo sobre el ángel custodio armado con una espada que presidía el centro del mausoleo, dejando ver las tumbas con claridad y trasluciendo una ligera neblina de motas de polvo que se divisaba en el haz de luz. James se aproximó a la lápida de su abuelo y apoyó su mano en ella, dedicándole una oración. William por su parte fue limpiando una a una las tumbas, por un tiempo sería suficiente, pero necesitaba un buen repaso.

—No hace falta que te esmeres tanto, intentaré contratar a alguien para que lo adecente todo.

James miró el hueco al lado de su abuela, el destinado a su padre, rodeado de varios más. No quiso pensar en eso. Levantó la urna con el nombre de su padre y la depositó allí. Más adelante encargaría la lápida apropiada. Ahora debería bastar con eso. Otro Tenston más que descansaba entre su legado. Allí, en medio del muro derecho estaba la primera antepasada que se enterró en él: Natalie Tenston, condesa de Wranson, todos los anteriores a ella ocupaban una de las lápidas de la esquina superior, trasladados a mediados del siglo XX desde uno de los cementerios de Londres, la única que no estaba era Cynthia

Tenston, que se había quedado en cuerpo y alma en América a principios del siglo XX. Muchos huecos eran los que abrían sus bocas oscuras esperándolos, y era algo que a James no lo asustaba. Era un honor descansar con sus antepasados. Seguramente su padre no opinaba igual, pero no estaba en posición de decidir.

—Todo está en su sitio, milord. —William guardó el trapo en su bolsillo y se giró hacia la lápida que contemplaba James, la del hijo de Natalie, el otro James de la familia.

El joven conde miró la expresión del rostro de William, siempre la misma: una mezcla de decepción, orgullo y amor. Era digno de admirar, mucho más que la de muchos de los miembros de su familia, de su sangre.

—¿Has pensado alguna vez si te gustaría ser enterrado aquí?

—Me encantaría, pero yo no soy un Tenston.

—Sí lo eres para mí. Eres más digno de ser enterrado aquí que muchos de nosotros; has hecho más por mi familia que muchos de los que han presumido de sangre noble. Si lo deseas tendrás un hueco entre nosotros, lo dejaré todo preparado para eso.

—Sería el primer mayordomo en descansar en el panteón familiar.

—También eres el más fiel de todos. Será un regalo mío y espero que tarde mucho en tener que dártelo.

—Dios lo oiga.

James apoyó su mano sobre el hombro de William y le indicó que salieran ya del lugar; la penumbra se hacía más intensa y aún debían regresar al pueblo para dormir.

El bar del pueblo también servía comidas y esa noche decidieron cenar allí. La media pensión que contrataron en el hotel rural se lo permitía. Se sentaron en una de las mesas del fondo para poder hablar con calma y pidieron una de sus especialidades.

—Mañana volvemos a Londres, hay mucho por hacer. Y en cuanto pueda

mandaré a alguien para acondicionar un poco la propiedad.

—Puedo hacerlo yo, milord.

—No, tú estás mejor en Londres.

—Y ahora usted también. Hablando de eso, debe decirme cuál será ahora su habitación.

—¿Mi habitación?

—Había pensado preparar la de su padre para usted.

—No sé si quiero ocuparla.

—El conde de Wranson siempre lo ha hecho, es la mejor de la casa.

—Y sigues aferrándote a las tradiciones.

—Por supuesto. La reformaremos y la adecuaremos a su estilo; no parecerá la misma.

—Haz lo que quieras.

William sonrió; así debían ser las cosas y esa habitación también acogería el cambio para mejor, ya le daba la vuelta a la nueva distribución. El sitio no estaba muy concurrido a esas horas, pero varias personas ocupaban los taburetes de la barra. Todos se giraron cuando la puerta se abrió, pero perdieron pronto el interés al ver al nuevo visitante. El hombre iba impecablemente vestido, con el pelo oscuro repeinado y con un saludo excesivamente efusivo al dueño del lugar se hizo notar. Enseguida fijó su mirada en James, se acercó a ellos y se sentó sin pedir permiso en una de las sillas vacías a su lado.

—Buenas noches, he escuchado que estabas por aquí y he venido a charlar.

James frunció el ceño; no le hacía ninguna gracia que estuviera allí. Todos conocían a Bruce Hertonchild, era el propietario más rico de la región, incluso de Inglaterra, y se estaba haciendo con todo el entorno a golpe de talonario. Sabía que Tilman House siempre había estado en su órbita. Era su joya anhelada. Si no la poseía aún era porque no era tan fácil venderla para el conde de Wranson y gracias a eso su padre no había podido hacer nada. Su abuelo lo había imposibilitado en su testamento, pero ahora él era el conde.

—Buenas noches, Hertonchild.

—¿Qué tal has encontrado Tilman?

—Muy bien, gracias por tu interés.

—¿Ya has enterrado a tu padre?

—Sí. —James lo miró y arqueó una ceja—. ¿Qué quieres, Bruce?

—Sin rodeos, ¿para qué? Sabes lo que quiero: Tilman House.

—No.

—¿Va a ser tu última palabra?

—Sí.

—Eres tan cabezón como tu abuelo. Fue una lástima que tu padre no pudiera...

—Lárgate de mi vista.

—Bueno, no te enfades. Solo ten mi tarjeta y, si surge, me llamas.

—No surgirá.

—Hay rumores, James, y no son buenos. Dicen que los Tenston están en la ruina...

—Vete.

—De acuerdo —dijo levantándose de la silla que ocupaba—, pero si necesitaras el dinero ya sabes que estoy muy interesado en la casa y las tierras.

—Así todo será tuyo.

—Exacto, solo Tilman se opone a ese sueño.

—Pues seguirá haciéndolo; tú sigue soñando.

—Eso ya lo veremos.

—Seguro.

Bruce sonrió y se dispuso a irse. Sería cuestión de tiempo. No tenía caso enemistarse más con él, al final, lo vencería. Como había hecho con todos esos otros arrogantes nobles que habían cedido a su presión.

James y William lo observaron mientras se marchaba todo orgulloso y triunfante, en su cabeza ya tenía la casa, pero no conocía la fuerza de James y

sus convicciones. William meneó la cabeza con una negativa y se llevó otra cucharada de sopa a la boca, ese hombre era insoportable, pero James lo había puesto en su sitio. Solo esperaban que las cosas no estuvieran tan mal como decían los rumores, y eso era algo que no sabrían hasta que regresaran a Londres y se enfrentaran a ello.

Capítulo 3

James esperaba, impaciente, en el sillón que había fuera en la sala que daba al despacho del abogado. Se pasaba la mano por el pelo de vez en cuando y mantenía las piernas cruzadas. Durante esos días, había conseguido ir poco a poco poniéndose nervioso, todo le indicaba que lo que encontraría iba a ser bastante preocupante. Echó un vistazo a su alrededor, a la sala de color crema claro adornada con unos cuadros abstractos que no ayudaban mucho a la relajación. No sabía cómo entretenerse. El rato de espera se estaba haciendo eterno. Sacó la tarjeta de visita del abogado de su bolsillo y le dio una serie de vueltas entre las manos. Estaba solo; la secretaria, que le había dicho que esperara, tenía su puesto detrás de la puerta de cristal que él tenía enfrente. Había sido capaz de ver, al abrirla, que un poco más allá estaba la puerta que daba al despacho principal. Desde luego el espacio estaba bien organizado para que no hubiera miradas molestas y al parecer las citas estaban también controladas al máximo para que los clientes no se encontraran en situaciones incómodas. No conocía al hombre, solo su nombre en la tarjeta: Bradley Turner, había sido contratado por su padre hacía menos de un año y se encargaba de los asuntos legales y económicos de la familia. El repiqueteo de su zapato en el suelo ya empezaba a ser preocupante. Hasta ese momento se había tomado las cosas con calma, el funeral, el entierro, el viaje a Tilman, pero era el momento de descubrir qué era lo que ninguno le contaba.

—Puede pasar.

La voz de la secretaria lo hizo dar un respingo.

—Gracias.

James accedió al despacho y se sentó frente al abogado, bastante más joven de lo que imaginaba.

—Buenos días, señor Tenston.

¿Señor? Era el primero que no utilizaba el Lord.

—Buenos días, señor Turner, espero que haya tenido tiempo para poner en regla los papeleos de mi padre. —Intentó mostrarse cordial.

—Verá, es más complicado de lo que puede parecer. —Turner suspiró e hizo pinza con los dedos sobre el empeine de la nariz. Iba a ir directamente al grano. En el fondo no le gustaban los Tenston. Si había accedido al trabajo era porque tenía pocos clientes de sangre azul y el difunto conde le había abierto las puertas de muchos más, pero pronto se dio cuenta de que iba a ser una carga. Y justo cuando estaba dispuesto a abandonar a su cliente, se había muerto. Estaba atrapado en esa familia y lo único que quería era finiquitar ese negocio. ¿Cómo sería el hijo? Conocía los conflictos y problemas del resto de la familia, pero poco sabía del hijo mayor.

—¿Y bien? —preguntó James.

—Me da la impresión de que cree que va a recibir una suculenta herencia.

James rio con ganas.

—No se confunda; sé cómo era mi padre, cómo es mi hermano. Solo quiero conocer el alcance de sus derroches.

El abogado abrió mucho los ojos; no esperaba esas palabras tan realistas. Sonrió, al parecer no se parecía a su padre. Por lo menos sabía lo que tenía entre manos, aunque dudaba de que lo supiera todo.

—Las deudas son desorbitadas.

—¿Cuánto?

—¿Con todo?

—Sí.

—Millones.

—¿Qué? —James tragó saliva y casi se atragantó con ella. «¿Dijo millones?».

Turner le entregó una carpeta con un buen grupo de documentos. Al abrirla pudo ver los sellos oficiales de varias instituciones. Eso no le agradó. Los hojeó mientras el abogado continuaba con su explicación.

—Embargos de ambas propiedades, préstamos personales sin pagar, deudas de pago a empleados, entre los que me incluyo, y eso solo es el principio, la punta del iceberg. Lo más preocupante es la deuda fiscal con el Estado, con la Corona, tanto como para estar poniendo el título en la cuerda floja.

—¿No pagaba los impuestos? ¿Ni siquiera los nobiliarios?

—Ninguno desde hace años. Cuando me enteré de todo intenté hablar con su padre, pero era como hablarle a un muro de acero; era como si no le importara el título o el apellido de la familia.

James se llevó la mano a la boca y se restregó por no soltar un taco, por no maldecir a su padre, para no decirle al abogado que eso era precisamente lo que su padre quería: destrozar su legado, acabar con todo, para no decirle que no sabía cómo enfrentarse a eso. Pero debía ser fuerte y no mostrar debilidad.

—Complicado. Pero hay que empezar por algún sitio, intentemos solventar lo de los impuestos. Dispongo de un dinero que podré...

—Discúlpeme, deberíamos pensar primero en el título.

—El impuesto de sucesión. Joder. —James sonrió con desgana—. ¿Por eso me llamó señor y no milord?

El abogado lo miró sorprendido de nuevo, casi con vergüenza. No lo había hecho adrede, pero él se había percatado.

—Bueno, yo...

—Ya ve claro que perderé el título. No, no se disculpe, viendo estos documentos también lo temo yo.

—Siento que todo esté así.

—Yo más. Creo que lo mejor será que usted intente organizar los pagos y las deudas por prioridad. Veré qué puedo ir haciendo.

—¿Tiene intención de hacer frente a todo?

—Lo intentaré. Tengo algunas ideas para la propiedad, pero debo conseguir apoyos si todo está así.

—Su padre quiso ampliar créditos con los bancos, pero todos se lo negaron. Supongo que tampoco les ofrecía ninguna garantía de avance o de pago.

—Les mostraré que yo no soy mi padre.

—Lo ayudaré en lo que pueda.

—Por el momento prepáremelo todo; iremos organizando lo que tengo en mente. Y gracias por permanecer aún con la familia.

—Es mi trabajo, Lord Tenston.

James sonrió al escuchar su nombre y vio que algo había cambiado en la expresión del abogado, algo como ¿esperanza? Ojalá él lo viera tan claro, pero era su obligación tranquilizar al abogado, mantenerlo a su lado.

Salió de allí peor de lo que pensaba; se había resignado a una buena deuda, pero ¿perder el título? Y lo mejor de todo era que su padre estaría riéndose en su tumba. Toda la culpa, la sanción y el delito caerían sobre él. No debía tirar la toalla tan pronto. Forjaría un gran proyecto de trabajo y empresa en Tilman House como tenía pensado y buscaría capital para realizarlo. Una vez en marcha se iría pagando lo demás; sin embargo, ni siquiera era oficialmente el conde y el impuesto era elevado. Llegó a la casa avanzada la mañana y se encerró en la biblioteca, necesitaba pensar, organizar su mente y desconectar por unas horas. Sus espaldas empezaban a estar cargadas de problemas y tenía que transportarlos solo, estaba solo. Como siempre.

James entró como una exhalación en el salón ocupado por su madre y su hermano. Roger aún estaba tumbado en el sofá, resacoso de una o más noches de juerga sin límites. Resopló y lanzó los documentos que traía sobre la mesa de centro haciendo que su hermano arrugase la nariz ante el ruido.

—Deudas, embargos, facturas y sueldos sin pagar, fraude fiscal... ¿me he perdido algo por el camino? ¿Esto es lo que hacíais con la herencia de la

familia?

Roger soltó una risilla ante el enfado de James, ante su petición de explicaciones, pero a él poco le importaba; vivía bien, no necesitaba el dinero. Solo tenía que ir a los sitios que quería y divertirse a cuenta.

—Ni idea —dijo recostándose de nuevo en el mullido sofá.

—¿Te hace gracia? El abogado me ha puesto al día de todo y estamos prácticamente en la ruina.

—No te confundas, cariño —dijo su madre sin levantar los ojos de la revista que tenía entre las manos, una de esas de chismes de la alta sociedad londinense—; tú estás en la ruina, es el conde el que debe hacerse cargo de todo eso, siempre ha sido así.

—Ya veo, vosotros solo gastáis.

—No te permito... —soltó su madre.

—¿Dos mil libras en un vestido que ni siquiera vas a usar?

—Era necesario; no puedo dejar que la gente piense...

—La gente ya piensa, mamá; todo el mundo está al tanto de que no hay dinero, de que estamos cayendo en lo más bajo, de que estáis viviendo por encima de vuestras posibilidades.

—No sabes nada de nada, tú no estabas aquí.

—Pero ahora sí que lo estoy y esto se acabó. Haré lo que pueda por arreglar esto y empezaré por vosotros. A partir de hoy cualquier gasto tendréis que notificármelo o, si yo no estoy, se lo diréis al abogado o a William.

—Estás loco si crees que voy a avisar al mayordomo sobre mis gastos.

—Es lo que harás, mamá. Ninguno de los dos veréis más dinero en efectivo ni tendréis acceso a él sin consentimiento.

—Sabía que solo ibas a amargarnos la vida. —Roger se levantó del sofá y subió a su habitación. A él le daba igual, nunca llevaba efectivo.

—No esperes que esto vaya a ser fácil.

—¿Cómo has consentido esto, mamá? ¿Cómo has dejado que todo llegue a este nivel? ¿Cómo has estado tan ciega?

Brianna le dirigió una de esas miradas suyas, helada, cargada de ira. ¿Se atrevía ese mocoso a reprenderla como si fuera una jovencita?

—No sabes nada de nada, James —repitió Brianna—. Vuélvete a Nueva York y déjanos en paz. No eres bienvenido, nunca lo has sido y nunca lo serás.

Abandonó el sillón orejero que ocupaba y se dirigió con paso firme y la cabeza bien alta a su habitación, sin darse cuenta del daño que acababa de infligir a su hijo mayor, pero ¿qué sabía él de lo que ella había vivido? Siempre había estado amparado por su abuelo, siempre protegido por él, el gran conde de Wranson. Solo su esposo había visto algo en ella y la había querido de verdad a pesar de la negativa de ese viejo, y allí había sido una condesa con todo lo que eso conllevaba. Solo Roger la dejaba vivir con tranquilidad, ¿qué iba a saber un mocoso sobreprotegido y con ínfulas de rey desde el mismo día en que había nacido? Desde el mismo día que ella lo había traído al mundo supo que sería el ojito derecho del viejo, que no sería nunca su hijo, que no lo dejarían serlo y no se había equivocado: ahí estaba, de héroe, de salvador, ojalá se diera cuenta de que no lo necesitaban, de que no querían que estuviera allí, de que nunca sentiría que era su madre, de que nunca recordaba la primera vez que lo tuvo entre sus brazos y él cogió su dedo con esa diminuta manita, la única vez que habían sido madre e hijo.

James se sentó de golpe en el sillón en el que había estado sentada su madre hacía unos segundos, aún guardaba su calor, un calor que nunca tuvo con él. Quizás debería hacerles caso y marcharse sin mirar atrás, pero no podía. Su honor no le dejaba hacerlo, abandonarlos. Sabía que se quedaría a luchar, por él, por su abuelo, por esa familia que no lo quería allí. La piel del sillón empezó a enfriarse, tanto como el amor y la mirada de la mujer que lo trajo al mundo.

—No se preocupe; todo se arreglará.

La voz de William le llegó desde el umbral, James sonrió.

—Las cosas están bastante mal, pero intentaré arreglarlo. Me queda algo de dinero del que me dejó mi abuelo; pagaré los atrasos de esta casa, lo que falta

del funeral, lo que se te debe a ti y a los demás.

—Por favor, milord, lo mío puede esperar.

—Es lo que puedo enfrentar ahora mismo; déjame hacerlo.

—Como quiera.

—He avisado para que se te haga partícipe de cualquier gasto de la casa, para que estés al tanto y veas si puedes permitirlo o no; te daré una cantidad semanal para que tú lo administres.

—No sé si milady...

—Están avisados, lo aceptarán y yo estaré más tranquilo.

—Por supuesto, milord.

—Hay que empezar a organizarse, William.

—Seguro que todo irá bien, seguro que milady se dará cuenta de la persona que es usted.

—Unos treinta años tarde, William.

—Estoy convencido de que en el fondo lo quiere.

James sonrió ante su alusión, muy en el fondo, en un lugar inaccesible y frío, quizás sí. Pero sabía que nunca nadie llegaría a ese rincón.

Andrew dio un portazo a la puerta de la biblioteca para hacerse notar. James daba vueltas a un vaso con whisky sin muchas ganas de moverse, de salir de allí.

—Te esperaba en el club para tomar un café.

—Ha sido una mañana complicada.

—¿Hablaste con el abogado?

—Andy, estoy prácticamente en la ruina, en la calle.

Andrew le quitó el vaso y lo dejó sobre la mesa. Si él estaba en ese estado, las cosas debían estar muy mal.

—Seguro que consigues salir adelante.

—Desde la cárcel por evasión de impuestos o lo que sea.

—Oye, deja eso de la cárcel para tu hermano.

Y sonrió, ese imbécil de su amigo siempre conseguía sacarle una sonrisa.

—Tienes razón, no me rendiré sin intentarlo.

—¿Qué tienes pensado? James Tenston siempre tiene un plan.

—Llevo tiempo dándole vueltas a un proyecto en Tilman, pero no sabía que la economía estaba tan mal. Sin embargo, les mostraré el proyecto a los bancos e inversores para ver si consigo algo, aunque estará complicado, pero empezaré por ahí.

—Yo puedo darte algo de dinero para salir del paso.

—No me fastidies, Andy; las cosas no están boyantes para nadie. Voy a buscar antes por otro lado.

—¿Y cuál sería ese proyecto?

—Agricultura y ganadería sostenible, ecológica, cultivos que se adecuen perfectamente al terreno... Sé que puede funcionar.

—Eres ingeniero agrónomo y especialista en biología vegetal, claro que funcionará.

—Es una buena inversión, ahora solo tengo que hacerles creer eso.

—De acuerdo, pero hoy vamos a dejar ya de lado las deudas y los negocios. Me prometiste pasar tiempo conmigo. He venido a por ti para ir a una fiesta.

—¿Una fiesta? No voy a ir a ninguna fiesta.

—Eso pensé yo, pero, palabras textuales de Peach: «No querréis que todo el mundo piense que está acabado; ve y tráelo de las orejas». Y sabes que yo nunca le llevo la contraria a mi mujer.

—En eso quizás tenga razón. Hasta puede que sea la última a la que vaya como conde.

—Seguro que no. Anda, sube a cambiarte y vamos. Haz algo con ese pelo —le gritó mientras salía de la biblioteca rumbo a su habitación.

—Vete un poquito a la mierda...

Andrew soltó una carcajada. Desde niños siempre se había burlado de su pelo cobrizo revuelto, así como también sabía que se lo arreglaba a la perfección y que en unos segundos estaría tan atractivo e impecable que

despertaría suspiros en las damas inglesas. Como siempre.

Una hora después llegaron a la casa de Charles Losley, marqués de Lancaster. Una impresionante mansión en el corazón de Londres, en el barrio más caro de la ciudad y de la que el dueño se encargaba de presumir dando despampanantes fiestas cada dos por tres. Era uno de los pocos del grupo de poderosos que mantenía todo su patrimonio intacto, pero no gracias a él, sino a unos negocios un poco extraños que su abuelo y su padre habían llevado a cabo antes que él. Sin embargo, era un secreto a gritos que nadie enfrentaba, y allí estaba, igual de rico, respetado e importante que siempre.

Atravesaron la puerta y recibieron el saludo de uno de los asistentes contratados para la velada. Un buen catering y camareros especialistas se paseaban por todos lados con bandejas llenas de bebidas exclusivas y bocados dignos del más reputado chef. Pronto varios de los conocidos se acercaron a James, muchos de ellos para darle el pésame, muchos de los que no habían acudido al funeral, muchos que solo se acercaron para recriminarle por motivos ajenos a la muerte, pero era algo que había decidido pasar por alto. Andrew, Peach y él se situaron en una de las esquinas cerca de la ventana que daba a la calle principal, aunque era inevitable, dadas las circunstancias, que no fueran el centro de atención, al fin y al cabo, James había regresado después de mucho tiempo y para hacerse cargo de la herencia familiar.

—Tenía muchas ganas de verte, querido.

La voz de la mujer a su espalda lo sobresaltó, pero un escalofrío lo recorrió. Andrew y Peach estaban unos pasos por delante charlando con unos amigos de Andrew.

—Yo también. —James no se movió, pero pudo sentir su aliento en la nuca y ese perfume tan fresco.

—¿No vas a besarme? —preguntó ella rozándole el cuello con la yema de sus dedos y haciéndole notar sus intenciones.

Victoria Collins, marquesa de Milderry, caminó despacio hacia otra de las salas, hacia un lugar más íntimo, más oscuro, más solitario. James la siguió

con ansias. Sería lo mejor del día. Había deseado ese encuentro, aunque esperaba que ella lo pusiera más difícil. No tuvo que aguantar mucho. En cuanto él cerró la puerta, ella se lanzó en sus brazos y buscó unir sus labios con pasión, con intensidad, adentrándose en los recovecos de su boca, respirando ese olor masculino que tanto la enloquecía, acariciando esos músculos que recordaban sus manos a través del traje negro que él llevaba.

—Aquí no, Vicky, hay demasiada gente.

—Dentro de un par de horas, te espero en la calle de al lado y vamos a mi casa.

James sonrió y asintió mientras ella se arreglaba el pelo y se retocaba el maquillaje, abandonando después la sala y dejándolo en la penumbra con el sonido de la música de fondo.

Una vez en el salón principal se mezcló entre la gente y disfrutó del champán y los canapés como si nada hubiera pasado. Peach le ofreció otra copa.

—Míralas: no te quitan la vista de encima.

—No deberías estar pendiente de eso, Peach —le reprochó Andrew.

—Déjame disfrutar, cariño, me hacen mucha gracia.

—Pero me parece que James no está para esas tonterías.

—Seguro que todo se arreglará —dijo ella.

—Gracias por tu confianza, Peach —afirmó James.

—No conozco nada que hagas mal, James.

—Y, aun así, mira cómo me veo.

—Tú no, tu padre. Por cierto, ¿qué me decías del descarado del barón? —preguntó Peach.

—Nunca le he caído bien.

—Sí, claro, pero venir a recriminarte el comportamiento de tu hermano en una fiesta privada no me parece normal —manifestó Andrew.

—Creo que voy a tener que acostumbrarme a eso.

James dio un sorbo de su copa con gesto de aceptación. Hasta que otra

mano aferró la suya a modo de saludo.

—Escuché que habías vuelto al hogar. Bienvenido a mi fiesta.

—Buenas noches, Charles, una gran velada.

—Siento no haber estado en el funeral de tu padre.

James arqueó una ceja. ¿Desde cuándo el marqués de Lancaster se preocupaba de su familia?

—No pasa nada; fue algo íntimo.

—Eso dicen, al parecer no fuiste ni tú.

Ese sí era Lancaster. Ofensivo y arrogante.

—Ocurrió todo muy rápido y yo estaba lejos.

—Supongo que has llegado para lo importante, conde.

—Todavía no.

—Ya, los tramites suelen ser lentos y más sin dinero.

—Me las arreglaré.

—Eso esperamos todos; te echaríamos de menos en las reuniones sociales.

—Tampoco es que compartiéramos muchas —soltó Andrew ya harto de sus indirectas.

—Unas pocas sí. Bueno me debo a mis invitados; disfrutad de la fiesta y del champán, es el más caro de Inglaterra.

Y se alejó como si no acabara de tener una incómoda conversación con James.

—Será imbécil —afirmó Andrew con enfado mientras el marqués se alejaba.

—Está en su derecho, es su casa, su fiesta, su dinero.

—Aun así, se ha comportado de una forma muy descortés.

—Sí, en otro siglo no habría quedado otra que retarlo a un duelo.

Peach soltó una risilla ante la escena que vino a su cabeza. Lancaster no era bajo, pero sí mucho más que James, sin contar con que era bastante enjuto y su aspecto no daba confianza en cuanto a deportes o a lucha. Mucho orgullo, mucha altanería, muy creído y rico, lástima que el aspecto físico no

acompañara, habría sido insoportable del todo si así fuera, si tuviera la planta de James.

—Venga, disfrutemos del resto de la velada.

—Espero que me dejen —manifestó James. Unos cuantos saludos falsos, unas pocas recriminaciones y unos insultos velados habían sido más que suficientes.

—Por lo menos bebemos el mejor champán de Inglaterra —dijo Andrew con retintín y los tres rieron.

Durante un par de horas más se sumergieron en conversaciones de lo más banales con parte de los allí congregados, pero poco a poco James se empezaba a cansar y le dolían las mejillas de tanta sonrisa forzada, desde luego que si estaba allí era por las palabras de Peach y solo por ellos. Aunque... Desde la otra punta de la sala la vio acercarse y pasar de largo sin decir nada. Era el momento de cambiar de escenario y de obra de teatro.

El gesto de Victoria al pasar a su lado fue inconfundible y el remover de sus caderas al andar todavía más: ya era la hora de marcharse. James no lo dudó.

—Me voy ya —le dijo a sus amigos.

—¿Tan pronto? —preguntó Peach extrañada, aunque sabía que llevaba un rato deseando irse de la fiesta.

—Estoy cansado y mañana tengo trabajo que hacer.

Ninguno de los dos insistió más. El acto de presencia había sido un éxito. Como tampoco ninguno de los dos se dio cuenta de qué era lo que iba a hacer a continuación ni con quién.

—De acuerdo, llámame y tomamos algo. Pero llámame.

—Que sí, Andy, te llamaré.

Le dio un beso en la mejilla a Peach y, con un apretón fuerte de manos a Andrew, avanzó tras la estela de un sensual movimiento de caderas.

La casa de Victoria estaba en el mismo barrio. James quiso ir a pie, pero ella se empeñó en hacerlo en coche. Unos minutos después, la puerta se abrió

dándoles la bienvenida y recibéndolos con ansiedad, la misma que Victoria demostró nada más entrar en su morada lanzando al suelo la pajarita negra que adornaba su cuello. El primer asalto a su cuerpo se llevó a cabo en el pasillo de la entrada y, desde allí hasta la habitación principal en el piso de arriba, fueron dejando un rastro de prendas como si de las miguitas de Hansel y Gretel se tratara, pero poco les importó. Los besos, las caricias, los mordiscos suaves, todo se fue sucediendo sin pausa hasta que James la lanzó, completamente desnuda, sobre el cobertor de la cama y se situó sobre ella para empezar a torturarla con su boca por toda su piel. Hacía tiempo que deseaba hacerlo, que volver a saborear el cuerpo de esa mujer lo acompañaba en sus sueños eróticos y allí estaba, arqueándose ante sus besos, ante su lengua, ante sus deliciosos avances, gimiendo, gritando su nombre, hambrienta de él, de su cada vez más potente erección. Victoria se cansó de recibir caricias. Estaba más que deseosa de tocar su piel, de arañar esa espalda delineada de músculos y agarrar fuerte esos esplendidos glúteos que sus manos tanto habían echado de menos. Estaban hechos el uno para el otro, la perfecta unión en la cama, en el sexo, era absurdo esperar más. Lo atrajo hacia ella y lo acompañó de un intenso beso que horadó el interior de su boca, saboreándolo y guiándolo a la vez hacia su íntimo interior. La primera embestida la hizo gritar de placer y las siguientes siguieron la misma tónica, acompasando sus gemidos al ritmo que James le imponía. Las sensaciones comunes poco a poco los llevaron a desear más, a sentir más, a gritar más, pero sin poder evitarlo. Todo llegó a su máximo clímax y terminó.

—Te echaba de menos —dijo James entre jadeos, recuperando la respiración, con ella siempre había sido así de intenso. Victoria estaba en la misma situación.

—Eso se lo dirás a todas.

James soltó una carcajada, y ella lo siguió.

—No, en serio, eres lo que más me costó dejar aquí.

—Fue un acuerdo común, era lo que necesitabas en ese momento.

—¿Y tú? ¿Me has extrañado?

—Mucho, pero ya estás aquí.

Victoria se situó sobre él y lo besó de nuevo, manteniendo esa posición, mirándose a los ojos.

—Me alegra haberte recuperado.

—¿Estás bien?

—En la gloria.

—No digo ahora mismo, digo en general.

—No voy a mentirte; está todo muy complicado.

—¿Tu padre os ha dejado mal?

—Sin una libra y estoy siendo suave.

—Sabes que yo tengo dinero y que estaría encantada de ayudarte si lo necesitas.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí, cualquier cantidad que necesites.

James la besó de nuevo, justo en el momento en que ella iniciaba un nuevo baile de caderas sobre su miembro que volvía a despertar.

—Sería genial contar con tu apoyo.

Victoria asintió con los ojos cerrados por el placer que sentía ya montada sobre él. Pronto de nuevo los gemidos llenaron la habitación, su relación estaba de nuevo en marcha y James consiguió dejar de pensar en sus problemas. Con ella a su lado era indestructible. Pronto los gemidos de ambos llenaron la habitación y las horas de la noche.

Agnes entró en la cocina con unos manteles en los brazos y con una enorme sonrisa en el rostro; la mañana se presentaba bastante interesante para todos. Los colocó en uno de los cajones grandes del mueble de la esquina y puso una cafetera a calentar. Seguramente se levantarían con hambre después de todo el ajetreo de la noche. Muriel entró por la puerta de atrás, trayendo consigo el olor a pan recién hecho y a bollos que compró en una de las mejores

pastelerías de al lado. Siempre compraba unos de esos rellenos de crema por si diera la casualidad de que el desayuno fuera a ser dulce en vez de una simple tostada y un zumo.

—Parece que el marqués va progresando.

Agnes quitó la cafetera cargada de café recién hecho del fuego y se sentó en uno de los taburetes de la gran isla de la moderna cocina, llevándose uno de los bollos a la boca. Sonrió ante el comentario de su compañera, ambas habían escuchado en la madrugada los gritos de placer de su señora.

—No es Lord Losley, es Lord Tenston —le informó Muriel.

—Ya decía yo que era mucha suerte. No se puede tener todo en esta vida —aseguró Agnes.

—Milady sí.

Ambas soltaron una carcajada, llevaban toda la vida cuidando de Victoria y era como una hija para ellas. Todo lo que la hiciera feliz a ella, las complacía.

—¿Y sigue igual? —preguntó Agnes con curiosidad.

—Imagínatelo unos años más maduro. —Muriel le guiñó un ojo de forma cómplice—. Llegaron anoche, a altas horas y devorándose desde nada más entrar. Recogí ropa esta mañana de la escalera, del pasillo, de uno de los cuadros.

—Pues ya ves, no me imagino nada. Subo.

—Tienes razón, igual necesitan algo.

Las dos mujeres subieron con sigilo hasta la habitación principal; no querían despertarlos, pero sí comprobar sus suposiciones. Abrieron la puerta y entraron con la excusa de recoger, pero no hizo falta; la pareja aún dormía abrazada, destapada, saciada. Agnes se pasó la lengua por el labio superior de forma exagerada para que Muriel la viera y esta soltó una risilla e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Queréis algo? —les preguntó James en voz baja subiendo la sábana hasta taparse, alertado por la risilla de Muriel.

—Solo queríamos saber si necesitabais algo.

—Ya. —Las miró mientras volvían a sonreír sin moverse del sitio—. Hay cosas que nunca cambian, ¿no, Muriel?

—Desde luego que no, milord. Aunque hay otras que mejoran.

La alusión con segundas no se le escapó; conocía bien a esas arpías. Las confidentes y el apoyo de Victoria, pero también eran unas descaradas.

—Idos ya.

—Con permiso. —Agnes hizo una suave inclinación y empujó a Muriel.

En el pasillo ambas lanzaron la última risilla ante la situación y descendieron sin mucho cuidado al piso de abajo a terminar de preparar el desayuno para la parejita.

—Me alegra ver que todo sigue igual —le dijo a Victoria que ya despertaba.

—No pareces muy contento; deberías estar acostumbrado a ellas.

—No me acostumbro a que entren a hurtadillas a verme desnudo y a chismorrear.

Victoria se levantó ligeramente y le dio un beso en los labios para calmar su molestia.

—No te pongas así; no es la primera vez que velan mi sueño.

—Ya, pero que entren a la habitación como si nada...

—Por favor, no les negarás una alegría para la vista de vez en cuando —dijo acariciando su pecho desnudo.

—Siempre las defiendes.

—Ellas me han criado. Cuando mi padre, al morir mi madre, decidió irse a la campiña a vivir, yo...

—Tú querías quedarte en la capital y gracias a ellas has podido permanecer en Londres. Me conozco la historia. De acuerdo, pero habla con ellas, si voy a venir a menudo quiero que me respeten.

—Claro, cariño.

Victoria bostezó aún somnolienta y feliz después de la intensa noche y con su olor y su sabor todavía en el cuerpo.

—Podíamos ir a algún sitio hoy —sugirió James. Ella era una de las pocas cosas que le había encantado recuperar de su vida.

—Tengo planes. No pensaba que nos viéramos tan pronto.

—Tienes razón, ahora que volvemos a estar juntos no hay prisa.

—¿Juntos?

—Estoy de regreso para quedarme; ya no es necesario que esperemos más.

—Por supuesto, James.

—Aprovecharé la mañana para concretar los proyectos de los que te hablé y probaré suerte con los bancos, con tu apoyo será más fácil. ¿Sigue en pie lo que me ofreciste anoche?

—Sí.

—Perfecto, esta noche nos vemos otra vez.

—Hoy no puedo, mejor mañana.

—¿Otra fiesta?

Victoria asintió mientras él se levantaba, se vestía y se disponía a abandonar la habitación después de darle un intenso beso que la desarmó. Con él allí la cosa se ponía interesante y el sexo, el sexo seguía siendo espectacular.

Nada más abandonar la casa, Agnes y Muriel se colaron en la habitación principal. Descorrieron las enormes cortinas de seda salvaje para dejar entrar la luz de la mañana, abriendo una de las ventanas para ventilar. Victoria se arrebujó en las sábanas y enseguida notó el peso de Agnes que se sentaba en la cama a su lado.

—No sé si lo vas a tener tan fácil.

—Está controlado, nadie nos vio.

—James es tu debilidad —dijo Muriel mientras recogía la habitación.

—Es la debilidad de las tres —confirmó Agnes.

—Ahora solo quiero disfrutar de su regreso. —Victoria se desperezó.

—¿Qué pasa con el marqués? No le hará gracia enterarse de que James y tú... —aseguró Muriel.

—Es cierto, nunca lo ha tragado. Hace unos días despotricaba de él y de su familia —dijo Agnes.

—¿Creéis que Charles me preocupa? Él vive en su burbuja de gran marqués, tan pagado de sí mismo que no ve más allá y voy a aprovecharme de eso. Ni se va a enterar, sabré manejarlo.

—Eres más lista que él y tan importante socialmente como Lancaster —expuso Muriel.

—Por eso, no arriesgaremos la reputación de ninguno de los dos.

—¿Tenston sabe que vas a casarte? —preguntó Agnes, no era normal que estuviera tan tranquilo.

—No.

—¿Vas a contárselo? —insistió.

—Por ahora no.

—No lo aceptará —aseguró Muriel—; es un pacto complicado, ser tu amante. Y es muy orgulloso.

—Eso lo veremos, guardo una carta bajo la manga. Tengo una forma para convencerlo de que se mantenga en mi lecho. No está pasando precisamente por una buena situación, no tendrá más remedio.

—Y así tu vida estará completa con los dos. Posición social elevada, dinero y una buena verga en tu cama. Esta es mi niña.

Las tres rieron, desde luego que la vida se iba a volver mucho más interesante si salía según sus planes. Victoria volvió a recostarse en la cama. No tenía muchas ganas de levantarse esa mañana y no le hacía falta. Enseguida le subirían el desayuno a la cama y pasaría el resto del día organizándose para que todo saliera según sus planes. Un rayo de luz del sol atravesó el cristal, incluso el clima acompañaba, una inesperada y poco frecuente soleada jornada se perfilaba en el horizonte. En todos los sentidos.

Capítulo 4

James entró al club sin detenerse a observar; era un lugar que bien conocía. Solo fijó la vista en una de las mesas del fondo, al lado de la ventana que daba a la calle lateral y que era el lugar que siempre elegía Andrew. Llevaba dos días de trabajo intenso, de visitas, de casi súplicas agotadoras y no había conseguido nada por sí mismo. Tendría que hablar con Victoria y que ella lo acompañara. Eran unos insensibles duros de roer. Y lo peor fue enfrentarse a los acreedores de su padre, pedirles que confiaran en él para el próximo pago, que necesitaba un tiempo más.

—¿Y bien?

—Nada.

—Capullos, ya ni la palabra de un conde les sirve.

—El problema es que confiaron demasiado en la de mi padre.

—¿Qué piensas hacer?

—Insistir, quiero que vean mi proyecto, que sepan que tengo una visión de futuro.

—Sabes que yo te ayudaría.

—Lo sé, pero supongo que para hacerlo deben contar con alguien por encima de mí.

—Y un simple barón con trabajo digno como yo no les vale.

—Eso parece; les hablé de Andrew Carrington, barón de Rosford, pero no me hicieron mucho caso.

—¡Qué gracioso!

—Hay más opciones.

—¿En quién has pensado?

—No me preocupa, tengo a Victoria, ella me avalará. Le pediré que venga conmigo y cerraré algunas bocas.

—¿Victoria? —Andrew se extrañó; no le había hablado de Victoria y ahora le salía con que lo apoyaría. Mucho habían cambiado las cosas si él confiaba en ella—. ¿Estás seguro?

—Sí, lo hemos hablado, el otro día, está dispuesta a ayudarme.

—Extraño. ¿Y qué piensa su prometido?

—¿Su qué?

—El marqués de Lancaster.

—¿Qué? —James frunció el ceño, ¿qué estaba diciendo Andrew?

—Venga ya. ¿No sabías que están prometidos desde hace más de medio año? Es la comidilla de la alta cuna londinense.

—¿Qué?

—Deja de decir «qué», ¿en serio no sabes nada de nada? ¿Ella no te lo ha contado?

—No. Victoria no me ha dicho nada de eso, yo creí que lo nuestro...

—Espera... ¿qué nuestro? —Esa vez fue Andrew el que frunció el ceño.

—Nuestra relación.

—No fastidies, James, ¿te has acostado con ella ahora?

—La noche de la fiesta de Lancaster.

—No jodas, James, ¿te fuiste con ella en nuestras narices, en las de su prometido?

—No sabía nada de esto; me pidió estar conmigo a solas y yo acepté. Pensaba que habíamos recuperado nuestra relación, que por eso estaba dispuesta a ayudarme, como adelanto a nuestro futuro, juntos. Con ella como mi esposa nada me impedirá reorganizar mi herencia.

—Ella no va a casarse contigo. ¿Te ha dicho que lo haría? ¿Se lo has

pedido?

—No, he supuesto que sí.

—¿Te lo ha dicho o no?

—No directamente... —Entonces James se dio cuenta de que había demasiados cabos sueltos en aquella conversación después del sexo, en sus excusas extrañas para no quedar en ciertos momentos o en no salir juntos. Se dio cuenta de que nunca le había dicho directamente que iría al banco con él. Era momento de aclarar las cosas. Él sabía que ella le había dicho que lo ayudaría, no tenía ninguna duda al respecto y ella siempre cumplía su palabra, nunca lo había traicionado, pero... —. Perdona, tengo que irme.

Se levantó del sillón sin decir nada más y se dispuso a marcharse.

—Acláralo con ella, me parece que estáis en mundos distintos —aseguró Andrew meneando la cabeza.

Pero James ya no lo escuchaba. La preocupación empezó a invadirlo, ¿qué había ocurrido realmente esa noche de pasión que habían compartido? ¿Podría estar tan equivocado que había inventado cosas? Salió del club a paso ligero y cogió un taxi hacia la casa de Victoria.

Unos larguísimos minutos después llamó a la puerta y, sin ni siquiera saludar, se dirigió al salón que le indicaron. Victoria estaba sentada delante de una gran pantalla plana viendo uno de esos programas de tertulias.

—Pasa, cariño. Iba a llamarte para cenar.

—¿Vas a casarte con Lancaster? —James fue directamente al grano. Victoria dudó unos segundos. Era normal que se hubiera enterado ya, un asco, sí, pero normal. Tocaba sacar sus armas.

—Sí —afirmó con calma, la que no acompañaba a James.

—¿Cuándo pensabas contármelo? ¿Entre polvo y polvo?

—Llegaste tan necesitado que no quise alterar la noche.

—¿Qué significa eso?

—Que tenía muchas ganas de verte, de sentirte, de estar contigo, y tú también.

—No puedes casarte con él; estás conmigo.

—James, no estamos juntos, hace tiempo que no lo estamos.

—¿Qué quieres decir?

—Te quiero mucho y sé que tú a mí también, pero...

—¿Pero?

—Cariño, te fuiste, las cosas cambiaron.

—La verdad, Vicky.

—De acuerdo. No puedo unirme a un conde arruinado. ¿Qué pasaría con mi nombre y mi reputación?

—No puedo creer lo que me estás diciendo. ¿Y todo lo que me dijiste de apoyarme en mi situación?

—Eso lo mantengo.

—No creo que a tu prometido le haga mucha gracia que me avales en mis futuros negocios.

—¿Avalarte? Nadie habló de arriesgar mi fortuna en tus negocios.

—¿Cómo?

—Te dije que te daría algo de dinero, en efectivo, por si necesitas salir del paso, sé que tu hermano está metido en líos de deudas y que tu madre...

—¿Un pago?

—Claro, cariño. Somos adultos y tenemos otros intereses. Es lo más apropiado. Nuestra relación no tiene por qué cambiar.

—¿Cambiar? ¿Te estoy entendiendo bien? ¿Me estás diciendo que quieres que siga como tu amante? Que me vas a dar dinero a cambio de acostarme contigo?

—Sigo sintiendo lo mismo por ti.

—Pero no soy lo suficientemente bueno para ti, solo en la cama.

—Cariño...

James empezó a sentir un nudo en la boca del estómago. No supo identificarlo con seguridad, pero no había que ser muy listo, sus expectativas de nuevo se hundían: decepción, frustración, impotencia ante la traición de la

mujer que creía amar y que lo amaba. ¿Desde cuándo ella era tan fría, tan calculadora, tan pragmática?

—O todo a nada, Victoria, no voy a ser tu amante, no quiero tu dinero así. Eso tiene un nombre, querida, y no voy a pasar por ahí. Que te satisfaga tu esposo.

—Mi oferta seguirá en pie, amor.

—¿Y qué pasa si voy y le cuento lo nuestro a Charles?

—Sé que no lo harás, tienes demasiado honor.

—Tienes mucha confianza en eso.

—Vamos, James, te conozco bien. Esperaré, volverás a mí con el rabo entre las piernas.

—Vete a la mierda, marquesa.

Salió de la habitación no sin antes girarse para verla sonreír. Se sentía traicionado, humillado, dolido, con las manos vacías. Era increíble que, después de tantos años, se comportara así con él, la falta de empatía de Victoria era hasta insultante. Dio un fuerte portazo y se marchó para no volver. Una plomiza pero leve llovizna acompañaba la tarde de Londres, no era él solo el que tenía ganas de llorar.

James se concentró por cuarta vez antes de acceder al despacho del director del banco. Lo que iba a enseñarle no era el problema, conocía su proyecto de arriba a abajo, se había pasado años meditándolo y soñándolo, pero sabía que, en cualquier otra circunstancia, ese plan de trabajo sería aceptado. No en su caso, no con sus deudas y no con su apellido. Sin embargo, debía seguir intentándolo. El hall del banco aún estaba transitado por clientes a esas horas, nada se detenía en él, pero él tenía una cita en uno de los pisos de arriba, en un despacho más privado. Por suerte, se la habían concedido, no pasaba nada por escucharlo. Entró con paso firme, saludó al hombre de impecable traje gris oscuro y aspecto que tenía delante y se sentó. Extrajo la carpeta con el dossier de su maletín. Sin Victoria como aval, sin apoyos económicos, iba a ser

realmente difícil. ¡Y pensar que hacía unos días parecía que todo iría sobre ruedas gracias a ella, a esa traidora que le había dado la espalda, que solo buscaba sexo de él!

—Buenos días, Lord Tenston.

—Buenos días.

—Usted dirá.

El director sonrió. Nadie iba allí solo a saludarlo. Era lógico saber por qué había acudido a su banco, pero quería conocer sus planes. James abrió el dossier y fue mostrándole su proyecto. El director empezó a leerlo con lo que le pareció algo de interés, repasando páginas con tranquilidad después de echarles un largo vistazo.

—Los cultivos se orientarán para evitar la erosión descontrolada del suelo —le explicaba James mientras lo iba hojeando—, contando también con que, con este tipo de producción, mejorará la calidad y ayudará a mantener el equilibrio de la biodiversidad del entorno, conservar parte de los terrenos forestales también es importante para mí. Todo son ventajas, estos cultivos y los nuevos esquejes lo facilitarán. Como verá también potenciaré el comercio ecológico de los pueblos asociados a mi propiedad por lo que poco a poco la industria irá dando beneficios en todos los sentidos. Yo me haría cargo de todo.

—¿Está hablando de una especie de cooperativa?

—Algo parecido, incluso con el tiempo podremos aspirar a una Denominación de Origen.

—¿Y la apicultura que añade en este epígrafe?

—Sabrá que muchos estudios hablan de que la abeja autóctona está en grave peligro de extinción. Pues creo que las características de los nuevos cultivos y de la nueva agricultura beneficiará la creación de colmenas en mis terrenos. Pienso mantener un hábitat apropiado para ellas y aprovechar la miel de la forma más orgánica posible.

—Es muy completo y ambicioso.

—Es lo que busco, un proyecto interesante de futuro y que cubra diversas variables. He trabajado anteriormente para empresas cuya investigación se centraba en la forma más ecológica de los pesticidas, incluso estudiábamos la posibilidad de controlar el pulgón de diversos cultivos con la cría de coccinélidos.

—Desde luego es interesante... Y siendo usted ingeniero agrónomo lo tiene muy controlado.

—¿Pero?

—¿Pero?

—Siempre hay un pero.

—El desembolso inicial sería muy cuantioso y su economía a día de hoy no puede hacer frente a nada de nada. Sería todo capital externo.

—Por eso solicito el préstamo.

—Y por eso mismo no podemos dárselo, ahora mismo es usted un riesgo que no podemos asumir y, según veo aquí, carece de avales o apoyos sólidos.

—Yo les puedo garantizar que...

—Lo siento mucho, Lord Tenston, pero su palabra no vale nada.

—Sé que los asuntos de mi padre...

—No es solo por eso. Lo más importante hoy es el capital y usted carece de él. Si consiguiera de alguna manera algún fondo fundacional, algún aval importante, estaríamos encantados de ayudarle.

—Necesito dinero para que me den dinero. Así no soluciono nada.

—Lo siento.

James se levantó de la silla y estrechó sin ganas la mano del director del banco, el cuarto al que iba ese día, la cabeza ya empezaba a darle vueltas con tanta negativa y después de haber repetido mil veces lo mismo, de haber explicado por activa y por pasiva cuál era su situación, estaba harto de tanta sonrisa falsa. Recogió sus papeles y salió sin decir más, ¿para qué? Todo estaba realmente claro.

James esperaba tomándose una taza de café en la mesa de siempre. Andrew y Peach le habían mandado un mensaje diciendo que se retrasarían un poco, pero hasta le venía bien para aclarar sus ideas, para saber qué debía decirle a su cuñado cuando lo viera. Él era su última oportunidad para conseguir llevar a cabo sus proyectos y convencer a los bancos. Después de las negativas de toda la mañana, rezaba para que con él fuera mejor. Desde que se había empezado a enfrentar a su destino todo habían sido decepciones, sus intentos habían sido arrojados a la basura, pero no se rendía. Tenía una conversación pendiente con otro miembro de su familia. Ni siquiera su hermana sabía que lo iba a hacer. Esperaba pillar a Matthew por sorpresa y ver su expresión, saber si tenía realmente una posibilidad. La cucharilla del café seguía un círculo frenético alrededor de las paredes de la taza, pero el nerviosismo no era suyo, sino del hombre que la manejaba.

—Hace tiempo que no nos vemos, James. —La voz de Charles Losley a su espalda lo hizo dar un respingo—. Desde mi fiesta, creo recordar.

James asintió, su suposición era correcta, pero no había tenido en cuenta que desde que se enteró de su compromiso, él mismo lo había evitado.

—Recuerdas bien.

Charles frunció el ceño y sonrió, sentándose a su lado en la mesa que ocupaba.

—La verdad es que tenía ganas de hablar contigo.

—Tú dirás.

—Ha llegado a mis oídos que busca inversores para un proyecto en tu campiña, ¿me equivoco? —James arrugó la nariz. Solo unas horas, era más rápido de lo que creía—. No te extrañes, el director del último banco que visitaste es íntimo amigo mío, solo me lo comentó por si quería apoyarte.

—¿Cómo?

—Verás, hace tiempo que estoy interesado en los planes agrarios del sur y creo que sería una buena oportunidad.

—¿Me ofreces ayudarme a conseguir el crédito?

—Voy más allá, te ofrezco financiarte el proyecto completo. Por supuesto, yo sería el socio mayoritario y tú te encargarías de todo el proyecto.

—Dicho de otra manera, serías mi jefe y gobernarías sobre mis tierras.

—No lo veo así. Apenas me entrometería en tu trabajo y en tu propiedad.

—Me parece que no pensamos igual, Charles. Siento decirte esto, pero por ahora prefiero seguir intentándolo por mi cuenta.

—Tranquilo, no tengo prisa. Mira otras opciones y, si cambias de opinión, me llamas.

James asintió con una sonrisa forzada, antes prefería cultivar él mismo la tierra y malvivir de ella que verla en manos de Lancaster. Charles se levantó del asiento y se marchó a la mesa en la que lo esperaban sus socios. Ya había lanzado la pelota a su tejado, solo faltaba ver si estaba tan necesitado de juguetes como para cogerla y jugar.

Andrew y Peach accedieron al club y se dirigieron a su mesa de siempre. Por primera vez, James había llegado antes, pero no se alegraron. Su expresión era de pocos amigos.

—¿Pasa algo? —preguntó Peach.

—Buitres sobrevolando la futura carroña.

—¿Qué? —Andrew no acabó de entenderlo.

—Nada, cosas mías.

—¿Y con el banco? —insistió su amigo.

—Más de lo mismo.

James no dejaba de mirar la puerta del club, atento a cualquiera que entrara en este.

—En serio, ¿estás bien? —se preocupó Peach.

—Voy a quemar mi último cartucho. Esperadme un minuto.

Lo vio entrar con un par de amigos y dirigirse directamente a la sala de billar. James no esperó. Dejó a la pareja tomándose el té y lo interceptó. Era su última oportunidad, su cuñado: Matthew Butler, barón de Windley.

—Matthew. —Él se giró despacio y frunció el ceño—. ¿Tienes un

momento?

Lo vio resoplar y asentir con desgana. No era a lo que había ido allí. James le indicó una de las salas de al lado que estaba vacía y en la que podrían hablar con calma. El club no era solo un lugar de entretenimiento en el que tomar algo y jugar al villar, sino también un buen sitio para tratar asuntos más delicados con total discreción. Ambos se sentaron en dos sillones separados por una mesa de madera oscura.

—Tú dirás.

—Tenía ganas de verte, no estuviste en el funeral de mi padre.

—¿Vas a reñirme por eso?

—No, yo tampoco tenía muchas ganas de ir.

—Mira, James, no vayas de cuñado espléndido. Sé qué buscas.

—Entonces los rodeos son innecesarios. ¿Conoces la situación de la familia?

—Sí.

—Tengo algunos proyectos, pero necesito...

—No.

—Entiendo tus motivos, sin embargo...

—No, James, nada va a cambiar. Me hablas de la familia, pero no es mi familia.

—Es la de Deborah.

—Ella sabe cuáles son mis ideas con respecto a eso.

James bajó la vista. La mecha de su último cartucho se apagaba y ni siquiera lo había hecho explotar.

—¿Entonces no puedo contar contigo?

—Lo siento, James. Sé que tú eres el que menos merece lo que tu familia ha sembrado, pero no voy a ayudar. Y no solo porque no confíe en arriesgar mi dinero, sino porque no quiero tener nada que ver con vosotros. Y digo nada. Si acabáis en la ruina, mi casa estará cerrada. Por ningún motivo voy a dejar traspasar las puertas a tu madre o a tu hermano.

—¿Qué dice Deborah sobre eso?

—Ella confía en que no llegareis a esos extremos y, si se llegara, no quiero darle a elegir.

—Me estás diciendo que si ella nos eligiera, tú...

—Sin dudarlo, nuestro matrimonio sería anulado.

¿Hablaba en serio o era una amenaza? Sabía que Matthew quería mucho a Deborah o estaba equivocado...

—No creo lo que dices.

—Como te digo, no llegaremos a ese extremo, ¿verdad?

—Hago lo que puedo, tengo planes, pero nadie quiere apoyarlos.

—Es complicado, tu familia...

—¡¡¡Yo no soy mi padre!!! —le gritó James harto de todo—. Intento luchar.

—¿Has pensado en transferir el título?

James abrió mucho los ojos ante la alusión de Matthew.

—¿A alguien como tú?

—No es mala idea. Tus futuros sobrinos serán los condes de Wranson.

—Y hasta que eso ocurra, lo serás tú.

James soltó una carcajada. Los intereses sociales seguían ahí, qué asco.

—De acuerdo, si cambias de idea... —Matthew lo vio fruncir el ceño y sonrió. La charla no había acabado como Tenston quería, pero no hacía falta atacar. Él solo acabaría hundido, y el título, quizás en sus manos. Las amenazas servirían—. Por cierto, quiero que consideres otra cosa más: yo me casé con una condesa, no con alguien sin título.

—No tenemos nada más de que hablar.

—Desde luego que no.

James se levantó del sillón y regresó con paso cansino a su lugar junto a sus amigos, los únicos que le quedaban. Y pensar que ese capullo engreído y desagradable era el marido de su hermana. Por suerte, ella era feliz a su lado. Suspiró, con dos hombres como su cuñado y su padre, era normal que hubieran acabado enemistados.

—No hace falta que nos digas lo que ha pasado, tu cara es un poema malo.

—Andrew le pasó unas pastas que habían pedido.

—Frío como un témpano, no le ha afectado lo más mínimo.

—¿Y qué esperabas?

—Tampoco le iba a pedir que se hiciera cargo de las deudas, sino que me apoyara para poder hacerlo yo.

—Matthew podrá ser un perfecto imbécil y un arrogante de mierda, pero sabe dónde pone el ojo en cuestión de dinero.

—Sin contar con los líos que tuvo con tu padre y tu hermano —afirmó Peach.

—Vuelvo a estar solo. Mis dos apoyos fuertes, que eran él y Victoria, se han desvanecido. Estoy jodido, pero bien. Y lo mejor de todo es que me ha dejado caer que estaría interesado en el título de mi familia.

—Ese es un dulce que quiere probar; elevaría mucho su nivel social: Matthew Butler, elevado a conde de Wranson.

—Y no contentos con eso, antes de que llegara, Charles Losley me ha ofrecido financiación, vamos que con todo el morro me ha dicho que quiere ser mi jefe en mi propio proyecto y en mis propias tierras.

—¿Qué? ¿Lancaster? —se sorprendió Peach.

—No te fíes de él —aseguró Andrew.

—¿Creéis que sabe lo de Victoria y yo?

—Espero que no; nadie ha hablado de eso. —Peach estaba al tanto de los chismes por si acaso.

—Entonces paso de él, pero necesito una solución ya.

—Ni Lancaster ni Windley.

—Por mí se van a quedar con las ganas. —James dio un golpe en la mesa —. Joder, si por lo menos Victoria me hubiera esperado...

—Esa tía es una zorra; todo el mundo lo sabe. No sé qué ve Lancaster en ella —soltó Peach a modo de apoyo.

—Que es rica, guapa, con la misma posición social que él...

—Vaya, Andy, podías ser más considerado.

—Mira, Peach, es lo que hay; cuanto antes se haga a la idea mejor. ¿Y no puedes hacer nada más?

—Matt era mi última oportunidad.

—Seguro que si mareas más a los bancos...

—Lo más curioso es que no ponen pegos, nunca lo hacen, todo son condiciones. Los proyectos les han parecido bien, pero me piden un desembolso inicial que no puedo afrontar y del que no deberé preocuparme porque en breve no me quedará sitio en el que invertir.

—¿Cómo dices?

—Es cierto, Andy, no te lo expliqué del todo. Pues, todo está en las últimas. Mi querido padre en estos años no se ha hecho cargo de los impuestos ni de los pagos, solo hipotecó, embargó y derrochó sin fin. Estoy seguro de que fue para putearme. La mayoría del menaje y las antigüedades de Tilman House han sido vendidas y la sombra de nuestros acaudalados vecinos, que ya se han hecho con casi toda la región, planea sobre la propiedad, solo la mantiene en mis manos el título. Y a eso hay que sumarle el pago de los impuestos de sucesión de la herencia, que aún no soy conde oficialmente, además de las hipotecas y el embargo de Tilman y, lo que más me preocupa: mi casa de aquí, en la que vive mi familia. Pero no pasa nada, posiblemente Hacienda y la Corona se me echen encima antes de que lo hagan los bancos. Así que, estoy prácticamente en la calle. Mi padre se estará descojonando en la tumba, como si lo viera, es su venganza contra mi abuelo y contra mí. Seguro que si no se hubiera muerto, se habría suicidado para joder. Y por si fuera poco, mi madre le dejó arruinarnos y apoyó a mi hermano para que siguiera sus pasos, porque la deuda de mi hermano también va subiendo noche a noche. Le quité el efectivo, pero en su palabra sí que confían los hijos de puta de sus prestamistas.

—Pero eso no es tu problema.

—Ya, Peach, díselo a ellos, las amenazas van para mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Aunque no me guste, quizás Matthew tenga razón y deba renunciar al título de mi familia. Incluso puedo aceptar la oferta de Hertonchild y vender Tilman House.

—¿Hertonchild también ha hablado contigo?

—Cuando fui a la cripta con los restos de mi padre.

—Menudo imbécil oportunista, pero ten cuidado, es amigo de Lancaster, muy amigo. No me extrañaría que tuvieran segundas y deshonestas intenciones —soltó Andrew.

—Lo sé, pero haga lo que haga y piense lo que piense creo que va a ser ese el resultado. Me parece que voy a empezar a buscar trabajo y a olvidarme de la promesa que le hice a mi abuelo. Es una realidad: no puedo salvar la herencia familiar, no puedo soportar el peso del condado.

—¿De cuánto hablamos? Te ayudo, de verdad.

—Gracias, Andy, pero no hay nada seguro y no voy a arrastrarte conmigo. Estoy acabado, mi única esperanza era la fortuna de la mujer que creí me amaba, de Victoria.

—Hay otra forma —afirmó Peach sorbiendo té con tranquilidad y mirando distraída por la ventana.

—¿Tú crees? Pues soy todo oídos, Peach.

—Un matrimonio de conveniencia.

—¿Crees que no lo he pensado? Ocurrirá como con Victoria.

—No si tu esposa busca lo único que tú puedes darle.

Ella seguía como si no hubiera dicho nada impactante. James y Andrew se miraron a los ojos frunciendo el ceño, sin terminar de entender nada.

—¿Y es? —preguntó James.

—Un título nobiliario, sangre azul. Tú buscas dinero y hay quien quiere nobleza.

—Esto no es una película romántica de época, Peach, estamos en el siglo XXI. —Andrew no creía que su esposa estuviera hablando en serio.

—Vale, cariño, pero si encuentro a alguien, ¿aceptarías? —Esa pregunta iba directa a James.

La boca de Andy dibujó un ¡oh! de incredulidad y más al ver la mirada de convencimiento de su amigo.

—Sí.

—¿Qué vais a hacer, poner un anuncio en el periódico en la página de contactos? Como si lo viera: «Conde atractivo busca mujer rica para convertirla en condesa». ¿Estamos locos o qué? Cariño, no puedes hacer de casamentera.

—Tranquilo, Andy, estás exagerando; hay otras formas de hacerlo, sitios mucho más privados y serios. Yo solo lo pondré en camino; él será el que elija y decida.

—No sería la primera vez que un conde de Wranson se casa con una heredera para salvar la herencia —aseguró James

—Bueno, visto así, la mayoría de los nobles lo han hecho a lo largo de su historia, pero hoy día...

—A situaciones desesperadas...

—Medidas desesperadas.

Andrew concluyó la frase de James. Si con eso conseguía la estabilidad que necesitaba, él estaría a su lado.

Charles Losley mantenía una conversación con dos de sus amigos, pero no dejaba de estar pendiente de la charla que llevaban a cabo James y Matthew al lado de la sala de billar. Pronto, James regresó a su asiento y Matthew a su juego; no era extraño, todos estaban al tanto de la enemistad del barón con la familia de su mujer. No tardó en acudir a su encuentro. La conversación que tuvo con James acababa de dar un giro.

—Los problemas de los Tenston.

Matthew alzó la vista del juego, todo el mundo se había empeñado en no dejarlo disfrutar.

—¿Y?

—¿Podemos hablar un segundo?

Matthew lo siguió hasta uno de los reservados. Era una novedad que Lancaster se acercara a él.

—¿Y bien?

—Te he visto hablando con tu cuñado y no ha sido complicado entender el motivo.

—Me tienen más que hartos con el maldito dinero.

—Ha llegado a mis oídos que está pensando en reinventar Tilman House y, al parecer, sus proyectos son interesantes, pero necesita capital.

—A mí solo me interesa el título.

—Por supuesto, es normal, pero yo busco Tilman, así que podremos llegar a un acuerdo.

—No te sigo.

—Es sencillo. Espero que poco a poco tu cuñado se arruine y tanto el título como Tilman House queden en nuestras manos, aunque para eso habrá que convencerlo para que acepte mi inversión.

—Eso será lo complicado. Habrá que esperar a que caiga del todo, a que su familia lo hunda. No creía que te gustara la agricultura.

—Y no me gusta, pero cuando la propiedad sea mía, tengo a alguien muy interesado y que pagará muy bien por ella. ¿Cuento contigo?

—Por supuesto, si me aseguras que el título será mío.

—Ningún problema.

—Dime una cosa, ¿por qué este odio a mi cuñado?

—Eso es asunto mío.

—No será porque va ocupando tu lecho, ¿no?

—Te aconsejo que no te metas en lo que no te importa, Matthew.

—Tranquilo, sé que lo tendrás todo controlado, marqués.

—Nuestro pacto, ¿sí o no?

—Sí.

Ambos estrecharon las manos con una sonrisa y, como si nada, regresaron a su lugar, cada cual tenía sus propios intereses, pero en esos momentos se necesitaban: compartían un enemigo común. Ambos se veían vencedores en esa lucha cuyo resultado ya creían conocer, ajenos a los futuros planes de su rival.

Charles entró en la habitación y se dirigió al vestidor. Contrariamente de lo que pensaba, la tarde en el club había resultado bastante entretenida y fructífera. Poco a poco se desvistió y dejó su ropa extremadamente colocada en su lugar. Tenía asistentes que lo harían por la mañana, pero prefería hacerlo él.

—¿Qué tal el día? —Victoria lo esperaba en la cama leyendo una novela.

—Bastante interesante, la verdad. He estado en el club.

—Como casi todos los días, querido.

—Sin embargo, hoy fue distinto. Tuve una conversación bastante fructuosa con Matthew Butler.

Victoria se puso algo tensa, pero Charles no lo apreció. Estaba sumido en su propia historia, en sus futuros planes que pasaban por arruinar y dejar en la calle y en la más completa humillación al hombre que había tenido la desfachatez de acostarse con su prometida en sus propias narices. Era cierto que su relación con Victoria era puramente social, consensuada, que posiblemente hasta en un futuro consentirían amantes, pero no a James.

—¿Y eso?

—Negocios.

—¿Con Butler?

—Sí, es bastante listo.

—Tú verás.

—Sí, parece que voy a invertir en la campaña.

—¿En cultivos? ¿Dónde?

—Tilman House.

Victoria no podía creer lo que le decía. ¿De verdad su prometido iba a invertir en los terrenos de James? ¿Y qué tenía Butler que ver en todo eso?

—¿James acepta?

—Todavía no, pero está en las últimas. Es cuestión de tiempo que vea que es lo mejor.

—No creo que le haga gracia.

—¿Por qué? Parece que le gusta lo mío, seremos buenos socios.

—¿Lo tuyo?

—No te extrañes querida; sé que estuvo retozando contigo en tu casa. Tengo mis contactos, no soy tonto.

Victoria lo miró con los ojos muy abiertos. No tenía caso contradecirlo, intentar desviar la atención, mentirle.

—¿Y ese es el motivo para que te asocies con él?

—No busco asociarme, quiero hundirlo, humillarlo, hacerle ver que no puede reírse de mí.

—Pues si es por eso, olvídate. No hay nada entre nosotros, desde que se enteró de lo nuestro no hemos vuelto a vernos.

—Y no será porque tú no lo desees.

—¿Seguro de que quieres tener esta conversación? Ambos sabemos cuáles son nuestras razones para estar juntos.

—Lo sabemos, pero no con James. Los demás hombres que pueden pasar por tu cama son insignificantes, pero él, es especial para ti.

—Nada de eso, es un conde arruinado.

—¿Entonces solo es sexo?

—Solo.

—¿Tan bueno es?

—El mejor.

Charles apretó los labios. No le gustaba que fuera tan sincera; no era necesario.

—Me alegro de que te haya rechazado, Victoria.

—Buenas noches, querido.

Ella dejó la novela en la mesilla, se cubrió con la sábana y le dio la espalda, y él hizo lo propio. Algunas noches dormían juntos en casa de Charles. Eran prometidos y debían compartir lecho de vez en cuando, pero no iba a ser esa noche, no con los ánimos por las nubes, no después de los velados reproches. Tampoco era que ella lo echara mucho de menos, más bien al contrario, lo que extrañaba era el cuerpo perfecto y el aroma almizclado de James. En el fondo le parecían bien los negocios de Charles si eso conducía a James a la ruina y de nuevo a su lecho. Cerró los ojos y soñó con él, ambos lo hicieron, cada cual una historia en la que sus deseos más oscuros se hacían realidad, y James era el centro de los dos.

Capítulo 5

Las últimas semanas habían resultado intensas. Los rodeos, las largas a los acreedores y a los bancos habían resultado agotadoras, y por fin había conseguido que le dieran un tiempo para conseguir el dinero, pero sería el definitivo y estaba convencido de que Lancaster tenía algo que ver en ello, en dejarle un halo de esperanza para luego rematarlo, y lo peor de todo era que se había hecho muy amigo de su cuñado. Desde ese día en el club, no había hablado con Matthew, pero tampoco lo había hecho con Deborah. No iba a preocuparla. Todo estaba en una especie de *stand by* que lo empezaba a desesperar. Y la indiferencia de su familia aún era peor: su madre ajena al mundo y siempre enfadada, su hermano sin escuchar sus consejos y saliendo noche sí noche también sin nadie que se lo impidiera, y su hermana cobijada y protegida por su marido y demasiado cómoda en su ignorancia. Lo único que sacaba de ellos eran broncas, discusiones insustanciales y enfados. Por suerte, se había centrado en su nuevo plan.

Desde que Peach le había dado la idea del matrimonio de conveniencia, ambos habían trabajado codo con codo para encontrar a alguien adecuado para él. Y, al final, la habían encontrado. Sin embargo, no iba a ser tan fácil.

James esperaba sentado en el sillón de la biblioteca mientras oía cómo William le indicaba al recién llegado dónde dirigirse. El hombre llevaba un traje impecable y era alto, casi tanto como él. Mantenía un gesto de recelo y unos ojos glaucos y demasiado observadores tras unas gafas de montura fina

de titanio, enmarcando unas finas cejas negras en contraste con el ya pelo cano de las sienes.

—Bienvenido, señor Connors, puede sentarse.

James se levantó y le tendió la mano, que recibió un fuerte apretón por respuesta. Paul Connors lo miró con intensidad y volvió a fruncir el ceño.

—Gracias, Lord Tenston. Es un placer conocerlo.

—El placer es mío; tenía ganas de que viniera.

—Por supuesto, ya es hora de empezar con nuestros asuntos. ¿Conoce las condiciones? —James asintió—. ¿Las acepta?

—Sí, todo está correcto.

—Permítame revisarlas con usted.

—Adelante.

—Están claras las primeras disposiciones. Usted aporta a este matrimonio el título de conde y el juramento de que mi cliente nunca quedará separada del rango de condesa. Nosotros nos encargaremos de hacer frente a la deuda adquirida por su familia en su totalidad, empezando, por supuesto, por el impuesto de sucesión, si no, esto no tendría ningún sentido.

—Correcto, ¿puedo preguntarle por qué han accedido?

—Eso es algo personal que mi cliente le explicará si lo cree conveniente. Pero hay algo más. Debe ir a América a conocer personalmente a mi cliente.

—¿Ahora?

—En cuanto yo esté al tanto de la situación económica de los Tenston y me haga cargo de la sucesión del título.

—Me parece justo.

—Entonces póngame al día.

—Tenemos una cita con mi abogado en una hora.

—Perfecto. Quiero informarle que cualquier asunto legal pasará por mí. Yo cuido de los intereses de los Simmons desde época del viejo patriarca y mucho más desde que el padre murió y él se hizo mayor. Ella es como una hija para mí.

—Lo entiendo.

—Entenderá también que, debido a las circunstancias de este acuerdo, hemos esperado que os conocierais en persona y el caballero es el que debe hacerlo primero.

—Por supuesto.

—Pues prepararé el viaje; yo por mi parte me quedaré aquí ultimando los detalles. ¿Tengo su permiso?

No era el momento para dudar. Debía confiar en él, después de todo, no se quedaba solo. William y su familia estaban allí.

—Estaremos encantados de tener un huésped.

Paul volvió a fruncir el ceño. Era fácil negociar con él. Le dejaba vía libre, al fin y al cabo, no estaba para otra. Prefería ser él mismo quién investigara los asuntos de la familia del conde y del propio conde y, si lo hacía a solas, mejor que mejor. Ese abogado con el que iban a reunirse sería su primer aliado y esperaba que el mayordomo también.

—Vayamos a la cita con su abogado.

James asintió. Se levantó del sillón y le indico que le siguiera, imponiéndole su altura y su presencia. Él era el conde y no debía olvidarlo.

A la hora indicada estaban frente a la puerta del despacho de Bradley Turner, abogado de los Tenston. El saludo entre los tres fue cordial. La relación entre James y Brad se había consolidado, incluso el abogado lo había ayudado con sus proyectos y con los inversores, aunque no habían obtenido demasiados resultados.

—Tengo todo lo que me pidió.

—Gracias, Brad.

Antes de que James lo cogiera, Paul se sentó en uno de los sillones y abrió la carpeta. Los documentos oficiales de la familia, las deudas, las cuentas, los futuros proyectos, desde luego no querían ocultar nada.

—Como verá la cuantía es abundante, pero no es nada que con tiempo e inversión no pueda solventarse —afirmó Brad.

—Y eso es lo importante. No quisiera involucrarme en algo muerto desde el primer momento. Los proyectos son interesantes.

—Nunca he buscado vivir de mis rentas antiguas. Quiero una evolución, un trabajo, un plan de futuro para mis descendientes —manifestó James. Necesitaba el dinero, pero no para malgastarlo como su padre.

—El problema es que todo está parado. Los bancos no se arriesgan y, bueno, el título... —le informó Turner.

—Es a lo primero que haremos frente. Póngase manos a la obra y organice el pago del impuesto nobiliario cuanto antes —confirmó Connors.

—En un par de días estará listo. Si hay ánimo de pagar, son bastante rápidos.

—Entonces estaremos en contacto. Dispondré del dinero inmediatamente y pronto serás el conde legítimo.

James sonrió. No le había gustado esa última alusión, pero entendía que ese era el convenio: él debía aportar un condado a esa relación y cumpliría su parte.

—Pues todo correcto.

—Hay algo más, Brad, salgo de viaje mañana mismo. ¿Puedes prescindir de mí?

—Claro, solo debe autorizarme y firmar unos documentos. No hará falta que se persone.

—De todas formas, espero que solo sean unos días.

—No tenga prisa; yo me haré cargo de todo aquí —expresó Paul.

James se acomodó en el sillón que ocupaba. La rueda había empezado a moverse. Esperaba que todo se solucionara, que fuera para bien. Esperaba que ese viaje a Chicago no lo defraudase, que lo que allí surgiera fuera para toda la vida, que la unión de conveniencia fuera satisfactoria para ambos. Sabía que el amor iba a ser mucho pedir, pero tenía esperanza de encontrar a una amiga y a una compañera, alguien en la que confiar, alguien que no lo acabara traicionando. Sin embargo, se estaba empezando a impacientarse, algo que no

era propio en él.

Capítulo 6

Raven Simmons contemplaba a sus amigos adentrándose en el mar, salpicando por todos lados y disfrutando como nunca en la playa de su casa de los Hamptons, pasaban de la piscina de la propiedad al agua de la playa con una facilidad pasmosa, el caso era estar a remojo. Miraba con una sonrisa a su mejor amiga, Sharon, dando saltos ante cualquier salpicadura que John o Ben le propinaban haciendo que su minúsculo bikini, que le quedaba a la perfección, hiciera peligrar su estabilidad, ¡y Sharon insistiendo en que llevara uno de esos ella también! De ninguna manera iba a llegar a ese equilibrio por presumir de físico. No lo necesitaba, hacía tiempo que había comprendido que nunca llegaría a su nivel. Bonnie, otra de sus amigas, se sentó a su lado en una de las tumbonas.

—El agua está increíble para ser junio, menos mal porque son los únicos días libres que voy a tener este verano.

—No te quejes; el verano es cuando mejor funciona tu negocio.

—Eso sí, hay más fiestas, más celebraciones y organizamos más eventos.

—Pues yo he decidido estar tranquila este verano, ya va siendo hora. Que Paul se encargue de todo —dijo recordando la seriedad del abogado de su familia.

—Seguro que está encantado de hacerlo.

—Sí, no sé qué haríamos sin él.

El sonido del móvil hizo vibrar su bolso de playa, al sacarlo vio el nombre

de Paul en la pantalla.

—Hablando del rey de Roma —dijo Bonnie y volvió al mar con los demás.

Raven atendió la llamada con una sonrisa, seguro que era algo importante si la molestaba en los Hamptons.

—¿Pasa algo?

—Tengo a tu conde.

—¿Mi qué?

—¿Ya te has olvidado de que estaba a la caza de sangre azul para ti y tu familia?

—¿Qué me estás diciendo? Creí que ya no estabas pendiente de eso, que era algo imposible de conseguir.

—No quise avisarte hasta conocerlo y verlo en persona, hasta conocer las condiciones del contrato.

—¿De qué me hablas?

—Sigues queriendo cumplir la promesa que le hiciste a tu abuelo, ¿no?

—Sí, pero...

—Te he conseguido un conde inglés, ¿aceptas conocerlo?

—¿Conseguido? Paul, no es un bolso de marca, es una persona. ¿Cómo ha pasado?

—A través de unos contactos que tengo aquí, en Londres, bueno, asuntos míos.

—¿Estás en Londres?

—Sí, en su casa. Me quedaré solucionando los asuntos mientras él viaja a Chicago a conocerte.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ya, mañana llegará.

—¿Y me avisas hoy?

—No pasa nada porque llegues con retraso. Tu madre lo recibirá, ya he hablado con ella. ¿Quieres o no?

—Ya está de camino; no voy a decirte que no.

—Tranquila, los asuntos económicos los llevo yo. Solo conócelo y decide con calma. Sabes que puedes confiar en mi criterio, porque, sigues queriendo casarte así, ¿no?

—Sí, de acuerdo, mantenme informada, volveré a Chicago mañana.

Colgó el teléfono sin creerse todavía lo que Paul le acababa de confirmar: después de mucho tiempo, tanto como para casi haberlo olvidado, la promesa que le había hecho a su abuelo regresaba a ella y con más fuerza que nunca, tanta que se había hecho realidad. Desde que él había muerto se había convencido de que podía ser una opción de futuro y, debido a que la relación con su exnovio había acabado tan mal, que ese imbécil la había hecho sentirse tan engañada y humillada, esa antigua promesa le había parecido un acierto. Pero solo lo había considerado un intento de un imposible. Y ahora Paul le decía que el conde iba a verla...

—¿Qué pasa? He visto tu cara rara desde el agua —le preguntó Sharon sentándose a su lado.

—Igual me convierto en condesa.

—Venga ya.

—Paul ha encontrado a un conde inglés y viene mañana a verme.

—¿En serio? ¿Vas a seguir adelante con esto?

—¿Sabes? Creo que sí.

—Esta es mi chica, qué emocionante. ¿Y dices que viene mañana?

—Tengo que volver a Chicago.

—Y yo contigo.

—No, Sharon, es mejor que vaya sola. Podéis quedaros.

—Ni lo sueñes, vamos a volver y cuando consideres oportuno nos lo presentas; yo tengo que darte el visto bueno. ¿Cómo te imaginas que será?

—Solo espero que no sea como Axel.

—Que no sea guapo, ni sexy. Bueno dinero no tendrá mucho, si no, no estaría así. Pero que no sea un mentiroso y un aprovechado.

—Sí, exacto. Un hombre normal y agradable, sobre todo sincero, con el que

se pueda hablar y congeniar. Tener un futuro tranquilo.

—Tú verás, pero seguro que no quieres que sea feo.

—Más o menos como yo, del montón, nada que llame excesivamente la atención.

—Tú no eres del montón, eres la más guapa de todas.

—Eso seguro —soltó una carcajada mientras lo decía.

—Por favor, con ese bañador seguro que no.

—Me miras con buenos ojos, pero yo no quepo en ese bikini, acéptalo de una vez.

—Bueno, hablábamos de tu conde, un inglés del montón, pero con sangre azul. La verdad es que no conozco personalmente a ningún británico guapo.

—¿A cuántos ingleses conoces tú?

—A bastantes, he hecho fotos por el mundo; soy fotógrafa profesional.

—¿No será que no te gustan los ingleses en general?

—Será eso. —Sharon también se rio—. ¡Qué nervios! Mañana puede que toda tu vida cambie.

—No sé, tengo que pensarlo muy bien. Es mi futuro, es mi dinero, es mi confianza.

—Eres muy inteligente; sabrás encontrar la solución.

A la mañana siguiente abandonaron la casa de los Hamptons todos excepto Bonnie, que quiso quedarse unos días más disfrutando del sol y del agua. A los demás no les importó, tenían todo el verano por delante. El viaje en avión no era largo, pero Raven tenía los nervios a flor de piel y, mientras dormían, ella le daba vueltas a ese primer encuentro, a esa primera impresión, a cómo debía comportarse; todo para nada, sabía que por mucho que lo analizase, una vez allí podía pasar cualquier cosa. Se recordó a sí misma que tenía la última palabra. Ya había hablado con su madre. Ella recogería al inglés por la mañana en el aeropuerto y lo instalaría en su casa. Lo acompañaría hasta que ella llegara, explicándole quiénes eran y mostrándole su hospitalidad, pero no quería saber cómo era, no, hasta que ella lo viera. Su madre había prometido

no volver a llamarla, su voz también manifestaba nerviosismo. Paul había conseguido revolucionarlo todo.

James salió de la terminal con su bolso de viaje y alzó la vista. ¿En serio había un hombre con un cartel con su apellido? Lo único bueno era que no había ningún Tenston más. Sonrió y se dirigió a él. Sabía el lugar al que se dirigía, conocía el nombre de su futura prometida: Raven, pero poco más.

—Bienvenido, soy el chófer de la señora Simmons. Ella espera en el coche.

—Gracias.

El hombre, algo regordete y calvo, le cogió el bolso y ambos se dirigieron al exterior.

Al entrar al coche, un Audi Q7 híbrido azul eléctrico, dos mujeres le dedicaron una amplia sonrisa, ¿alguna de ellas sería Raven?, invitándolo a sentarse.

—Bienvenido a Chicago, conde.

—Llámeme James.

—Claro, James, soy Elisabeth, la madre de Raven, y ella es Gwen, trabaja para mí desde que Raven nació.

—Encantado.

Les ofreció la mano a las dos y ambas la tomaron con entusiasmo.

—¡Qué guapo eres! ¡Y qué alto! —afirmó Gwen analizándolo con detenimiento.

—Gracias.

—Raven no ha podido venir; todo ha sido muy precipitado, pero llegará cuanto antes. Mientras tanto, estás en buenas manos.

—He reservado una habitación en el hotel...

—De ninguna manera, la casa es suficientemente grande para que te quedes con nosotras. ¿Qué anfitriona sería si te dejara en un hotel?

—Eso es cierto —continuó Gwen—, y no aceptamos un no por respuesta.

—Como queráis, seguro que estoy mejor atendido.

—Mucho mejor, de eso me encargo yo —afirmó de nuevo Gwen.

Y desde luego que la casa era lo suficientemente grande para que él pasara esos días. Una verja de hierro negro rodeaba la propiedad y un jardín era lo primero que pisabas al entrar, porque fue en la entrada principal donde los dejó el chófer para él ir después a la parte de atrás a dejar el coche. Delante de él serpenteaba de forma suave un camino de piedra marrón clara que llegaba hasta la puerta de la casa, protegida por dos árboles. Era una estructura de dos alturas con unos arcos de medio punto que enmarcaban la puerta y las ventanas de la primera altura. Pequeños ventanucos circulares de cristalerías de colores adornaban el resto de la fachada principal de piedra marrón y aspecto rústico, grandes ventanales en ambos pisos completaban el edificio.

—Bonita, ¿verdad? —dijo Elisabeth—. La compramos cuando murió mi marido. Se puede decir que es la casa de la familia desde entonces, aunque no es la única, tenemos un rancho tranquilo en Texas, un ático en Nueva York y una casa de verano en los Hamptons. Suficientes, ¿no crees?

—Desde luego.

—Arriba, dando a la parte de atrás hay una terraza muy particular y muy fresquita.

—Entremos ya —apresuró Gwen—, ¿no querrás que nos quedemos fuera todo el día?

—Claro, adelante.

El chófer se encargó de su equipaje, y él solo tuvo que acceder a la casa tras ellas. Enseguida Elisabeth fue mostrándole la casa por dentro, James sonrió y la dejó hacer. Había algo gracioso en la manera en que algunas mujeres disfrutaban mostrando su hogar. Elisabeth era de esas, orgullosa de su casa, de su familia, de su hija, algo que James admiraba y envidiaba. El espacioso recibidor con la escalera enmoquetada que daba a los pisos de arriba era el punto de división hacia el enorme salón y el gran ventanal que lo iluminaba, los grises y crudos abundaban, la pantalla plana, la chimenea

adornada, la decoración, los dos o tres cuadros de acuarelas japonesas, a excepción de un sillón de colores que daba el punto discordante y alegre al lugar.

—Ven por aquí —le indicó Gwen—, te hemos preparado un *lunch* por si tienes hambre.

—Sí, gracias.

Los tres caminaron hacia el otro lado del pasillo, a un salón algo menor que se unía a la cocina, cuya mesa central albergaba una serie de bocados de catering y de bebidas variadas. Se sentaron y empezaron a dar cuenta de ellas.

—Te hemos preparado una habitación en el piso de arriba.

—No debieron molestarse.

—Tutéanos, por favor; quizás en poco tiempo seamos familia.

—Elisabeth, no lo incomodes. Dejémoslo descansar primero.

—Y conocer a Raven. Bueno, ¿qué te ha contado Paul de nuestra familia?

—No mucho. Me dijo que su marido y su abuelo estaban muertos y que ella y usted, digo tú, estabais bajo su protección.

—¿Nada más?

—No, supongo que quería que habláramos en persona.

—Verás. Mi familia siempre ha tenido dinero, pero fue mi padre el que consiguió hacer grandes negocios, diversificó sus inversiones y fue muy inteligente. Gracias a él ahora tenemos todo esto. Yo me casé por amor. Al principio mi padre desconfió de mi marido, pero cuando vio cómo se volcaba en mí y en sus negocios, empezó a confiar en él. Todo era mágico y cuando nació Raven la felicidad fue máxima. Pero todo se truncó en un accidente de coche. Mi marido murió cuando Raven tenía cuatro años, yo no volví a casarme y fue mi padre el que se encargó de todo. Poco a poco el dolor fue pasando y mi hija creciendo. Era la alegría y el orgullo de su abuelo, de todos nosotros. Al morir mi padre, ella y Paul se encargaron de todo, pero la despedida con él fue distinta. Murió rodeado de la gente que quería, anciano ya y feliz. Los Simmons hemos tenido una vida sencilla y acomodada. Mi

padre luchó por eso.

—¿Puedo preguntar por qué ha llegado a desear un matrimonio de conveniencia?

—Eso es algo que debe contarte Raven. Son sus motivos personales.

—Ya veo, ¿cuándo volverá?

—Seguramente mañana.

—Bien. No he visto ninguna foto de ella, ni me han hablado de su persona.

Ambas mujeres rieron y se llevaron un bocadito de crema a la boca.

—¿Y tú?

James sonrió, claramente cambiaban de tema al tratar asuntos más personales.

—Mi vida es más aburrida. Una familia noble inglesa con sus muchas carencias y aburridas veladas sociales. Mi padre ha muerto hace poco, y yo he heredado la carga familiar.

—Vaya, no pareces muy contento.

—Supongo que esperaba otra cosa.

—Seguro que se solucionará —aseguró Gwen.

Otro tema cortado, ninguna hablaba abiertamente de por qué estaba él allí.

—Creo que voy a descansar un poco. El viaje ha sido largo.

—Por supuesto, te acompaño a tu habitación. —Gwen se levantó de la silla con él.

—Puedes usar la mansión libremente —le dijo Elisabeth—. Estás en tu casa.

—Gracias, Elisabeth, sois muy amables.

Siguió a Gwen escaleras arriba y entró en la habitación que ella le indicó. Su equipaje ya estaba allí. La mujer se retiró con una sonrisa y dándole de nuevo la bienvenida. Desde luego eran muy agradables.

James abrió su bolso de viaje y sacó la ropa que había traído, casi toda de calle, aunque un traje elegante lo acompañaba por si acaso. No esperaba estar mucho tiempo allí, pero era algo que no le importó. Sus anfitrionas parecían

agradables y, por lo menos, allí estaba alejado de sus problemas y su familia. La habitación que le habían dejado era grande y tenía baño propio y unas bonitas vistas al jardín. Colocó su equipaje en el armario y sus enseres personales en el baño y aprovechó para darse una buena ducha. La persona a la que quería conocer no llegaría hasta pasadas unas horas y le vendría bien descansar. Ya conocía los detalles de la muerte del padre, de la del abuelo, de lo que componía la fortuna familiar y un poco de su historia. Elisabeth y Gwen se lo habían contado durante el *lunch*, como ellas lo habían llamado. Se lo habían contado todo, excepto lo que se trataba de Raven. La princesa de la casa había sido un tema tabú. Lo único que pudo sacar en claro de todo era que la querían, que era una buena chica y que todo lo que veía sería suyo, nada más, ni una foto ni una descripción; ¿le estarían ocultando algo? Cada vez estaba más nervioso, por eso necesitaba relajarse y descansar, prepararse para la próxima velada con la persona a la que había ido expresamente a conocer.

Raven entró en la casa intentando mantener un paso firme, pero estaba más nerviosa de lo que le habría gustado reconocer. La decisión estaba tomada y debía hacerle frente; sin embargo, las últimas dudas remolineaban en su cabeza. Todo era tan precipitado. Había estado segura de su decisión, sin embargo, delante de la puerta de su casa, dudó. ¿Ese era el futuro que quería? Y recordó a su abuelo, frunciendo el ceño ante los que lo consideraban inferior socialmente. Apretó los labios. «Tus descendientes serán condes, abu —pensó para darse fuerza». Su madre le había mandado un mensaje avisándole que la estarían esperando en el salón, que llegara arreglada para la ocasión. No quería que las cosas ocurrieran con sorpresas.

Abrió la puerta con decisión y accedió.

Allí, ante sus ojos, de pie para recibirla, estaba el hombre más impresionante que había visto en su vida. «¿Dónde estaba su conde del montón?». Se quedó quieta por el impacto, y fue su madre la que, dándose cuenta de la situación, se levantó del sillón y la hizo acercarse a él.

Impresionante era quedarse corta. Cuando él se acercó a ella y la tomó de la mano para saludarla, un latigazo la recorrió. Era atractivo y sensual hasta decir basta, con unos increíbles ojos verdes enmarcados en una cejas castaño cobrizas delineadas por ángeles. Otro escalofrío la azotó cuando esos ojos la recorrieron de arriba a abajo, rápido, su metro setenta se quedaba en nada con la altura del hombre. Pero no era eso lo que esperaba ni lo que quería. Se soltó de su apretón de manos y recuperó la compostura.

—Bienvenido, ¿conde? —Raven arrugó la nariz, no sabía qué tratamiento debía darle.

—James, por favor. Encantado de conocerte por fin.

Su voz era honda y suave, con ese sexy acento inglés, pero no pasó desapercibido para ella el tono al decir ese «por fin». ¿Le habría molestado la espera?

—Siento no haber podido venir antes; todo fue demasiado rápido y no podía cancelar mis planes.

—Lo entiendo, Paul me lo comentó. ¿Puedo llamarte Raven?

Ella asintió. La primera impresión era la que contaba y mejor tratarse con cordialidad desde el principio.

—Bueno, vamos a sentarnos y a hablar —dijo su madre.

—Desde luego que no, Ely —aseguró Gwen —, los dejaremos solos para que se conozcan. Nosotras ya lo hemos acaparado bastante.

—Gwen, no hace falta... —dijo Raven.

—Nada, cariño, nos vemos más tarde.

Y arrastrando a su madre, después de guiñarle un ojo, salió de allí.

Raven volvió a mirarlo mientras se sentaba en el sillón de colores del salón, su lugar favorito. Él se sentó a su lado en el sofá, sonriendo ante su gesto. Estaba claro quien había colocado ese sillón de vivos colores allí. Ella lo observó. Era magnético. Esa sonrisa encantadora, ese cruce de piernas tan estudiado, ¿qué encerrarían esos modales tan exquisitos? ¿Solo una educación de conde? ¿Cómo podía alguien con ese físico y esa cara necesitar un

matrimonio de conveniencia?

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó ella, nerviosa—. ¿Te gusta América?

—Sí, ya es la segunda vez que vengo. Trabajé aquí durante unos meses.

—Eso está bien, ¿Nueva York?

Él asintió y lo que siguió después fue un silencio incómodo. Raven no quería sacarle las palabras a la fuerza, pero no parecía muy hablador. James por su parte no dejaba de mirarla con intensidad. Después del primer escrutinio de cuerpo entero se había relajado. No era como se había imaginado, ni como el silencio de las anfitrionas le había hecho sospechar. Era alta, lo suficiente, y si bien se podía decir que no era tan delgada como marcaba la moda, sí era esbelta y bien proporcionada. Pero lo que más le agradó fue su cara: una bonita cara de niña buena rodeada por una buena mata de pelo ondulado castaño, iluminada por unos grandes ojos color miel, expresivos, brillantes, alegres, que, sobre todo, parecían sinceros. La impresión general era aceptable, una persona con la que tenía el presentimiento de que podía crear un vínculo de futuro estable. Sin embargo, había cosas que quería que le explicara, para eso estaba allí, para conocerse.

—Explicame tus razones —soltó él de golpe.

Ella abrió mucho los ojos; casi lo prefería callado.

—¿Mis razones?

—Tienes dinero, una familia que te quiere, estabilidad, posiblemente hasta hayas tenido chicos tras de ti, ¿por qué esto?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Lo mío es sencillo, estoy en la ruina y no quiero perder el patrimonio ni el título de mi familia.

—Muy romántico todo.

—¿Esperabas romanticismo y amor?

—No, esa es una parte de mi decisión.

—¿Por?

—He tenido varios novios que solo han estado conmigo por mi dinero. Estoy harta de enamorarme y desengañarme; no me van a utilizar más.

—¿Pues este trato entre los dos no es muy adecuado entonces?

—Al contrario, esto es lo adecuado, así sé qué es lo que hay desde el principio. No hay engaño. No fingirás amarme ni yo a ti. Es un negocio, claro.

—¿Es la única razón?

—¿Te parece poco?

—Me parece infantil.

Desde luego era sincero, sin pelos en la lengua y excesivamente directo.

—¿Infantil?

—«No me quieren como yo quiero que me quieran. Me siento utilizada por los hombres. Solo les importa mi dinero». ¿Cuál de los tres te vale? ¿Tan importante es que te amen? Solo se sufre.

—Pues para tu información, si es importante. Cuando amo no me gusta que me engañen; no lo llevo muy bien.

—Y si es importante amar y ser amado, ¿por qué estoy yo aquí? No pareces de las que sean capaces de vivir sin amor.

En eso tenía razón; era una contradicción.

—Pues te sorprenderé. Además, creo que un matrimonio conveniente también puede llegar a albergar amor.

—El roce hace el cariño, la complicidad por la vida compartida y no hay riesgo de dolor. Es una buena forma de verlo.

—Pero no es la única. Hice una promesa hace años.

James abrió mucho los ojos. No esperaba que esa fuera una de sus razones. La vio bajar la vista y frotarse las manos. Esa era la razón que más pesaba en su decisión.

—¿Qué promesa?

—A mi abuelo antes de morir. —Lo vio sonreír, no una de esas sonrisas de condescendencia, sino una sincera, lo entendía y se relajó—. Verás, me he criado con mucho dinero y muy protegida por mi familia, sobre todo por mi

abuelo y sobre todo desde que murió mi padre cuando yo era pequeña. Siempre me hablaba de lo que le costó empezar desde cero, trabajar duro y luchar por lo que tenemos. Siempre me habló de la rabia que sentía cada vez que un miembro de una de esas estirpes de antiguos ricos lo miraba por encima del hombro o lo insultaba a pesar de todo el dinero, incluso a veces lo veía llorar de impotencia. Me hizo prometerle que, si estaba alguna vez en mi mano, tendría un título y mis hijos, sangre noble. Ya ves, ni que estuviéramos en el siglo XIX.

—No es tan extraño; muchas veces vemos normal el casarse por dinero, pero está bien seguir pensando que la nobleza también es importante. Sin embargo, no tienes por qué hacerlo. Fue un buen gesto de amor prometerle eso en su lecho de muerte, pero, al fin y al cabo, es tu vida.

—Lo he meditado mucho. No me gusta prometer cosas y luego no cumplirlas, por lo menos debo intentarlo. Te toca.

James sonrió de nuevo, maldita fuera esa magnífica sonrisa.

—El mismo caso.

—¿Cómo?

—Le juré a mi abuelo que protegería la herencia familiar y nuestro título, nuestra historia.

—¿Estás quedándote conmigo? No puede ser.

—Es cierto, pero en mi caso es más complicado. El título pasó por las manos de mi padre y estoy a punto de perderlo todo; mi familia no es como la tuya.

—Puedes contármelo.

—Prefiero convencerte de que soy una buena inversión y después hablarte de ellos o te arrepentirás antes de tiempo.

—Tan malo no puede ser.

—Tan malo no, es peor.

Raven soltó una carcajada, seguramente estaría exagerando.

—¿Entonces qué hacemos?

—Si no es molestia, me quedaré unos días para que lo decidas y después, si tu decisión es no, volveré a Inglaterra a buscar otra opción, y si es que sí, volverás conmigo para conocer mi mundo y prepararte.

Raven asintió, todo estaba claro; las cartas estaban sobre la mesa. Pero la decisión iba a ser difícil: ¿era a ese hombre al que quería en su vida? Tenía unos días para pensar, para conocerlo. Promesas aparte, era su vida.

Raven bajó alrededor de las ocho de la tarde, arreglada para la cena. La conversación con James había sido interesante. En unos minutos habían hablado de lo que ambos sentían y expresado sus dudas sin tapujos y eso era bueno. Después, se disculpó con él para poder deshacer su maleta y descansar del viaje de vuelta de los Hamptons. Durante un par de horas, había decidido relajarse en la bañera, aclarar sus ideas, darse cuenta de que había llegado el momento, de que el conde estaba en su casa, esa noche a su mesa y quizás en su vida ya para siempre. ¡Cómo cambiaba todo en un par de días! Se sumergió hasta la barbilla. ¿Estaría él en el mismo estado de nervios que ella? No lo parecía. Era como si controlara muy bien la situación, como si esa flema inglesa no dejara traslucir nada de nada, ¡qué envidia poder estar tan tranquilo! La primera conversación había sido cordial. Él se mantuvo en su posición reposada con las piernas cruzadas durante el tiempo que hablaron. Solo sonreía y elegía las palabras con calma. ¿Qué había sacado en claro de ese rato? Nada. Ella, que normalmente calaba a la gente con facilidad. Pero había tiempo. Él se ofreció a quedarse unos días para darle tiempo. Recordó su nombre: James, que nombre tan aristocrático, le gustaba. Y pensó en el suyo futuro, el que le había dicho Paul: Raven Tenston, condesa de Wranson, sonaba bien, muy bien. Se imaginó del brazo de James paseando por Londres. Frunció el ceño. Era demasiado perfecto, él era demasiado perfecto.

Cuando entró en el salón se dio cuenta de que la leyenda urbana de la puntualidad inglesa acompañaba a James. Ella había tardado un siglo en decidirse por un vestido que la hiciera parecer más atractiva y sofisticada,

pero no había conseguido gran cosa; así que se decidió por la sencillez, una falda de tubo negra y una blusa de pequeñas flores, cómoda y seria a la vez.

—Disculpad la demora.

—Apenas han sido unos minutos, cariño —concilió Elisabeth.

—Estás muy guapa con el pelo recogido —afirmó Gwen.

—Sí, más cómodo para cenar.

El servicio de catering que habían contratado sirvió la cena.

—Supongo que en Inglaterra cenareis mucho antes.

—No hay problema, Gwen; me adapto.

—Bueno, háganos de tus intenciones. —Elisabeth ya quería conocer más.

Se habían conocido y parecía que la primera impresión era buena, pero había que avanzar.

—Mamá, por favor.

—No, cariño, quiero saberlo todo.

—No pasa nada, es normal. —James se llevó uno de los trozos de rosbif a la boca, un ligero sabor a nueces la invadió, y masticó con calma para darle después un sorbo a la copa de vino—. Ya le conté que mi familia es algo peculiar. Sin embargo, fui suave. Mi padre heredó el título de mi abuelo, un patrimonio y una herencia que él amaba y que consiguió mantener e incluso acrecentar. En eso tanto mi abuelo como el tuyo se parecían mucho. Pero mi padre era distinto. Se crio en el odio a su padre y a su estirpe, o por lo menos es lo que yo he visto siempre; nunca me contó nada al respecto. Si mi abuelo hubiera podido, habría saltado en la sucesión a mi padre pero, aunque se aseguró de que yo heredara, era muy complicado pasar de su hijo. Mi padre fue un mal no deseado y durante sus años de control de las propiedades de los Tenston se dedicó a acumular deudas, despilfarrar lo que cayó en sus manos. Dejó de pagar impuestos oficiales y a la Corona, embargó y perdió gran parte de la herencia, por no decir toda. Lo que voy a decir ahora os sonará fuerte, pero he de afirmar que casi me alegro de que muriera. Ahora el condado está en mis manos, bueno, Paul se ha quedado concretando el traspaso del título.

No tenía dinero ni para afrontar eso, así dejó mi padre el legado. Tengo pensado empezar unos proyectos en mis propiedades de la campiña, pero no puedo avanzar sin capital. No hay otra opción para mí, por eso estoy aquí.

—Es una pena —dijo Gwen.

—Entonces arrastras los pecados de tu padre. —Elisabeth vio cómo debía sentirse, la impotencia.

—Mis intenciones no son deshonestas; si Raven acepta, siempre estaré a su lado. Yo también cumplo mis promesas.

Raven se sonrojó; esa alusión a su futuro juntos la perturbó.

—Me dijiste que tu familia era de lo peor, pero tu padre está muerto.

—El problema es que tanto mi madre como mi hermano son un constante quebradero de cabeza. Mi madre ha vivido siempre en su mundo de luz y color, ajena a todo lo que pasaba a su alrededor. Dejaba que mi padre dilapidara la herencia y que mi hermano siguiera sus pasos, manteniendo un nivel de vida muy por encima de sus posibilidades; apática, fría, malhumorada. No es que la culpe; nunca fue realmente aceptada por mi abuelo. Siempre lo odió y luego volcó ese odio sobre mí.

—¿Tu madre no te quiere?

—No, nunca me ha dado un abrazo, un beso o una muestra de afecto. Y mi hermano es malvado, desde que yo estoy al frente de la familia está todavía más destructivo, bebe, juega, está con mujeres. Sus deudas empiezan a ser desorbitadas y sus prestamistas peligrosos. Tengo una hermana menor que yo, pero ella está casada y fuera de los traumas familiares. No sabe o no quiere saber nada. Se ha desentendido, supongo que llevada por su marido. No la culpo. Y esa es mi bonita historia.

—¡Qué triste! —dijo Gwen.

—Siento que estés pasando por eso —manifestó Elisabeth con total empatía, viendo a ese niño poco querido que tuvo que ser.

—Pero no quiero que te veas abocada a tomar una decisión solo por lástima. —James se dirigió a Raven.

—No lo haré.

—Piensa que quizás solo esté jugando con vuestros sentimientos, que quizás te estoy mintiendo.

—¿Lo haces?

—Hay algo que debes saber de mí, Raven, y es que nunca, nunca miento.

—Pues hay que brindar por eso. No hay muchos hombres honestos.

Elisabeth levantó la copa de vino y los demás la imitaron. Era momento de dejar los malos recuerdos. Él había sido sincero desde el primer momento y les había explicado lo que pasaba en su vida. Era mejor saber a qué se enfrentaban, pero confiaban en Paul. Si él se había decantado por James, sería porque era el adecuado. Ahora solo faltaba que Raven decidiera.

Raven entró en el cuarto de su madre y se sentó sobre la cama. Ella ya estaba tumbada en ella, leyendo. La cena había transcurrido tranquila, hablando de todo un poco, sin el nivel de sentimientos con el que había empezado.

—¿Qué te parece?

—Esa pregunta te la debería hacer yo a ti, cariño.

—Parece sincero, un hombre noble y agradable.

—¿Pero?

—No sé, mamá. ¿Y si me oculta algo?

—Eso lo deberás descubrir tú misma, pero piensa que nos ha contado todo en la cena, y su expresión era de pena, incluso parecía realmente humillado al hacerlo, como si le costara un mundo confesar eso. Yo creo que es sincero y alguien en el que podrás confiar. Además, dijo que tenía proyectos futuros. Eso significa que no es un vago acomodado, sino que quiere esforzarse.

—Tienes razón.

—De todas formas, tienes unos días para conocerlo mejor, para pasarlos con él. No te apresures.

—¿Y si decido que no? Me da algo de pena.

—Pues piensa que en algo habrás pagado su esfuerzo. Paul se está

encargando del pago del impuesto de transferencia del título a su persona. Ese sería tu regalo.

—Eso sí. Gracias, mamá.

—Relájate y disfruta, ¿no te quejabas de que no había nada nuevo en tu vida?

—Ni tanto ni tan calvo, mamá.

Su madre soltó una carcajada y le dio un beso a su hija. Se merecía ser feliz y quizás James era ese hombre indicado para ella, así, un destino que llega de sopetón y que no te da opción, ¡qué novelero! El sonido del móvil de Raven las hizo separarse.

—¿Paul?

—No, Sharon. Me voy a mi cuarto.

—Descansa, cariño.

Raven salió de la habitación de su madre y caminó a lo largo del pasillo hasta la suya. James utilizaba la del final. Leyó el mensaje de su amiga.

Sharon:

Hola, cariño, cómo va todo? Me tienes en ascuas ;)

Raven:

Todo ok. Ya te contaré.

Sharon:

Perfecto, mañana quedamos.

Raven:

No, es pronto.

Sharon:

Qué va, invítalo a un día de playa con todos.

Raven:

¿Tú crees?

Sharon:

Sí, día de playa, genial. Besitossss.

Raven puso el último ok en la pantalla y cerró el diálogo. No sería mala idea que Sharon y los demás también lo conocieran, igual veían algo en él que a ella se le escapaba. Sí, pasarían el día con ellos. Sharon siempre era un apoyo en los casos en los que ella no se decidía.

James cogió una de las toallas negras de flores blancas y se la frotó por el pelo mojado mientras salía del baño de su habitación. Al principio había dudado si contar su verdadera situación o esperar a que todo estuviera acordado, pero nunca le había gustado mentir y, por la reacción de las mujeres, había hecho lo correcto. Raven le agradaba; era alegre, lista, de sonrisa fácil y de ideas claras, rasgos que le gustaban en una mujer, sin embargo... Era una lástima que físicamente no se pareciera más a Victoria. Ese pensamiento lo hizo fruncir el ceño. ¿Por qué la comparaba con alguien que lo había humillado y traicionado? Desde luego que no había comparación y desde luego que con el tiempo y su compañía acabaría queriéndola. Debía empezar a verla como su futura esposa, centrar ese objetivo.

—Quería preguntarte si...

La irrupción de Raven en su habitación lo pilló por sorpresa y solo tuvo tiempo de cambiar la toalla de posición, de la cabeza a las ingles. Ella se quedó paralizada por la impresión. No esperaba verlo desnudo de golpe frente a ella. Debía haber llamado, qué idiota.

—No pasa nada, dime.

James rodeó la toalla de aseo a su cintura y sonrió para calmar sus nervios.

—Eh, bueno, yo... —Raven empezó a divagar, ¿para qué había entrado allí? Ya no lo recordaba. En su mente solo estaba ese magnífico cuerpo desnudo—, no lo recuerdo, seguro que no era nada importante. Lo siento, debí llamar.

—Da igual, tarde o temprano tendremos que vernos desnudos.

Esa revelación acabó con las defensas de Raven y un rubor que no buscaba subió a sus mejillas y le secó la garganta.

—Me voy, mañana ya...

No dijo más, no podía; seguía dando vueltas esa imagen en su cabeza. Salió de la habitación despacio, intentando apaciguar y aclarar su mente. Cuando abandonó la habitación, James se quitó la toalla mojada de su cadera y se dispuso a lanzarla al suelo. Pero la puerta se abrió de nuevo y allí estaba otra vez Raven, con los ojos muy abiertos, ¿no llevaba puesta la toalla? Esa vez ella se llevó las manos a la cara y se tapó con vergüenza, ya era la segunda vez que no avisaba. No tenía excusa, ¿qué hacía comportándose como una cría?

—Espera un momento, me pondré los pantalones.

Raven no separó las manos de los ojos mientras lo escuchaba vestirse y no lo hizo hasta que él no se lo indicó. Al abrir los ojos lo miró con intensidad, llevaba los pantalones del pijama, sí, pero el torso perfecto, ese pecho que parecía estar esculpido por los escultores griegos antiguos, ese torso seguía frente a ella y, cuanto antes se marchara y se enfriara, mejor.

—He recordado lo que venía a decir.

—¿Y bien?

—Mañana pasaremos el día en la playa con unos amigos, ¿te apetece?

—Claro.

—Pues... Eso era lo que... Me voy.

James soltó una risilla cuando ella salió precipitadamente. Entendía su desconcierto y su malestar; apenas se conocían y era normal que le diera vergüenza la situación. Sin embargo, su reacción había sido excesivamente inocente, como si no estuviera acostumbrada a ver hombres desnudos. Aunque él conocía cuál era su potencial en cueros y su atractivo, nunca le había importado estar desnudo frente a una mujer y siempre que lo hacía acababa en una buena noche de sexo. Recordó que a Victoria le gustaba... Volvió a fruncir el ceño, maldita bruja. Era hora de dormir y olvidarse de todo, pensar en cosas mejores, pensar en que pronto su vida sería más tranquila y con alguien bueno a su lado.

Capítulo 7

Un grupo reducido de amigos se congregó esa mañana en la playa para conocer a James. Al fin y al cabo, habían regresado de los Hamptons para eso. Raven lo había puesto al día sobre quiénes eran, sobre todo le había hablado de Sharon, su mejor amiga. Nada más llegar y efectuar las presentaciones oficiales, los dos chicos del grupo lo arrastraron con ellos a la orilla para, como había dicho John, dejar al mujerío solo y hacer cosas de hombres. James había sonreído y seguido sus pasos hasta el agua. Raven y Sharon se sentaron en las tumbonas frente a ellos.

—Así que ese es tu conde.

—Cierra ya la boca, Sharon; te van a entrar moscas —bromeó Raven.

Sharon escurrió sus gafas de sol por su nariz hasta ver por encima y contemplar con más detenimiento a James.

—¿Te has acostado ya con él?

—Por supuesto que no, tonta; solo lo conozco de un par de días.

—Por favor, como si hiciera falta para el sexo mucho más que unas horas y más estando tan bueno.

—No soy como tú, petarda.

—Eso lo sé, flor. ¿Puedo acostarme yo con él?

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Aún no le has dicho que sí, así que, aún no es tu novio formal. Por favor, ¿me lo dejas unas horas?

—Eres tonta, ¿me hablas en serio?

—Míralo, es perfecto, ¿y es inglés?

—Creí que no te gustaban los británicos; eso me dijiste cuando te conté mis planes.

—Joder, sí, pero nunca había visto uno tan guapo, menuda suerte.

—Sí, ya.

—¿No te gusta? Pues para mí, me lo pido —soltó, alzando el brazo.

—No es que no me guste, es que es demasiado... demasiado todo.

—¿Demasiado? Apenas lo conoces, aunque, claro, a simple vista no parece tener ningún defecto. ¿Sus maneras?

—Impecables, es un caballero.

—¿Soso? ¿Poco hablador? ¿Algo tonto?

—Siempre sonrío, es muy inteligente, sabe cuándo y qué callar.

—Y ese es el problema.

—Sí, yo quería un conde del montón.

—Ufff... ¡Ya estamos! ¡Cómo te estás rallando! Hoy no le des más vueltas; anda, vamos a disfrutar de un día de playa y de unas maravillosas vistas. *Carpe diem*, flor. Y si yo fuera tú, me aferraría con ganas a ese culo perfecto y...

—Ya basta.

Sharon sonrió y señaló con la cabeza a James, que charlaba animadamente con dos de los amigos de Raven. Pero su amiga tenía razón; era imposible quitarle los ojos de encima.

—Espero que esté cómodo con nosotros.

—Parece entretenerse con John. —Ambas vieron a su amigo ofreciendo una raqueta a James—. Lo único que lo distingue es ese acento tan sexy. Por cierto, esta tarde vendrá Axel; al parecer acaba de volver de la reunión esa que hacía con sus compañeros.

—No fastidies, no tengo ganas de verlo.

—Bueno, lleva tiempo fuera, en sus negocios, y al parecer quiere

desconectar un poco.

—Sí, negocios que disfruta gracias a mi dinero.

—Dicen que es uno de los mejores.

—Seguro, con lo capullo y mentiroso que es, le irá genial.

—¿No quedamos en que ya no te iba a afectar?

—¿Por qué viene?

—Eso da igual; tienes a un conde para darle en las narices.

—Sharon, por favor, que James no sepa que Axel es mi ex.

—¿Crees que se molestará?

Raven se quedó unos segundos pensativa; Sharon tenía razón, a James ni siquiera le afectaba. No era su novio, y la posibilidad de los celos estaba fuera de lugar.

—No, no creo que pase nada, pero sabes cómo es de pesado Axel.

—Igual quiere recuperarte, ¿qué harías entonces?

—Ni de coña, una y no más, no va a engañarme dos veces, si lo hiciera es porque yo sí que soy tonta de remate.

—Y por tu futuro como condesa no es.

—Mira que eres boba.

Raven le dio un ligero empujón de complicidad, y Sharon se rio. Ambas volvieron la vista al partidito de tenis que se llevaba a cabo a orillas del océano.

Al cabo de más de media hora, James dejó el deporte bajo el sol y se dirigió hasta las hamacas que las chicas ocupaban. Se sentó con ganas en una de ellas, bajo la sombra de un toldo.

—Había olvidado lo poco que me gusta el sol.

Raven se enderezó, sorprendida.

—¿No te gusta? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Que no me guste no significa que no pueda aguantar un rato bajo él.

—Es verdad, no va a pasar nada por estar un poco entre tus mejores amigos.

—Eras Sharon, ¿no?

—Sí, la mejor amiga de Raven.

—Eso sí lo recuerdo. —Estiró los brazos, miró la piel y después a Raven —. Debería ponerme más crema, ¿me ayudas?

Raven se quedó mirándolo con intensidad; por supuesto que alguien debería ayudarlo con la crema solar o se quemaría.

—Yo lo haré, te presto la mía que tiene un alto valor de protección.

El ofrecimiento de Sharon fue más rápido que la reacción de Raven y, mientras James se colocaba de espaldas, Raven pudo ver el gesto de súplica de su amiga, ese «por favor, solo un poquito», la hizo sonreír y la dejó hacer, aguantando la risa de nuevo cuando vio cómo ella se mordía el labio inferior por no arrojarse a morder otra cosa. Así era Sharon: le gustaba aprovechar intensamente el momento.

James no se opuso al cambio. Sharon era una mujer muy atractiva, aunque tenía claro que no estaba allí para ligotear, y menos con Raven allí. Era cierto que el minúsculo bikini que llevaba Sharon era bastante tentador, mucho más que el bañador de colores que llevaba Raven y que cubría mucho más que el de su amiga. Suponía que ella tendría sus propios gustos en cuanto a baño y comodidad. También era verdad que su físico no era el de Sharon, pero eso no era lo importante. Lo importante allí era tener un mínimo de respeto hacia su anfitriona, el mismo que parecía demostrar Sharon. No intentaría ir más allá de la crema con él, a pesar de que a James no se le había escapado la forma que tenía de mirarlo, aunque, pensándolo bien, hacía un tiempo que las miradas y deseos de las mujeres le resbalaban. Solo había conseguido que lo traicionaran.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Raven sacándolo de sus cavilaciones. Él asintió; sabía que había traído una nevera portátil con lo necesario para todo el día. Era bastante organizada.

—Todos tenemos hambre, ¿qué habéis traído? —soltó John sentándose junto a Ben en las hamacas vacías de alrededor.

—¿Habéis? —le gritó Sharon, dejando ya la espalda de James y volviendo

a su lugar—. Oye, guapo, estoy más que harta de que siempre seamos nosotras las que organicemos todo.

—No te enfades. Es la costumbre, y siempre es Raven la que se encarga, no te quejes tú —apaciguó Ben.

—Pero ¿habéis traído algo o no? —insistió John.

—Qué sí, imbécil.

—Esa boca, Sharon, que estás ante un conde.

—No hay problema, John, he escuchado cosas peores.

—¿Sabes? Cuando Raven nos habló de ti pensé que serías más estirado y cursi —continuó John—, pero me caes bien, tío.

—¿Tío? ¿Has olvidado que es un conde? —soltó Sharon.

—Vete por ahí, pesada.

—Hago lo mismo que haces tú.

—Vaya, ya huele a bocadillo.

Raven abrió la nevera de viaje que había traído y empezó a sacar los bocadillos envueltos en film transparente y repartiéndolos. Los chicos se sentaron sobre sus toallas y cruzaron las piernas, abriendo una de las frescas latas de cerveza y refrescos. John cogió uno de los bocatas vegetales y empezó a dar cuenta de él cuando el teléfono de Sharon vibró.

—Viene Axel. Me ha mandado un mensaje para saber dónde estamos.

—¿Axel?

—Sí, el exnovio de Raven. —John dio bocado.

—¡John!

—¿Qué? Es verdad. No es santo de nuestra devoción, pero bueno, lo vemos poco.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Ben.

—Negocios.

—Joder, Sharon, ¿por qué sigues en contacto con él?

—Oye, que por mí se puede morir.

—¿Entonces?

—Sabes que soy incapaz de darle esquinazo; siempre consigue lo que busca. Por lo menos he logrado que no vaya a ver a Raven solo.

—¿Qué? —Esa vez fue Raven la extrañada.

—Verás, insistió en que le diera tu número de teléfono nuevo, que iba a pasar por Chicago y quería verte. Me dijo que solo como amigos, pero no iba a permitir que fuera bajo su control. Por eso le dije lo de la playa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Estabas liada con la visita de James. No te preocupes; se tomará unos bocadillos con nosotros y se irá.

—¡Vaya, hablando del rey de Roma!

Todos dirigieron la mirada hacia el lugar de la playa que Ben les indicó con un gesto de la cabeza. Pisando ya la arena y aproximándose, vieron a un hombre joven, alto, de figura atlética y que llevaba un bañador y unas gafas de sol a la última moda. Mientras se acercaba a ellos, observaron cómo un grupo de chicas lo seguía con la mirada. James frunció el ceño, ¿ese era el ex de Raven? Interesante, no habían hablado de sus respectivos pasados.

—Hola a todos —saludó Axel con una sonrisa encantadora, fijando su mirada en Raven y después en todos los presentes—. Me alegro de veros, siempre tan juntitos, una buena piña.

—Hola, Axel, ¿vas a quedarte mucho?

—Tú siempre tan amable, Sharon. Genial, bocatas de Raven. —Alargó la mano y sacó uno de la nevera junto con una cerveza—. ¿Qué tal todo?

—Bien, gracias —dijo Raven de forma fría y distante.

—Tenía ganas de hablar contigo. Tengo unos días libres, si quieres que quedemos.

Axel se dirigió a Raven en especial. Parecía ignorar al resto, mostrando una total falta de educación con ellos.

—No creo, tengo huéspedes y debo atenderlos.

—¿Huéspedes? —Axel miró a James que le mantuvo la mirada con intensidad.

—Es su novio; su novio inglés. —Sharon no pudo evitarlo.

—¿Su novio? ¿En serio? —Axel contempló a James con renovado interés, ¿un novio inglés?—. Ya veo, pero seguro que no le importa que pases un rato con un ex, ¿verdad?

—No veo por qué no, si es eso lo que ella quiere. Pero me parece que no eres bienvenido.

—¿Cómo? ¿Tú qué sabes?

—No mucho, pero me da la impresión de que te has impuesto a la fuerza.

—¿De qué vas?

—Oye, no discutáis —concilió Ben, no era momento para dramas y celos.

—De acuerdo, lo siento; solo quiero pasar un rato con vosotros.

—Tú nunca pasas el rato, Axel, ¿qué quieres? —Raven empezaba a impacientarse.

—He venido por ti, ¿no puedo? Muchas cosas han cambiado y quiero que lo haga también nuestra relación, igual quiero recuperar nuestra amistad.

—No saques conclusiones tú solo; no vamos a recuperar nada.

—Pero parece que sí vas avanzando en amores. Es una pena.

—¿Una pena?

—Sí. —Y miró a James con toda la tranquilidad del mundo, como si la cosa no fuera con él, como si tuviera toda la razón del mundo—. Supongo que tienes aceptado que cuando folles con ella estará pensando en mí.

Sharon se atragantó con el sorbo de refresco que tenía en la boca y los demás no fueron menos; la cosa se caldeaba. Raven no podía creer que Axel le acabara de decir eso. Pero no le dio tiempo a reaccionar y a saborear más su victoria. James fue más rápido y, lanzándole una mirada intensa y de menosprecio de arriba a abajo, le contestó. El hombre no estaba nada mal, pero no llegaba a su nivel.

—¿En serio crees que va a pensar en ti? ¿Me has mirado bien? Soy bastante mejor que tú.

Sharon soltó una fuerte carcajada ante la directa de James. ¿Qué se había

pensado el imbécil de Axel? Después de lo que le había hecho a Raven, ¿estaba marcando su territorio? La tensión se palpaba, la incomodidad pronto haría mella en los ánimos y no estaba dispuesta a que eso pasara, cuanto antes se relajaran mejor, y que Axel y Raven estuvieran muy juntos no ayudaría.

—Anda, vamos a dejarnos de malos rollos y a disfrutar de la playa.

Sharon tomó a Axel del brazo y lo empujó hacia el agua evitando que James entendiera los insultos que Axel le profería de camino al océano, seguidos de Ben y John. Todos se sumergieron con rapidez. Podrían soportar un rato al imbécil de Axel y evitarle el mal rato a Raven, para eso estaban los amigos. James se sentó en la tumbona que Sharon había dejado libre, al lado de Raven.

—Lamento lo que he dicho. No soporto a los de su calaña.

—Se lo tenía merecido.

—Quizás, pero no me gustan las peleas de gallitos. No soy partícipe de las luchas por ver quién la tiene más grande.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

—No me cae bien. Parece mentira que haya sido tu novio. ¿Qué viste en él?

—El amor es ciego. Ya no cometeré ese error. La debilidad por los chicos guapos ya pasó.

—Gracias por la parte que me toca.

—No me entiendas mal. Lo nuestro fue decidido antes de vernos; no cuenta, es una situación distinta.

—Hablas como si ya lo hubieras decidido del todo.

Raven sonrió, cada vez estaba más cómoda con él. Se tumbó a su lado a la sombra mientras el grupo se divertía en el agua.

—¿Quién sabe?

—Ninguno de los dos ha desmentido lo de que éramos novios.

—Axel no necesitaba esa información. De todas formas, creo que Sharon se lo contará ahora.

—¿Y estás de acuerdo?

—No me gusta mentir; no me importa que lo sepa.

—¿Vamos a quedarnos mucho tiempo aquí con él?

—No, nos iremos antes de que salgan del agua.

—Me parece una idea genial.

Y fue lo que hicieron; Sharon y los demás lo entenderían y se encargarían de recogerlo todo. Ya había tenido bastante con unos minutos de sobresaturación de ex, no iba a dejar que la fastidiara más.

Una hora después atravesaban las puertas del hogar de los Simmons en la West Webster Avenue, apenas cargados con las toallas que llevaron. Nada más entrar, James se apoyó en el dintel de la puerta.

—¿Estás bien?

—Algo mareado.

Raven lo miró a la cara, tenía una expresión cansada de repente. Puso su mano en la frente de James y notó su alta temperatura.

—Tienes fiebre, habrá sido por el sol. Llamaré a un médico.

—No hace falta solo necesito tumbarme un momento.

—Ven, te daré un analgésico.

Raven lo condujo hasta la terraza de atrás. Allí tenían un lugar cubierto con cristaleras correderas y acceso al exterior en el que había una gran cama redonda para terrazas y un ventilador de enormes aspas de techo que removía el aire del exterior y le otorgaba un buen fresquito a la estancia. Acompañó a James hasta la cama y le dejó tumbarse antes de encender el ventilador, abrir las ventanas e irse a por el analgésico. ¿Cómo había sido tan tonta de llevarse a un inglés todo el día al sol? No había pensado que él acabaría con una insolación. Enseguida regresó con agua y una pastilla que James apuró de un solo trago.

—Lo siento, no debí jugar tanto bajo el sol. Nunca me ha sentado muy bien. Recuerdo que de niño me pasó algo así, en la campiña, en Tilman House; me pasé varias horas junto al río y me afectó. Creo que fue mi abuela la que me puso paños de agua fría en la frente durante toda una tarde, ¿o era de noche?

¿En la madrugada? No, espera, era invierno, ¿cómo tomé el sol en invierno y qué hacía en el río? ¿Sería un refriado? No, no, llevaba un bañador con dibujos de unos de esos que ponían por la tele, ¿o eran de Disney? No, a mí nunca me ha gustado Disney, con esos príncipes anodinos y esas princesas de risa fácil. Espera, siempre me gustó *la Bella y la Bestia*, sí, esa historia sí. Todos somos algo bestias a veces... ¿no crees, Andy?

Raven sonrió, estaba delirando por la fiebre y no paraba de hablar cada vez con menos sentido. Lo observó mientras se giraba en la cama y cerraba los ojos; tenía gotas de sudor por todo el cuerpo y todavía restos de sal y arena en el cuerpo y el bañador, pero no era momento para moverlo, tenía que descansar. Le pasó la mano por el pelo cobrizo y se lo retiró de la frente. Estaba caliente. Mejoraría en cuanto el analgésico le hiciera efecto.

—A mí tampoco me gusta Disney —le dijo Raven con una sonrisa y se quedó a su lado hasta que se durmiera.

—A Vicky sí, es una sosa en ese aspecto, siempre viendo pelis románticonas y leyendo novelas de esas. Si Vicky estuviera... Vicky... Vicky...

De repente James se elevó y la agarró de los hombros para atraerla hacia él. Raven intentó reaccionar pero, sin apenas tiempo, se encontró entre sus brazos con unos suaves y calientes labios sobre los suyos y una lengua juguetona intentando abrirse camino en su boca. En ese instante todo su mundo se balanceó y un escalofrío la recorrió de arriba a abajo sin piedad, una extraña y maravillosa sensación que nunca había sentido al notar su sabor, el tacto de sus manos en su abrazo, en su forma de apretarse contra ella y de someterla, porque era así como estaba: completamente sometida a ese beso y a ese contacto. ¿Cómo podía un simple beso derribar sus barreras? Pero lo había conseguido. Ese calor era extremo, sensual, placentero, peligroso, muy peligroso. Y tan rápido como empezó, terminó. James se tumbó en la cama farfullando y sumido en la fiebre. Y se durmió susurrando de nuevo el nombre de esa mujer, pero con el ceño fruncido ante esa alusión. ¿Quién sería Vicky?,

¿alguien que le agradaba o que no? ¿Por eso la había besado?

Raven se levantó pasándose la lengua por los labios y se marchó para darse una ducha rápida, para enfriarse. No quería dejarlo solo mucho tiempo; era su huésped. Se metió bajo la ducha del baño de su habitación y dejó que el agua templada la limpiara de los restos de la playa, los de su aroma. No debía dar importancia al suceso; él estaba delirando y no pareció darse cuenta de lo que hacía y luego estaba esa Vicky. Sí, no iba a pensar más en eso, sino en el día que habían pasado juntos. No había resultado tan bueno. Ver de nuevo al imbécil de Axel la había alterado, pero no por los motivos que debían ser. Gracias a que James estaba allí, veía las cosas de distinta manera, Axel le había parecido grosero, infantil, estúpido, ¿cómo no lo había notado antes? Solo sintió enfado por esa inesperada visita. ¿Sería solo por la presencia de James o habría algo más? Sí, lo había; no podía negárselo más. Llevaban solo un par de días juntos y ya sentía una afinidad con él que no había sentido nunca antes con nadie, pero ¿era eso lo que quería? Debía controlarlo, por nada del mundo iba a enamorarse de nuevo a ese nivel y menos por alguien que iba tras su dinero, aunque, visto así, ambos sabían y admitían que iba tras su dinero y ella no era menos: lo que quería era su título, un matrimonio convenido desde ambos puntos de vista, ¿matrimonio? Se restregó la cabeza con fuerza; lo estaba decidiendo y ya iban dos veces que lo asumía como su futuro. Debía aclararse, olvidar ese beso en la inconsciencia.

Salió de la ducha, se recogió el pelo mojado y se puso uno de esos pijamas de colores tan fresquitos, para volver a la terraza con su bello durmiente, ¡al final sí que le iba a gustar Disney! Pero desde luego ella no era la princesita en apuros, sino la heroína que salvaba al príncipe. Se tumbó a su lado y veló su sueño, poniendo paños de agua fría sobre su frente de vez en cuando, como su abuela hacía años, si es que esa historia que él había contado no era solo su imaginación delirante. Lo miró dormido, con esas cejas y esas pestañas cobrizas, descansado sobre sus ojos. Un dios apacible, hermoso, escultural... Miró sus labios suaves, blandos, atrayentes, labios que ya había sentido sobre

los suyos. ¿Dónde estaba su conde del montón?

James abrió los ojos despacio; los párpados le pesaban, tenía la boca seca y estaba desorientado. Una suave brisa lo recorría por completo, que hacía agradable la temperatura, y un olor a flores le llegó entre todo, un aroma dulce, casi sensual. Notó un peso a su lado y poco a poco fue dándose cuenta de dónde estaba.

—¿He dormido mucho?

—Unas horas, tenías fiebre por el sol.

—Vaya forma de pasar la tarde.

—Bueno, ya ha anochecido. ¿Tienes hambre?

—Sed.

Raven se levantó y le dio un vaso de agua que él volvió a apurar. No parecía recordar nada de nada, mejor; ella no se lo iba a contar.

—¿Estás mejor?

—Parece que sí, ya no me mareo ni me duele la cabeza. Gracias por cuidarme.

—Es mi deber de anfitriona.

James se intentó levantar, pero se lo pensó mejor y se tumbó de nuevo. No tenían mucho que hacer y la noche estaba apacible y fresquita. Raven mandó traer unas ensaladas y unos zumos para poder cenar algo sin tener que moverse y se quedó con él. Se preparaba una noche de agradable charla y James no tardó en empezar. Sentía curiosidad por su vida más privada, por lo ocurrido con Axel.

—Háblame de los chicos de tu vida.

Raven masticó la escarola con algo de impaciencia. No esperaba precisamente ese tema, pero era uno tan bueno como cualquier otro. Hablar de temas más privados estaría bien y ella también tenía preguntas.

—No creas que ha habido tantos. He tenido un par de novios serios. Cuando era más joven salí con un chico, mi primer amor, en el instituto; pronto me di

cuenta de que le gustaba más el dinero de mi abuelo que yo. Lloré unos cuantos días. Lo siguiente que hice con los chicos fue tonteos, rollos y esas cosas. Conocí a Axel en la universidad, enseguida conectamos. Él tenía mucha labia y, después de varias cenas, nos hicimos novios.

—Puedo ver lo que pudo enamorarte de él, aunque no lo comparta. ¿Qué pasó?

—Empezamos a salir en serio; por una vez el chico guapo iba con la gordita.

—Creo que eso está en tu cabeza.

Raven sonrió, estaba claro que intentaba ser educado y amable.

—Bueno, él era despreocupado, fanfarrón y creído, pero era algo que me gustaba. Todo iba muy bien, o eso pensaba.

—¿Estaba contigo por tu dinero?

—Quiero pensar que al principio no, pero no estoy segura. El caso es que con el tiempo yo empecé a hacerme cargo de su deuda de la universidad y de sus estudios. Pronto fue fichado por uno de esos grupos de bróker; era uno de ellos y lo supieron identificar, su forma de hablar, de destacar, de camelar a la gente, estaba predestinado. Se volvió más ambicioso, no le gustaba ser menos que nadie y empezó a querer escalar posiciones en la sociedad, por decirlo de alguna manera. Quería mezclarse con los importantes de su trabajo, dejar la parte baja de la empresa y para eso necesitaba renovarse. Yo, por supuesto, lo ayudé, le dejé dinero para sus aspiraciones y financié su preparación, un nuevo coche más deportivo, trajes de marca, piso en una de las mejores calles de Manhattan. Todo corrió de mi cuenta para que él se integrara.

—¿Qué ocurrió?

—Yo iba a Manhattan a menudo para estar con él. Un día perdí el avión que me traería a Chicago por culpa de un atasco, así que regresé al piso de Axel. Fue humillante; cuando entré en la habitación estaba con una mujer, una preciosa y despampanante rubia. No tardó ni unas horas en sustituirme. Me intentó explicar de mil maneras que no la quería, que solo era para guardar las

apariencias con sus compañeros. Al parecer, según sus metas, la chica también tenía que ser de lujo.

—¿Lo creíste?

—Me lo pensé; el problema fue que la rubia no estaba precisamente tomando un café con él, cuando los pillé ella disfrutaba de un buen viaje sobre su...

—Joder. Menudo cabrón.

—Poco a poco fui descubriendo que la rubia no había sido la primera; posiblemente era verdad que le importaban poco, tenía una buena colección de barbies. Pero yo me di cuenta de por lo que había permanecido conmigo.

—Vaya desilusión.

—No te lo imaginas, lo pasé fatal; me costó mucho reponerme de ese golpe, de sus mentiras. Me juré no volver a dejar que me engañarán ni confiar en el amor de un hombre. Ahora él tiene dinero, éxito y lujos, más de los que sabrá aprovechar en su vida.

—¿Entonces a qué ha venido el arrebató de machito de esta tarde?

—Ya te he dicho que no le gusta perder contra nadie y supongo que eso has sido para él.

—¿Y si fue por ti?

—No, hace tiempo que no siente nada por mí; es más, dudo que haya sentido algo nunca.

—Parece que lo tienes superado.

—¿Quién es Victoria?

—¿Quién?

—Vicky.

James la miró sin entender cómo conocía ese nombre. Se apoyó sobre uno de sus codos; le tocaba a él hablar. Se encontraba bastante mejor, el calor iba desapareciendo, tumbado con el aire removido por el gran ventilador del techo.

—Mi ex.

—¿Alguien importante?

—¿Cómo sabes ese nombre?

—La nombraste durante la insolación.

—El subconsciente a veces juega malas pasadas.

Raven sonrió, desde luego que lo hacía y no solo por ese nombre, sino por el tremendo beso que vino después, a ella, concretamente.

—Si no quieres hablar de eso...

—No me importa; tú me has contado lo de Axel y la conversación la inicié yo. Victoria era mi novia, la primera realmente formal que tuve. Nos conocemos desde siempre, no desde el colegio, ya que los chicos nobles en Inglaterra estudian en el Eton, un colegio de chicos, pero nos movíamos por los mismos círculos.

—¿Es condesa?

—Marquesa, rica y por encima de mí en la clase social. El caso es que cuando mi abuelo murió, me dejó un dinero en capital para que viviera un tiempo por Europa y ampliara mis estudios. Sabía que esa era la única forma de que lo pudiera hacer y consideraba que era algo que todos los condes debían hacer. Por supuesto, aproveché también para formarme y trabajé en varias empresas haciendo investigación sobre cultivos ecológicos, ya te conté que era eso lo que hacía en Nueva York. Y yo cumplí encantado su última voluntad: me marché, y estuve años fuera. Fue un descanso de mi familia, hasta puedo decir que estuve feliz por estar alejado de ellos. Sin embargo, eso supuso que la relación con Victoria quedara en pausa. Ella no se opuso a que yo me fuera, pero era estúpido mantener una relación en la distancia. Así que me alejé de todo. Yo también tuve una buena colección de barbies durante ese tiempo, pero de una en una.

—Sin engaños. ¿Y al regresar volviste a verla? ¿Ella te rechazó?

—No del todo. La primera fiesta a la que acudí después del funeral de mi padre me reencontré con ella. Suponía que estaría enfadada, pero acabamos en su cama. Fue mejor de lo que me imaginé.

—¿Y qué pasó?

¿Así que tenían sexo? ¿Estaría enamorado de ella? Parecía hablar en pasado, pero... Ese beso... Lo dejó seguir.

—Nos acostamos, hablamos de mis problemas y ella me ofreció ayudarme o es lo que entendí. Luego un amigo me dijo que ella llevaba unos meses prometida con otro marqués. Cuando se lo reclamé y le recordé su promesa, me dijo que nunca me había dicho que me avalaría en mis negocios, que no iba a arriesgarse y que no dejaría a su prometido.

—¿Por qué te mintió?

—Ese fue el problema que no me mintió, me ofreció dejarme algo de dinero para ir saliendo del paso y a cambio esperaba que yo me mantuviera a su lado como su amante. Al parecer el marquesito es bastante mediocre en el lecho y ella, bueno, Vicky es muy pasional y necesita un hombre que la... Mejor me callo.

—No pasa nada, pero ella se comportó como una auténtica zorra.

—No soy la puta de nadie, Raven, no iba a humillarme. Así que, ya ves, mis sentimientos son encontrados, aunque tienden más a la rabia. Supongo que a ti te pasará lo mismo con Axel.

—Lo mismo no; yo nunca le pagaría por acostarse conmigo.

—Eres demasiado noble para eso.

—No es eso, es que él no es tan bueno en la cama.

James soltó una fuerte carcajada; le encantaba que fuera tan sincera y que pusiera esa cara de seriedad cuando soltaba una broma de esas. Se sentía a gusto. No le costaba abrirse con ella y eso era una muy buena señal.

—No debes preocuparte, no hay nada entre Victoria y yo, y nunca lo habrá.

—¿En serio? ¿Solo buscaba acostarse contigo?

—Y fue algo que no pude aceptar. Poco a poco y sin apoyos ni de ella ni de mi familia todo se fue complicando más. Y, para colmo, tengo a su prometido de enemigo, intentando comprar mis propiedades en la campiña.

Raven entendió por qué había fruncido el ceño al nombrarla: sus

sentimientos eran encontrados. Se sentía traicionado por ella, pero a la vez era la única a la que había querido. Los chicos guapos también tenían sus problemas en el amor.

—¿Su novio sabe lo que pasó entre vosotros?

—Quiero pensar que no. Pero es una carga tenerlo merodeando sobre mi ruina, él detrás de mis terrenos y mi cuñado, con el que tampoco me llevo bien, detrás del título. Tenía que encontrar una salida.

—Por eso acabaste aquí.

—Exacto.

Raven le puso la mano en la frente para comprobar si ya le había bajado totalmente la fiebre.

—Es curioso, estamos charlando como si nos conociéramos de siempre.

—Eso me gusta, estoy muy cómodo contigo.

James la miró sonreír, sonrojarse algo más de la cuenta y fijar sus ojos sobre sus labios. No le importó; había algo en ella que lo relajaba, algo que también se reflejaba en esos grandes y risueños ojos color miel que tanto expresaban.

El ventilador del techo seguía en funcionamiento, refrescando la estancia de la parte alta de la casa con la puerta acristalada que daba a la acogedora terraza abierta, en una noche preciosa. James sonrió y se recostó de nuevo en la gran cama redonda que tenían allí; aún estaba agotado por la insolación. Cogió el teléfono móvil y mando un mensaje a Andrew.

James:

Por ahora todo marcha bien.

Andy:

Me alegro, qué tal es?

James:

Encantadora y sencilla.

Andy:

Perfecto, cuándo vuelves?

James:

Espero que pronto y con ella. Ya hablamos otro día.

Andy:

Ok, todo se está arreglando, suerte, Jay.

Raven se levantó del lecho que había compartido con él para hablar y salió a las tumbonas de colores del exterior para dejarlo descansar y hablar con su gente de Londres. Se sirvió un té helado y contempló la ciudad desde allí. Él tenía razón: estaban cómodos juntos, y eso era muy prometedor.

Capítulo 8

Dos días después, James estaba recuperado y preparado para dar una vuelta por Chicago. Raven había decidido que conociera un poco la esencia de su ciudad, porque, al parecer, él había estado solo en Nueva York. Iban solos. Aunque Sharon se había ofrecido a acompañarlos, ella prefirió no decirle nada, era un buen momento para ir conociéndose mejor, ya se acercaba el momento de decidir, no podía tenerlo en Chicago eternamente, él tendría muchas cosas que solucionar en Londres.

—He llamado a un taxi, así llegaremos al centro sin preocupaciones por aparcar. Pasaremos el día por ahí.

—Genial.

James acababa de terminar de desayunar. La camiseta de colores jaspeados que llamaba la atención, los vaqueros por la rodilla y desgastados, y las zapatillas también de colores que llevaba dejaban atrás el aspecto de serio conde que había traído de Inglaterra y era mucho más acorde con esos días de verano, aun así, estaba impresionante, con el pelo cobrizo revuelto y una incipiente barba de varios días. Y ella así, con el pelo recogido en una coleta y una camiseta de tirantes con una falda verde pistacho y unas bailarinas que la hacían sentirse poca cosa a su lado. Pero no era momento para eso; le había prometido un día tranquilo de turismo. Cuando él le dio el último trago al café y se levantó, ella apuró su zumo y lo siguió. Unos minutos después el taxi estaba en la puerta.

Unos quince minutos tardaron en llegar al Parque del Milenio, su primera visita. James miró hacia el centro de la plaza, hacia la Puerta de la Nube, una de las esculturas más representativas de la ciudad. Plateada, brillante, con formas redondeadas. Muchos eran los que se situaban a su alrededor o bajo ella para hacerse fotos.

—Desde aquí podemos visitar los rascacielos, la Torre Willis, la Trump y varias de ellas.

—Londres es más bajo. Bueno, el centro financiero tiene algunos rascacielos, pero no tantos.

—Más antiguo también. La identidad de cada ciudad depende de sus años de historia.

—Creí que nada impresionaba más que Nueva York, pero Chicago no se queda atrás.

—Fue aquí donde se construyeron los primeros rascacielos, esa parte de la historia y el arte es nuestra.

—¿Tú conoces Londres?

—No, siempre he querido ir, pero lo he ido dejando. Las galas benéficas y los viajes solidarios a otras ciudades son cosas de mi madre. A ella le encanta ir a celebraciones así, hacer donativos y codearse con la *jet set*, en ese aspecto yo soy más huraña, como mi abuelo. Me centro en mi trabajo y en mi familia.

—Bueno, pues quizás sea el momento de coger unas vacaciones y dejar que yo también pueda mostrarte los encantos de mi ciudad.

Raven lo miró con curiosidad, era una invitación en toda regla; él ya daba por sentado que acabaría aceptando.

—Hoy podemos visitar el Instituto de Arte y el Acuario o el Planetario Adler que están cerca.

James notó su cambio de tema a su invitación. No es que no le gustara estar allí con ella, pero los asuntos que lo habían llevado hasta Chicago eran bastante urgentes.

—Te seguiré donde me lleves.

—Pues genial, porque he dejado lo mejor para el final. Te llevaré a la mejor feria gastronómica del mundo. Estos días se celebra en el Grant Park el Taste de Chicago y seguro que después de estos dos días de medio dieta forzada te apetecerá probar algo distinto.

—¿El Taste? ¿Qué significa? ¿Sabor a Chicago?

—Más bien se identifica con degustación, cata, muestra. Como un tapeo de diversas especialidades y restaurantes que llevan lo mejor de sus cocinas. No son solo puestos de comida rápida, sino que se les unen los mejores restaurantes de Chicago y de otras ciudades, incluso de comida temática y de otros países.

—Interesante. ¿A qué esperamos?

—Vale, damos una vuelta y nos dirigimos allí.

Pasearon por la Ciudad de los Vientos con la vista fija en el Grant Park, pero disfrutando de los lugares más emblemáticos de la ciudad. James insistió en entrar en el Planetarium Adler y fue la estancia más larga, al parecer sentía fascinación por el espacio y le encantó pasear por ese museo de la ciencia, detenerse para mirar los artefactos antiguos y los instrumentos de astronomía de hacía siglos, las exposiciones permanentes con paneles sobre cúmulos, nebulosas, galaxias y la media hora que pasaron en la sala de proyecciones haciendo un recorrido por el sistema solar.

James acabó encantado, pero pronto lo que le apeteció fue la exquisita comida que Raven le había prometido, así que pusieron rumbo al Taste de Chicago.

Y no defraudó. Un montón de carpas de comida y restaurantes se extendían por los caminos centrales del parque, mostrando, a los que se acercaban, todos sus manjares. ¿Cómo elegir entre tanto? ¿Preferían comida rápida, italiana, española, típica de la ciudad? Había mucho que degustar. Empezaron por caminar entre ellos, observando la carta de cada uno, decidiendo. Lo primero que compraron fue un pequeño perrito caliente para ir andando hasta que

eligieran un sitio para sentarse que les gustara la comida o que tuviera un sitio libre.

—Por la noche habrá música en directo.

—Con tanta comida no sé si aguantaré hasta la noche.

Raven rio, tampoco es que le apeteciera a ella estar tanto tiempo allí, incluso podrían comprar algo para llevar y tener la cena.

—Cogeremos un par de cosas para llevar a casa.

—Perfecto.

Raven consultó la guía de restaurantes que llevaba. Estaría bien probar algo distinto. La cocina española siempre le había gustado, la italiana también. James asentía con cada dato que le daba. Era más tragón de lo que le pareció al principio. Hasta que una voz de mujer la hizo alzar la vista del plano.

—¡Vaya, vaya! ¡Si no lo veo, no lo creo! ¿Qué tal, James? ¡Cuánto tiempo!

James abandonó el camino que llevaba el perrito caliente hasta su boca al escuchar esa voz y apretó los ojos. Raven entendió ese gesto de «tierra, trágame». Desde luego era extraño que alguien lo llamara por su nombre. Él se giró con parsimonia y con una sonrisa forzada al ver a la mujer, ¿cómo era posible que estuviera en Chicago? ¿Cuál era su nombre?

—¿Qué tal...?

—Claire, un poco frustrante que no te acuerdes.

«Dos cenas, tres o cuatro besos y un funeral que lo cortó todo, no era tan extraño que no se acordara».

—¿Qué te trae por Chicago? —preguntó él de forma amigable.

—Negocios, aunque podría hacerte esa misma pregunta a ti. Pero ¿sabes? Me apetece más saber por qué no me llamaste, me dijiste que era muy urgente y que luego hablaríamos.

—Mi padre murió y los asuntos se complicaron.

—Ya veo y estás en Chicago para arreglarlos.

—Más o menos.

James pudo ver la decepción en sus ojos; había hecho mal, tal vez sí debía

haberla llamado, pero no esperaba que se tomara lo que pasó tan a pecho. Sin embargo, no era el momento de recuperar antiguas novias.

—Mira, te presento a Raven, mi novia.

James la abrazó, acercándola a él de forma dominante. Claire abrió mucho los ojos, ¿hablaba en serio? ¿Esa chica era su novia? ¿Esa precisamente? La observó. Llevaba una ropa bastante normal; ella era bastante normal. ¿Qué veía James en ella? Si él utilizó la palabra novia era porque iban en serio, no quiso parecer desesperada.

—Soy Claire, una ex de James, me alegro de conocerte. —Claire no iba a dejarse amedrentar.

—Igualmente. —Raven extendió la mano y Claire la aferró con fuerza. No entendía por qué le había mentido sobre lo de ser su novia, pero no iba a dejarlo en evidencia, así que le siguió la corriente.

—Siento lo que pasó —dijo James como disculpa.

Claire sonrió; las cosas habían cambiado mucho y solo se había acercado a él para ponerlo un poco nervioso, una pequeña venganza. No tenía ninguna esperanza con él; se fue sin más.

—Nada, nada, casi que te lo agradezco, ahora estoy con alguien mejor.

—Pues genial, fue para bien.

Claire sonrió, para bien. No le había mentido. Llevaba una semana con otro, pero no era como él. Por el momento no le hacía sentir lo que había sentido con él. Sin embargo, lo prefería a que huyera.

—Bueno, voy a seguir mi camino, me están esperando. Me alegra haber aclarado las cosas.

—Lo mismo digo. Adiós.

Y se alejó de allí con un suave gesto de despedida con la mano. Ya no esperaba más esa llamada.

James soltó el aire que retenía, había ido bastante bien. Miró a Raven, ella le sonreía.

—Así que tu novia.

—Perdona, no quería que se pusiese pesada. Las cosas no acabaron como ella esperaba. Puedo explicártelo.

—No es necesario, de verdad.

—Pero quiero hacerlo, que veas que no soy tan malo.

—¿Una de tus barbies?

—Bueno, ni siquiera nos acostamos, así que no llegó ni a eso. Salimos un par de noches a cenar en Nueva York, a tomar algo. No pasamos de unos besos y algún toqueteo, nada serio. Y fue entonces cuando me avisaron de que mi padre había muerto y de que debía hacerme cargo de la situación. De repente ella quería venir a Londres conmigo, pero se lo impedí. Ella no era mi novia ni nada por el estilo.

—Y te estaba imponiendo y acelerando una relación que solo ella veía.

—Exacto. Supongo que estábamos en lugares distintos; eso es todo.

—Bueno, al parecer no le sentó muy bien.

—No sé, solo parecía enfadada por el desplante. No creo que le dejara tanta huella, no hubo tiempo.

—Seguro que le irá genial con su nuevo novio ahora que ya no te esperará.

—¿Por qué iba a esperarme?

—Mira que los hombres sois simples. Nosotras necesitamos cerrar puertas para abrir otras. La incertidumbre no nos va.

—Entonces ha sido bueno, ya está aclarado.

Raven sonrió, Claire pensaría lo mismo, ahora avanzaría. Pero James parecía extrañado; él nunca le había prometido nada a Claire como para que viera algo en su relación.

—¿Seguimos? Hay un puesto más adelante de uno de los restaurantes españoles más importantes de la ciudad —dijo Raven para pasar el momento de la ex.

—Una ración de jamón ibérico iría de maravilla.

Avanzaron entre varios de los stands de comida que se extendían por todo el parque; la mezcla de olores era intensa pero agradable y el hambre poco a

poco se iba abriendo paso entre tantos manjares. Como habían pensado, el bocado de ibérico, queso y aceite de oliva estaba de muerte. Lo tomaron apoyados en una de las verjas floreadas del parque, dispuestos a seguir en cuanto terminaran de masticarlo y pasar el vino.

—Muy pocas veces recuerdo haberte visto sin un bocado de algo en la boca.

Esa vez fue Raven la que detuvo su masticación y James el que frunció el ceño. Era broma, ¿no?

—Es el Taste, se viene a comer —dijo Raven con tono molesto. ¿En serio ahora tocaba ronda contra Axel?

—¿Qué tal parejita? —preguntó Axel con sarcasmo y miró a James con una sonrisa bastante forzada—. Lamento que lo que te enseñe de Chicago sea comida.

—Se lo pedí yo —aseguró James, ¡qué mal le caía! Por suerte venía acompañado de una belleza rubia.

—Sí, claro, pero ambos sabemos lo que le gusta comer. ¡Es cierto, tú no lo sabes! Me la colasteis bien con eso de que erais novios.

—¿Y a ti qué te importa?

—Por favor, Raven, toda la vida quejándote de que estábamos contigo por el dinero y ahora que sí lo sabes, ¿te metes en algo así?

—Esa es la diferencia, Axel, con James es decisión mía y sé a lo que me enfrentó; lo tuyo tuve que asumirlo cuando vi a tu Barbie de turno cabalgando sobre ti.

—Te lo expliqué.

—¿Me tomaste por tonta? Mira, no voy a volver a discutir sobre eso; es absurdo.

Axel la tomó del brazo y se alejó unos pasos con ella, dejando a James con la rubia.

—¿Y si te digo que te echo de menos?

—Que yo me río en tu cara.

—Pues es lo que hay, las demás mujeres no me llenan.

—¿Me hablas en serio? ¿Cómo eres tan cabrón? ¿Es que necesitas dinero?

—Por supuesto que no, me va genial.

—¿Entonces?

—Te quiero.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me quieres?

—¿Qué? —Axel se quedó en blanco, sin saber qué contestar a esa pregunta, cuáles eran sus razones para quererla.

—Ni lo sabes. Yo te lo diré. Me quieres porque es ahora cuando te das cuenta de que puedo rehacer mi vida, me quieres porque has visto a James y, a pesar de todo, de las circunstancias de nuestro encuentro, sabes que es mil veces mejor que tú. Odias perder. Siempre pensaste que me pasaría la vida llorándote, pero no soy como tú piensas, no te necesito, ni a ti ni a ningún hombre, elijo con quien quiero estar y ese no eres tú y no lo volverás a ser nunca.

—No sabes nada; eres igual de egoísta que yo.

—No. Dices que él está conmigo por dinero, pues que sepas que me da algo a cambio, seré condesa.

—Estás cambiada; no te reconozco.

—Gracias.

—No es un cumplido.

—Viniendo de ti, sí. Es lo mejor que me has dicho, que no me parezco a la tonta que era cuando estaba contigo. Ahora lárgate ya de mi vida.

—No vas a ser feliz.

—Ese es mi problema.

Mientras ellos hablaban, la rubia no dejaba de mirar a James con interés. Un buen ejemplar de noble inglés, ¿qué querría de la ex de Axel? Aunque tampoco es que entendiera mucho cómo Axel vio algo en ella.

—Hola, me llamo Megan.

—James.

—Encantada. —Se lanzó a darle dos besos como saludo y él los aceptó sin dejar de mirar a la otra pareja—. Parece que están discutiendo.

—Eso parece.

—¿Quieres que los dejemos tranquilos?

—Mejor esperamos aquí.

—Posiblemente tengan cuentas pendientes. Axel me dijo que iba a intentar aprovechar los días que pasáramos en Chicago para verla. ¿Hacemos lo mismo?

—¿Cómo dices?

—No me gusta perder el tiempo. Mientras ellos solucionan sus cosas, nosotros... Un par de días de desenfreno...

—No, gracias.

—Quizás ahora mismo sea precipitado. ¿Qué tal si te dejo mi teléfono y me llamas? Podemos quedar para lo que quieras. Seguramente ellos harán lo mismo cuando os vayáis de aquí.

James empezaba a estar harto de sus insinuaciones, de sus miraditas y de sus roces disimulados. Estaba harto del poco respeto que estaba demostrando. ¡Se acababan de conocer!

—No, gracias —repitió.

—Venga, he dicho que para lo que quieras. —Megan le guiñó un ojo.

—Estoy con Raven.

—Quedamos después.

—Mira, quería ser correcto, pero parece que no te das cuenta de la situación. Si tuviera que decidir entre Raven y tú, no tengas ninguna duda de que la elegiría a ella.

—James, sé por qué estás con ella. Axel me lo ha contado todo y quiero que sepas que yo también tengo dinero.

Ese comentario fue el colmo.

—No lo suficiente —le contestó James, ella sonrió.

—De acuerdo, entiendo tu rechazo. Sé que para muchos hombres resulta demasiado intimidante y atractiva...

—¿Qué?

—Que la duda hace que muchos no os atreváis a atacarme, pero en este caso es distinto; yo te lo ofrezco. Quiero divertirme contigo.

Iba a saco y no la conocía de nada en absoluto. Era más, ni siquiera tenía ganas de conocerla, qué asco, si no fuera por Raven ya se habría largado de allí. Estúpida creída. Y lo peor era que posiblemente ella tuviera razón en que hacía lo que quería con los hombres; su físico de infarto se lo permitiría. Sin embargo, él empezaba a valorar mucho más otras cualidades: una sonrisa franca, unos ojos luminosos y sinceros, una charla a gusto...

—Por favor, ¿crees que te rechazo por miedo? Eres increíblemente egocéntrica. No es por eso ni remotamente, Raven es cientos de veces mejor que tú.

—Ok, ya entiendo, te van las gorditas.

James elevó las cejas en señal de asentimiento, qué pensara eso si quería, y sonrió. Hacía ya unos días que veía a Raven con otros ojos, que se había olvidado de que podría ser lo que la sociedad llamaba de manera exagerada «gordita», no era para tanto. Desde luego era más cordial, inteligente y sincera que las mujeres como esa que ahora se buscaría otra presa.

—Déjame en paz.

—Es una pena, te habría hecho disfrutar mucho.

James soltó una fuerte carcajada y se alejó un paso de ella, iniciando su camino hacia Raven. Por fortuna, Raven también había dejado a Axel con la palabra en la boca y se reunieron a medio camino.

—Vámonos de aquí —dijo ella cogiéndolo del brazo y dando la vuelta.

—Es la mejor idea que has tenido.

James la siguió hacia otro de los extremos del parque, alejados de imbéciles estarían más tranquilos y así fue, pronto encontraron un banco vacío

y se sentaron.

—¿Qué te apetece comer ahora?

—¿Estás bien?

James la escuchaba nerviosa, hablando rápido; la visita la había afectado.

—Axel dice que me quiere. Como si yo no viera ya sus mentiras a la legua.

—O sea que lo de la playa sí era por ti.

—¡Qué va! No le gusta perder y te ve como un rival a vencer.

—¿Cómo te has sentido?

—Desahogada, le he dicho cuatro cosas.

—Pensé que te lo estarías pensando; te noto nerviosa.

—Es porque no me gusta discutir y me desestabiliza.

—Me alegro. Te ha ido mejor que a mí con la rubia.

—¿Y eso?

—Quería acostarse conmigo.

—¿Qué?

—Nada nuevo.

—Creo que nos merecemos un poco de pollo rebozado y unos buenos nachos con queso fundido.

—Ideal.

Raven volvió a consultar su guía para ver dónde estaba ese tipo de comida y le indicó que la siguiera. Unos metros más adelante vieron el stand y se pusieron a la cola, por suerte también había una mesa libre para sentarse.

—Hola, chicos.

Una nueva voz sonó a sus espaldas y Raven dio un respingo.

—¿Qué? Otra vez no —soltó Raven. James sonrió—. ¿Quién coño es ahora?

Raven se giró para enfrentar al nuevo intruso con el ceño fruncido, con ganas de estrangularlo, pero su expresión se relajó al ver a Sharon y a John.

—¿Pasa algo? —preguntó su amiga.

—De todo. Primero nos topamos con una ex de James y luego con Axel.

—¿Y me lo he perdido? —dijo Sharon poniendo morritos—. Pero bueno, ya estoy aquí.

—Y yo me largo, ya no estás sola —manifestó John.

—De eso nada.

—Me obligaste a venir contigo porque no querías estar sola en el Taste; ahora ya no lo estás, ergo: puedo irme.

—¿No te quedas a comer? —preguntó James.

—Soy vegetariano, colega, paso de estas fiestas de carne. Solo le hacía un favor a esta mandona. Pasadlo bien.

John se despidió y regresó sobre sus pasos con su misión más que cumplida, dejándolos solos a los tres. Sharon se agarró del brazo de la parejita y avanzó con ellos hasta la mesa libre. Aún quedaba mucha tarde por delante y muchos chismes jugosos por saber; era el precio por llevar dos días sin verse.

—Y me lo vais a contar todo, todo —dijo llevándose uno de los nachos a la boca.

—Pues lo que ya te he dicho.

—¿Qué quería Axel?

—Volver conmigo.

—Menudo imbécil.

—Ah, y vino con una rubia despampanante, alguna compañera de trabajo.

—Vaya morro.

—No, si la tipa quería acostarse con James.

—No es tonta, no. —Sharon sonrió y miró a James—. No te ofendas.

—Tranquila, estoy acostumbrado a estas atenciones.

—¡Qué mono él!

—No es prepotencia; es aceptación. Si te digo la verdad últimamente no me gusta nada, incluso me asquea.

—Pues has encontrado a la mujer perfecta; Raven no es de esas. No buscará acostarse contigo.

James frunció el ceño ante la estupidez que Sharon acababa de soltar.

—Sharon, qué dices.

—Uy, perdón, quería decir que no te querrá solo por eso.

—Por un momento me asustaste —afirmó James.

—Porque quieres acostarte con ella.

—¡¡¡Sharon!!! —Raven se ruborizó y recordó ese beso en su terraza.

—En un futuro, claro.

—Buenooooooooo, dejemos este tema, por favor.

—De acuerdo, flor, ¿se puede saber por qué no te he visto en varios días?

—James ha estado enfermo.

—Vale, perdonada. Y ¿dónde vamos después?

—Nosotros a casa, tú, no lo sé.

—Mira que sois aburridos; voy a tener que llamar otra vez a John.

James se recostó en la silla que ocupaba, escuchando la conversación tan despreocupada de las dos amigas mientras comía del pollo rebozado como si siempre fuera así, como si no tuviera que volver a enfrentar sus problemas.

Dos días, dos días de relax en pareja, dos días para conocerse mejor, para conectar. El día anterior había resultado de lo más estresante con tanto encuentro indeseado y tanta visita. No habían tenido ni un respiro pero, esa mañana, todo pintaba mejor. Raven tampoco buscaba pasar el tiempo sentados y charlando, no quería que se aburriera y la niña que llevaba dentro le habló. Durante toda la noche le había dado vueltas a un nuevo itinerario más divertido y menos serio. Ya tendría bastante seriedad en Londres y eso era Chicago. Solo esperaba que allí nadie los molestara y pudieran estar solos.

Y allí estaban frente a la entrada del *Navy Pier*, un magnífico lugar para pasar un buen rato.

—¿Un parque de atracciones?

—Un poco de todo, ya lo verás. Pero sí, vamos a subir en la noria flotante, en el tiiovivo y en todo lo que se nos ocurra.

James sonrió ante su entusiasmo y creyó entrever a la niña que guardaba

dentro, a esa niña, hija única que se había criado entre algodones, pero sola.

—Tú mandas.

Y realmente no se quejó, siguiéndola a dónde le indicaba. Dieron una buena vuelta por la zona comercial, parando a tomar algo rápido. Subieron en la noria, pero las atracciones no eran muy del gusto de James y se conformaron con observar desde una posición más cómoda a los que eran algo más intrépidos, a los niños que acababan mareados o a las parejitas que disfrutaban de los besos suaves en las alturas y de las fotos y recuerdos que iban creando. Raven los miraba con interés. ¿Cómo de distinta era su relación con James? Sabía que muchísimo. Al contrario que los chicos y chicas que empezaban a tener citas y a conocerse para ver si tenían un futro, ellos ya sabían a dónde se dirigían, lo tenían muy claro. Sin embargo, los nervios estaban ahí.

Por la tarde se animaron a sacar unos boletos para el famoso paseo en barca por el lago Michigan, bordeando la costa de la ciudad, admirando un bellissimo paisaje de rascacielos que desde otro punto no tendrían.

—Tremendamente alta.

James alzaba la vista hacia los edificios. Había admirado algunos el día anterior, pero desde allí veía el esplendor del conjunto.

—Desde luego. Y el día, mucho más tranquilo que el de ayer.

—Ya no me acuerdo de lo que pasó —dijo James guiñándole un ojo.

—Pues yo sí. Si llegamos a ver hoy a Axel, pido una orden de alejamiento.

James soltó una fuerte carcajada imaginándose a Axel detenido por seguirla, la cara que pondría.

—Eso sería digno de ver.

—Seguro que sí.

La barca de turistas fue avanzando por el lago. Varios grupos de amigas se colocaban a su alrededor sin dejar de lanzar miraditas a James y cuchicheando después con risillas tontas. A Raven no le extrañó que eso pasara. Ni siquiera se plantearían que estuvieran juntos, no había besitos ni caricias ni cercanía de

pareja, pero lo que sí le extrañó fue que James parecía no percatarse del efecto que tenía en esas mujeres.

—Me está gustando la ciudad.

—Este es un lugar genial para pasar un buen rato en familia, con amigos...

—¿En pareja?

Raven casi se sonrojó cuando él acabó la frase que ella no pudo. Realmente estaban allí como una posible pareja, aunque aún no había decidido nada de nada, pero cada vez estaba mejor con él.

—¿Sabes? No siempre fue así. —Necesitaba cambiar de tema para evitar el calor que empezaba a recorrerla cada vez que él fijaba esos ojazos verdes en ella—. Toda esta zona fue reformada a finales del siglo XIX cuando se celebró aquí la Exposición Mundial y después, durante la II Guerra Mundial, fue un centro de entrenamiento de la marina.

—Y lo convirtieron en un lugar de diversión. Es bueno que la guerra dé paso a algo así.

El sol empezaba a decaer dando un aspecto mucho más anaranjado al azul de lago y una brisa más impetuosa y agradable los refrescaba, al fin y al cabo, estaban en la ciudad del viento. La ciudad empezó a iluminarse a lo lejos. Los edificios cambiaron su vestimenta de día por la de gala de la noche, adornándose de luces de variados colores y formas. James se apoyó en la borda del barco. Siempre le habían gustado las luces, siempre le había gustado pasear por la ciudad iluminada. Le daba igual cuál fuera, disfrutaba caminando entre sus calles llenas de vida a pesar de las horas nocturnas, era tan distinto a su casa en la campiña inglesa.

—He pensado que ahora podemos...

—¿Qué te parece si damos un paseo por la ciudad antes de volver a tu casa?

—¿No estás cansado?

—Será corto, me gustan las grandes ciudades iluminadas.

—Entonces me parece bien.

James dormitaba sobre la cama. El paseo por la ciudad había terminado con los dos frente a la casa de Raven. Habían caminado mucho más de lo que habían pensado al principio. Sin embargo, los días que llevaban de turismo para conocerse mejor le habían parecido maravillosos, le gustaba estar con ella y le gustaba lo que iba descubriendo. Por unos instantes se olvidaba de lo que le esperaba al volver a Londres, de lo que hacía realmente allí. No importaba; esa noche estaba muy cansado para pensar más y, al fin y al cabo, Raven era la que tenía la última palabra. Solo esperaba que para ella los ratos con él también hubieran resultado unos momentos interesantes.

Capítulo 9

Los días en Chicago estaban resultando tranquilos, incluso se dio el gusto de pensar que siempre podría estar así, despreocupado de su maldito mundo, disfrutando entre amigos, pero sabía que, detrás de esa calma, vendría la tempestad. Esa mañana, James salió temprano a caminar por el barrio de Raven, solo, sin prisas. Quería deleitarse con el ambiente de la ciudad en esa zona, el cielo estaba despejado, algo bastante difícil de ver en Londres y muchos eran ya los que sacaban sus coches para irse a trabajar. Pasó por la acera de una casa con un bonito jardín de cactus de colores en el que había una niña con una caja de cartón, jugando, seguramente. Caminó más allá. Por suerte, el imbécil de Axel no había insistido en ir a ver a Raven; por suerte, esa rubia tampoco insistió con él. Le hubiera sido más fácil con una cómplice entreteniéndolo, pero Raven había sabido ponerlo en su sitio y se alegraba. Tampoco le afectaba en exceso; no era su guerra. Sin embargo, de alguna manera sentía empatía con ella, con la traición de la persona a la que había querido. Sí, tenían muchas cosas en común.

Cuando consideró que ya había pasado el tiempo suficiente, regresó por donde había venido. Al pasar frente a la casa de los cactus, miró con más detenimiento a la niña. Esta le sonrió y lo saludó con la mano. James se acercó a ella y vio lo que tenía dentro de la caja. Sonrió, la niña le devolvió la sonrisa. Solo le faltaba una bonita caja de envolver regalos.

—Tengo un regalo para ti.

¿Un regalo? Raven abrió los ojos, sorprendida, ¿cuándo había tenido tiempo para comprarle un regalo?

—No hacía falta que te molestaras.

—Es para agradecerte la hospitalidad.

—Ha sido un placer.

—Espera aquí un momento.

James se dirigió a su habitación y poco después volvió con una de esas cajas de cartón de colores que ya traían el lazo incorporado. Se la entregó a Raven y esta la abrió con emoción. Para descubrir un cachorro de gato negro y peludo que la miraba con algo de miedo y curiosidad con sus grandes ojos verdes.

—¡Qué cosita más bonita! —dijo sacándolo rápidamente de la caja y colocándolo junto a su pecho—. ¿De dónde lo has sacado?

—Esta mañana salí a dar un paseo y a comprar algo para desayunar y, unas calles más allá, había una niña y una mujer que estaban regalando gatitos. Me pareció tan de serie americana que me paré a hablar con ellas. Al parecer este era el último que les quedaba de la camada; según me dijeron, al ser negro y algo más feo, nadie lo quería, pensé que tú sí.

—Sí, sí, es precioso. ¿Cómo no lo quisieron?

—No lo sé, es bastante mono. ¿He acertado?

—Pues claro.

—Como pensé, te van los rescates. —James le guiñó un ojo cuando la vio sonreír por su indirecta; al fin y al cabo, él también era un rescate.

—Me encanta; tengo que pensar un nombre.

James se puso serio. Era el momento de decirle qué pensaba, el momento de dar respuestas. ¿Para qué esperar más?

—¿Y qué pasa con lo nuestro? —preguntó de sopetón. Raven lo miró con intensidad. Era normal que quisiera una respuesta, ya habían pasado muchos días—. ¿Tienes ya una respuesta para mí?

—Esta noche lo decido, mañana la tendrás. —Raven miró al gatito y a él, ya era hora de decidir—. Lo llamaré Taste.

—¿Taste?

—Como recuerdo. ¿Te gusta?

—Es tu gato.

—Gracias.

—¿Qué planes hay para hoy?

—Ninguno.

—Mejor, relajación.

—Sí, porque no han salido muy bien los paseos.

James sonrió. Una insolación, unos encuentros poco amigables, lo único bueno había sido el gato. Pero poco a poco todo llegaba a su fin. Unas horas más y sabría su decisión final. Las cartas estaban echadas: o volvía solo o lo hacía con ella.

Raven no podía dormir; no le ocurría lo mismo a Taste que ronroneaba a los pies de su cama. Sus impulsos le decían que James era la mejor opción, lo que ella y su familia buscaban, era encantador, inteligente, guapo, pero... No era así como esperaba que fuera. Hubiera preferido un hombre sencillo, del montón, al que se le cogiera un cariño especial, un hombre más parecido a ella, mono, pero sin mucho que ofrecer físicamente. Sabía en qué posición estaba ella en cuanto a belleza. Sin embargo, James era un dios, un perfecto representante del sexo masculino, algo a años luz de ella. James era respetuoso, cariñoso y pensaba en los demás; el gatito era un ejemplo. Alguien de quien se podría enamorar y no de una forma novelesca, sino con locura, con intensidad y eso era lo único que quería evitar. Por eso había elegido un matrimonio de conveniencia, no para caer rendida a los pies de su marido y sufrir.

Un golpeteo en la puerta de su habitación la hizo enderezarse.

—Sabía que no estarías durmiendo. ¿Y bien? Todos estos días has estado

como distraída, bastante pendiente de James. La situación es algo intensa. — Elisabeth se sentó a su lado y le retiró el pelo que caía rebelde de la cara; era su niña y siempre lo sería. Le preocupaba mucho su futuro y quería que ante todo fuera feliz. ¿Sería James esa felicidad? ¿Sería él, alguien impuesto de repente?

—Bueno, estoy cómoda con él y que nos haya contado cuáles son sus circunstancias demuestra que es sincero. Era de esperar que su situación fuera complicada.

—No te hablo del dinero.

Raven miró a su madre. Ella la conocía perfectamente; siempre habían estado muy unidas, siempre había sido su paño de lágrimas.

—No sé, mamá, no era lo que esperaba.

—Cuando lo vi la primera vez pensé que era demasiado guapo.

—¿Qué hago? Todo iba a ser más sencillo.

—Mira, no es mi intención convencerte de nada. La decisión es tuya y lo que hagas me parecerá bien y tendrás mi apoyo. Si no quieres casarte con él, no lo hagas, pero que no sea porque es muy atractivo.

—No es porque sea guapo, sino por lo que eso conlleva. No quiero sufrir.

—Mi consejo es que lo intentes; ve a Londres con él, conoce su mundo, a su familia, conoce bien sus circunstancias, conócelo a él. Quizás no sea tan maravilloso allí y eso te haga convencerte. No pierdas de vista que de lo que se trata es de ser una condesa y vivir lo más tranquila posible.

—Y eso es algo que el dinero puede conseguir.

—¿Qué quieres que te diga, hija? Si ese hombre además es un pecado. Date el gusto, por lo menos tendrás una alegría en la cama.

—Mamá...

Ambas rompieron a reír. Raven abrazó a su madre. Ella tenía razón, era mejor dar una oportunidad y un tiempo. Su próxima parada: Londres.

Capítulo 10

Paul contemplaba la cartera con su particular ceño fruncido; hacía días que notaba que le faltaba dinero, hacía días que había descubierto que Roger se entretenía metiendo la mano en ella. Pero decidió no decir nada, ver hasta dónde era capaz de llegar y se había dado cuenta de que no tenía un límite, que la vocecilla que normalmente la gente tiene para avisarles de que actuaban mal estaba muda en él. Era el momento para actuar o por lo menos para hacerle notar que sabía lo que ocurría.

Esa mañana tenía que terminar de legalizar los pagos de la herencia y los de los pocos empleados que les quedaban, así como de las asistentas que venía a la casa por horas. Se había encargado de todo; no iba a permitir que Raven viviera en pésimas condiciones. Era temprano cuando oyó la puerta abrirse y a Roger entrar tambaleándose de otra noche de juerga.

—Espere un segundo, caballero.

Paul salió a su encuentro.

—No fastidie, acabo de llegar y me voy a dormir.

—Será rápido. Solo quería informarle de que la próxima vez que meta la mano en mi billetera lo denunciaré por robo.

Roger paró en seco a los pies de la escalera sin creerse que fuera tan directo.

—¿Me está llamando ladrón?

—Es lo que he dicho, sí.

El joven se acercó a él con rabia e intentó agarrarlo de la camisa, pero Paul esquivó el ataque de un borracho.

—Retira eso ahora mismo, maldito plebeyo. ¿Quién te crees que eres para venir a amenazarme a mi casa? —Roger elevó la voz para hacerse oír.

William escuchó el grito y acudió al alboroto, pero no fue el único.

—¿Qué está pasando aquí? —Brianna apretó los labios.

—Este hombre me está acusando de ladrón.

—¿Cómo se atreve?

—A los hechos me remito, señora.

—Condesa, diríjase a mí con respeto.

Paul sonrió, el maldito orgullo del rancio abolengo que no los dejaba ver más allá de sus narices. ¿Y era en esa familia donde iba a dejar a Raven? Era hora de bajarles los humos.

—Hace dos días que el título ya pertenece a su hijo, señora —aseguró Paul haciendo énfasis en su hijo.

Brianna frunció los ojos con furia. ¿Quién se creía que era ese don nadie para tratarla así?

—Márchese ahora mismo de mi casa.

—Estoy aquí con el permiso del conde de Wranson, solo él puede echarme.

—¿Me puede explicar por qué está aquí?

—Para arreglar sus asuntos; el resto de la historia es él el que debe contársela. Solo estoy avisando a su hijo de las consecuencias que tendrá que vuelva a robarme dinero, nada más. Ahora, si me disculpan, tengo asuntos que atender.

Y regresó a la biblioteca, escuchando cómo hablaban entre dientes, cómo Brianna le preguntaba a Roger otra vez sobre ese hombre en su casa. Desde luego sentaba bien poner a esa gente en su sitio y entendió lo que James había debido soportar. Entendió por qué había pasado años fuera de esa jaula de locos. Había conocido cuáles eran sus circunstancias de la mano de William y de Andrew, su mejor amigo, que se había prestado para ayudarlo en lo que

necesitara mientras él no estuviera, incluso estaba al tanto de todos los recovecos oscuros de la familia por boca del abogado Turner, y era lo mejor; así no había nada que se escapara y podía controlar todos los factores de riesgo. Por el momento, y tal como fue su primera impresión, no había nada que le indicara que James Tenston no fuera un hombre honesto y de fiar, nada que ver con su excéntrica familia.

—Señor Connors, ¿podemos hablar un momento? —William se quedó debajo del marco de la puerta de la biblioteca esperando. Había sido testigo de la disputa con Roger.

—Por supuesto, pase.

—Quería pedirle que no denunciara al señorito Roger; yo me haré cargo de su deuda con usted.

Paul sonrió. Ese hombre era el único con honor que quedaba allí. ¿Cómo era capaz de aguantarlos?

—No se preocupe, no hará falta; solo quería asustarlo y ver de qué es capaz.

—Cuando milord regrese...

—William, ¿puedo preguntarte algo y esperar que me contestes con sinceridad?

—Sí.

—¿De verdad crees que James podrá solucionar algo? —El hombre bajó la vista al suelo, la situación era muy complicada—. ¿Puedo confiar en que Raven estará bien aquí?

—Sí, no debe dudar de milord. Él hará todo lo posible para que su señorita esté bien. Además de que su sueño es vivir en Tilman House.

—Y alejarse todo lo que pueda de su familia en Londres.

—Nunca se han llevado bien. Ellos no lo quieren, no ven cómo es en realidad.

—Entonces, ¿tendrán que mantener las excentricidades de su madre y los despilfarros de su hermano para siempre?

—O hasta que se les ocurra algo para solucionarlo.

—Lo que intenta decirme es que no hay tanta prisa y que Raven estará bien.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

—William, ¿por qué sigue aquí? Podría encontrar empleo en cualquier otro sitio.

—Por su abuelo, se lo prometí. Y por ese niño que se metía bajo mi cama a llorar cuando su padre lo insultaba.

Paul pudo ver cómo sus ojos brillaban por los recuerdos. Entendió cuáles eran los vínculos de afecto que lo unían a James; entendió cuáles eran sus motivos para defender a esa familia y no preguntó más. Él habría actuado igual.

—Gracias, William.

William le hizo un gesto con la cabeza y se marchó, dejándolo con sus asuntos, ya casi finiquitados. El sonido del móvil le hizo dejar el bolígrafo y meter la mano en su bolsillo. Sonrió al ver la llamada de Raven, llevaba días sin saber de ella.

Charles Losley le hizo un gesto con la mano a su invitado y este se dirigió hacia el fondo del salón del club. Nunca se había detenido a hablar con el marqués, o más bien el marqués con él.

—¿Un mal día?

—Eso parece, ¿por qué estoy aquí?

—Directo al grano, eso me gusta, Roger.

—¿Y?

—Quiero hacerme cargo de tus deudas, ayudarte.

Roger arqueó una ceja, hacía unos minutos acababa de discutir con ese americano por un hurto y ahora le ofrecían dinero. Desde luego, la suerte cambiaba.

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Bueno, sabrás que estoy interesado en ser socio de tu hermano en sus

proyectos de Tilman House. Apoyarte igual me hace más digno a sus ojos.

—¿Crees que James te va a agradecer que me des dinero?

—Eso espero.

—Pues estás equivocado; lo verá mal, como todo lo relacionado conmigo.

—Vaya, no contaba con eso. —Charles se rascó la barbilla. Por supuesto que contaba con eso; Matthew le había hablado de la enemistad entre los hermanos—. De todas formas quiero hacerlo, me gustará tener un aliado a mi favor si se diera el caso; tú podrías interceder ante James por mí.

—No conoces a mi hermano.

—¿Aceptas o no?

—No voy a decir que no a una buena suma de dinero; no soy estúpido. Pero contéstame algo, ¿por qué este interés en James?

—Me gustan sus planes.

—Ya, pues yo creo que tiene más que ver con que se meta entre las piernas de cierta dama.

—Ese no es tu problema. —Charles apretó los dientes, pero disimuló.

—Desde luego que no y, si te tranquiliza, solo fue una noche.

—Me da igual, no es el tema que he venido a tratar contigo.

—No sé cuál es tu verdadera intención y poco me importa.

—Entonces aclarado, yo me haré cargo de tus deudas y gastos.

—Perfecto. ¿Cómo lo hacemos?

—Dejaré un sobre para ti, aquí, todos los viernes.

—Genial.

Roger recogió la primera cantidad, se levantó de su silla y se marchó de allí, no fuera que cambiara de opinión. No le caía bien, no le gustaba que lo ningunearan, que lo tomaran por imbécil. Sabía que sus intenciones no eran honestas, pero poco le importaba; no era con él con el que lucharía, sino con James. Mientras tanto, aprovecharía la buena fe del marqués.

Charles se recostó en la silla. Tener sometido a Roger le vendría bien, podría utilizarlo para forzar a James. Si la deuda de su hermano era con él, no

tendría más remedio que pagar o ceder y no estaba la economía de los Tenston para pagos. Sonrió; no le hablaría de ese encuentro a Matthew, no quería que se pusiera a la defensiva. Poco a poco iba jugando sus cartas y tenía una buena mano. Sacó el teléfono y marcó un número, era el momento de avanzar.

—Tenemos que hablar de negocios.

Sonrió con malicia. Su juego nunca era honesto; lo había aprendido de su padre y de su abuelo, pero llegar a la conclusión que él quería lo era todo. Ya lo había dicho Maquiavelo ¿o había sido Napoleón? Fuera quien fuera, tenía razón: «El fin justifica los medios». Y no iba a jugar una sola mano y a una sola baza; debía ampliar espacios, socios, planes. Poco le importaba que todos pensasen que tenía celos de James por Victoria, esa zorra se acostaría con quien quisiera como haría él. Era más complicado, James representaba la figura ejemplar de la nobleza inglesa arrastrada desde hacía siglos: guapo, honorable, respetuoso, educado, culto, volcado con el trabajo de sus tierras y sus gentes, admirado y deseado por todos. Si tuviera dinero y una familia acorde a su perfección sería idolatrado, pero no lo tenía. Y, aun así, lo amaban; ¿cómo era posible que él, marqués de Lancaster, se sintiera inferior? Era algo que no iba a conseguir y solo lo superaría hundiéndolo en el lodo hasta que no pudiera levantar cabeza, hasta que todos vieran lo bajo que había caído, hasta tenerlo a su merced, suplicando por su bienestar y por su herencia.

Capítulo 11

Raven bajó del taxi cuando James le abrió la puerta. Todo era como había visto en las películas. Los autobuses de dos plantas rojos que los cruzaron por el camino, las cabinas del mismo color que iba viendo y que antes solo había contemplado en fotografías. El taxi grande y negro que cogieron en el aeropuerto y que los condujo por las calles más importantes de Londres a petición de James. Los edificios más bajos pero cuya piedra hablaba de siglos y siglos de historia, la modernidad y la mezcla de gentes, de colores y olores, la poca claridad que dejaba un cielo casi cubierto, la humedad que traía el Támesis. Y, aun así, estaba encantada, emocionada y con ganas de más.

El coche se detuvo frente a una de las casas de Eaton Pl., una de fachada de ladrillo rojo en contraste con las de gris que había alrededor, pegadas a ella. Una escalera y una verja negra llevaban a la puerta principal, una casa de tres o cuatro alturas adornada con varios balconcillos y unas macetas de flores de colores. No era tan grande como su casa de Chicago, pero sí acogedora y en un barrio residencial con buen aspecto.

—Bienvenida a Londres.

—Gracias, James.

—Espero ser tan buen anfitrión como tú.

No dio tiempo a hablar más. Enseguida la puerta se abrió y un apresurado William se acercó al taxi para coger sus maletas.

—Milord, ¡qué alegría que haya vuelto!

Raven miró al hombre de unos sesenta años con interés. Por un momento había olvidado que ese era el mundo de James, que allí era un lord.

—William, te presento a Raven Simmons.

—Encantado de conocerla por fin, señorita. El señor Connors me ha hablado mucho de usted y quiero que sepa que me tiene a su disposición para lo que desee, cualquier cosa que necesite.

—Gracias, William.

—Pasen, por favor, Paul está en la biblioteca. Se ha hecho cargo de todo con diligencia.

—¿Algún problema?

—Nada fuera de lo normal.

James suspiró. Lo normal no era nada; seguro que algún conflicto con su familia habría tenido y más teniendo en cuenta que no les había hablado de sus planes y que no sabían por qué se había marchado esos días. Pero poco importaba; estaba allí con Raven, había sido capaz de convencerla y de salvar por el momento la crisis.

En cuanto entraron por la puerta y, mientras William subía sus maletas a la habitación que le había preparado, Paul salió de la biblioteca y le dio un fuerte abrazo a Raven.

—Fue una sorpresa que te decidieras a venir.

—Mentiroso.

—De acuerdo, lo esperaba; siempre acierto.

—¿Cómo va todo por aquí?

—De maravilla, ya lo tengo todo encauzado, con dinero no es tan lento. Ya eres conde oficial y legalmente, y los primeros pagos se han realizado. Del resto se está encargando Brad; lo referente a Tilman House es más largo.

—Por favor, no hablemos tan pronto de negocios y dinero. Quiero disfrutar de Londres.

—Y lo harás. Pero, primero, la bomba. —James alzó la voz—. ¿Mamá, Roger?

—Tu hermano ha salido hace una media hora —le informó Paul.

—¿Ya?

—Cuanto menos tiempo pase a mi lado, mejor.

—Entiendo, ¿y mi madre?

La parte alta de la escalera mostró la silueta de una mujer; Raven la contempló casi con descaro. Era hermosa, muy parecida a James, con los mismos ojos verdes y el pelo algo más cobrizo que el de él, pero ya con algunas canas; su madre, no cabía duda.

—¿Has regresado? Pensé que habías vuelto a desaparecer.

Raven notó el tono de menosprecio de la mujer al hablar con su hijo, ¿sería cierto entonces que no lo quería?

—No, mamá, ya estoy aquí. Unos asuntos importantes me llevaron a Chicago.

—¿Y se puede saber cuáles fueron y por qué hemos tenido que soportar a este hombre? —dijo señalando a Paul que puso los ojos en blanco.

—Mamá, te presento a Raven Simmons, mi prometida.

—¿Tu qué?

—Me has oído bien, es mi futura esposa.

—¿Te has ido a América para buscar a una mujer?

—Mamá, no te pido que lo entiendas, solo te informo.

—¿Una americana sin blasones?

—Sí, mamá, gracias a papá, a Roger y a ti.

—O sea que es rica.

—Mamá, por favor.

Brianna la miró de arriba a abajo con desgana. La muchacha no tenía clase alguna, ni elegancia ni atractivo inglés, una vulgaridad comparada con las bellezas de las que James se había rodeado, bellezas de sangre noble y no una...

—No me lo pidas; no voy a aceptarlo. Bajo ningún concepto voy a estar de acuerdo en que te cases con una arribista sin ninguna clase.

Brianna lo gritó sin miramientos; el conde de Wranson se debía casar con alguien de buena familia, de sangre noble, incluso ella pertenecía a una en Escocia, más baja sí, pero sangre noble.

—¿Arribista? Te pido un poco de respeto, mamá.

—No pasa nada, James. —Raven no quería dar una mala primera impresión, aunque parecía que eso no era culpa suya.

—Vuelve al lodo de donde saliste, guapa —le soltó Brianna con desprecio—. Y tú, deja de avergonzarme y ten algo de orgullo. Demuestra que eres un Tenston. Si tu padre viera lo que estás a punto de hacer...

—No voy a permitirte...

Su madre ya se había perdido escaleras arriba, ni siquiera bajó a saludar. James no sabía qué contestar o cómo disculparse ante Raven. Bajó la vista y dejó que el silencio los envolviera.

—Me gusta tu casa. Es genial la velocidad con la que Paul está arreglando los papeleos. —Raven quería sacarlo de su mutismo, de la desilusión que veía en su rostro—. Una buena noticia, ¿verdad?

—Deberías irte a descansar; ha sido un viaje largo. William tendrá preparada la habitación de mi hermana para ti. Yo tengo que hacer algunas llamadas. Te aviso para cenar.

—Bueno, aún notó cierto *jet lag*.

—Por favor.

—De acuerdo, iré a acomodarme, luego nos vemos.

Raven no insistió; James estaba decaído por el recibimiento y era normal. Subió las escaleras y fue a la habitación que William le indicó desde la puerta. Su expresión también era de pena, había escuchado la conversación.

—No haga caso a milady, señorita; han sido muchos cambios y pérdidas y tendrá que ir acostumbrándose.

—No se preocupe por mí, William, estoy bien. Solo lo lamento por James.

—Yo también, señorita, yo también.

William salió de allí y la dejó sola. Raven se acercó a la ventana y vio la

calle en la que ahora vivía, tranquila, ajena a la tormenta que había dentro de la casa. James había sido sincero, su familia no era mala, era peor, y aún faltaba por conocer al hermano. Se tumbó en la cama para descansar. La habitación había pertenecido a su hermana, que estaba casada con un barón, creyó recordar. Durante el viaje James le había hablado de todos ellos. Se notaba que había pertenecido a una mujer, aún conservada un aroma dulzón y el color crema rosado de las paredes, y unas muñecas de porcelana de esas que daban más miedo que otra cosa. A ella nunca le habían gustado, le recordaban a esas películas de terror de época. Alargó la mano y cogió una pequeña cajita con flores labradas en madera en la tapa; al abrirla, una suave melodía sonó. Era un bonito joyero. Con ese soniquete de fondo se durmió, al parecer sí estaba cansada del viaje.

James permanecía solo en la biblioteca. Todos estaban ya durmiendo después de una incómoda cena. William lo había informado de que Raven estaba dormida y no había querido despertarla. Estaba molesto con su madre, con él mismo por haber llevado la situación a ese límite. ¿Qué pensaba? Era normal que su madre hubiera reaccionado así, debía haberlo previsto y no hacer pasar a Raven por eso. ¡Qué distinto había sido su recibimiento en Chicago! Menuda muestra de buenos modales que había dado la gran dama inglesa.

—¿Estás bien?

Raven entró en la biblioteca al ver luz. Se había despertado con mucha sed y algo de hambre, pero al parecer ya era tarde. Se acercó a él y, cuando él la miró, vio las lágrimas que acaban de resbalar por sus mejillas, lágrimas de pena y frustración, aunque quisiera evitarlo. Sintió pena por él, por lo que le había tocado vivir con su familia. Sintió su necesidad de alguien que lo apoyara, alguien que ella estaba dispuesta a ser.

—Sí, no te preocupes.

—¿Siempre es así?

—Siempre.

—¿Ves? Entonces no es solo por mí.

James sonrió; ella no quería darle importancia.

—No, su mayor decepción soy yo, no se cansan de decírmelo, por mucho que lo intente nunca seré bueno. Pero todo esto no lo hago por ellos, sino por mi abuelo, por mi herencia.

—Te conozco desde hace muy poco, pero si algo he visto es el gran hombre que eres. No puedes cambiar a las personas, si ellos son así de odiosos no vas a poder evitarlo, pero sí puedes saber llevarlos y seguir actuando a tu manera, como mejor veas, no tiene ningún sentido que lo hagas por ellos, porque no lo van a agradecer; no te van a otorgar ningún mérito. Lucha por ti, por tus ideas, por tus planes y tus sueños, nada más.

—Eso es muy bonito y es lo que estoy intentando hacer. Pero déjame lamentarme de vez en cuando; también me gusta ser alguna vez la víctima.

Raven sonrió.

—Ser el niño mimado.

—No estaría mal.

—Por cierto, me cae muy bien William.

—Es lo único honorable de esta casa. Bueno, mañana espero mostraré algunas cosas más. He pensado en que conozcas a Andrew y a Peach.

—Lo estoy deseando.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Vamos, William ha dejado algo para ti, por si te despertabas en la noche.

—Como ha ocurrido. Deberías haberme avisado.

—No te has perdido nada, créeme.

—Entonces mejor.

La condujo a la cocina y encendió el horno para calentar la cena que había dejado su mayordomo. Se sentó con ella en la mesa y la acompañó durante su cena.

James recorrió la cocina con la mirada; no solía comer allí desde niño.

—Cuando era pequeño solía comer en la cocina con William. Normalmente era porque mis padres me habían regañado por algo que había hecho Roger.

—¿Y eso?

—Siempre pasaba igual; yo tenía la culpa de todo. Roger no rompía ni un plato. Si se hacía daño y se metía en problemas era mi culpa; si quería algo que era mío, yo debía ceder. Nunca sentí ningún tipo de apoyo de ellos, solo William me consolaba. Empezar el curso en Eton fue una alegría para mí, vivir alejado de ellos durante casi todo el año y cuando llegaban las vacaciones me las ingeniaba para poder pasarlas en Tilman House con mis abuelos.

—Era tu refugio.

—No lo sabes bien.

—¿Por qué crees que tus padres no te querían?

—Porque lo hacían mis abuelos; fui un regalo para ellos y mi padre odiaba eso, supongo que le hizo sentir lo mismo a mi madre.

—¿Y siguieron teniendo hijos?

—Supongo que mi hermano y mi hermana fueron realmente deseados por ellos, sus hijos. Yo fui más el heredero.

—Te pareces físicamente a tu madre, mucho más que tu hermano. Creo que deberías agradecer de alguna forma que te educaran así; eso te ha hecho más honorable y digno.

James hizo un gesto de aceptación. Igual eso había evitado que acabara como su padre y como Roger. Igual Raven tenía razón: no iba a darle tanta importancia; iba a mirar por él y su futuro, por el futuro de ambos, y mañana sería otro día, pensase su madre lo que pensase.

Capítulo 12

El timbre de la puerta sonó con impaciencia haciendo que William acelerase aún más su paso; el visitante parecía tener mucha prisa.

—Ya van.

Abrió y con un escueto saludo accedió directamente a las escaleras para subir a la planta de arriba.

—No pasa nada, William, lo despierto.

—Señor Andrew, milord está...

—Que se fastidie, mira que volver y no avisarme.

—Estoy despierto, cansino. —La voz de James llegó desde el salón, y Andrew giró hacia allí.

—Pues mejor, cuéntamelo todo. ¿Creías que iba a conformarme con cuatro mensajitos?

James sonrió y, con un gesto, le indicó que entrara.

—Trae algo para desayunar, William, para los dos.

—¿Y la señorita Raven?

—Está dormida. Cuando se despierte, ella te lo pedirá. —William se adentró en la cocina y los dos amigos se sentaron en el sillón de cuero marrón del salón.

—¿La señorita Raven? Veo que William lo lleva muy bien.

—Sí, es el único. Mi madre se enfadó y no nos habla, y mi hermano aún no la conoce.

—Y Peach y yo tampoco. Por eso he venido, a ponerle remedio a eso.
¿Todo bien?

—Creo que sí. La primera crisis familiar la ha superado con éxito; no se molestó por los insultos de mi madre.

—Eso es genial. ¿Cuándo puedo verla?

—Andy, está durmiendo. Más tarde.

—Perfecto, quedaremos para comer, los cuatro. Peach está impaciente.

—Seguro que se llevarán muy bien.

—Seguro, pero lo mejor es que todo se está arreglando y que a ti te gusta, ¿no? —James asintió y sonrió mientras William dejaba unas tostadas y unos cafés en la mesa para que desayunaran, cosa que enseguida ambos hicieron—. Pues yendo todo tan bien, siento traer malas noticias.

—No fastidies. Paul, Brad y yo estamos dándonos prisa con los pagos y las legalizaciones, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas a tu incansable posible socio en Tilman?

—¿Has hecho de espía de Charles?

—A los tíos como él hay que tenerlos controlados y más si van en contra de mi amigo.

—¿Y?

—No es por lo que hace, sino por con quién quiere hacerlo. Lo he visto hablando muy a menudo con tu cuñado, sin contar con la amistad que tiene con Hertonchild.

—¿Con Matthew?

—Sí, ahora son coleguitas.

—No es extraño; él quiere Tilman y Matt quiere mi título.

—Seguro, pero lo extraño es que me enteré de que el otro día también tomó un café con tu hermano.

James frunció el ceño, odiaba que actuaran a sus espaldas.

—Está como cerrando un círculo, sin embargo, va a tener que darse por vencido, ya no tiene caso con Raven aquí.

—Me va a encantar verle la cara cuando sepa eso y no tenga nada que hacer. Pero tendremos cuidado por si acaso. Bueno, gracias por el desayuno. Yo me voy, en cuanto estéis listos me llamas y vamos a comer; me debes las presentaciones oficiales.

—De acuerdo, luego quedamos.

Andrew salió de allí con la promesa de que comerían los cuatro juntos y James abrió el periódico para leerlo con calma, hacía mucho tiempo que no se tomaba las cosas con tan poca preocupación, ni siquiera las noticias sobre Charles lo iban a perturbar.

Una hora después el timbre volvió a sonar. William abrió la puerta con premura. Nunca, en sus muchos años de servicio, un visitante de los Tenston había llamado al timbre más de una vez seguida, excepto Andrew y sus prisas. Pero cuando vio al hombre que estaba frente a él frunció el ceño.

—Busco a James, ¿está en casa?

—Sí, mil... milord —le costó un mundo decirlo y le indicó que lo acompañara hasta el salón—. Milord, lord Losley está aquí.

James se levantó del sillón que ocupaba frente a la mesa. Era curioso que hiciera solo una hora que habló con Andrew de él.

—Que pase, William.

—Claro que paso, James.

Charles no esperó a que le diera paso el mayordomo y lo observó mientras se iba después de una reverencia.

—¿Qué quieres, Charles?

—Es un mayordomo a la antigua, un lujo que ya pocos tienen.

—¿Charles?

—No sabía que habías estado de vacaciones; pensé que no te daba para eso.

—¿Has venido a saludarme por mi vuelta?

—Por supuesto que no; vine por asuntos de negocios.

—Sigues insistiendo en lo de Tilman, ya te dije que no, que por mucho que lo intentes, por mucho que te asocies con mi cuñado o con Hertonchild no vas

a conseguir...

—No te precipites, James, solo vengo a cobrar tu deuda conmigo.

—¿Mi qué?

—Cierto, nadie te habrá avisado de que soy el prestamista de tu hermano. Por lo menos no le he roto los dedos ni nada de eso.

—¿Cómo dices? —James entendió entonces lo que Andrew le dijo sobre Charles y Roger.

—Pues, verás, lo tenías tan controlado en cuanto a dinero que me ofrecí a ayudarlo; ahora las deudas son conmigo y como él parece reacio a pagar, pues...

James entrecerró los ojos, ¿qué intentaba Losley? ¿Tan sucias llegaban a ser sus intenciones? Pero lo peor era que tenía razón. Si había jugado con Roger, el que debía afrontar ese pago era él.

—Eres un...

—Por favor, sabes que lo único que quiero es que nos llevemos bien.

—No entiendo cuál es tu inquina conmigo.

—Solo quiero ser tu socio.

—Nunca.

—Pues paga.

—Claro que pagaré. —Una voz de mujer lo hizo girarse. ¿Quién era ella? No parecía de por allí, no la conocía—. Mañana mismo mi abogado se pondrá en contacto con usted para hacerse cargo de esa deuda y para concretar que nunca más se acerque a Roger.

James sonrió ante la llegada de Raven. Posiblemente William le había avisado; un buen golpe de efecto que Charles no se esperaba.

—¿Quién es usted?

—Su prometida y la persona que de ahora en adelante pagará sus deudas. ¿Algún problema? Ah, y su futura socia capitalista en los proyectos de Tilman House, así que, vaya olvidándose de eso, lord...

—Charles Losley, marqués de Lancaster.

—Lord Losley. —Raven miró a James—. ¿Lo he dicho bien?
—Perfecto, querida. —Ella sonrió, los modales eran impecables.
—Vaya, no esperaba que tuvieras una prometida.
—Y rica. Qué suerte, ¿verdad? —dijo ella.
—Bueno, pues bienvenida a Londres, señorita...
—Raven Simmons.
—Espero verla en nuestros círculos muy pronto.
—Desde luego, lo estoy deseando.

Charles le dio la mano a modo de saludo y a la vez de despedida, ya no hacía nada allí. Su plan con Roger se iba al traste, pero ¿quién era esa mujer que había aparecido en su vida? ¿Había sido James capaz de conseguir salir de su miseria con ella? Desde luego no era su tipo, no era como Victoria, pero si tenía dinero, era lo que buscaba. Caminó calle abajo y sacó su móvil. Matthew debía saber algo más del asunto.

Raven lo vio salir de la casa con paso ligero, estaba molesto; de eso no cabía duda.

—Ese es...

—El prometido de Victoria.

—No me cae bien.

—A mí tampoco. Gracias por aparecer, lo has puesto en su sitio. No lo esperaba.

—William me avisó de que venía con malas intenciones.

—Ha llegado muy lejos; mira que quedarse con las deudas de Roger solo por fastidiarme. Voy a tener que hablar con mi hermano.

—¿Puedo hacerlo yo?

—¿Seguro?

—Sí, déjame intentarlo.

—Como quieras. Sabes que pronto todo Londres sabrá quién eres y qué haces aquí.

—Lo estoy deseando.

Raven puso los ojos en blanco, y James sonrió; era bueno que se hubiera hecho notar ante Losley, que marcara su posición, que le demostrara que no estaba solo y que ya podía luchar.

—Seguro que sí.

—Voy a hablar con Paul para que se ponga en contacto con ese Losley y lo solucione todo. ¿Y tu hermano?

—A estas horas, durmiendo.

—Genial, así lo pillo con la guardia baja. Ya es momento de que me conozca.

James se rio mientras ella subía las escaleras a paso decidido y aún en bata, a ver cómo lidiaba Roger con algo así. Desde luego tenía carácter suficiente.

Raven se paró delante de la puerta de la habitación que James le dijo que era la de su hermano y llamó, escuchando un gemido de protesta desde dentro. Estaba claro que a Roger no le afectaba lo que James le dijera, que su madre no se metía en su vida y que estaba acostumbrado a vivir a su aire sin importarle nada, pero eso iba a acabar. Tendría que enfrentar un nuevo enemigo. Entró con estrépito y abrió de una la ventana para que entrara la luz de la mañana.

—¿Qué coño haces, William? —preguntó Roger tapándose con la sábana.

—No soy William; me llamo Raven.

A pesar de las molestias y la resaca, Roger se enderezó en la cama y la observó con calma. Así que esa era la americana rica que había traído su hermano. Cuando su madre le había dicho la verdadera razón por la que James había desaparecido y por la que ese estúpido de Paul estaba allí, no se lo creyó, pero ahí estaba: una rica heredera al rescate. No es que fuera una belleza, por lo menos no como las que a él le gustaban, pero bueno. ¿Qué quería de él?

—¿Qué quieres? ¿No ves que estoy durmiendo?

—Ya no, pero no te preocupes; acabaré pronto. Solo quería advertirte de que no puedes poner más en riesgo a tu hermano y a tu familia.

—¿Perdona?

—Ese lord Losley ha venido amenazando a tu hermano con una deuda tuya. A partir de hoy esa deuda será pagada y ya nada tendrás que ver con él porque, por lo que parece, solo busca perjudicar a James.

—¿Y ahora tú eres su salvadora?

—Sí, y no tengo tanta paciencia como ellos. Si vuelves a las andadas, tendrás que hacerte cargo de tus deudas; Paul se encargará de que aparezca eso en mis cláusulas y de que tu hermano las acepte; es más, si no pagas, serás tú el que acabe mal, solo o en la cárcel por impago. Estarás fuera de la familia a nivel financiero. ¿Soy clara?

—Estás loca. ¡¡¡James!!!

James entró en la habitación; estaba en el pasillo, pendiente de la charla, no iba a dejarla sola.

—Tiene razón, es la única forma de que entres en razón.

—¿Me dejarías a mi suerte?

—Es dinero lo que necesitas y ese dinero pertenece a Raven.

Roger frunció el ceño, furioso. ¿Quién se creía esa maldita mujer que era para hablarle así, para intentar controlarlo?

—Me dais asco, los dos, salid de mi habitación.

—Solo quería aclararte las cosas, que sepas cuáles son las nuevas condiciones.

—No te creas ya la condesa, maldita arribista.

Raven ni se inmutó por sus insultos, ya era la segunda vez que los oía.

—Espero que veas que es lo mejor para ti.

—¿No dices nada? —le preguntó a su hermano.

—Ella es la que va a pagar tus mierdas; ella decide.

—Esto no te lo perdonaré, James.

—Te darás cuenta de que... —Raven intentó apoyar una mano en su hombro, pero él se la retiró con furia.

—No me toques, sucia vaca. ¿En serio crees que estás a la altura de mi

hermano, de nosotros? Por favor, ¿te has echado un vistazo? Das pena. ¿Cuánto crees que va a tardar mi hermano en perderse entre las piernas de una buena hembra?

James se acercó y le dio un puñetazo, tumbándolo en la cama y cerrándole la boca.

—Duerme la borrachera, imbécil.

Raven lo miró fijamente; ese había sido un golpe bajo, muy bajo, algo que la removió por dentro, pero sonrió. No tenía sentido dejarse afectar por alguien que solo buscaba hacer daño.

—No pasa nada, James. Déjalo, tiene en lo que pensar.

James asintió y ambos salieron de la habitación. Las cosas habían quedado claras.

—Vamos a comer con mis amigos —le dijo para cambiar de tema.

—Tengo ganas de conocerlos.

—Y ellos a ti.

—Iré a arreglarme, no tardo nada.

James la vio meterse en su habitación, y él hizo lo mismo. Por suerte, su madre seguía sin hacer acto de presencia. Abrió el armario y sacó algo de ropa; Raven había soportado en pie el segundo asalto y había salido ilesa, reforzada y más fuerte. Lo que quedaba por mostrarle iba a ser más fácil.

La calle que daba al restaurante estaba constantemente vigilada por Peach desde el interior, esperando ver pasar a la pareja que estaba deseando visualizar. ¿Cómo sería ella? Quería tener una visión de ella desde lejos, ver cómo se sentía ante aquella primera impresión. Andrew le dio el tercer trago al vermut, negando ante el entusiasmo de su mujer, claro que era normal. Él ya había visto a James hacía un par de horas.

—Me ha contado James que ha puesto en su sitio en Charles y después a Roger, ya decía yo que fue raro verlos juntos.

—Siempre hay una nube negra sobre la cabeza de James; ya veremos qué

piensa Victoria —dijo Peach sin perder vista.

—Ella no tiene nada que opinar.

—Ojalá que Victoria lo vea igual, aunque dudo que le siente bien, pero que se fastidie. Estoy muy contenta.

—Y alterada.

Andrew no acabó la frase porque Peach soltó un gritito y se levantó de golpe al ver a aparecer a James por la calle.

—Ya vienen, qué mona es.

—Peach, por favor, controla.

—Chisss, calla que ya entran... Aquí.

James sonrió al ver el entusiasmo de Peach y le indicó a Raven con un gesto dónde estaban. Ella vio a la mujer, con una amplia sonrisa, y se relajó. Esperaba a alguien más estirada, más seria, más del tipo familia Tenston.

—Siento llegar tarde. —James se disculpó y le retiró la silla a Raven para que se sentara.

—Nada, nada. Hola, soy Peach Carrington, la mujer del mejor amigo de James.

—Raven Simmons, es un placer.

Las dos mujeres se dieron dos sonoros besos y Peach no pudo evitar un abrazo. Pronto Andrew las separó.

—Andrew Carrington.

—Encantada. James me dijo que también eres noble.

—Barón de Rosford, pero ni caso. Nos conocemos desde el colegio.

—Siempre hemos estado juntos —dijo James recordando ese primer día en Eton.

—Ese primer verano lo pasamos también juntos en Tilman House.

—Sí, cuando pisaste una rana sin querer y te pasaste dos días llorando.

—Tú tuviste la culpa; te empeñaste en que conociera a todos los bichos existentes en el campo de tu familia.

Raven rio con ellos, ese ambiente era el que esperaba encontrar, gente que

quisiera y apoyara a James.

—Me alegro de que pusieras en su sitio a ese imbécil de Charles y al capullo de Roger —manifestó Peach.

—Supongo que el ser nueva me da esa ventaja; no puedo defraudar.

—Háblanos de ti, Raven.

—Primero dime por qué te llaman Peach.

—Siempre me han encantado los melocotones. Me vuelvo loca cada vez que llega la temporada, incluso tengo un melocotonero en mi jardín.

—Es un apelativo muy bonito, ¿cuál es tu nombre real?

—Alice. Pero ya estoy acostumbrada a que me llamen Peach.

—Pues Peach entonces. ¿Lleváis casados mucho tiempo?

—Tres años.

—Y por muchos más.

—Oh, cariño. —Peach le dio un beso a su marido—. ¿Qué tal os fue por Chicago?

—Bastante bien, salvo por la insolación y los encuentros con ex —afirmó James.

—Pocos días, pero intensos —dijo Peach.

—Y me regaló un gatito.

—¡Qué rico! —Raven le mostró una foto.

—Volviendo a temas más incómodos; sabes que Losley no se va a quedar parado. —Las palabras de Andrew desviaron completamente el tema.

—Tenías razón con lo de Roger, trama algo.

—Debería desistir ahora que estoy aquí.

—Raven, ¿no te sientes incómoda por las circunstancias de vuestra relación? —quiso saber Peach, se moría por conocer su opinión.

—No te preocupes, la decisión también fue mía.

—Pues que sepas que la idea fue suya —le dijo James.

—Sí, creí que necesitabas un golpe de suerte.

—Muy acertada, si no, no estaría aquí. —Tomó la mano de Peach a modo

de agradecimiento—. Así que gracias.

—Un placer y cuenta conmigo para lo que quieras, yo te guiaré en Londres. Pásame tu número; no necesitamos a estos para divertirnos.

El camarero se acercó a la mesa y les dejó las cartas, un variado menú lleno de platos de lujo y manjares para degustar. Pero el encuentro no concluyó en esa comida; durante toda la tarde estuvieron charlando animadamente, conociéndose, contándose sus respectivas vidas y creando lazos de amistad. Peach estaba emocionada con Raven: era encantadora, sencilla y de fácil trato, muy distinta a las mujeres que habían pasado por la vida de James. Eso le gustaba y haría todo lo que pudiera porque ella estuviera cómoda a su lado.

Nada más entrar por la puerta, William les entregó un sobre dorado. La tarde había resultado divertida, Peach y Raven habían congeniado a la perfección y Andrew le había dado también el visto bueno, aunque eso había sido en privado, pero ese sobre le dio mala espina. James lo abrió y allí estaba: una invitación para la noche siguiente a la velada festiva que el marqués de Lancaster tenía el gusto de ofrecer en su casa para sus amigos.

—Perfecto.

Se la entregó a Raven y esta la leyó, negando.

—Teníais razón, ha sido rápido.

—Solo quiere ser él el que te presente en sociedad; es tan egocéntrico.

—¿Presentarme en sociedad? ¿Qué soy? ¿Una chica de familia noble de dieciocho años del siglo XIX?

—Es patético, lo sé, pero no vamos a dejarle pensar que nos molesta.

—Así que iremos.

—Mantén la fuerza que le demostraste ayer.

—Eso está hecho.

—No te preocupes, tienes a Peach; estará encantada.

—¿Quién te has creído que eres? —La voz de Brianna los alcanzó cuando empezaban a subir la escalera—. Que sea la última vez que amenazas a mi

hijo, la única que acabará en la calle serás tú. Si por mí fuera, no volverías a poner el pie en esta casa y, si tuvieras algo de clase, no volverías. No eres bienvenida.

—Gracias por expresar tu opinión, mamá.

James empujó a Raven para que continuara subiendo e ignorara a la mujer que vociferaba en la puerta del salón. Empezaba a estar harto de tanta falsedad.

—Parece muy enfadada.

—Mi hermano le habrá ido con el cuento, pero seguro que no le ha hablado de sus chanchullos con Lancaster.

—Explícaselo tú.

—¿Para qué? Me he pasado la vida intentando que abrieran los ojos ante Roger y ya me da igual. Haremos lo que mejor nos parezca y lo mejor es dejarla gritar.

—¿Y eso es bueno?

—Sí, porque si ella está así es que Roger está acojonado y eso me encanta. Nunca antes se había preocupado de verdad.

—¿Crees que sigue igual?

—No va a cambiar con tanta facilidad.

—¡Y yo que siempre quise una hermana!

—Por suerte como el mío hay pocos.

—¿Y tu hermana?

—Buena y encantadora, pero vive en su mundo. No le gustan los malos rollos y, desde que se casó, los evita. Se mete bajo el ala de su marido y no quiere ver más allá de sus narices. Tampoco la culpo; yo me marché y ella fue la que se quedó lidiando con mis padres y mi hermano, es normal que las cosas se complicasen entre ellos y su marido, y ella se decantara por él, se decantara por lo que pensó que era mejor, por su felicidad. Mi madre es capaz de sorber la energía y cubrirlo todo de oscuridad. Es como un vampiro que acaba con todo lo bueno. Mi hermana hizo bien en alejarse.

—¿Cuándo la conoceré?

—Pensaba quedar con ella mañana, pero con el lío de la fiesta habrá que aplazarlo, aunque seguramente también estén invitados.

—Dijiste que tu cuñado era amigo de Lancaster, ¿no?

—Por eso mismo. El odio que Matthew sentía por mi padre se ve reflejado ahora en mí. Pero no te preocupes por eso, bastante tienes ya con lidiar con mi madre y sus insultos y reproches, aún tendrá para largo.

—Me gusta que te lo tomes con filosofía.

—Esta noche te pondré un vigía en la puerta de tu habitación por si acaso.

—Qué gracioso, aunque puestos a elegir vigía, te prefiero a ti.

Raven puso los ojos como platos y abrió la boca ante lo que acaba de decirle. ¿En serio lo estaba invitando? Las mejillas elevaron su color rosado y el rubor no se disimuló. James sonrió. Era demasiado sincera; no podía ocultar nada, pero no era momento para seducirla, por mucho que le apeteciera aprovechar la situación, aún era pronto. Lo había decidido hacía tiempo. Las cosas entre ellos debían ir con calma; ella era distinta y así también su relación.

—Quizás otro día. Pero llámame si te sientes en peligro.

Raven hizo un gesto de fuerza con el brazo y se rio.

—Sabré defenderme.

Sin embargo, una punzada de decepción la recorrió. Mientras ambos se dirigían a sus respectivas habitaciones, sintió una sensación mínima de rechazo a la que decidió no darle importancia. Pero esa noche recordó aquel beso en su terraza de Chicago, el calor y el olor de su cuerpo caliente por la fiebre y la tensión de sus músculos bajo su mano. Se tapó con la sábana y recordó sus palabras antes de dormirse, sabiendo que él estaba tan cerca: «¡Quizás otro día!»

Un olor extraño lo despertó, una mezcla de dulzor, leche, masa y calor. Y de repente la memoria se activó, como narraba Proust en su libro *En busca del*

tiempo perdido, los recuerdos se activaron y de nuevo estaba en Tilman House, con ocho años y sentado en la silla de la cocina sin que sus pies tocaran el suelo, viendo cómo salían del horno un buen número de deliciosas magdalenas recién hechas por su abuela y que él devoraba mojadas en su leche.

Se levantó a toda prisa y bajó a la cocina, allí estaba su recuerdo, aun desprendiendo humo y en las manos de Raven que, junto a William, acababan de alegrarle el día.

—¿Las recuerda, milord? La señorita Raven tiene muy buena mano para la repostería.

—Por qué será que no me sorprende.

—Ya, por mi talla.

James se dio cuenta de su mala forma de entenderlo, pero también vio su sonrisa; no la había molestado.

—No, no lo digo por eso. Es porque todo hasta ahora lo has hecho bien.

—Bien, aunque la verdad es que yo también me las como.

—Sin complejos absurdos y falsos, claro que sí.

—¿Le sirvo? —William disfrutaba de su compañía, de lo bien que parecían llevarse.

—Sí, sí. Menudo desayuno. Pero no debías haberte molestado.

—Me desperté temprano y esto me relaja.

—¿Intranquila?

—Todo es nuevo y llevo poco aquí. Aún tendré algo de *jet lag*.

James asintió, introduciendo el primer trozo de magdalena en la leche y saboreándolo con una gran expresión de placer. Raven le revolvió el pelo como si fuera un niño y sonrió. La vibración del móvil rompió el momento.

—Es Peach. —Raven le enseñó el número en la pantalla.

—Será por la velada de esta noche.

—Dime... —Raven activó el manoslibres para que James la oyera.

—Te recojo en quince minutos. —Se escuchó al otro lado—. Te ha llegado

la invitación, ¿no?

—Sí, Peach.

—Perfecto, día de chicas. James, me la llevo.

—Por mí perfecto. Prepárala para el baile de cuervos.

—Menudos ánimos —dijo Raven.

—Nada, tranquila —la animó Peach.

—Tienes razón, no será para tanto; al principio te saludarán y luego es cuando harán los grupitos. Lo bueno es que sabes que hablan de ti, pero no de qué hablan.

Raven soltó una risilla ante la cara que James estaba poniendo; no le gustaba nada de nada acudir a esas fiestas.

—Bueno, ahora nos vemos. —Peach cortó la llamada y Raven miró a James que seguía dando cuenta de sus magdalenas.

—Iré a cambiarme.

James asintió con la boca llena y entre trago y bocado le dijo que él también daría una vuelta con Andrew más tarde.

—Primera parada: Grace Belgravia Spa. Un lugar que a estas horas estará bastante tranquilo y que es solo para chicas. Te va a encantar, relajación y lujo a partes iguales.

—¿Un spa? No he traído bañador.

—Lo compraremos ahí, no hay problema. Hablaremos con calma, comeremos en su club y luego iremos a buscar un bonito vestido para esta noche. Déjalo todo en mis manos.

—¿Vamos andando?

—Sí, son solo cinco minutos y así ves el barrio.

Caminaron tranquilamente por Eaton Pl. rumbo al spa. Raven mantuvo la mirada a su alrededor. Casi todo eran viviendas residenciales muy parecidas, con paredes claras, varios pisos y ventanales, un buen barrio para vivir, sin ajetreo, sin ruidos, una delicia. Peach le iba hablando de los que iban

encontrándose a su paso, de restaurantes, tiendas e incluso de varias embajadas que tenían en las calles colindantes. Y, como había prometido, en pocos minutos estaban frente a la puerta del spa. La entrada, en W Halkin St., compartía fachada color crema con varios locales, pero lo más llamativo era la especie de torre acabada en punta al puro estilo iglesia de Mosimann's Club, con sus vidrieras, sus pequeños pináculos y su rosetón. Y justo al lado de la entrada con columnas del Waitrose, en el 11C, estaba la pequeña puerta negra que daba acceso al Grace Spa.

Nada que ver con su interior. Colores suaves que variaban del gris azulado al blanco ambientaban un hall con amplios salones, sillones de diseño, biblioteca y barra para tomar un tentempié. Algunas de sus clientas se dedicaban a charlar o a leer en la zona principal. Peach condujo a Raven hacia la parte de atrás, y allí una recepcionista les indicó que podían pasar al spa. Les informó de las distintas opciones, aunque conocía a Peach y sabía que ella elegiría bien. En cuanto traspasaron la puerta que dividía el club del spa, se adentraron en otro ambiente muy distinto. Aparecieron los vapores, los olores a agua caliente y a esencias orientales.

—Necesitamos ropa de baño —le dijo Peach a la chica que se encargaba del spa.

—Por supuesto. ¿Qué talla?

—Para mí —dijo Raven.

La joven la miró con intensidad y se dirigió a la parte de atrás. Acto seguido regresó con un bañador negro y se lo entregó, junto a un gorro de goma.

—Creo que servirá.

—Muchas gracias; cárguelo a mi cuenta.

—Sí, baronesa.

Peach sonrió y cogió el bañador, arrastrando a Raven con ella hacia los vestuarios.

Unos minutos después, accedieron al interior. Las hamacas con doseles

bordeaban una gran piscina de agua templada y de agua caliente con burbujas y no tardaron en sumergirse en estas y nadar un poco. Pronto decidieron relajarse dentro de las burbujas cálidas de la piscina de agua caliente. Peach estaba en lo cierto y esa mañana solo unas cuantas personas ocupaban los jacuzzis de al lado y las salas de masajes.

—Mira que eres exagerada —le decía Peach con una sonrisa.

—Bueno, ha habido suerte.

—No es extraño que tengan tu talla de bañador.

—Pensé que sí. De todas formas los bañadores básicos de estos sitios son bastante amplios.

Peach soltó una carcajada ante la ilusión que Raven tenía por su bañador negro; no conocía a nadie que le afectara tan poco su talla y a la vez le afectara tanto.

—¿Tienes alguna pregunta? —le sugirió para cambiar de tema.

—¿Cómo debo comportarme? Es decir, sé cómo funciona una cena o una velada de protocolo, pero no a tratar con tantos nobles ingleses.

—Fácil, haces algún gesto de mini reverencia al saludar y siempre una sonrisa, con movimientos suaves y limitados.

—Fácil.

—Después solo sé tú misma; eres bastante agradable.

—Gracias.

—¿Qué tal con James?

Raven se recostó en la pared de la piscina y estiró las piernas moviéndolas en el agua.

—Muy bien, es un caballero. Tenemos muchas cosas en común y en varios aspectos pensamos y actuamos igual.

—Eso es bueno. No sabes lo complicado que es conocer a alguien tan afín y más en vuestras circunstancias.

—Ya.

—¿Hay algún problema?

—No, nada, solo que... —Raven quería confiar en Peach, decirle que últimamente le preocupaba no gustar a James, pero quizás sería prematuro hacerlo.

—No me lo digas, temes no ser su tipo.

—¿Cómo sabes eso?

—James siempre ha estado con mujeres esculturales. Eso es algo inevitable pero, si realmente te interesa en ese aspecto, tienes que hacerle ver que tú eres distinta, especial. Porque igual que siempre ha salido con bellezones, también es cierto que nunca le han durado mucho.

—Su ex, Victoria, eso fue más intenso.

—Lo de ellos es solo atracción sexual; no tienen nada más en común. Bueno, no quería decir que tú no vayas a atraerlo, sino que debe ser de otra manera.

—Da igual, no me interesa en ese aspecto como tú dices. Nuestra relación es consensuada y por otros motivos distintos.

—Entonces no hay problema.

—Ninguno.

Raven apoyó la cabeza en el borde y se sumergió algo más; Peach la imitó. Sus palabras diferían mucho de lo que sentía. Ella sabía que en el fondo le preocupaban los gustos de James y eso significaba que a Raven empezaba a interesarle de verdad. Y eso era bueno, muy bueno, porque lo que Raven no sabía era que, desde que ella había llegado, la sonrisa de James era más amplia y su mirada más clara. Pero era algo que debía descubrir por sí misma en ese juego del amor.

Un grupo de mujeres entró a la piscina, rompiendo la tranquilidad, y se situó frente a ellas, para relajarse, o eso parecía, porque pronto empezaron a hablar entre ellas. Una de ellas no aguantó mucho y se acercó a Peach.

—Buenos días, Peach.

—Hola, Kate.

—Estábamos hablando entre nosotras y la verdad es que nos pareció de

bastante mala educación hacerlo a escondidas. Por eso me he acercado para conocer a tu amiga.

—Claro. Ella es Raven Simmons, la novia de James.

—¿De James? ¿En serio? —Kate la miró con intensidad y sonrió, los rumores eran ciertos—. Hola, soy Kate, encantada y bienvenida a Londres. Supongo que nos veremos por aquí.

—Por supuesto, es un placer.

—Entonces te tomo la palabra; un día de estos quedamos.

La sonrisa se mantenía en su cara mientras regresaba con sus amigas a contarles las nuevas noticias. Peach meneó la cabeza ante tanta atención.

—Venga, unos masajitos nos vendrán bien.

Raven salió de la piscina con ella; allí ya había demasiados espectadores. Entraron en una de las salas en las que había dos puestos de masajes y disfrutaron juntas de las manos de dos expertas. Casi se habían dormido cuando escucharon ajeteo en la sala de al lado, la que tenía varias tumbonas para poder descansar, leer, tomar algo o lo que surgiera. Sin querer, tanto Peach como Raven, oyeron la conversación. Ellas no podían saber que estaban al otro lado.

—Pero ¿la has visto? —dijo una de ellas.

—La chica es mona, pero... —escucharon decir a Kate.

—Esta gordita —afirmó la que quedaba.

—Bueno, yo no diría tanto —manifestó Kate.

—¿Cómo qué no? Teniendo en cuenta a los otros rollos de James...

—¿Has visto que bañador llevaba? Es uno de los de aquí.

—¿Crees que tiene tanto dinero como dicen? —preguntó Kate. Sus amigas parecían estar más al corriente que ella.

—Por favor, claro que sí, si no, James no estaría con ella —dijo la primera que había hablado.

—Pobre Tenston —dijo la otra riéndose—, seguramente lo aplastará cuando...

—Mira que eres exagerada —la corrigió Kate.

Una fuerte risa múltiple cruzó la sala de masajes. Kate y sus amigas se divertían a su costa sin saber que en la sala de al lado Raven y Peach las escuchaban a la perfección.

—No hagas caso; son unas brujas —la consoló Peach.

—Da igual, estoy acostumbrada; hoy día si no entras en la talla S o M, eres una vaca.

—No digas eso, yo te veo muy bien.

—Gracias, Peach, pero alguien como tú no lo entiende. Mírate, eres preciosa, con ese pelo negro y liso y esos ojos azules.

—Eso no es lo que importa.

—Para ellas parece que sí.

Peach extendió el brazo y la tomó de la mano; la belleza de Raven era otra muy distinta y, aunque ella no lo viera, también llegaba a su exterior. La conocía desde hacía muy poco, pero ya lo veía con claridad.

—Solo para los que son como ellas. Eres excepcional y... se acabará dando cuenta. —Raven se sonrojó, no esperaba esa alusión a James—. Esas brujas se van a tragar sus palabras; además es solo envidia porque ellas no tienen a tu hombre.

—¿Les gusta James?

—A todas les gusta James, pero él siempre ha estado fuera de su alcance. Todas habrían dado un riñón por estar con él, pero en sus circunstancias les puede más el hablar social que el deseo o el amor.

—Y ahora soy el nuevo chisme, una unión obligada por dinero. La americana rica y el conde arruinado, parece una mala novela de amor.

—Ni caso, cariño, nosotras a lo nuestro. Después de comer vamos de compras y esta noche estarás radiante y todas cerraran la boca.

—Lo había olvidado.

—No te preocupes; yo te ayudaré y seguro que encontramos un vestido deslumbrante y de la talla L.

—Más bien la XL.

—¿Estás segura?

—Sí, a no ser que haya suerte y las tallas aquí sean distintas.

Ambas soltaron una fuerte carcajada; Raven estaba muy a gusto con Peach. Ella no se parecía a las estiradas niñas de sangre noble que se estaba encontrando por las calles de Londres.

—¿Te gusta el spa?

—La verdad es que sí.

—Te haremos una tarjeta de socia; a pesar de todo, hay que guardar las apariencias sociales.

Peach le guiñó un ojo y volvió a apoyar la cabeza en la camilla para seguir disfrutando del suave masaje relajante.

Una hora después comían algo ligero en el restaurante del spa, las charlas anteriores habían pasado a un segundísimo plano.

—¿Cómo os conocisteis Andrew y tú? —se interesó Raven.

—Él trabaja en un estudio de arquitectura; es delineante y muy bueno. Yo soy decoradora, y mi empresa fue contratada por la suya para preparar unos salones sobre planos. Y surgió el amor.

—¿Tú no eres noble?

—No, pero la familia de Andrew no es tan rancia como la de James. Son barones desde hace generaciones, pero también hace generaciones que no se casan con otros nobles, que no reciben nada, que el título es meramente honorífico. No conservan ni tierras antiguas ni casonas ni nada de eso. Por eso también es más fácil y por eso Andrew no pudo ayudar económicamente a James. ¿Y tú?

—Yo sí que puedo.

Peach soltó una risilla.

—No me refería a eso, boba, quiero saber cómo ha ido tu vida amorosa.

—La verdad es que no he tenido mucha suerte, siempre he dado con idiotas.

—Eso es muy normal. ¿Te molesta que te pregunte...?

—Fue una promesa que le hice a mi abuelo.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia! ¿Cómo llega una a plantearse algo así?

—Supongo que me gusta saber a lo que me enfrento, controlar la situación. No soporto las mentiras. Sé lo que doy y sé lo que quiero que me den.

—Pues es como el destino; James es perfecto para ti y tú para James.

—Tuve mis dudas en Chicago, pero quise venir a Londres y darme una oportunidad aquí, en terreno más suyo.

—O sea, que aún puedes huir. —Raven sonrió—. Tenemos que convencerte definitivamente. Y estamos empezando muy bien. ¡Hora de ir de tiendas! Mayfair nos espera.

Raven arrugó la nariz con desgana. No era que le molestara ir de compras, sino el motivo por el que iba esa noche. Y no por la fiesta, sino por las miradas que indudablemente se iban a dirigir a su persona. Pero confiaba en Peach y no tardó en comprobar que no se equivocaba. Se desenvolvía bastante bien en cuanto a ropa de lujo para eventos sociales londinenses. Su talento para la decoración se extendía a la propia persona y había conseguido sacarle una sonrisa. Allí, en una tienda de lo más glamurosa y cara.

—¿Lo ves?

No lo podía creer, ese conjunto le quedaba a la perfección y Peach tenía razón, si se paraba a combinar y a mirar mejor, cabía en una L.

—Increíble, es un guante.

—Tienes muy buena figura, con curvas en los sitios perfectos, no sé por qué le tenías tanto miedo a la ropa más ajustada. —Enseguida se desvió hacia otro de los mostradores de ropa—. Vaya, esta falda es divina; te sentará genial.

Raven la veía acumular prendas sobre uno de los mostradores: faldas, blusas, pantalones, incluso añadió ropa interior y lencería, guiñándole un ojo y con un: «Este color vuelve loco a James», que ella ignoró. Esa tarde la iban a pasar solo en esa tienda, muy a lo *Pretty woman*, pero con dinero.

—No te emociones tanto.

—Lo sé, tenemos más días para ir a comprarte bañadores, zapatos y más

complementos, para disfrutar de más tiempo de chicas. Y ahora, la joya de la corona.

Rebuscó más a fondo entre los trajes de gala y eligió un par de vestidos, pero uno de ellos lo destacó de entre los demás, invitándola a que se lo probara.

—Es precioso, Peach.

—Pues ya tenemos ganador para esta noche.

—Había traído algunos de mi casa, pero veo que este será más acertado, gracias.

—Es hora de que te atrevas algo más. —Miró su reloj—. Y son casi las cinco. Te llevaré a un lugar más tradicional.

Peach ordenó a las dependientas que les enviaran las compras a la casa de James y que solo las entregaran a William y ambas se dirigieron calle abajo hasta su nuevo destino.

El hotel estaba muy concurrido a esas horas y era lo normal, el mejor lugar para tomar el típico té inglés. Se sentaron cerca de una de las grandes ventanas y esperaron a que un camarero de etiqueta llegara para informarlas de lo que iba a ser su merienda. Peach eligió un té en concreto y una serie de pastas para acompañarlo y el camarero se retiró con una ligera reverencia.

—¿Sabes? La tradición del té no es tan antigua como parece.

—¿No?

—No, proviene de la época victoriana, 1830 concretamente. Antes los nobles solo efectuaban dos comidas, el desayuno y la cena, pero la séptima duquesa de Bedford, al parecer, tenía mucha hambre a media tarde y empezó a pedir a sus sirvientes que le sirvieran una serie de bocaditos y pastelitos con algo de té. Poco a poco fue invitando a sus amistades y, bueno, eran épocas en que se seguían las modas que unos cuantos imponían. Pronto, estas veladas fueron conocidas como *Tea Party*.

—Muy curioso. ¿Alguna norma que seguir?

—Conmigo no, pero hay muchas y deberás conocerlas.

—Soy toda oídos.

—El té se toma solo, con leche o con limón. Si utilizas el limón, deberás limpiar después tus dedos en una servilleta. Las hierbas se dejan infusionar, no se debe chupar la cucharilla ni beber de la taza con ella dentro. Nada de mojar las pastas en el té... Y por hoy es suficiente.

Raven sonrió; eran cosas bastante lógicas. Se fijó en la mesa que ocupaban, el mantelito bordado, las tazas y sus platos de cara porcelana con florecitas, a juego con la tetera y la jarrita de leche que acababa de dejarles el camarero, junto con la bandeja de plata con diversos panecillos, mermeladas, mantequillas, bocaditos salados, pedazos de tartas y pastelitos.

—Acepto sugerencias. Me gustan las infusiones, pero nunca les he puesto leche.

—Pues deberías.

—¿Peach? Una nube de leche, por favor.

Peach soltó una risilla y le puso la leche con una inclinación de cabeza.

—Milady.

La que se rio tras su alusión fue Raven. ¿Se acostumbraría a ese trato, a ese título? ¿Se acostumbraría a tener a James a su lado? Aún le temblaba todo cuando pensaba en eso, pero no era momento para dudas. El día estaba pasando bastante rápido, las preocupaciones por la fiesta ya no la afectaban y la compañía de Peach cada vez le gustaba más, ella se encargó de hablarle de los títulos de la gente que vería por la noche, de la forma más adecuada de saludarlos y de cómo comportarse, nada que ella no supiera; por eso fue rápido. Además de que el té sí que estaba mejor con leche y unos panecillos con mermelada de frambuesa.

Capítulo 13

James la vio bajar por las escaleras, enfundada en un precioso vestido de encaje negro. Desde luego Peach y ella habían elegido bien: estaba radiante, impecable, hermosa. Raven descendió los escalones con cuidado, nunca se había llevado bien con los vestidos de sirena, siempre solía usar más amplios y no solo por comodidad, sino porque, debido a la talla, creía que no le sentarían bien pero, al parecer solo necesitaba a Peach para cambiar de idea, aunque ella seguía viéndose demasiadas curvas. Lo había hecho al ponérselo y al mirarse al espejo de su dormitorio. Lo había notado al verse con el recogido perfecto que le había hecho la peluquera que Peach le había mandado; sin embargo, debía confiar y creer que iba tan guapa como su amiga le había dicho. Por lo menos iba a juego por esa noche con el hombre que la esperaba bajo las escaleras con un traje de etiqueta oscuro, impecable, atractivo, impresionante. ¿Cómo podía alguien ser tan guapo y estar tan tranquilo? ¿No se daba cuenta del efecto que tenía en las mujeres, en ella? Él parecía mirarla con renovado interés, aunque posiblemente solo eran ideas suyas.

Pero nada más lejos de la realidad.

James siempre la había considerado guapa, quizás un poco distinta a las mujeres que lo habían rodeado, por su forma de vestir, de ser, pero bastante atrayente e interesante. Sin embargo, esa noche estaba radiante. Espectacular, parecía una de esas grandes damas de la televisión, a la par de cualquier

mujer de las que se iba a encontrar. Ese vestido negro ajustado le sentaba como un guante y realzaba sus virtudes, virtudes que ni siquiera ella sabría que tenía, y los tacones la hacían parecer todavía más alta.

—¿Me ayudas? —Raven le entregó una gargantilla de oro blanco para que se la pusiera sobre el escote del cuello que dejaba el vestido de hombros bajos y el peinado.

James la colocó sobre la parte baja del cuello y la abrochó, sintiendo el olor dulzón de su dueña, el calor que esa piel desprendía y, sin previo aviso, notó un latigazo de excitación en la entrepierna, una descarga que le indicaba que lo único que le apetecía hacer era recorrer ese cuello con la lengua e ir explorando más y más. Pero se contuvo; no era así como quería iniciar su relación con ella; no era así como quería enfrentarla. No quería que pensara que intentaba convencerla o atarla a él a través del sexo. Deseaba que todo fuera calmado, puro, sin atisbo de duda, y acostarse con ella tan pronto jugaría en su contra, en sus intenciones. Debía aguantarse, ya habría tiempo para intimar.

Raven también sintió su cercanía, sus dedos al rozar su piel mientras colocaba el collar, su olor. ¿Cómo podía ser mucho más intenso allí en Londres? De alguna manera se sentía extraña. Por un lado se sentía fuerte, pero por otro vulnerable ante aquel hombre, ante lo que supondría su entrada en su mundo. Su cuerpo reaccionó a ese contacto, estremeciéndola, removiendo sus entrañas, mandándole señales a lugares muy íntimos y que en ese momento despertaban y gritaban con deseo. Pero no ocurrió nada. James se retiró de su lado sin notar ese remolino de sentimientos, sin percatarse de nada. Raven apretó los ojos con decepción; él no sentía lo mismo por ella. Y recordó aquel beso, aquel beso que le había dado cuando pensaba que era otra mujer. Sabía lo que había decidido: el amor y el deseo sexual no irían de la mano, por lo menos no en el caso de James.

—Vaya, se ha enganchado.

—¿Qué? —Raven intentó moverse.

—No te muevas, se ha enredado con mi gemelo, espera. ¡Qué torpe!

—¡Como si nunca hubieras puesto un collar a una mujer!

Jame soltó una carcajada. ¡Si ella supiera que tenía la sangre en otro lugar y la atención fuera de lo que tenía entre manos!

—Ya está, conseguido.

—Buen trabajo, milord.

—Gracias.

El sonido del pitido de un claxon los distrajo; Andrew y Peach los esperaban en la puerta.

—Puntuales, como siempre.

—¿Preferirías llegar tarde? Menudo inglés.

—Hoy sí, cuando todos los grupos ya estuvieran hechos.

—Sobreviviré.

—No las tengo todas conmigo, la verdad. Llevarte al matadero tan pronto.

—Fue culpa mía, por molestar a Charles Losley, marqués de Lancaster.

—No tienes que repetir toda la titulación cada vez que lo nombres.

—Me gusta hacerlo; lo hace parecer todavía más tonto.

—Sarcasmo.

Otro pitido. William les abrió la puerta para evitar que volvieran a tocar el claxon.

—Salgamos —dijo Raven, al ver ya la impaciencia del mayordomo por su tardanza.

William le puso un abrigo negro sobre los hombros y los acompañó hasta la verja de salida; ya parecían una pareja, una familia.

Entraron al coche de Andrew, James se sentó delante con él y Raven detrás con Peach.

—Estás preciosa, ¿verdad que sí, James?

—Preciosa. —James la vio enrojecerse, otra vez; ese rubor tan inocente, ese que lo frenaba en sus impulsos para no dañar su relación, ese que tanto lo impresionaba.

—No será para tanto.

—Bueno, ¿estás preparada para el circo? —le preguntó Andrew.

—Sí que lo está; le he dicho lo que debe hacer y esperar. La verdad es que sabe cómo comportarse con gente rica, pero se le escapaban las pautas de la nobleza, cómo desenvolverse entre arpías.

—Ostras, Peach, lo que me extraña es que haya aceptado venir.

—Cariño, es la invitada principal. Lancaster no hace las cosas porque sí. Y ya conoció ayer a algunas «amiguitas» en el spa.

—¿Amiguitas? —James se extrañó del tono que había utilizado Peach.

—Sí, nada del otro mundo, solo saludos cortos. —Raven quiso evitar que Peach hablara demás, que le contara lo que habían estado cotilleando sobre ella. Por suerte, Peach se dio cuenta y cambió de tema.

—Hemos estado de tiendas y mañana pasaremos también un rato juntas; le enseñaré a disfrutar de Londres. Ya tenía ganas de tener una buena compañera y amiga. ¿Puedo, James?

—Ella decide.

—Seguro que estarás liado con tus cosas, unos días de chicas nos vendrán bien.

—¿Estas fiestas son muy continuas? —preguntó Raven.

—No, son ya muy pocos nobles las que las organizan y menos en sus propias casas. Normalmente son eventos con ánimo recaudatorio por causas benéficas en hoteles o clubes; nada que no sea más optativo —le explicó James.

—O sea que esto es más bien un capricho de Lancaster —confirmó Peach.

—Sí, le gusta demostrar que puede seguir gastando ingentes cantidades de dinero en veladas privadas, pero lo peor es que todos siguen yendo a ellas, incluso hay quienes las esperan con ansias.

—Van dos en menos de dos meses, Andrew —dijo James—; esto ha sido por fastidiar.

—¿Y te extraña? Es el rey de las fiestas por despecho y humillación.

—La verdad es que tienes razón —afirmó James.

—Solo hay que ir un rato, demostrarle que no pone en ridículo a Raven ni a ti y largarnos a otra, incluso podríamos llegar a tiempo para ver un musical.

—Deja los musicales para otro día, cariño; esta noche vamos a divertirnos mucho. Te voy a contar todos los chismes que se me ocurran, verás qué historias —explicó Peach.

Peach aferró la mano de Raven y la apretó para darle ánimos, aunque por la expresión decidida que vio en sus ojos color miel seguramente no los necesitaba.

Unos minutos después abandonaron el coche en manos de quien lo iba a aparcar y accedieron a la casa. James resopló; hacía poco tiempo que había estado allí. Si alguien le hubieran dicho que volvería a esa casa tan pronto y en esas condiciones, no le habría creído, además de que la última vez que había ido, había salido de allí acompañado de Victoria y una buena excitación, cosa que no pasaría de nuevo.

Entraron a la sala principal, ya casi llena de gente que charlaba entre sí manteniendo una de esas sonrisas de circunstancia tan típicas en esas veladas. Peach miró a su alrededor y resopló.

—Desde luego, el gusto pésimo para la decoración sigue aquí. Qué manía con las flores de colores vistosos y variados, ¿esto qué es? ¿El país de las maravillas?

—La verdad es que es demasiado recargado —dijo Raven; Peach ya se había colocado a su lado para hablar.

—Su decorador es excesivo, lo conozco.

—Debió pedírtelo a ti.

—Lo hizo, me negué. No trabajaría para Lancaster ni aunque fuera el último organizador de fiestas del mundo. Es tan empalagoso como sus gustos.

Raven siguió con la mirada el resto de la sala, el resto de la casa. Todo mantenía un arcoíris en sus adornos. Desde luego, no pasaban desapercibidos. La casa era enorme, el doble que la de James, mucho más lujosa, se notaba

que el poder económico de Charles Losley estaba por encima de el de él, aunque no era solo dinero. En una de las paredes del pasillo, en la que enfrentaba la puerta de entrada, había un gran retrato del dueño, egocentrismo superlativo para que todos lo vieran. ¿Y ese era el enemigo de James? Alguien posiblemente acostumbrado a vencer, a salirse con la suya y a ser el mejor, alguien que nunca había perdido. Un peligro, lo supo nada más entrar. No hubo tiempo para mucho más; enseguida se situaron en uno de los laterales de la sala y los camareros empezaron a pasearse con bebida y comida entre ellos. Los cuatro tomaron sus copas y se dispusieron a recibir a la fila de desconocidos que buscaban saludar a Raven y que ya estaban preparados para hacerlo, ansiosos. Las primeras en acercarse fueron las conocidas del spa, Kate y sus amigas con sus respectivas parejas, sonriendo por fuera y criticando por dentro, seguro. Raven les siguió la corriente e intercambio saludos con ellas y con los demás. Al cabo de diez minutos ya no recordaba el nombre de casi ninguno, demasiadas caras interesadas, demasiados títulos. Demasiado parabienes en su relación con James, demasiada hipocresía.

—Kate y las demás están muertas de envidia, ya quisieran ellas despertar tantas miradas como tú —comentó Peach.

—Pues se lo cedo.

—No seas boba, estás guapísima.

—A pesar de ser gordita.

—Ya se están tragando sus palabras, seguro.

—Parece que ha ido bien —dijo Andrew entregándoles unos canapés.

—Solo hay que seguir sonriendo; es fácil.

—Y lo haces de maravilla. —James le cambió la copa de vino por una de champán.

Peach la tomó del brazo y le señaló disimuladamente a la gente de alrededor. Ya todo se había calmado y podían disfrutar de la velada con más tranquilidad, solos los cuatro.

—Observa. Esa es lady Rosalie cada veinte segundos te guiñará un ojo. No

sabes si es porque tiene un tic o porque le gustas. —Raven soltó una risilla; no iba a pasarlo tan mal con Peach allí—. Y eso no es lo más interesante —anunció Peach.

—Ni se te ocurra —dijo Andrew mientras James sonreía—, eso no es para la primera noche; déjala disfrutar.

—No importa, que se lo cuente, no aguantará sin hacerlo —otorgó James.

—¿El qué?

Raven miraba a su alrededor intentando no parecer una interesada o una grosera, pero el salón estaba lleno de gente con vestiduras impecables, modales exquisitos y de los que ya no recordaba el nombre, muchos habían pasado a saludarla como si la conocieran de toda la vida.

—Fíjate en ese grupo de la esquina. ¿Ves al hombre de pelo rizado y castaño que está sentado?

—Sí.

—Timoty Carlson, barón de Draston. Era un compañero de colegio de James y Andrew. Tienen la misma edad. Treinta añitos y sigue igual.

—Termina de una vez. —Andrew ya empezó a hacer ascos.

—Es mejor que lo vea.

—Nooooooooo.

—No le pierdas de vista y espera. Ahora mirará alrededor para comprobar que nadie lo observa... Desvía la mirada para disimular... Y ya.

Raven contempló al hombre con interés para ver qué era lo que todos esperaban y ocurrió.

—¡Vayaaa!

Timoty introdujo de forma mal disimulada el dedo en su nariz y escarbó durante unos segundos.

—Asqueroso —otorgó Andrew.

—Ahora lo mirará preguntándose qué hacer con él, seguir comprobando su textura hasta que se seque y se caiga o saber a qué sabrá esta noche.

—Cállate, James.

—Venga, no es el primero que se come un moco.

—¡Qué asco! Era normal que en el colegio lo llamáramos *Timmy comemocos*.

Raven no pudo evitarlo y soltó una carcajada, contagiando a los demás y haciendo que algunos se girasen a mirar. No la preocupó; la noche estaba siendo entretenida y tranquila a pesar de las extravagancias de algunos nobles.

Pero algunos de los asistentes no estaban tan felices como ellos y no paraban de contemplar a las dos parejas divertirse, reírse juntos como si se conocieran de toda la vida, como si estuvieran realmente enamorados y sus circunstancias no fueran conveniencia pura. Como si los deseos de James no estuvieran sometidos a ella, a la única a la que amaba, la única que lo excitaba hasta hacerlo perder la cabeza. Victoria entrecerró los ojos ante sus risas, que disfrutara ahora que podía. Esa americana acabaría llorando cuando su marido volviera a estar en su lecho.

—¿Qué te parece la mujer por la que te ha cambiado, querida?

—Cállate, Charles.

Victoria aún no se había acercado a saludarlos; no quería hacerlo. Se sentía incómoda, ofendida. ¿Quién se creía James que era para restregarle a su nueva novia?

—Debe de ser humillante que sea por alguien como ella.

—¿Qué quieres que te diga, querido?

—Que estás jodida.

—Por favor, no exageres.

—La verdad es que la chica es mona; no se puede comparar contigo, pero no está mal. Y ese vestido le queda bastante bien. Las mujeres con curvas tienen su atractivo.

—¿Con curvas?

—Algo más gordita que tú, que vosotras, ¿no es eso lo que cotilleabais? Me encanta que estés tan molesta.

—¿Y tú, Charles? ¿Por qué has organizado esta fiesta? ¿Por ella?

—Igual yo también he caído ante su encanto.

—¿Tú? Te conozco; tramabas algo o te ha molestado algo, ¿qué fue? ¿Se enfrentó a ti cuando fuiste a por James?

—Solo es para darle la bienvenida.

—Mantendremos esa idea.

—Por supuesto, pero ahora es ella la que comparte su cama.

—Y su dinero, no lo olvides; ya no podrás acabar con él.

—Eso lo veremos.

Charles sonrió y se alejó de ella para acercarse a la pareja de la noche. Era su fiesta y como anfitrión era momento de saludar.

—Buenas noches, James, gracias por venir.

—Gracias a ti por invitarnos —fingió James.

—¿Qué tal está tu socia capitalista? —preguntó dirigiéndose a Raven y tomando su mano—. ¿Te gusta Londres?

—Por ahora sí; no he tenido mucho tiempo para disfrutarla.

—Ningún problema entonces, seguramente James te harás disfrutarla, y mucho. Eso se le da muy bien.

—Eso espero.

—Solo que tendrá que ser a tu costa, claro.

—Para eso estoy aquí, digamos que entonces seré yo la que haga que James lo disfrute.

—Bien visto, da gusto hablar con una mujer inteligente.

—Habrá más a tu alrededor, solo tienes que mirar mejor.

—Cierto, tengo algunas opciones con mujeres excepcionales, ¿no crees, James?

—Si tú lo dices.

—Oh, venga, no estés tan a la defensiva, amigo.

—No espero nada bueno de ti, Charles.

—Ya ves, querida —dijo mirando a Raven—, yo solo quería ayudarlo.

—¿Tú ayudar? —dijo Andrew con una mueca de disgusto.

—Ahí va el escudero —afirmó Charles con ironía.

—Sí, ¿y qué?

—Nada, da gusto veros siempre juntitos. Por cierto, también he invitado a tu hermana y a su marido.

—Me parece bien.

—Gran tipo tu cuñado.

—Desde luego, tan grande como mi hermano.

—No te enfades; lo de tu hermano ya está más que arreglado, un tal Paul Connors y yo lo solucionamos todo. Ha sido sencillo negociar con él. Me dijo que era tu abogado.

—Sí, ya sabes que cualquier cosa puedes tratarla con él —aseguró Raven.

—Preferiría tratarla contigo, querida.

—Estoy aquí para disfrutar de Londres.

—Me has pillado, lo siento, nada de negocios. Bueno voy a saludar al resto de mis invitados, no es cuestión de acaparar, ¿verdad, Peach? Estás muy callada para tu genio.

—La decoración me tiene embriagada.

Charles notó su sarcasmo y no dijo nada más. Esos cuatro estaban empezando a molestarlo, pero tenían su papel; él era el primero en presentar a Raven en su círculo, la novedad siempre estaba en sus fiestas y debía seguir siendo así, tenía una reputación que mantener. Con un saludo se marchó a otra parte de la sala, los negocios con James estaban estancados, pero no se daría por vencido, había fallado en sus tramas con Roger, pero ya habría otra oportunidad. Cogió otra copa, esa vez de champán y se dirigió a charlar con otro grupito.

Sin embargo, la noche aún era joven y muchos los chismes, cuchicheos y miraditas que quedaban por dar y ver. Los camareros renovaron el catering y trajeron más variedad de bocaditos, tanto dulces como salados.

Victoria se acercó por fin a ellos; al fin y al cabo, era la prometida del anfitrión y por nada del mundo iba a dejar que pensaran que la molestaba su

presencia.

—Hola, soy Victoria Collins, marquesa de Milderry, prometida de Charles. Encantada de conocerte y bienvenida.

—Raven Simmons, soy...

—La futura condesa de Wranson; todos hablan de ti, de tu relación con James. Hola, querido. ¿Qué tal? —Victoria le ofreció la mano para que él la estrechara—. Llevaba mucho sin verte.

—Desde que me enteré de que estabas con Charles.

—Exacto, pensé que estabas dolido y resulta que buscabas a tu novia.

—Ya ves, no fue para tanto. Si nos disculpas, vamos a por algo para beber.

James y Andrew se dirigieron a una de las mesas en la pared lateral del fondo, pero no perdieron de vista a las damas; había sido mejor parar la conversación ahí.

Victoria desvió la mirada hacia una de las bandejas y cogió un par de bocaditos. No le iba a dar el gusto de saber que ese comentario la había molestado de verdad.

—Los canapés están deliciosos. Los de pepino son un deleite. Aunque tú preferirás estos. —Victoria ofreció a Raven uno de los más dulces.

—Sí, mucho mejor —dijo Raven con una sonrisa, pasando de su grosería.

—Salta a la vista, querida. —Victoria la recorrió por completo con gesto de menosprecio.

—Bueno, a nadie le amarga un dulce, ¿no, Victoria? —Peach acudió en su ayuda, dejando clara su indirecta.

—Por favor, Peach, ese es un dulce bastante probado ya —dijo Victoria.

—Aunque parece que sigues intentando paladearlo. —Raven se defendió, una estúpida engreída no iba a amedrentarla.

—No te confundas, bonita, hace poco estaba entre mis piernas.

—Lo sé, como también sé que no las cerraste con suficiente fuerza como para poder retenerlo.

—Vaya, la gatita tiene uñas, pero por lo que veo a ti no te pasará porque

fuerza parece tener de sobra.

—Ya basta, Victoria. Vuelve con Charles.

James había escuchado la última frase con el ceño fruncido. Al parecer no había conseguido cambiar de tema y estaban casi a la gresca.

—No te pongas a la defensiva, James, solo quería saludar.

—Pues ya lo has hecho.

—Suerte —dijo dirigiéndose a Raven—, la vas a necesitar.

—¿Interrumpo algo? —preguntó una nueva acompañante.

Deborah se aproximó a darle un beso a su hermano, rompiendo la tensión. Victoria aprovechó para irse, vencida, pero no derrotada. Había notado la tensión entre la parejita e iba a aprovecharse de eso. Sin prisas. En el momento adecuado.

—Has espantado a la bruja del oeste, gracias. —James le dio un abrazo.

—Nada más llegar os veo bajo presión. No me detuve ni a saludar a mis amigos. ¿Así que esta es mi futura cuñada?

—La misma. —Raven sonrió. La mujer no se parecía en nada a James, su pelo oscuro y liso, sus ojos oscuros, era guapa, pero no como él, no como su madre, más como Roger, solo su altura la delataba como su hermana.

—Soy Deborah Butler, hermana de James, y tenía muchas ganas de conocerte y más después de los comentarios de mi madre.

—Supongo que no han sido muy buenos.

—Horribles, por eso aún me caes mejor. Mi madre tiene una visión propia de la vida; no le hagas ni caso.

—James me avisó de eso, pero nunca creí que llegara a ese nivel.

—Y seguirá hasta el infinito. Esa es Brianna Tenston, su sangre escocesa sigue recorriendo con fuerza por sus venas. Por cierto, ¿pasa algo con Matt?

—No, nada. Sabes que la relación no es buena, pero es lo de siempre.

—¿Seguro? Últimamente lo veo extraño y de repente Lancaster se interesa por él.

—Tendrán algún negocio entre manos.

—Puede ser; ninguno de los dos para un momento. ¿Qué planes tenéis para mañana? ¿Por qué no venís a casa a tomar el té?

—Creo que sería más conveniente si fueras tú la que viniera a casa a aplacar a mamá. Unas horas de mujeres Tenston.

—Perfecto, mañana nos vemos. —Volvió a darle dos besos a Raven y un buen abrazo—. Voy a saludar a mis amigos con Matt o me echará de menos.

Deborah se alejó con una sonrisa hacia otro grupo que enseguida hablaría con ella de su hermano. Raven la observó mientras se iba.

—No le has dicho nada de lo de tu cuñado.

—¿Para qué? Nunca la he involucrado en los asuntos de la familia. Ella es la única que se mantiene tranquila y feliz.

—¿Y crees que es lo mejor?

—Debbie siempre fue muy frágil; no quiero cargar también con su infelicidad. Además, sabré arreglármelas con él y con Charles.

—Sabremos —afirmó Raven.

—Por supuesto.

—¿Puedo apuntarme al té? —preguntó Peach.

—Claro que sí —dijo James.

—Claro que no, cariño, son asuntos de familia —cortó Andrew.

—De acuerdo, pero el día siguiente es mío —afirmó Peach.

—Desde luego, me falta mucho fondo de armario aquí.

Peach la abrazó con entusiasmo, y Raven le devolvió el abrazo. La forma de ver la vida de Peach era la adecuada: cualquier momento era único y perfecto para disfrutar, la belleza y la alegría hasta en las cosas más insignificantes para otros.

El resto de la velada la pasaron en paz. Algunos de los asistentes se acercaban a hablar con ellos, pero nada destacable. Aunque, como había sugerido James, los corrillos tendrían sus propias charlas sobre ellos sin que ellos realmente lo supieran. Por lo menos, ni Charles ni Victoria habían vuelto a importunarlos, y era algo que agradecían. El regreso a Eaton Pl. fue una

puesta en común de lo que había significado para Raven la primera fiesta social con la élite de la nobleza inglesa, que acabó con una despedida en la puerta de la casa y una promesa de reencuentro para dentro de dos días.

Raven estaba sentada en su cama, mirando el móvil y consultando su correo. El vestido negro estaba colgado en su armario y su cuerpo estaba ocupado por un pijama suave y cómodo que había traído con ella. James le había dedicado una sonrisa de agradecimiento antes de entrar en su habitación para descansar, posiblemente la mañana siguiente dormirían hasta tarde, y la hora del té ya estaba reservada. Sin embargo, Raven no tenía muchas ganas de dormir. Mandó un mensaje a Sharon para decirle que estaba bien y que la llamaría en un par de días y marcó el número de su madre. No le importó la hora, posiblemente aún no estaría acostada.

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Todo va bien? ¿Te gusta Londres?

—Sí, mamá, todo está perfecto. Llamaba para contarte que he estado en una fiesta.

—¿Y qué tal?

—Peach, la mujer del mejor amigo de James, me ayudó a elegir un vestido precioso.

—Y los dejaste a todos con la boca abierta.

—Más o menos, aunque fue más bien por ser la novedad y los chismes se sucedieron.

—Es normal, Raven; la gente siempre aprovecha esos actos para ponerse al día.

—No, si no me importa; la verdad es que me alegro de haber ido. La fiesta la daba un marqués que parece tenerle manía a James y que quería ser su socio con malas intenciones. Le habrá sentado fatal que yo esté aquí.

—Di que sí, marcando poder, esa es mi niña. Tu abuelo estaría orgulloso.

—Lo sé, mamá.

—Pero te pasa algo; si no, estarías descansando y no hablando conmigo.

—He conocido a su ex.

—¿Y? Él también conoció al tuyo.

—Pero no es lo mismo. Axel no le llega a James ni a la suela de los zapatos, pero esa mujer me da a mí veinte mil vueltas.

—No será para tanto, cariño.

—Tú no la has visto. Guapísima, elegante, alta, delgada. Aquí son todas así, soy dos veces ellas.

—Por favor, no exageres; tú eres más guapa que todas ella, seguro.

—Vale, pero su ex, esa Victoria, es muy hermosa.

—Ya, pero tú tienes algo que ella no puede darle.

—Dinero.

—No, boba, un trato con él, un mutuo acuerdo, un respeto. Es eso lo que buscabas, ¿no?

Elisabeth miró el auricular del teléfono que tenía en la mano y en la boca, sabiendo perfectamente la cara que debería estar poniendo su hija, entendiendo por qué ese silencio.

—Sí, mamá. Sé lo que quiero.

—Entonces no debes preocuparte.

—Gracias, mamá, ya estoy más tranquila.

—Muy bien, preciosa, descansa y otro día hablamos.

Se despidieron, y Elisabeth colgó el teléfono y sonrió. La situación que su hija tenía con James era distinta a cualquiera que había tenido y esas dudas empezaban a ser interesantes.

James se tumbó en la cama y elevó la barbilla mordiéndose el labio inferior ante la siguiente succión. Estaba a punto, las sensaciones eran cada vez más intensas y Victoria conocía qué hacer a la perfección con su erecta necesidad. Así lo hacía, torturándolo de la manera más placentera, sometiéndolo, llevándolo a su terreno de forma magistral. James la aferró del pelo para impedir que se moviera de ese lugar y la miró a los ojos, a pesar de la

posición, ella llegó a sonreírle, triunfante. Él cerró levemente los ojos y al abrirlos se encontró con los de ella, pero habían cambiado, ya no eran azules, sino del color de la miel y el pelo que tenía entre sus dedos suave, rizado y oscuro.

James se despertó sudando, miró el reloj de la mesita y se pasó las manos por el pelo. ¿Un sueño? ¿Un sueño erótico? Las emociones de la noche habían conseguido confundirlo, los encuentros entre ambas. Sonrió; le agradaba que poco a poco la imagen de Raven se colara en su subconsciente. La verdad era que, en circunstancias normales, nunca se habría parado a conocerla, no hubiera pertenecido a su grupo, ni siquiera se conocerían, pero ahora se alegraba de haberla encontrado, de haber navegado en su personalidad, en su vida, en su sonrisa y su mirada. Contempló el techo unos segundos. No iba a conseguir volver a dormir, no en esas condiciones, no tan excitado después del sueño. Se levantó y fue a la ducha, eso lo calmaría y así fue; el agua corriendo por su cuerpo acalorado y sus manos hicieron que se relajara, llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer y debía empezar a controlarse. Por nada del mundo quería que Raven se marchara porque él se precipitase. Después de la ducha volvió a tumbarse en su cama, en su habitación, la misma que antes fue de su padre y de otros antepasados antes que de él. La misma que había mandado a redecorar de arriba abajo para hacerla suya, cuyas paredes tenían un bonito color azul oscuro y un cabecero gris de cuero presidía la cama mucho mayor que la anterior y que se completaba con una especie de diván oscuro y dos puertas: la del vestidor y la de su baño. Incluso el cuadro del frontal era acertado, un paisaje tormentoso que le gustaba bastante. Era la mejor habitación de la casa, una de las tres que tenía baño junto a la de su madre y a la que ahora ocupaba Raven y que antes fue de su hermana. Todo cambiaba para bien; todo empezaba a cambiar para mejor, para centrar y asegurar su futuro. Fijó su vista en ese cuadro y le pareció que en algún lugar de él la tormenta amainaba y, con esa sensación, se durmió por fin.

Capítulo 14

Brianna apretó los labios con gesto de frustración. ¿Cómo podían hacerle algo así? Mantenía la revista en las manos con ganas de estrujarla y acabar así con todo, si fuera tan sencillo. Pero no, James se había vuelto loco al presumir y presentar a esa mujer en sociedad, su sociedad, como si fuera una duquesa o más. William entró en el salón pequeño en el que ella estaba y colocó un mantel de puntillas en la mesa.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparando el té, milady.

—¿Por qué estás sacando la porcelana y las puntillas?

—Viene lady Butler a pasar la tarde con usted.

—Dirás que viene a pasarla con la americana. Seguramente también está encantada con ella.

—No quisiera ser grosero, milady, pero la señorita Simmons es un encanto.

—Por favor, William, es americana y vulgar.

—Es lo que milord necesita ahora mismo. Debería darse cuenta de eso, de la situación en la que están y agradecer a Raven que esté dispuesta a ayudarlo.

—No voy a permitirte que...

El sonido del timbre de la puerta acabó con los reproches y William, con una sonrisa, fue a abrir.

Deborah entró y vio a su madre con el ceño fruncido. Se acercó, le dio un beso en la mejilla que ella le ofreció y se sentó a tu lado. La mesa ya estaba

preparada, las tazas de porcelana y sus complementos se repartían por ella, cuatro servicios pulcra y perfectamente colocados. William era un maestro para eso. Pronto llegó con una bandeja de bocaditos, pastas y pastelitos.

—Gracias, William.

—Es un placer, milady, hacía tiempo que no servía el té.

—¿Y mi hermano?

—Ahora mismo bajan.

—Ya estamos aquí.

James entró acompañado por Raven. Le dieron un beso a Deborah y se sentaron en las sillas que quedaban vacías.

—Buenas tardes, Brianna. —Raven intentó ser amable. No había hablado mucho con la mujer y creyó que ese era un buen momento para hacerlo.

—¿Buenas? Mirad esto.

Brianna lanzó sobre la mesa la revista que tenía y volvió a fruncir el ceño.

—Vaya, qué rápido.

Deborah lo cogió y leyó el titular con una sonrisa:

PRESENTACIÓN EN LA FIESTA DEL MARQUÉS DE LANCASTER

Anoche tuvo lugar en una de las fiestas más exclusivas de Londres, la presentación en sociedad de la que será la futura esposa del XIV Conde de Wranson, uno de nuestros solteros favoritos, James Tenston. De su brazo iba la mujer que compartirá su vida, la única que ha presentado a su lado. La dama, americana y heredera de una gran fortuna, ha venido a ocupar su lugar entre la alta sociedad. Y vaya si lo hizo, despertando la curiosidad y los cotilleos de todos los invitados. Raven Simmons, que así se llama, lució un espectacular y ajustadísimo vestido negro que despertó más de una exclamación de admiración, dejando claro que no solo las más delgadas pueden permitirse lucir tan despampanantes con él. Estaremos atentos al desenlace de esta historia de amor e interés y les mantendremos informados.

—Y siguen... —soltó Brianna—. Ahora ya toda Inglaterra sabe que mi hijo va a casarse con una vulgar...

—Ya basta, mamá —le regañó Deborah—. Sabes perfectamente que ese tipo de publicaciones y revistas solo tienen ánimos de fastidiar y chismorrear. Esto es siempre lo mismo.

Deborah arrojó la revista al otro lado del salón, mientras William servía el té. Raven no dijo nada. Los titulares de cotilleos nunca le habían preocupado y se puso un poco de leche en el té como Peach le había enseñado.

—Si os importara lo que yo pienso...

—No la conoces, mamá; deberías darle una oportunidad.

Brianna miró a Raven, la muchacha era bastante normal y parecía agradable, pero nunca lo aceptaría.

—Un Tenston no debe casarse con alguien que no sea de su posición social. Ni siquiera por su dinero.

—No es el primero que lo hace.

—Hace siglos, y no mientras yo esté viva. Es una arribista que solo busca un título, a la que todos le damos igual. Mírate, nunca vas a ser una condesa.

—Me parece que no va a poder hacer nada por evitarlo. Yo solo quiero que nos llevemos bien, pero si no va a poder ser, espero que nos toleremos.

—Ya estás imponiendo tus deseos, como con Roger. ¿Quién te crees que eres?

—Mi novia, mamá. Empiezo a estar harto de tus desplantes, tus insultos y tus malas caras. Ahí tienes la puerta; no quiero que seas infeliz.

—No voy a irme de mi casa.

—Una casa que seguirá siendo de la familia gracias a Raven, así que te agradecería que te comportaras.

—James tiene razón, mamá. ¿Dónde están tus modales de condesa?

—Eso es cierto, ¿Cómo se dice? No hay mayor desprecio que no hacer aprecio. —Brianna sonrió y se llevó el té a los labios; fingiría, tenía clase para eso—. Pero no esperes que os desee lo mejor.

—Me vale con una ligera muestra de respeto.

—Claro, hijo mío.

—Bueno, hablemos de ti, querida. —Deborah quería conocer más de la que sería su cuñada y, con su madre algo más calmada, era el momento.

—No hay mucho que contar. Siempre he vivido en Chicago, aunque mi familia tiene varias inversiones por toda América. Fue mi abuelo el que consiguió subir tan alto. Desde niña...

El resto de la velada fue más tranquila. Brianna no habló y Deborah le fue contando todas las batallitas que llevaban a cabo de niños, sus recuerdos y el ambiente se volvió más fraternal. Raven intentaba adecuar a la mujer que tenía delante con la imagen de apatía que James le había contado que tenía, aunque claro, en su caso era distinto, solo creaba lazos con la que sería la esposa de su hermano, nada de involucrarse en nada y agradecía que la apoyara frente a su amargada madre.

Un par de horas después, se quedaron solos. En cuanto Deborah salió por la puerta, Brianna se escondió en su habitación. Ya había tenido bastante fingimiento, cosa que Raven casi agradeció.

—No ha habido muertos, esto ha ido bien.

—Si las miradas matasen.

—Mi madre no va a tragarte, pero no te preocupes, tampoco me traga a mí.

—Eso me reconforta.

—Voy a enseñarte algo que te gustará. Espera aquí un segundo.

James subió por las escaleras hasta su habitación, para bajar después con una caja de la que sacó un álbum de fotos de cuero y se sentó junto a Raven en el sillón del salón. La tarde había sido intensa y quería distraerla con algo muy distinto.

—¿Fotos?

—Son de la familia.

Abrió la primera página y fue pasando las fotografías. Las primeras eran actuales o más bien contemporáneas. Las distintas poses de los tres niños

Tenston se sucedieron. Raven sonreían ante el James niño que disfrutaba en los brazos o en las piernas de sus abuelos, incluso parecía contento en las fotos con sus padres y sus hermanos. James le mostró algunas del colegio con Andrew y otros compañeros, las de la universidad, las de la boda de Deborah y varias de veranos en la campiña. Poco a poco al pasar las páginas las fotos se fueron volviendo más antiguas, lo único que tenían en común era Tilman House. La casa solariega en la que tanto les gustaba vivir, una estructura de ladrillo marrón y tejados oscuros enmarcada con unas torres y varias dependencias. A pesar de mantenerse en pie durante años, se veía una evolución, una adaptación, una mayor modernidad en sus amplias cristaleras del piso de debajo en las imágenes más actuales, en contraste con la robustez de las más antiguas. James le enseñó un grabado y una pintura del siglo XVIII de la propiedad.

—Tiene un aspecto increíble.

—Es un precioso lugar con amplios espacios verdes para pasear y árboles donde resguardarse, con bosques, un río y campos a su alrededor. Aunque ahora está algo descuidado.

—Es lo normal si nadie vive allí.

—Un día te llevaré.

Raven asintió, y James siguió repasando el álbum con calma para que ella no se perdiera nada y respondiendo a sus preguntas

—¿Por qué Tilman? ¿No debería llevar las iniciales de tu título o tu apellido?

—Por un perro.

—¿Un perro?

—Hace muchos años —Empezó la historia como si fuera un cuento; enseguida captó la atención de Raven—, uno de mis antepasados encontró un cachorro casi muerto en el pueblo de la propiedad y lo llevo consigo a la casa grande. El animal vivió con él, no se separaba de su lado, fue su gran compañero. Lo llamó Tilman. Una noche hubo una fuerte tormenta y un rayo

cayó sobre uno de los establos, lo que prendió fuego a todo a su alrededor, y fue ese perro el que despertó a la familia antes de que el humo los ahogara. Cuando la propiedad se reconstruyó la llamaron Tilman House.

—Es una bonita historia. ¿Y esta casa? ¿También tiene la suya?

James pasó unas páginas adelante y le enseñó la fotografía antigua de un matrimonio con un niño. La muchacha era muy guapa y vestía como lo harían en los años veinte.

—No soy el primer Tenston que se casa con una americana.

—¿En serio?

—Esta es Natalie Tenston Marlow, su esposo y su hijo, mi bisabuelo. Pero la historia de ellos no empieza ahí. —James vio cómo Raven sonreía; le gustaba que le hablara de su familia, y ese era un buen comienzo. Le mostró otras fotos de la misma época, una en la que aparecía una mujer y un hombre al más puro estilo inglés de principios del siglo XX en Tilman y otra de una pareja más joven. Señaló la primera—: estos son los condes de Wranson; ella es Lady Cynthia Tenston, esposa del X conde y una rica americana. Se casaron por la herencia. A finales del siglo XIX era normal que ciertas familias nobles tuvieran problemas financieros debido a los cambios industriales y esos matrimonios eran bastante comunes. Según me contaba mi abuelo, ella era muy liberal y se adaptó bastante bien a la vida inglesa y a sus costumbres. Cuando su esposo murió, no tenían descendencia y el título por ley pasaría a su sobrino. —Señaló a la pareja más joven—. Evan Tenston, vizconde Tenston y futuro conde de Wranson, y ella es su bellísima esposa, Lena. Según decían era la mujer más hermosa de su tiempo, a la imagen me remito.

—Sí que lo es, es deslumbrante, ¿una dama inglesa?

—Lo curioso es que nadie lo sabe. Se casaron por amor y lo único que conocemos de ella es que era muy rica.

—¿Se casaron por eso?

—No, Evan estaba realmente enamorado, y ella no era de las que se casaban por conveniencia. No lo necesitaba, era una mujer de armas tomar.

—Pero no fue él el conde, ¿no?

—Murió en la I Guerra Mundial, apenas llevaban casados un año. —Volvió a la foto de su familia—. Pero en ese entonces, Natalie ya tenía a mi bisabuelo y el título pasó a él. Después de la guerra regresaron a Inglaterra, a vivir en Tilman House. Años después compraron esta casa, fue una buena compra y la adquirieron a muy buen precio. La crisis y la segunda guerra lo facilitaron.

—¿Por qué se fueron a vivir a América?

—Esa es una historia distinta; es la única que no sé si será real o no.

—¿Por qué?

—Es un poco romántica, quizás demasiado para ser verdad.

—Me gustaría conocerla.

—Pues según me contaba mi abuelo, la condesa Cynthia se enamoró de un joven y guapo librero francés. Fue él el que quiso ir a vivir en América, y ella lo hizo por amor. Pero no queda ahí, según decían, iban a viajar en el viaje inaugural del Titanic, sin embargo, el librero quería ver una exposición en Nueva York y cambiaron los billetes para ir antes, eso los salvó. Allí vivieron durante algunos años. Allí también estaba Lena y se casó con Evan, y allí los atrapó la guerra. Amor, desastres, guerras, muertes, nacimientos... todo muy propio de una novela.

—Es cierto, pero muy bonito. ¿Qué pasó con el librero francés?

—Nada, como llegó se marchó, no estaba con Cynthia por su dinero.

—Eso es admirable.

—Ni él ni Lena buscaban eso. Supongo que fueron felices con lo que la vida les dio.

—¿Volvisteis a saber de ellos?

—No, él se marchó cuando Evan murió, sin dejar dirección ni llevarse nada, la guerra fue dura. En cambio Lena se mantuvo al lado de la condesa y de Natalie más tiempo. Si la fortuna familiar se mantuvo intacta a pesar de la crisis del 29 fue gracias a ella, tenía un sexto sentido para las finanzas y las inversiones, y protegió el patrimonio. Pero cuando murió Cynthia y mi familia

se trasladó de nuevo a Inglaterra, ella se quedó en América. Al cabo de unos años, también le perdieron el rastro. Lo único que queda son estas fotos y un diario.

Raven contempló las tres fotografías. La familia en la que había nacido su bisabuelo, la belleza casi irreal de Lena Tenston y la sonrisa de Evan a su lado. Pero en lo que más se fijó fue en el rostro apacible y tranquilo, incluso feliz de Cynthia junto a su esposo el conde, una americana rica convertida en condesa. ¿Sería ese su caso? ¿Sería feliz como ella parecía? ¿Llegó a amar a su esposo? ¿O amor fue lo que sintió por ese joven librero francés años después de enviudar? Decidió no preocuparse. Ella parecía feliz en esa foto.

—Mira, tengo algo que te gustará.

James desenvolvió una especie de cuaderno de cuero con filigranas de oro que ya habían perdido buena parte de su color. Parecía antiguo y, en cuanto se lo puso en las manos y ella lo abrió, comprobó que realmente lo era, la fecha con el año 1911 estaba ante sus ojos.

—¿Qué es?

—El diario de Natalie.

—¿En serio?

—Bueno, no es un diario propiamente dicho, no están todos los días, más bien es un compendio de sus pensamientos cuando necesitaba desahogarse, pero te resultará interesante si quieres leerlo.

—¿Puedo?

—Eres parte de la familia.

Raven sonrió y lo acarició como si se tratara de un tesoro, y para ella lo era. Siempre le habían encantado las antigüedades y más si como esa tenía historia y pensamientos de una mujer de hacía un siglo. Iba a ser una noche interesante.

—Gracias, intentaré no desvelarme leyéndolo esta noche.

James sonrió; para ser una niña rica, se apasionaba con muy poco. Eso le gustó.

Raven se recostó en la cama de su habitación y colocó la almohada a modo de apoyo para la espalda y la cabeza. Había dejado la persiana levemente abierta y las luces de la calle se colaban a pesar de la lamparilla que tenía encendida en la mesita. Abrió el diario y se dispuso a leer, sintiéndose como alguien que iba a adentrarse en la mente de otro, sintiéndose como si fuera a violar su intimidad, pero esa sensación no era de vergüenza, quería hacerlo. Empezó a leerlo con calma.

10 septiembre 1911

Tengo este diario que me ha regalado mi amiga Jane en las manos y aún no sé para qué. Ella dice que la ayuda a relajarse que, aunque yo no tenga costumbre de escribir, uno me servirá para los momentos en los que quiera descargar mis pensamientos íntimos e incluso mi rabia si lo necesitara. Y hoy es uno de esos días. Mi tía ha cambiado los pasajes que nos llevarían a Nueva York en abril a bordo del magnífico Titanic por otros. Saldremos en dos semanas. Estoy muy enfadada. Ya había avisado a mis amistades de que viajaría en el Titanic y ahora se estarán riendo mí. Estoy harta del embobamiento de mi tía, siempre pendiente de él y todo porque quiere ver una exposición en el museo de Nueva York. Me dan ganas de zarandearlo y decir: Aidan, ya habrá más cuadros, el viaje inaugural del Titanic es único. Pero no creo poder competir con esos preciosos ojos verdes y ese cuerpo. No sé cómo mi tía no lo ve como yo. ¿Qué hace aquí un librero francés joven y guapo? No hay que ser muy lista para verlo. Y para colmo a mi hermano está empezando a agradarle y se pasa el día charlando con él, sobre todo de mujeres, de una en particular. Odio que Evan esté también enamorado de esa Lena».

Raven pasó a la siguiente página, al parecer a Natalie no le caía bien el novio de su tía, ni la de su hermano Evan. No era de extrañar, no pertenecían a su clase social. Las siguientes entradas eran alusiones a su vida en la ciudad de Nueva York; al parecer le agradaba estar en

ella.

2 de diciembre de 1911

No puedo creerme que la invitaran a cenar con nosotros y por supuesto la cena ha resultado de lo más incómoda. Es cierto que ella es muy hermosa, pero ¡hablar de sexualidad femenina en la cena como si no fuera nada! ¡Hablar de aparatos estimuladores que curan la histeria! ¡Qué desfachatez y qué vulgaridad! ¡Dónde se ha creído que está! Y a todos parecían encantarles sus ideas de liberación e igualdad de las mujeres. Desde luego no vivimos en la misma época. Y la velada de después, los cuchicheos entre ella y Aidan, son tal para cual, a mí no me van a engañar. Seguramente acabará viniendo a casa a menudo y siendo amiga de mi tía, las dos son igual de excéntricas, pues conmigo que no cuenten. Haré todo lo que esté en mi mano para desenmascararlos.

Mi plan no ha dado resultado, aunque mi hermano los ha descubierto en la misma habitación en la noche no se ha molestado con ninguno. Aidan conservaba la nota trampa que yo escribí y Evan ha reconocido mi letra. Otra vez será».

Raven sonrió, la última entrada venía sin fecha, aunque no importaba, eran consecutivas. La pobre Natalie vivía en un continuo amargor. Pero le resultaba de lo más interesante porque, según le había contado James, esa chica era su antepasada y esos dos a los que odiaba fueron pilares fundamentales y queridos por toda la familia Tenston. La siguiente fecha le llamó la atención.

16 de abril de 1912

Poco a poco estoy consiguiendo dormir, pero no se me va de la cabeza la imagen de lo que pudo ser hundirse en las frías aguas del Atlántico. Aidan ha vuelto a traerme una infusión para calmarme y yo he vuelto a sonreírle. Si no fuera por él, posiblemente estaríamos

muertos en esas aguas. Y él me ha ayudado a pesar de lo injusta que he sido durante todos estos meses. Espero que pueda perdonarme, que puedan perdonarme todos. A partir de ahora habrá un nuevo comienzo en mi vida y lo más importante serán ellos, mi familia.

No había nada más sobre esas fechas. Raven se dio cuenta de que Natalie se sentiría culpable por el asunto de los billetes del Titanic, por lo mucho que había discutido con su tía por eso y, después de la desgracia, era normal que estuviera deprimida. Fue una suerte que ellos no viajaran en el trasatlántico. Pasó a la siguiente página. El diario parecía una novela. A partir de ahí notó un cambio, todo en la vida de Natalie era felicidad y no solo con su familia; había entradas en el cuaderno en las que se leía la ilusión por un pretendiente. Las ganas de que Evan, como cabeza de familia, le diera su consentimiento y su alegría por la inminente boda. Luego un silencio. Era normal, el diario relataba sus momentos de amargura, su desahogo y mientras era feliz no lo necesitaba.

Junio de 1915

Ya no sé en qué día estoy. Todos me parecen iguales, esperando que Evan cruce esa puerta y me riña por algo. Solo mi esposo, mi hijo y mi familia consiguen hacer que reaccione, pero se hace tan difícil sabiendo que nunca más veré a mi hermano, que esta maldita guerra me lo ha quitado para siempre. Intentamos seguir adelante, apoyándonos. Lena pasa más tiempo con nosotras. Como viuda de mi hermano lo está pasando muy mal, y se vuelca en mi hijo James y en mí. ¿Conseguiremos acostumbrarnos? Sin embargo, las desgracias no vienen solas. Hace dos días que Aidan se marchó de nuestro lado. No soportó la presión. Supongo que en el fondo se sentía culpable por no haber ido al combate con Evan y no hemos conseguido convencerlo de lo contrario. No podemos hacer nada, al fin y al cabo, es su vida y tiene derecho a vivirla como mejor considere. Pero me he dado

cuenta de lo equivocada que estuve con él, siempre pensando que iba tras la fortuna y el título de mi tía, y resulta que nunca se casó con ella ni le pidió nada. Se ha marchado como vino, solo dándonos felicidad. Espero que todo le vaya bien allá donde esté. Miro a mi hijo jugar con Lena y a mi tía, y me pregunto qué le deparará el futuro y si será aquí o volveremos algún día a Inglaterra. Él será el próximo conde de Wranson y podrá elegir. A veces echo de menos la niebla de Londres, quizás allí consigamos olvidar.

El cuaderno se acababa ahí, no había más espacio ni más páginas, ni falta que hacía. El resto de la historia no estaba escrita o no se había conservado, pero la conocía. Era la que llegaba hasta la casa en la que ella dormía, la que llevaba hasta el James presente, el futuro de los Tenston. Raven cerró el diario y lo dejó suavemente en la mesita de noche. Era muy tarde ya, sin embargo, durmió tranquila, sintiendo la pena y la esperanza de Natalie como propia. Pero al cerrar los ojos un sueño curioso la acompañó, largo, intenso, inspirado por el diario.

Fue como un viaje en el tiempo que la llevó cien años atrás. Sin embargo, la protagonista no era ella, no era Natalie. Era Aidan, la crónica era suya. Veía por sus ojos, pensaba sus pensamientos y emociones, hablaba por su boca, vivía su vida.

Prometía ser un sueño muy interesante...

Capítulo 15

Verano de 1911

Desde mi separación de Lilith viví en Inglaterra, trabajé en una pequeña imprenta en Londres y viajé por la isla británica. En mi paso por Salisbury conocí a un hombre llamado Joseph Hayes. Era aficionado a los libros antiguos y entablamos conversación rápidamente. Yo trabajaba entonces en una librería en la que apenas conseguía para mis gastos y en la que el dueño se aprovechaba de mis habilidades para la restauración y la autenticación en su propio beneficio y, como estaba algo harto de esa situación, le comenté a Joseph mi idea de cambiar de trabajo, probar en alguna imprenta, como siempre había hecho, y conocer los avances de allí. Él, en cambio, catalogaba y ordenaba las bibliotecas privadas de los nobles. Después de la agradable charla nos habíamos despedido intercambiando lugares de residencia por si decidíamos volver a vernos y dos días bastaron para que me localizase en la pensión provisional que había alquilado. Según me informó, mi destino era la campiña del sur de Inglaterra y, más concretamente, una casa de campo de un conde, cuya dirección llevaba en el telegrama que me habían remitido: Tilman House.

Un carruaje nos trasladó, a mí y a mi escaso equipaje, a la casona a través de la reja o puerta de entrada de una valla que delimitaba la propiedad principal. Una enorme superficie verde con jardines y

setos altos rodeaba la casa y otorgaba sombra a las orillas de un río que serpenteaba allí.

Llegué a la entrada principal y, después de que mi medio de transporte se alejara, llamé. Por regla general, cuando llegaba un huésped ilustre lo recibían en la puerta y con todo el servicio esperando, pero no era mi caso. Me abrió un hombre de uniforme y, casi sin hablarme, me acompañó a la biblioteca. Descubrí, mientras me conducía a la sala, un gusto exquisito por los tapices, las alfombras flamencas y la porcelana Meissen. Me complació ver que disponían de teléfono y luz eléctrica.

En la biblioteca, rodeado de libros y sentado en la mesa de escritura, estaba mi amigo.

—Aidan, ¡qué alegría verte! Me costó mucho dar contigo.

—Dos días creo.

Ironiqué con un guiño, me caía bien. Su amabilidad y su sonrisa fácil contrastaban con un atuendo y unos modales impecables.

—Te llevo buscando desde el mismo día que nos encontramos, en cuanto llegué aquí y me enfrenté a unos códigos antiguos que la condesa de Wranson quiere adquirir. Recordé que eres experto en estos. Hablé con ella y está de acuerdo en pagarte por tu trabajo — me hablaba, mientras yo observaba la sala con todo tipo de libros; eran buenos aficionados a la lectura—. Te alojarás en una de las habitaciones del segundo piso, junto a la mía, el tiempo que necesites y sin coste alguno.

—Por supuesto. —No tenía claro qué hacer con mi vida aún, volver a Londres no me entusiasmaba, así que decidí aprovechar la ocasión.

—Vamos, te enseñaré dónde dormirás. Debes saber que las cosas funcionan como un reloj, el señor Murray es el mayordomo. Al servicio de la casa está también la señora Tyler, ama de llaves, y varias doncellas y lacayos, además de la cocinera, su ayudante y el

chofer. Los lacayos te ayudarán en lo que necesites.

Me instalé en mi habitación y pasamos un par de días estudiando los códices, Joseph me explicó las condiciones de venta que habían ofrecido a la condesa y me parecieron adecuadas, ciertamente los códices eran de alrededor del siglo XIV o XV, libros interesantes por la decoración y las ilustraciones, los temas no eran de gran importancia, poesía y novela de caballerías, a excepción de un bestiario medieval con magníficos dibujos y una copia del Decamerón de Boccacio. La señora de la casa se había encaprichado de ellos y allí estaban. Me sorprendió que se preocupara de saber si eran auténticos o no, era muy inteligente querer autentificarlos. Según me contó Joseph, la condesa regresaba al día siguiente de Londres, donde pasaba el invierno y dentro de una semana lo harían sus sobrinos: Lord Tenston y su hermana. Al parecer, la condesa era una rica americana que se casó con el difunto conde para salvaguardar el patrimonio nobiliario. Se dice que era algo excéntrica y que no le importaban en exceso las normas rígidas de la alta cuna inglesa, cosa que le deparaba enfados con su sobrina.

Hasta que llegara la condesa, nos limitamos a movernos solo por ciertas estancias de la casa solariega, pasábamos de nuestras habitaciones a la biblioteca y las comidas las realizábamos en una sala pequeña que las doncellas habían habilitado para nosotros a la espera de las órdenes de la dueña cuando llegase. La actividad por la mañana resultó frenética, constantemente tropezabas con una de las doncellas o de los lacayos que limpiaban, colocaban, cambiaban, decoraban y ponían flores, a una gran velocidad y sin percatarse de nuestra presencia, así que decidimos ir a dar un paseo por los jardines y no molestar más. Fue en uno de esos paseos cuando encontré algo que me llamó la atención, una pequeña puerta en la pared, camuflada, escondida en la parte de atrás de la casa, la que

daba al camino de piedra. La empujé y chirrió. Me adentré por ella con la curiosidad de ver hasta donde llegaba y cuál fue mi sorpresa cuando abrí la puerta opuesta, retiré el tapiz que la ocultaba y me encontré en la biblioteca. Una buena puerta de escape que había descubierto al azar. Pronto escuché desde allí el ruido del motor de un coche y el servicio se puso en movimiento para recibir a la señora de la casa. Salí al vestíbulo donde ya estaba Joseph. Eran poco más de las doce de la mañana cuando ella avanzó seguida del mayordomo y el ama de llaves. Escuchábamos la conversación que la condesa mantenía con ellos mientras se dirigía a la puerta.

—¡Por Dios, Murray! Déjeme disfrutar un poco de los placeres de la vida.

—Pero, milady, el chófer...

—Solo ha sido un corto trayecto. Yo le ordené que me dejara conducir y él ha regresado a por el resto de mis cosas. Por cierto, debes llevar esas cajas a las habitaciones de los huéspedes. Me he permitido traer unos trajes para el señor Hayes y para el señor Lander. —Por supuesto, mi amigo había consultado con ella mi estancia allí. En ese momento llegó a nuestra altura y me miró. Sus ojos almendrados recorrieron toda mi estatura. Me sorprendió; llevaba el pelo recogido en la nuca, pero revuelto por la conducción, me pareció pizpireta y con mucho carácter. Me agradó al instante y era...—. Creo que erré en la talla del señor Lander, habrá que pedir otros. —... Más joven de lo que me imaginaba.

Hicimos una reverencia y ella se acercó a nosotros. Sentí su interés en mí y noté el brillo en sus ojos.

—Bienvenida, condesa.

—Espero que vuestra estancia en mi casa haya sido agradable.

—Por supuesto, lady Wranson, es un lugar idílico —confirmé.

Me permití ciertas licencias y educación. Ignoré, sin darme

cuenta, a Joseph.

—Oh, por favor, llámame Cynthia, me siento así más en casa. Acompañadme a la biblioteca mientras Molly prepara mi habitación y un baño. —Se agarró a mi brazo y nos dirigimos allí—. Supongo que os habrá sorprendido que fuera yo quien condujera hasta aquí.

—Es curioso, sí. Pero si quiere mi opinión; me ha tranquilizado bastante.

—¿De verdad?

—Sí, esperaba a alguien más...—No sabía cómo definirlo.

—¿Mayor, refinada, honorable, aburrida?

—Creo que todas.

—Entonces me alegra que lo impresionara.

—Para estar impresionado aún es pronto.

Ella se rio de forma sonora; mi amigo me miraba algo escandalizado y yo, para mi sorpresa, estaba coqueteando.

—Esto promete; quizás alargue la invitación a quedaros más allá de este verano, así no me aburriré —dijo ella.

Llegamos a la biblioteca y pasamos a tratar el tema de los códices. La mayoría de los libros allí expuestos habían llegado bajo el criterio y la supervisión de Joseph que organizaba la sala desde que había llegado, pero la autenticación de códices se le escapaba. Él conocía las tendencias y las lecturas obligadas de la época y, debido a eso, era más un decorador que un librero, por eso estaba yo allí. Teníamos los libros antiguos encima de la mesa.

—Los códices son auténticos. Puede pagar el precio que le piden por ellos sin temor, sobre todo por el Bestiario y el Decamerón —le expliqué a la condesa.

—¿Está seguro, señor Lander?

—Sí.

—¿Por qué debería fiarme de un joven como usted? No parece

tener la cualificación necesaria, a pesar de lo que el señor Hayes diga.

Me estaba poniendo a prueba; era muy lista. Estaba claro que le agradaba, pero de eso a que mi labor fuera profesional, iba un mundo.

—El experto soy yo. Créame, milady, estoy bastante preparado y dado que no me llevo ningún beneficio de que usted los adquiera o no... Esto es un favor personal. Pero puede no comprarlo y perder esta oportunidad. A mí me da igual.

—No me malinterprete. Es solo que me extraña, no parece un anticuario.

—Si lo desea puedo aburrirla con datos como la lengua, la escritura, la tinta, el pergamino y la iluminación o la encuadernación e incluso darle una clase magistral sobre el lugar y la época de su creación.

—No hace falta, confío en su criterio. Ahora disfrutemos de nuestra mutua compañía. Vengan conmigo.

Pasamos el resto del día hablando de cualquier cosa. Me habló de su vida allí, de su difunto esposo, de las circunstancias de su matrimonio, de sus planes de futuro.

—Me gustaría volver a América algún día, ¿ha estado allí?

—No, nunca he ido.

—¿Le gustaría?

—La verdad es que sí.

—Puede venir conmigo entonces.

Desvió la mirada hacia la puesta de sol, pero pude ver cómo se ruborizó.

A partir de entonces las salas más suntuosas de la casa nos

recibieron; comíamos y pasábamos veladas agradables en ellas con lady Wranson. Ella buscó mi compañía. Yo le fascinaba, y ella a mí me cautivó. Las conversaciones versaban sobre los temas más variopintos. En todos ellos se defendía admirablemente y, sin ningún tipo de pudor por ser mujer, mantenía férreamente sus opiniones y las discutía. Sentí cómo la condesa viuda de Wranson se iba enamorando de mí. Me convertí en su confidente y su amante, eterno prometido a ojos de la sociedad. Así, cuando al mes siguiente llegaron sus sobrinos de la capital, también llegó con ellos la noticia y el chisme de que lady Wranson vivía en Tilman House con su prometido, un joven y guapo librero francés que, posiblemente, solo buscaba su fortuna.

Tanto Evan como Natalie se interesaron por mi condición, pero ninguno de los dos terminaba de fiarse. Cynthia me había explicado cómo su sobrina le recriminó su relación conmigo, al fin y al cabo, la joven pensaba como el resto y el conocerme solo le confirmó sus sospechas. La velada fue pasando. Después de una cena a base de preguntas sobre mi vida y mi trabajo, nos dispusimos a terminar la noche con un brandy en la sala de estar, donde lady Wranson, ejerciendo de anfitriona, anunció las reuniones y eventos que llevaría a cabo a lo largo del verano, desviando la atención de mi persona.

Natalie habló de los nuevos vestidos que había traído de Londres y de las amigas que volvería a ver en esas reuniones. Evan buscaba impresionar, tenía estilo y clase para eso y le encantaban los eventos deportivos. Cynthia por su parte, había llenado el vestidor de una de las habitaciones grandes, que ahora ocupaba yo, de trajes y ropas para la ocasión, volviendo loco a mi joven ayudante de cámara que se estrenaba en esos menesteres.

El resto del verano fue a base de conocer al conde de, el barón de, el marqués de y sus respectivas esposas, hijos e hijas. Soporté

miradas, cuchicheos, palabras de asombro y admiración, rejos y alguna que otra sonrisa tímida. Soporté charlas políticas, económicas, de sociedad y para mi gusto, pocas culturales.

Después de todos esos meses, nuestra relación se había consolidado y la intimidad fue el resultado lógico. Ella descubrió conmigo lo que se sentía realmente al completar el placer y se entregaba con gran pasión, mientras yo recorría su cuerpo e iba descubriendo lo que la hacía enloquecer y gemir. Al terminar, ella recobraba el aliento apoyada en mi pecho, hablándome de su tierra natal y poco a poco fue tomando cuerpo la idea de viajar allí.

—Me cuentas tantas cosas de tu tierra que me apetece conocerla.

—Podemos pasar algún tiempo allí.

—¿Ahora?

—Sí, tengo una casa en Nueva York.

—La verdad es que parece interesante.

—Lo prepararé todo. Hablaré con mis sobrinos por si quieren acompañarnos.

Esa noche dormí pensando en el futuro viaje. Al día siguiente escribiría a Joseph para que me mandara información sobre eventos y exposiciones que se realizaran allí en los próximos meses y me prepararía unos lugares de interés a visitar, como la Biblioteca del Congreso.

En septiembre llegó un telegrama mientras almorzábamos y, después de leerlo, Cynthia sonrió. Evan estaba encantado con el próximo viaje. Al parecer había alguien a quien quería ver en América y Natalie adoraba viajar; yo, por mi parte, esperaba con emoción visitar una exposición egipcia en la ciudad que incluía papiros.

—Queridos, buenas noticias. Ya tengo pasajes para Nueva York. He reservado billetes en un transatlántico de lujo.

—¿El RMS Olympic? He oído que es el más lujoso del mundo.

—No, Natalie, el Olympic está averiado, al parecer impactó contra él un buque de guerra y tiene dañado el casco. Lo están reparando.

—¿Entonces?

—El RMS Titanic.

—¡En serio! Dicen que es casi imposible conseguir pasajes para su viaje inaugural —dijo Natalie aplaudiendo de la emoción.

—Para mí no; tengo cuatro pasajes de lujo para abril —dijo Cynthia.

—¿Abril? —le pregunté, incrédulo.

—Sí, Aidan.

—¿Del año que viene?

—Sí.

—¿No vamos a viajar hasta dentro de siete meses?

—Pero ¿qué ocurre? Es una oportunidad única —dijo Evan.

—Bueno, Evan, yo pensaba que este invierno ya estaríamos allí.

—Los pasajes habrán costado mucho a mi tía; esperaremos.

—Creía que te haría ilusión —afirmó Cynthia algo triste por mi reacción.

—Ya, Cynthia, pero había una exposición sobre papiros egipcios encontrados en varias tumbas recién descubiertas del Valle de los Reyes en la Biblioteca de Nueva York que me hubiera encantado ver y era durante el mes de diciembre. —Observé su expresión, ella buscaba agradarme con el viaje y yo...—. Bueno, no pasa nada, ya habrá más, después de todo es Nueva York.

Los días siguientes intenté comportarme como siempre, pero mi interés en el viaje había decaído; me hubiera encantado ir a la

exposición y no esperaba que entendieran que, para mí, viajar en el barco más lujoso del mundo no era lo importante; sin embargo, todos estaban emocionados con el viaje en ese Titanic. Los ricos eran así, cualquier barco de los que surcaban el océano nos hubiera trasladado sin problemas, pero para ellos lo importante era ir en el mejor y en esos momentos toda la sociedad volvía su vista e interés hacia el futuro primer viaje del grandísimo Titanic.

Pasaron varios días desde que nos había informado de la compra de los pasajes y Natalie iba de acá para allá feliz por su próximo viaje; mientras yo intentaba, aunque creo que sin mucho éxito, ocultar mi decepción a Cynthia. Por otro lado, Evan pasaba más tiempo conmigo y nuestra relación se volvió más fluida. Concordábamos en edad aparente y me confesó su impaciencia para viajar a ver a alguien que vivía al otro lado del océano: una mujer que conoció en una estancia anterior en Nueva York y de la que estaba perdidamente enamorado.

—Es muy hermosa, de mente abierta y osada. Pero mi tía y mi hermana no están de acuerdo con nuestro amor, creen que busca mi fortuna. Ella no es pobre, pero no es de sangre noble como yo. Sé que mi tía cambiará de opinión cuando la conozca. Me recuerda mucho a ella y mi hermana; bueno, mi hermana es otra cosa, algún día se casará y ya no opinará sobre mi vida.

Me mostró una fotografía en blanco y negro que tenía de ella.

Era Lilith.

No podía creerlo, había pasado tan poco tiempo desde que la había visto por última vez. Aún estaba dolido por nuestro último desencuentro y ahora sostenía su hermosa cara entre mis manos. Una punzada de emoción, mezclada con otros sentimientos menos cordiales, me azotó el estómago. Mi mejilla volvió a arder recordando la bofetada de la última vez que nos habíamos visto y mi

mente me hizo viajar hasta ese último baile en casa del marqués. Allí estaba yo; mi presente era hablar con Evan de su amada y disimular.

—¿Conoce ella tu interés?

—Por supuesto.

—¿Te corresponde?

—Sé que le intereso, pero esta vez quiero plantearle una propuesta de matrimonio. ¿Qué crees que debo hacer?

—No pierdes nada por intentarlo. Si la amas, díselo o puedes arrepentirte.

Pensé que Lilith estaría encantada de convertirse en condesa de, pero eso no lo dije en voz alta y tampoco que la conocía y que era mi compañera. Había decidido pasar un largo tiempo sin ella y, aunque parecía que estaba de nuevo en mi vida, no sería para estar juntos; esa vez no, necesitaba descansar.

—¿Le estás hablando de Lena?

Cynthia y Natalie entraron en la biblioteca donde estábamos conversando. Evan asintió sin apartar la vista de su hermana; algo la molestaba cuando se dirigió a mí con decisión, con la mirada furiosa.

—¡Estarás contento! Voy a ser el hazmerreír de todas mis amistades.

—No sé de qué me hablas —le dije bastante tranquilo.

—Ya había escrito a mis amigas contándoles que viajaría en el viaje inaugural del Titanic, señor Lander. —«¿Señor, de pronto me trataba de usted?»—. Y todas se morían de envidia y ¡ahora qué!

—¿Qué quieres decir? —Seguía sin entender su recriminación.

—Que no hay nada como tener un buen cuerpo y unos luminosos ojos verdes para conseguir lo que se quiere.

—Ya basta, Natalie —la cortó Evan.

—¿Ahora también lo defiendes tú, hermano?

—Compórtate —insistió él.

Desvié la mirada hacia Cynthia, que se mantenía de pie delante de nosotros, para que me lo explicase.

—He cambiado los pasajes. Nos iremos en dos semanas en el RMS Lusitania.

Decir que me emocioné con la nueva noticia era poco. Ella había cambiado los pasajes por mí, había renunciado a ser la protagonista del viaje del que todos hablaban por mí y lo había hecho a expensas de su familia, de su insolente sobrina. Así, dos semanas después, embarcábamos en el Lusitania. Para mí el barco más bonito del mundo, ya que me aproximaba a lo más cerca que iba a estar de los papiros y las exposiciones sobre Egipto y de todo lo vivido en esa tierra del Nilo, que ahora era descubierta por los arqueólogos y maravillaba a la civilización de ese siglo.

Unos meses después de nuestro arribo a la ciudad, ya conocía gran parte de sus lugares importantes, de eso se encargó Evan, con el que frecuenté los ambientes más selectos de la urbe, además de varios salones de fiesta y de juego. Era agradable que nos lleváramos tan bien. Él me hablaba de Lilith, su Lena Realmente estaba enamorado y no era extraño, ella siempre volvía locos a los hombres que le interesaban, pero creo que Evan era el único que había conocido que me caía bien a mí también. Aun así, mi amigo tenía reparos para acompañarme a las exposiciones y a mis paseos de varias horas por la recién inaugurada biblioteca pública, ya que se aburría sobre manera y, mientras yo me perdía entre sus libros, él me esperaba en un café cercano leyendo el periódico.

Cuando regresaba a la mansión que Cynthia tenía en la ciudad, volvía a mi vida de acomodado en la sociedad, gozaba de respeto y la compañía de Evan y de ella. Natalie era otro cantar, nuestra relación se había vuelto más complicada, si cabía, desde lo del barco y no

solo me evitaba, sino que en varias ocasiones la escuché reprochando a su tía la relación conmigo. Y la cosa se puso peor una vez que Lilith entró por la puerta.

Después de mucho insistir, fue invitada a una cena. Evan deseaba que Cynthia la conociera. Creía que se llevarían bien. Yo conocía la relación entre ellos, pero no había coincidido con ella en ninguna de mis salidas con Evan y, por supuesto, nadie sabía que Lilith y yo nos conocíamos de antes. Por el momento prefería guardar el secreto. Llegaron alrededor de la seis de la tarde y se dirigieron al gran salón donde los esperábamos, Ly llevaba un vestido negro y escarlata con escote discreto de talle alto y recto que le sentaba a las mil maravillas y el cabello recogido; un collar fino de cristales adornaba su cuello. Estaba radiante, sin embargo, lo mejor fue la cara de sorpresa al verme allí; no lo esperaba y no estaba preparada para eso, supongo que cientos de pensamientos y recuerdos rondaron su cabeza. Evan tuvo que repetirle varias veces la presentación antes de que reaccionara y estrechara la mano de la condesa con una reverencia y posteriormente la mía y la de Natalie. A pesar de todos mis esfuerzos en la cena, apenas podía dejar de mirarla y, por su parte, ocurría lo mismo, pero debía evitar la tentación como me había propuesto y así lo hice. La conversación versó sobre temas femeninos y pronto se estableció un vínculo entre Cynthia y ella, suficiente por el momento, aunque no podríamos decir lo mismo de la sobrina, que no paraba de observarla y de observarme; habría que tener cuidado. Si quería hablar a solas con Lilith debía vigilar a Natalie. Cynthia se interesó por Ly; era la anfitriona y debía hacerlo por cortesía.

—Entonces dices que vives sola.

—Sí, en una casa a dos manzanas de aquí.

—¿No te importuna vivir sola?

—No, Natalie.

—Una mujer no debería vivir sola —afirmó la joven, iniciando un intercambio de ideas contrarias con Ly.

—Y según tu opinión, ¿por qué no debería hacerlo?

—Porque no es correcto.

—Natalie, no hay ningún problema con eso. Por suerte los tiempos están cambiando —le dijo Cynthia.

—Pero, tía, las mujeres debemos estar en un hogar. No viviendo libremente y solas.

—Hay mujeres que no piensan como tú, cariño. Yo no creo que las mujeres solo sirvan para eso.

—Es nuestra obligación, tía.

Lena se mordía la lengua. No se atrevía a dar su opinión tan pronto; no quería comprometer su delicada situación. Decidió intervenir.

—¿Y usted qué piensa, señorita Green?

—Lena, por favor. Creo que la posición que ocupe la mujer en la sociedad actual, desde luego, no la deciden los hombres.

—Completamente de acuerdo —confirmé.

—Vamos, Aidan, ¿no pensarás en serio que tienen las mismas necesidades que un hombre? —intervino Evan.

—Aunque creas que no es así, querido, es posible que te sorprendieras —esa vez fue Cynthia quien habló.

—Evan, deberías ser más abierto de mente.

—Lena, soy bastante flexible en cuanto al papel de una mujer en la sociedad, pero ¿qué sabéis de política o economía?

—No tengo que demostrar nada, todo mi dinero lo he conseguido a través de inversiones y negocios —le contestó Lena frunciendo ligeramente el ceño.

—Pero tú eres un caso aparte —le dijo Evan, conciliador.

—Como yo serían el resto de las mujeres si tuvieran la oportunidad. La única diferencia real entre nosotras es la posición social. Las más acomodadas, perdidas en el hogar y la familia, somos las que podemos pelear por los derechos de todas y la mayoría no lo hacen; ni siquiera nos molestamos en intentar valernos por nosotras mismas, exigiendo libertad de decisión. Las más pobres deben luchar por conseguir comida y trabajo en inferioridad con los hombres para mantener a la familia y sin posibilidad de reivindicación.

—¿No pensarás en serio que nosotras debemos trabajar? —volvió a decir Natalie.

—Trabajar solo no, Natalie, deberíamos poder votar, poder ir a la universidad, poder decidir sobre nuestro cuerpo, poder poseer negocios libremente, asociarnos, tener propiedades sin depender del marido y derecho a la potestad de los hijos. Si supieras realmente la cantidad de derechos que se nos niegan bajo la excusa de que no estamos capacitadas para logros mayores, de que estamos solo preparadas para ejercer de madres y sumisas esposas, educación que, como no, se han encargado de darnos los hombres porque quizás tienen miedo de descubrir que sus mujeres pueden ser igual o más inteligentes que ellos. Ninguno soportaría una conversación de alto nivel político, económico, social o cultura con una mujer que les igualara, ya que, según esos varones, no podemos saber nada de ciertos temas y, por supuesto, no es bueno que una mujer estudie, lea o aprenda más de lo necesario.

—Estás generalizando —dije, deteniendo su exaltado discurso.

—Tiene razón, señor Lander, siempre hay excepciones, no generalicemos. —Me miró cómplice—. Evan, por ejemplo, es un gran conversador y tratamos cualquier tema, pero en compañía de otros se siente incómodo si hablo más de la cuenta de la bolsa o de los últimos conflictos políticos. No puedo pedirle más, ya que acepta mis

ideas; además comprendo que su influencia, condesa, ha sido clave en que él esté abierto a compartir las opiniones de una mujer. Aun así, espero que algún día los hombres acepten a sus mujeres como iguales y lucho por eso.

—Y, ¿cómo piensas conseguir eso?

—No es tan difícil, lady Wranson. Yo, por mi parte, ayudo a las mujeres con menos recursos; he invertido en albergues, en hospitales y en hospicios para poder mantener a sus hijos mientras trabajan. He abierto fábricas para mujeres en las que confeccionamos ropas que luego vendemos a buen precio y me involucro en manifestaciones y luchas para conseguir el sufragio, la igualdad laboral y salarial y la igualdad ante el varón. Cada una debemos saber cuál es nuestro pequeño grano de arena para aportar. Se ha avanzado mucho desde hace varios años en ese aspecto, pero aún queda mucho por conseguir.

—Es muy interesante.

—Evan me ha dicho que sois una mujer abierta y adelantada a nuestro tiempo; si lo deseáis, puedo contaros más de mis ideas.

—Quizás hablemos calmadamente más adelante. Me sorprende que mi sobrino se interese en alguien como usted.

—Su sobrino, aunque mantiene las formas y la mente un poco anclada en la sociedad machista, me respeta y sabe que nunca podría estar con él sino me considerara un igual. En el fondo entiende que tengo razón.

—Has tenido suerte de que mi hermano esté enamorado, con esas ideas seguro que estarías sola y sin nadie que quisiera casarse contigo —dijo Natalie, dejando el trato cortés por uno más directo.

—No creo que yo quisiera casarme con nadie que no fuera así, Natalie. Sé estar sola; no necesito a un hombre a mi lado, y es una pena que tus únicas aspiraciones como mujer sean casarte y servir a

un esposo que posiblemente acabe frustrándote.

—Es lo que se espera de una muchacha decente.

—Es lo que se espera de una muchacha sumisa y sin carácter —le contestó Lena también sin tapujos.

—Tía, por favor, no creo que esto sea una conversación para una cena.

—Cariño, es una charla como otra cualquiera.

—No, tía, ella incluso habla de libertad para decidir sobre nuestro cuerpo.

—El placer no debería estar solo al alcance del hombre —volvió a afirmar Lena.

—¿Placer? Esto es indignante. —El enfado de Natalie habló por ella.

—Podemos disfrutar de la intimidad tanto como ellos si nos prestaran atención y si realmente se preocuparan por nosotras. Hace ya varios años que los médicos estudian cómo lo que antes consideraban la histeria, propia de la mujer, no es más que una frustración sexual, incluso han creado aparatos eléctricos que...

—Calmaos las dos; está claro que tenéis diferentes opiniones y no por eso debéis alteraros. Disculpa a mi sobrina es demasiado joven y no sabe nada de estos temas.

—No, discúlpeme a mí, lady Wranson; tiene razón y no es un tema propio de una velada tranquila.

Natalie bajó la cabeza y, enfurruñada, se llevó el pudding a la boca. Cynthia me miró a mí. Los dos sabíamos que ella estaba dentro del grupo de las mujeres que no habían disfrutado mucho de la intimidad y del placer hasta que me conoció, por eso su opinión al respecto ahora coincidía con Lena, y a Ly no le cabía duda de que la situación de Cynthia había cambiado conmigo en su vida. Pero Natalie era otra historia, con sus ideas posiblemente acabaría

casada y frustrada, una gran pena. Igual terminaba dentro del grupo de las tachadas por los médicos conservadores como «histéricas», un cajón de sastre donde cabían las frustraciones, no solo íntimas de las mujeres, y que, gracias a los avances de unos pocos, habían conseguido un tratamiento a base de estimulación genital, que no era otra cosa que masturbación. Lo curioso era que ese tratamiento lo llevaba a cabo un médico y no, como debería ser, su esposo. Hasta ahí llegaba la negación social de la sexualidad femenina. La invención de un aparato eléctrico de autoestimulación solucionó el problema e incluso, años después, hizo que nuevas investigaciones y libertades eliminaran del vocabulario médico la enfermedad inexistente de la histeria y se tuvieran en cuenta las nuevas necesidades de la mujer que, para sorpresa de muchos, eran tan válidas como las de ellos.

—Los hombres apenas habéis opinado sobre el tema.

Evan enrojeció pensando que su tía se refería al tema íntimo. Yo suponía que si Lilith estaba con él la cosa iría de forma satisfactoria, pero Cynthia quería que opináramos sobre todo lo demás, así pues, di mi humilde opinión.

—Estoy totalmente de acuerdo con la señorita Green; no veo ninguna diferencia entre hombres y mujeres. Tenemos nuestro carácter y nuestras diferencias, pero como con cualquier otra persona independientemente de ser mujer u hombre, eso no os hace más débiles o menos aptas. Ha habido mujeres a lo largo de la historia tan capaces como los hombres, por ejemplo, y con lo que ahora fascina la época antigua, Hipatia de Alejandría era científica, astrónoma, física y daba clases en la universidad a muchos hombres; Friné, una hetaira en la antigua Grecia, mantenía simposios con los hombres más sabios de su época y ninguno ponía en duda su inteligencia y así muchas más. Aquí mismo, Cynthia es capaz de

mantener a raya a la mayoría de los aristócratas que conoce, conduce y disfruta de la vida sin importarle lo que otros piensen, a su manera también exige igualdad. Lena es rica gracias a su talento para los negocios, pero también demuestra compromiso y altruismo con lo que cree; a Evan el amor lo hace plantearse las convicciones sociales del momento, y eso es tan válido como lo vuestro; y Natalie, bueno, es demasiado joven y su vida no la ha llevado a plantearse sus necesidades como mujer. En cuanto a mí, me gusta la igualdad y no respetaría a mi lado a ninguna mujer débil en ese aspecto. Siempre he necesitado a un igual, a pesar de los conflictos.

Todos me miraban sorprendidos; sin embargo, era mi forma de ver las cosas, siempre lo había sido.

—Bueno, terminemos la velada en la otra sala.

Cynthia se levantó y todos hicimos lo mismo. Le ofrecí mi brazo y abandonamos el comedor.

Al concluir la cena pasamos al otro salón y Walter, el mayordomo en Nueva York, nos sirvió las bebidas, y fue en ese momento en el que me acerqué a Lilith, ahora la señorita Lena Green.

—Ha sido una sorpresa verte aquí. El mundo es un pañuelo —me dijo mientras le entregaba una copa de coñac.

—Llevamos milenios encontrándonos en los lugares más insólitos ¿y ahora te das cuenta?

—¡Irónico tú! ¿Sigues molesto?

—¿Molesto? —bufé—. Furioso y dolido más bien; todavía me escuece tu bofetada. Ha pasado poco tiempo, desde luego; yo tampoco esperaba que Evan llevara una foto tuya en la cartera.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada, por mi parte estoy con Cynthia.

—Y yo con Evan.

—Perfecto entonces. Seremos familia y nada más.

—¿Podremos?

—Sí. No voy a hacerles daño; soportaré la tentación.

—No, ni yo. Pero hay una condición.

—¿Cuál?

—Debes ayudarme con lady Wranson, debes conseguir que me acepte.

—Créeme, seréis buenas amigas; os parecéis mucho. Haré lo que pueda.

—¡Vaya, parece que hacéis buenas migas! —Oímos una voz que interrumpió nuestra conversación.

Era Natalie. No sabía si había oído algo y era mejor seguirle la corriente. Lilith pensó lo mismo que yo.

—Nos estábamos conociendo —dije.

—¿Seguro? Más bien parecía que charlabais como dos viejos amigos.

—Me hablaba de su gusto por los libros.

—¿Creéis que soy tonta? Llevo toda la noche observando cómo os miráis.

—¿Y?

—No soy una niña, Aidan, sé qué buscáis. Los dos.

Había alzado la voz y eso llamó la atención de su hermano y su tía.

—¿Algún problema, querida?

Evan ofreció el brazo a Lilith y ella lo aceptó.

—Parece que es tu hermana la que lo tiene.

—¿No os habéis dado cuenta de que se conocen de antes? Los dos buscan lo mismo: ella la fortuna de Evan, y él, la tuya.

—Te equivocas. —Cynthia empezaba a estar harta de que su sobrina la juzgara—. Le he ofrecido mil veces que nos casemos, le he dicho que le daré cualquier cosa que me pida, que no me importa nada más que él y no ha aceptado nada.

—Os van a engañar y entonces...

—¡Se acabó! Vete a descansar. Walter, por favor, avisa a Ingrid para que la acompañe.

La doncella acompañó a Natalie a su alcoba. Antes de salir por la puerta volvió la cabeza y me dirigió una mirada cargada de furia. Permanecimos en silencio mientras se marchaban. Iba a ser difícil la convivencia con la joven si ella se empeñaba en complicarlo todo. Yo en ningún momento supuse una amenaza ni para ella ni para Evan, pero se empeñaba en no verlo y Cynthia lo sabía.

Acompañé a Cynthia arriba y me quedé con ella. Una vez que nos metimos en la cama se recostó en mi pecho y descargó su mente. No tenía claro si era un buen momento para hablar, pero la dejé hacerlo.

—Tengo que casarla ya.

No me gustaba la forma en la que lo dijo.

—Entonces acabará casada con un hombre rico, algo mayor que ella y frustrada, pero es lo que se espera de ella, ¿no?

—No lo digas así.

—No eres como el resto. Deberías permitirle conocer a alguien que le guste de verdad y, teniendo en cuenta sus prejuicios con las clases inferiores, posiblemente el elegido sea de sangre noble.

—¿Cómo?

—Llévala a eventos, a reuniones sociales, a fiestas. Si quisierais, seguro que Lena podría ayudaros. Según dice Evan, conoce a mucha gente influyente.

—Ya veo, ella te gusta.

—Me parece una mujer interesante, como tú. Es curioso cómo, al contrario que Natalie, Evan puede ser feliz con la señorita Green. — La miré a los ojos y le dije la verdad. Sentí su preocupación. En el fondo sabía que yo era libre para hacer lo que quisiera y, si Natalie había intuido una unión entre Ly y yo, era posible que Cynthia

también lo hiciera—. Tu sobrina tiene razón, conozco a Lena de hace mucho, somos amigos de la infancia. Por esos sé que es la mejor para él y para vosotras.

—¿La conoces? —Me miró con una expresión entre sorpresa y miedo.

—No ha sido premeditado; me sorprendí tanto como ella al verla con Evan. ¿Qué te preocupa? ¿Tu fortuna? ¿Tu nombre?

—Todo un poco. He luchado mucho por lo que tengo, por sobrevivir entre hombres, he conseguido afianzarme y hacerme fuerte y no quiero que eso se pierda. No quiero perderte a ti —eso lo dijo en un susurro, pero lo oí.

—Tu fortuna y tu nombre estarán protegidos en manos de Evan. Sabe de negocios y es muy competente, sin embargo, te frena Lena. Y si te dijera que ella es como tú, que conseguirá mantener y fortificar tus negocios y fortuna, que tiene grandes ideas.

Ella me miró sorprendida; dudaba. Y la revelación de que yo la conocía no ayudaba en su confianza.

—No esperaba que estuvieras relacionado con ella.

—Yo nunca te mentaría.

—Lo sé, ¿fuisteis amantes?

—Sí.

—¿La amabas? ¿La amas?

—Es complicado. No podemos estar juntos. —La vi dudar.

—Entiendo...

—Estoy contigo y nunca te engañaría. Es más, si dejas de confiar en mí o si lo deseas, mañana mismo recojo mis cosas y me marcho de aquí; me voy de tu vida, sin rencores.

—No, confío en ti. Has sido sincero y si me prometes que no hay nada entre vosotros...

—Para Lena y para mí lo más importante ahora sois Evan y tú; eso

no cambiará. Habla con ella, déjame juntaros y lo ves por ti misma.

Ella asintió. Ahora todo estaba en manos de Lilith y, aunque ellas no lo supieran, era lo mejor, no solo por Evan o Cynthia, sino principalmente por Natalie.

Unos días después, Cynthia había estado pensando en lo que le había dicho y decidió darle una oportunidad real a Lilith. Ya habían coincidido en las ideas transmitidas durante la cena, y lo importante de ese encuentro era que confiaran la una en la otra y que consiguieran que Natalie dejara de lado sus sentimientos contrarios a nosotros. Pero por ahora había logrado que se interesase en conocerla. Evan le envió un recado a Ly y esa misma tarde vino a casa a tomar el té. Estaríamos solos, ya que lord Tenston tenía sus propios compromisos, pero antes de irse me pidió que ayudara a su amada.

El té estaba preparado cuando Lilith llegó; Natalie estaba con unas amigas, y Cynthia parecía inquieta. Yo sabía que no era solo por la presencia de Ly, sino también porque conocía la relación que me unía a ella y la preocupaba. Le aferré la mano para tranquilizarla, sonrió y vi en su mirada que sus intenciones eran buenas. La señorita Green accedió, acompañada por Walter, al salón pequeño, llevando consigo un paquete que me entregó.

—Me he permitido traerte un regalo.

—Gracias. —Era un libro antiguo de las Comedias de Aristófanes, ella sabía que el mío se había destruido en el fuego, arrojado por mi hijo en Venecia. Esperaba que ese detalle pasara por alto a la suspicacia de Cynthia y no la hiciera sentirse mal, en eso Lilith no había sido sutil—. ¿Dónde lo has conseguido?

—En una feria de antigüedades.

—Has acertado, querida; le encantan los libros, son su vida.

Cynthia no se dejó amedrantar y las dos mujeres se midieron. Me había equivocado, fue una estrategia para probarse y ninguna había cedido; estaban en igualdad.

—Tiene una casa preciosa, lady Wranson.

—¿Dónde dijo que residía usted, señorita Green?

—A varias manzanas. Mi casa no es tan grande, pero tengo un precioso jardín con lilas y jazmines, estáis invitados cuando lo deseéis. ¿Te gustan las lilas, Aidan?

—Le he contado que ya nos conocíamos desde niños, la verdad por delante.

—Fue una sorpresa encontrarle aquí. No queremos engañaros —le explicó Ly a Cynthia.

—Lo sé, confío en él y él en ti. Nunca me ha mentado ni me he sentido utilizada; nunca he creído que Aidan esté conmigo por el dinero o los títulos y pesa más mi necesidad de él que vuestro pasado. Supongo que Evan sentirá lo mismo por ti y quiero que nos conozcamos.

—Mejor, yo también seré sincera. Quiero mucho a su sobrino y sé que él me adora y haré todo lo que está en mi mano para hacerlo feliz. ¿Estoy con él por su fortuna y título? No, ¿me interesan esas cosas? Por supuesto, a todo el mundo le interesan, pero podría haber elegido a cualquier otro, incluso a alguien más mayor, y prefiero estar con Evan. En cuanto a Aidan, puede estar tranquila, no creo que esté con usted por su dinero. Es del tipo de hombre que se mantiene al margen de todo poder y lujo, es más, debe sentir algo especial por usted cuando está a su lado en estas condiciones sociales.

—Aidan dice que eres una gran empresaria y después de la conversación del otro día le creo.

—Recibí mi dinero por ciertas inversiones y alguna herencia, y

vivo cómodamente. Tengo olfato para eso y gente que me aconseja bien.

—Parece mentira, alguien tan joven.

—Usted no es mucho mayor que yo.

—Por favor, tratémonos de manera más formal.

—Claro, Cynthia.

—Hablemos, Lena. ¿Qué tiene en mente? Me interesa ayudarla en su lucha y en sus inversiones que tan buen resultado parecen dar.

—Se lo agradezco mucho. Las mujeres como nosotras debemos movilizarnos a nuestra manera, pero hablemos de temas más gratos y te diré que la mejor inversión son los centros comerciales. Visitaba muchos en París y son el futuro. Me gustaría adquirir alguno o asociarme con alguien del negocio.

—Evan trata con alguno de sus socios, pero la verdad es que los negocios que mantiene él no son de mi interés. Te mostraré los que tenemos hasta ahora y me gustaría que me contaras lo de esos centros comerciales.

—Buenooo, yo me marchó; los negocios no son lo mío.

—Odia todo lo que tiene que ver con temas de dinero y negocios — dijo Lena.

Las dos me miraron y se rieron.

—Adiós, nos vemos luego; estaré en el jardín, leyendo.

Sabía que se entenderían. Me relajé.

Semanas después, nos encontrábamos en una recepción rodeados de vestidos de seda y trajes oscuros, de música de cámara y baile y de relaciones sociales propias de las veladas de lujo. Tanto Cynthia como Lilith consiguieron frecuentar esos eventos y arrastrar a ellos a Natalie que, sin darse cuenta de que lo hacían por ella, mantenía una actitud intransigente ante la relación, ya confirmada, de su hermano

y la señorita Green. Los bailes se sucedían y, a pesar de mis negativas a salir a la pista, acabé bailando con las dos damas de mi casa y, como me correspondía, también con Natalie, que estuvo tensa durante todo el tema musical, pero me sirvió para observar las reacciones de los allí presentes y no se me pasó por alto el interés que mi joven sobrina despertaba en varios de los muchachos del baile, interesante si no hubiera sido porque a ella en esos momentos solo le importábamos Lilith y yo, y su odio contra nosotros. Volvimos a casa en dos coches distintos y, mientras regresamos de la fiesta, le hablé a Cynthia de los futuros candidatos a esposo de su sobrina. Solo nos hacía falta que ella se interesase por alguno de ellos. Sabía que, en caso de que alguno de ellos buscara cortejarla, sería Evan el que debía dar el consentimiento y, con un poco de suerte, su hermana sería feliz.

Todos se retiraron a dormir pronto. Lilith dormiría en una de las alcobas del piso de arriba, ya que era tarde para volver a su casa y, al día siguiente, había quedado para ir a pasear con Cynthia. Por supuesto, Evan y ella descansarían por separado. Yo preferí quedarme en la biblioteca; los eventos sociales me desvelaban. Pasó un largo tiempo hasta que me interrumpió un ruido y vi una hoja de papel traspasar la puerta, la nota era de Lilith y decía que necesitaba hablar conmigo. Así, sin pensarlo, subí a su habitación. Todo estaba en silencio, mientras abría la puerta de su alcoba. Ella estaba desnuda sobre las sábanas, esperándome, o eso creía hasta que vi su expresión de sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—Recibí tu nota.

Le mostré el papel. Y ella me extendió otro en el que la citaba Evan.

—No es mía.

En ese momento pensé que me había despistado con la letra y eso nos había conducido a una trampa porque, en ese mismo instante, Evan apareció por la puerta.

—¿Qué está pasando aquí?

—Un malentendido —le dije—. Creí que Lena quería que habláramos de vosotros.

Observé cómo cada vez se enfadaba más y cómo mi excusa no le sirvió.

—¿Qué haces en la alcoba de mi prometida, Aidan?

Estaba poniéndose furioso por momentos; Lilith se colocó una bata y se acercó a nosotros. Los ruidos despertaron a Cynthia y a Natalie que llegaron también.

—Se citan a escondidas —dijo la joven sin pensar.

Me sorprendió la reacción de Natalie, la velocidad con la que se había hecho cargo de la situación. Cynthia me miraba sin entender.

—No has contestado a mi pregunta, Aidan —insistió Evan.

—No es lo que crees.

Sin darme cuenta, lo tenía encima; me agarró de la solapa de la bata e intentó zarandearme, pero mi altura y peso, algo mayor que el de él, se lo impidieron. Me miró a los ojos y vi la duda en ellos. No sabía si golpearme o no, éramos amigos, y yo entendía que me apreciaba. Ante el dilema de su mente, reaccioné.

—Mira esto.

Le extendí la nota, ambas notas, interponiéndolas entre nuestras caras. Él me soltó y las leyó; nos miró alternativamente para después fijar los ojos en su hermana. Sin decir una palabra se acercó a ella y le dio una bofetada.

—Lo lamento. Es la letra de mi hermana —me dijo y luego se dirigió a ella—. Discúlpate.

—Nunca.

La agarró del brazo y, sin escuchar los sollozos de la joven, la condujo a su habitación.

—Vamos a dormir; ya está bien por esta noche. —Todo se había quedado en calma de golpe.

—No te preocupes, Cynthia. Es gracioso que cada vez que paso la noche aquí surja algún problema. No me importa. Ella es muy joven y está impactada con nuestra presencia, ya se le pasará. Voy a hablar con Evan —dijo Lilith para tranquilizar a Cynthia por la escena.

—Vamos, Aidan, ven conmigo. Durmamos.

Me despedí de Ly y me marché con Cynthia; hablamos de lo ocurrido y ella lo entendió. Al día siguiente aclaré las cosas con Evan. Por nada del mundo quería que lo ocurrido estropease nuestra relación y, en cuanto a Natalie, Lilith tenía razón, ya se le pasaría. Confiaba en eso.

Llevábamos varios meses en Nueva York y estaba realmente cómodo, me gustaba la ciudad. Una mañana como otra me levanté temprano y me dispuse a desayunar en la terraza, el tiempo empezaba a ser más benigno, pero yo aún llevaba puesta la bata de seda, al más puro estilo americano que Cynthia me había regalado. Observaba las diversas flores que se habían plantado por consejo de Lilith en nuestro jardín, cuando Walter se acercó, me sirvió el chocolate y me entregó el periódico del día. Mientras lo extendía para ojearlo, entró mi condesa. Había madrugado esa mañana, posiblemente la desperté al levantarme.

—Has madrugado —le dije, invitándola a acompañarme.

—Me he desvelado. Tráeme un café, Walter, por favor.

—Sí, milady.

Cynthia colocaba la servilleta en sus rodillas cuando mi semblante cambió al leer la primera plana del New York Evening Sun, ella vio

transmutarse mi expresión.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

No podía responder; la noticia central me dejó sin habla.

—¿Qué ocurre? —insistió, más preocupada.

—El Titanic se hundió anoche.

—¿Cómo?

—Al parecer chocó con un iceberg. Según pone aquí, no ha habido muertos, los pasajeros fueron rescatados por el Carpathia y el Parisian, y la tripulación va a permanecer en el barco mientras lo remolcan hasta Halifax.

Nos miramos fijamente; no hizo falta que nos dijéramos nada, pero a la mente de los dos llegó el día en que ella nos anunció que había cambiado los pasajes del Titanic por los del Lusitania.

—Parece cosa del destino, como si una vocecita te hubiera dicho que no fuéramos en ese barco.

—Fuiste tú la que decidió cambiarlos.

—Menos mal que no hay víctimas.

Estábamos solos. Evan dormía en casa de Lilith, y Natalie, con una amiga, lo hacía a menudo últimamente. No vendrían hasta la noche a la cena que iba a celebrar Cynthia.

Durante el resto del día no dejaron de llegar noticias cruzadas sobre lo ocurrido, cualquier lugar de la calle era un hervidero de datos nuevos, desde las oficinas de la White Star Line tranquilizaban a los familiares. A pesar del ajetreo, la cena se serviría a las siete de la tarde y fue a esa hora, ya con todo preparado, cuando llegaron los invitados. Natalie entró sin decir palabra y se dirigió a su habitación, mientras Evan y Ly se sentaban con nosotros.

—Dicen que al Carpathia solo rescató a setecientos pasajeros —nos informó Evan.

—¿Cuántos? —pregunté, incrédulo.

—Setecientos.

—Entonces... —se atrevió a decir Cynthia.

—Si es cierto, Cynthia, debe haber más de mil muertos —le confirmé—. Pero ¿no decían que no había víctimas?

—No hay nada confirmado; sin embargo, todo indica que sí las ha habido —dijo Evan.

Yo miré a Lilith; suponía que Evan le habría contado nuestra aventura con los pasajes y que posiblemente ellos estaban vivos gracias a ese cambio. Cynthia miró a su sobrino.

—¿Cómo está Natalie?

—Ya la has visto —dijo él.

—Voy a verla.

—No querida, iré yo.

Entendía que yo era el más indicado para tranquilizarla, después del enfrentamiento que habíamos tenido por motivo del desaparecido transatlántico y de los meses que ella me había evitado desde entonces. Seguro que se sentiría culpable y enfada consigo misma, pero lo que no esperaba era lo que encontré cuando entré en su habitación. Estaba asustada y temblaba, al borde de un ataque de nervios. Me acerqué a ella y la abracé; ella se aferró a mí y rompió a llorar.

—Perdóname —me dijo balbuceando.

—No hay nada que perdonar.

—Ha muerto tanta gente. Podíamos haber sido nosotros si me hubierais hecho caso.

—Nadie podría haberlo sabido; fue una casualidad.

—Algunos de los pasajeros eran conocidos y ni siquiera sabemos si están entre los supervivientes. ¡Qué muerte tan horrible! Cierro los ojos y vienen a mi mente; los imagino sumergiéndose en el mar para

nunca más salir.

—No debes pensar en eso, solo en que estás bien.

—Si no hubiera sido por ti y esa exposición, ahora...

Volvió a llorar con fuerza.

—Cálmate; mandaré que te traigan unas hierbas para dormir.

—Por favor, quédate conmigo, no me dejes sola.

—Está bien, me quedo aquí un rato, pero prométeme que descansarás.

Ella asintió, me miró fijamente y, entre lágrimas, me besó. Fue un beso intenso, en el que descargó la presión que sentía en ese momento. Yo la dejé hacer. Si eso era lo que necesitaba en ese momento, no me importaba consolarla; noté sus manos acariciando mi espalda y su aliento en mi cuello, pero no iba a ir más allá. Cuando me dispuse a apartarla, fue ella la que se detuvo, dándose cuenta de lo que estaba haciendo.

—Lo lamento, no... no sé qué me ha pasado.

Yo le sonreí y le di un suave beso.

—Es la tensión y la pena. No ha pasado nada.

—Gracias por todo. Me alegro de tenerte aquí.

Se acurrucó entre las sábanas y pronto noté acompañarse su respiración, ya dormía; la arropé y volví al salón, por lo menos descansaba.

En la cena decidimos no comentar la tragedia. Había tantas noticias cruzadas que era mejor esperar el desenlace en los días siguientes. Cynthia y Lilith hablaban sobre los nuevos centros comerciales en los que querían invertir, sin mucho ánimo, y yo comentaba con Evan el último descubrimiento del Valle de los Reyes. La relación entre el vizconde y Lilith se consolidaba y ya formaba parte de la familia, aunque ella no se decidía a casarse con él. Esa noche nadie abandonó la casa y todos dormimos inquietos.

La mañana siguiente The New York Times confirmó la tragedia: publicó una lista de los supervivientes y anunció la llegada del Carpathia el dieciocho de abril. Gran parte de los conocidos de los Tilman estaban entre los vivos y eso contribuyó a levantar el ánimo de todos, sobre todo el de Natalie, que ya había olvidado el incidente de la noche anterior y me trataba de forma mucho más cordial. Yo intentaba unir las caras que conocía del verano anterior con los nombres que Cynthia me daba, pero recordaba a poca gente de aquellas veladas.

Durante meses se habló del Titanic. A pesar de la tragedia, nuestras vidas fueron a mejor, ya que Natalie cambió radicalmente su actitud con nosotros. El haber mirado de frente a la muerte la había hecho recapacitar sobre la vida. Cualquier cosa que hiciera la consultaba conmigo y me pedía consejo para todo, incluso cuando, un tiempo después, llegó un joven interesado en cortejarla. Yo quería que se enamorara y para eso debía conocerlos y juzgar por ella misma. Le dije que consultara también a su tía y a Lilith, que eran las que mejor la comprenderían. Y así, dos años después, estaba casada con un heredero americano, enamorada, embarazada y feliz.

Mi relación con Cynthia se mantenía estable a pesar de su insistencia en formalizar nuestra situación; mientras que Evan y Lilith parecían cada vez más convencidos en dar el paso. Los cuatro frecuentábamos cafés lujosos de la ciudad y paseábamos por sus calles adoquinadas y entre sus rascacielos ajenos a los acontecimientos que azotaban el mundo. Pero la tranquilidad se vio truncada.

—¡Extra, extra! Austria-Hungría invade Serbia, se inicia el conflicto en Europa.

Compré el periódico a un niño que los vendía en la calle y lo leí en el café. La Gran Guerra había comenzado. Las relaciones

diplomáticas entre las potencias europeas se habían complicado un mes antes con el asesinato del heredero austrohúngaro en Serbia y ahora, la primera invasión, daría paso a más. Los intereses políticos no iban a pasar desapercibidos y dos bandos claros se perfilaban en el conflicto, uno formado por Francia, Reino Unido y Rusia, y otro por Austria-Hungría, Alemania e Italia; con un poco de suerte la guerra se desarrollaría fuera de nuestras fronteras. ¡Qué ingenuo fui!

—Voy a alistarme; es mi deber.

Evan me miró. Esperaba que yo siguiera sus pasos, juntos hasta el final. Estábamos sentados en el sillón de la biblioteca, tomando un brandy.

—No me mires; ni se me pasa por la cabeza.

—Deberías hacerlo por tu patria.

—¿Qué patria? No tengo patria. He vivido en demasiados sitios; no me siento de ninguno.

—El deber es defender nuestra forma de vida ante los que intentan...

El discurso de siempre para convencer; estaba harto de oírlo y lo detuve.

—Ante los que creen en cosas distintas o intentan apropiarse del poder de otros o buscan intereses propios en otros países. Siempre es lo mismo: extender el imperio, más territorios; llevar la religión a otros lugares, conseguir comercio y más riquezas, orgullo y poder. No gracias.

—Eres un cobarde, todo el mundo...

—¿Por qué? ¿Por no morir por los ideales de otros? ¿Por no involucrarme en guerras ajenas? ¿Porque no considero que las luchas sean la solución? Cuando lo sean, avísame.

No sabía qué contestarme, pero no iba a permitir que un joven me diera lecciones sobre conflictos humanos. Hacía milenios que había

decidido no meterme en guerras entre hombres. Ya había tenido bastante por estar en el lugar equivocado durante la Revolución francesa. Había vivido tantas que no me importaba si se luchaba por una cosa o por otra, al fin y al cabo, siempre era lo mismo. Quien lo pagaba era el pueblo, con hambres, epidemias, muertes y pobreza extrema. Todos perdían.

Esperaba que Evan desistiera de su postura. Nos encontrábamos aún en Nueva York y la lejanía, así como la neutralidad de los americanos entonces, posibilitaban que no ingresase en filas, pero él cada vez estaba más intranquilo e incluso huraño, sobre todo conmigo; ya no sacaba el tema en las conversaciones porque conocía mi opinión al respecto y por consideración con Cynthia, que se ponía nerviosa cada vez que pensaba que su sobrino quería ir a esa guerra. Después me hacía partícipe de sus miedos y los dos sabíamos que la única que podría frenar sus deseos de alistamiento era Lilith.

—Tienes que convencerlo, evitar que vaya a Europa —le pedía Cynthia.

—Es muy difícil sacarle la idea de la cabeza, no me hace caso; está convencido de que es su deber de británico.

—Hay que tomar medidas drásticas. Prueba amenazarlo con algo relacionado contigo. Dile que lo abandonarás si lo hace.

—Me ha pedido que me case con él antes de... No sé qué hacer.

—Te vas a casar y posiblemente enviudarás enseguida. Un buen negocio.

—¡Aidan, por favor!

—Lo siento, Cynthia, estoy enojado. Es que me fastidia que vaya a morir y crea que es por honor. No pienso que sea un cobarde. Es muy valiente ir a morir allí, pero hay cosas más importantes que ir a luchar por otros. Qué más da quien gane, todos pierden.

—¿Puedes utilizar el casamiento para convencerlo, Lena? Podrías

decirle que solo te casarás con él si se queda contigo —le insistió Cynthia.

—Tal vez.

—Inténtalo, dale un ultimátum.

—Hablaré con él esta noche y mañana os cuento el resultado.

—Gracias, querida.

Lilith se fue y cumplió su palabra. Al día siguiente vinieron a informarnos del inminente casamiento de los vizcondes de Tenston que se celebraría en un mes. A la ceremonia acudieron la flor y nata de la sociedad neoyorkina, y disfrutaron de una gran fiesta posterior, los ánimos parecían calmados y, por unos días, todo el mundo se olvidó de las desgracias europeas. Lilith era ahora la flamante vizcondesa, y Evan estaba radiante de felicidad.

Conseguimos retenerlo un año, pero el siete de mayo de 1915 un torpedo alemán provocó el hundimiento del Lusitania y fallecieron ciento veintitrés americanos. Eso hizo que el Partido Intervencionista Americano consiguiese el ingreso de América en la Gran Guerra y, por consiguiente, fuera imposible detener a Evan, convencido de que el apoyo americano haría que la guerra terminase más rápidamente a favor de los aliados. Era curioso que el mismo barco que lo había hasta el nuevo mundo fuera el detonante de su vuelta a Europa.

Recuerdo nuestra última conversación antes de irse, en la misma puerta de la casa, vestido de soldado y con la mochila al hombro.

—¿No vas a desearme suerte? —me preguntó.

—No creo que sea la suerte la que marque tu destino, sino la decisión de alistarte.

—Eres increíble. Ahí plantado con tu orgullo intacto. Me resulta

admirable el desapego que demuestras hacia las normas sociales; en el fondo te envidio. Pero yo no puedo permitirme el lujo de ser tachado de cobarde o traidor a la nación. Es la gran guerra de la que todo el mundo hablará.

—Es una guerra más ni la primera ni la última. Así son los conflictos entre hombres. No busques excusas; los dos sabemos que quieres ir, a pesar de todo lo que vas a perder.

—Quizás tengas razón y para mí no sean suficientes nuestras visitas a la biblioteca.

—Ni, por lo que se ve, los paseos con Lena o los eventos con tu familia.

—¡Me estás dando por muerto demasiado pronto!

—Vas al campo de batalla, a las trincheras; posiblemente acabarás acribillado en una incursión.

Fui demasiado cruel, pero él sonrió; entendía mi enfado. Extendió la mano en símbolo de fraternidad. Yo la aferré con fuerza.

—Adiós —me dijo.

—Cuídate —le dije.

—Me vale. Encárgate de las chicas, que no les falte nada en mi ausencia.

Nos abrazamos con fuerza y salió, aunque aún giró la cabeza antes de subir al coche que lo esperaba y, con un gesto de asentimiento, se marchó.

Y ocurrió. Evan murió en el frente, de forma honorable, pero murió. Ya no habría más celebraciones de Acción de gracias y de Navidad. Ya no habría más paseos, más cafés ni más noches de amor con su esposa. Ya no pondría mala cara cuando lo obligara a esperar mientras consultaba algún libro en la biblioteca y no frunciría el ceño ante los guisantes de la cena. Pero debíamos estar contentos, ya que, como nos habían dicho cuando habían venido a informarnos,

«había muerto por honor». ¡Pensaban que nos consolaríamos con eso! Yo era el que ahora enfrentaba el desconsuelo de mi familia y el vacío que había dejado un amigo. Las veladas se volvieron soledad y apenas entablábamos conversación. Lilith pasaba gran parte del tiempo con nosotros. No quería estar sola y ni el bebé de Natalie ni el final de la guerra, a favor de los aliados, consiguieron arreglar la situación. Yo empezaba a cansarme de ese tipo de vida estancada y de nulo esfuerzo. Sabía que mi tiempo allí se agotaba, pero no quería dejarlas solas. Esperé un año más y me decidí.

Lilith había perdido el interés por la vida pública, y Cynthia estaba preocupada por ella y sabía que solo yo sería capaz de consolarla, así como también sabíamos lo que pasaría si iba a su casa a hacerlo.

Entré en la habitación y la encontré llorando. Ella se aferró a mí y me besó apasionadamente y, de repente nada importó, ni la guerra ni la sociedad ni la muerte ni el paso del tiempo, de nuevo éramos ella y yo y nada más ocupaba nuestro espacio. Nos fundimos como siempre e hicimos el amor como hacía siglos.

Estábamos en su jardín. Nos mecíamos en un balancín para dos, rodeados de los aromas de nuestro primer hogar, creado allí por ella, desnudos y ajenos a los ruidos de la ciudad. Ya le había comentado mi intención de marcharme y que Cynthia lo sospechaba.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me iré. No puedo volver con Cynthia.

—Ella te perdonaría lo ocurrido aquí; creo que se lo imagina.

—Pero yo no. Además, necesito un cambio y, por una vez, me voy antes.

—La vas a dejar sin hombres de la casa.

—Yo nunca fui el hombre de la casa. Ella es fuerte y te tiene a ti.

La miré, tan fuerte, tan bella, aún con los ojos enrojecidos.

—¿Dónde irás?

—He pensado visitar la Biblioteca del Congreso en Washington; es una de las más grandes del mundo. He visto cómo trabajan aquí en el taller de restauración y creo que puedo ir y conseguir un empleo. Ya no soy de clase alta; no se verá mal que trabaje. Y no sé si volveré a Europa cuando todo esto se estabilice. Me interesan los nuevos sistemas de clasificación alfanumérica de los libros y quiero conocerlos. Hay mucho a mi alcance gracias a tantos avances.

—A veces pienso que son los libros los que te han mantenido cuerdo y en este mundo.

—Júrame que permanecerás con Cynthia hasta el final.

—Te lo juro, ahora es mi familia. Pero te echaremos de menos, mucho.

—Y yo a vosotras.

—Nos veremos en otro tiempo, y entonces solo seremos tú y yo.

—No prometas nada que no podrás cumplir.

—La próxima vez sí.

—Ya veremos. Mañana me iré. Dile a Cynthia que la quiero.

—¿Tienes dinero?

—No.

—Llévate lo que necesites.

Y nos besamos y volvimos a amarnos hasta el amanecer, hasta el momento de mi partida.

Por la mañana salí de la habitación y recogí mis cosas, que había llevado a casa de Lilith y que seguían siendo escasas. Pero cuando me dispuse a salir por la puerta me encontré a Cynthia y a Natalie. Lilith las había avisado sin que yo me diese cuenta. Mi condesa lloraba.

—¿Te ibas a ir sin despedirte? —Bajé la cabeza, no quería mirarla a los ojos—. ¿Llevas todo lo que necesitas?

—Sí.

—¿Te lo ha dado Lena?

—Sí.

—¿No quieres nada de mí?

—Ya me has dado bastante.

Me ofreció un fajo de billetes; yo los rechacé.

—Cógelo, por favor, hazlo por mí, no soportaría pensar que en algún momento lo necesites y no lo tengas; son tiempos difíciles.

—Sí, cógelo. —Natalie se mantenía en la distancia—. Es poco para todo lo que nos has dado.

Ella también lloraba. Al final había conseguido quererla y que me quisiese. Acepté el dinero y les di un suave beso, me detuve más en Cynthia.

—Te quiero —me dijo.

—Lo sé, y yo a ti. Tened cuidado y sed fuertes, apoyaros en Lena.

—Nunca te olvidaremos —dijo Natalie con los ojos llorosos.

—Ni yo a vosotras.

Estaba hecho y, mientras me marchaba, pensé en lo pequeño que era su nunca comparado con el mío, miré atrás y vi a Lilith sonreír. Ella sí esperaba volver a verme, el nunca no existía para nosotros, lo habíamos aprendido hacía milenios.

Durante la Gran Depresión, supe que Lilith no había tenido problemas con sus posesiones e inversiones, más bien los había afianzado. Siempre se mantuvo fuera de los conflictos económicos de forma magistral, protegiendo también los de los Wranson y asegurando su futuro, posiblemente en América o posiblemente en Inglaterra, todo estaba por ocurrir en las próximas generaciones.

Capítulo 16

Raven se restregó los ojos con pereza. Había dormido bien, como viendo una película. Fue tan extraño inventar un sueño sobre una vida, la vida personal de Aidan Lander, el librero francés que había vivido con Cynthia y que luego había desaparecido. ¿Qué sería de su vida? Pero entendió por qué fue él su protagonista, entendió que de alguna manera los ojos verdes de James, que compartía con Aidan, habían sido los instigadores del sueño. ¡Cómo le gustaba perderse en la historia! Sonrió. Ya era de mañana y, a pesar de todo, el sueño había sido agradable y bonito.

Cuando bajó al salón, James ya estaba leyendo el periódico en el sillón, solo, como a la espera.

—No quise despertarte. ¿Se te hizo muy tarde?

—Acabé a las tres de la madrugada.

Raven le entregó el diario y vio cómo él lo guardaba en uno de los cajones.

—No hacía falta que lo leyeras de un tirón.

—No podía dejarlo. Las emociones de la tarde de té me ayudaron.

—¿Entonces estás muy cansada?

—¿Por qué?

—Había pensado enseñarte la ciudad o por lo menos dar juntos un paseo, con tanta fiesta y encuentros no hemos tenido tiempo para estar solos.

¿Solos? Imaginó esa situación, pero no de paseo. Esa forma que tuvo de decir ese solos la hizo estremecerse, debía empezar a controlar esos impulsos

tan repentinos.

—Me apetece mucho.

En ese preciso momento, William entró; la había oído bajar.

—Buenos días, señorita Raven, ¿quiere algo para desayunar?

—Un café y unas tostadas, gracias, William.

—Ahora mismo.

El hombre se marchó a cumplir con su deber mientras Raven lo miraba.

—Deberíamos contratar a alguien para que le ayude en la casa.

—Paul se encarga de eso. Ya les ha pagado los atrasos y está buscando externas para la limpieza.

—No digo a gente externa, digo para estar con él aquí; siempre hay mucho trabajo.

—Me parece bien. Desde luego, estoy mucho más tranquilo con Paul, con tu dinero... —James se mordió la lengua, no era momento para hablar de dinero, de pactos económicos. Era un idiota por decir algo así, pero Raven solo miró hacia la puerta de la cocina—. Por cierto, quiero que vayamos a Tilman House; quiero que la veas en persona.

Paró ahí; no le dijo lo que realmente quería. No le dijo que quería ver si ella sentía por la propiedad lo mismo que sentía él, la misma afinidad y con el tiempo el mismo amor.

—Creí que no estaba en condiciones.

—No del todo, pero han vuelto a conectar el agua y la electricidad, un par de habitaciones están preparadas para dormir allí y la comida podemos comprarla en el pueblo. Serán unos días algo distintos, sin tantas comodidades, pero estaremos desconectados, solos y alejados de problemas y de mi familia. Me gustaría llevarte.

—Es un plan genial. Vamos cuando quieras.

—¿Un par de días? Y prometo no dejar que te calientes al sol.

—Por favor, esto no es sol, y tú eres un blando.

James soltó una carcajada ante su arrebató de dignidad. Tenían por delante

unos días interesantes.

—¿Qué quieres visitar?

—Lo que quieras enseñarme, pero va a tener que ser después de comer, he quedado con Peach.

—Me gusta mucho que os llevéis bien; ella será un muy buen apoyo.

—Es encantadora y Andrew también.

—Supongo que él para mí es como Sharon para ti; llevamos juntos desde niños en el colegio de Eton.

—Ese tipo de colegios suenan antiguos.

—Y lo es, desde hace siglos los chicos de los nobles vamos allí. Una especie de internado de lujo. Al llegar creas una nueva familia, y eso es lo que Andrew es para mí.

—No parece que tu hermano tenga a alguien así, o que ese Lancaster lo tenga.

—Bueno, supongo que yo tuve más suerte. Nuestra amistad prevaleció en el tiempo. Andrew es más mi hermano que otra cosa. Con Roger siempre he tenido una mala relación.

—Cuando me contaste lo de tu familia en Chicago creí que exagerabas, pero ahora estoy llegando a pensar que de verdad no te quieren.

—¿Quererme? No, Roger posiblemente no es que no me quiera, es que me odia.

—No veo motivos; estás luchando por todos, también por él.

—Siempre ha sido un egoísta; solo me odia porque soy el conde.

—Si tu padre también te odiaba, ¿por qué no te saltó en la sucesión y te desheredó?

—Por mi abuelo: dejó atada legalmente la sucesión. Mi padre fue como una especie de regente hasta que yo pudiera ser conde.

—¿Podías haber sido conde al morir tu abuelo?

—Sí, pero no me pareció correcto humillar así a mi padre. Decidí esperar; no tenía prisa por hacerme cargo de todo y, bueno, mi abuelo me dejó algo de

capital para disfrutarlo. Pasé el título a mi padre y con él su fortuna; no podía dejarlo en manos de mi hermano, pero sí gastar a su antojo. Y fue lo que hizo, joderme bien.

—¿No contabas con eso?

—Sí, pero fui descuidado. Nunca pensé que llegaría a este límite, que mi hermano también colaboraría.

—Y eres tú el que paga sus pecados.

—Ya ves. Sin embargo, ha habido algo bueno.

—¿Y es?

—Tú.

Raven se sonrojó. Fue un magnífico cumplido que se escondió tras su espléndida sonrisa y sus ojos verdes, ¿hablaría en serio o solo era para darle las gracias por aceptar su compromiso? James miró el móvil, acababa de vibrarle.

—¿Paul? —preguntó ella.

—Turner, tengo que firmar unos documentos. Nos vemos esta tarde y damos una vuelta.

Raven asintió y lo vio salir del salón para dirigirse a su habitación a arreglarse. William le dejó su desayuno en la mesa y se retiró, pero ella solo podía pensar en ese «solos» que James había pronunciado hacía unos minutos.

Capítulo 17

—La parte romántica de la ciudad es cosa de James, yo te llevaré por la comercial. No pongas esa cara, a pesar de que te conozco desde hace poco, ya veo que las compras compulsivas no son de tu agrado; será breve, pero no voy a permitir que te falte algo.

—Y yo te lo agradezco.

Caminaban por las calles principales de Londres, pasando por sus tiendas, sus cafés, sus locales y centros comerciales. Raven no era adicta a las compras y solía aburrirse con facilidad, pero la mañana estaba siendo entretenida. Siempre era así con Peach. Después de una buena caminata, pararon a tomar un tentempié y recuperar fuerzas.

—Estás muy callada. ¿Te preocupa algo?

—No, nada. En unos días vamos a Tilman House.

—Eso es genial; es un paso importante para él.

—¿Por?

—Creo que no ha llevado allí a ninguna mujer antes.

—Bueno, yo soy su futura esposa.

—¿Y eso te altera?

—No, claro que no, solo que...

—¿De qué tienes miedo?

—Desde que estoy aquí me empiezo a dar cuenta del mundo en el que James se mueve, me preocupa que no sea para él... No me hagas caso, soy tonta.

—Estás insegura, y es normal. Te has venido sola a una nueva ciudad, confiando en un hombre que conoces desde hace unas semanas.

—Eso es verdad.

—Y, si te tranquiliza, yo sí creo que eres su tipo de mujer, justo lo que necesita.

—No quiero ser lo que necesita, quiero que me...

—Y así será. El tiempo me dará la razón. —Peach miró su refresco y se levantó de la mesa—. Voy al baño y a por otro, no tardo nada. Y deja de darle vueltas, pasarás una tarde genial y unos días de ensueño en Tilman.

Le dio un beso en la mejilla y se encaminó al aseo de señoras. No tenía ninguna duda de que esas preocupaciones se resolverían en poco tiempo.

Raven contempló a los viandantes que transitaban por la calle cargados de bolsas, comiendo un helado o escuchando su música, ajenos al resto de mundo. Era una tontería desaprovechar lo que la vida le estaba dando. Si no era su conde del montón no importaba; el premio era mucho mejor.

—¡Vaya qué sorpresa! La condesita comiendo.

Victoria no preguntó y se sentó a su lado en la silla vacía que había dejado Peach.

—Hola.

—¿Estás solita?

—Peach está en el baño.

—Claro. Oye, quería disculparme por mi comportamiento de la otra noche en la fiesta. La verdad es que el compromiso de James me cogió por sorpresa.

—Disculpada.

—Lo he estado pensando y no tengo motivos para enfadarme; al fin y al cabo, todo esto es por salvar su amada propiedad y su título. Tú no eres más que un medio para conseguirlo.

¿Y eso era disculparse? Raven miró hacia el baño, pidiendo que Peach volviera ya.

—Sí, eso soy. Pero tú también estás con alguien por comodidad social.

—Desde luego, solo digo que no esperes que James te desee; te apreciará, pero nada más. Y soy la única de toda esta tropa que te dirá la verdad.

—¿Qué te hace pensar que yo quiero que me desee o que yo voy a desearlo?

Victoria arqueó una ceja ante su pregunta para después soltar una fuerte carcajada.

—Por favor, he visto cómo lo miras, como si fuera un bocadito dulce que necesitas devorar. He visto esa mirada muchas veces en otras, incluso en mí. Sin embargo, él no la pone contigo y no lo hará nunca. Puedes intentarlo, pero no habrá nada de nada. Lo sé. Raven, no me caes mal, solo quiero avisarte para que no sufras.

—James no es como tú crees.

—¿No? ¿Te ha llevado ya a Tilman House? —Raven desvió la mirada ante su pregunta—. Lo hará, querrá que sientas algo por esa ruina, también lo hizo conmigo hace algunos años. No obstante, puedes ignorar mis avisos y esperarlo el resto de tu vida ansiosa y desesperada, aunque si, como dices, tú tampoco sientes nada serio por él, eso sería lo mejor para ti. De todas formas vuestra unión es más bien un negocio, ¿no?, así que no debes preocuparte.

—No lo hago.

—Pues eso, que a veces es lo mejor. Un acuerdo y a hacer tu vida.

—Como tú.

—Exacto. Ya sabes, yo quiero mucho a Charles, pero hay en cosas que prefiero... Bueno ya me entiendes. —¿En serio le hablaba como si fueran amigas?—. Pero tranquila, James será mucho más discreto, evitará situaciones incómodas y te mantendrá de su brazo, aunque, claro, tratándose de James, lo realmente bueno sería que te mantuviera en su cama. ¿Lo has probado ya?... Veo que no, cuánto lo siento. Supongo que es lo malo de vuestro trato. Y, bueno, tú lo tendrás algo más difícil.

—Nuestro matrimonio se basará en el respeto y en la confianza.

—¿Es lo que te prometió? Entiendo que lo intentará, pero con el tiempo. Verás, James es... digamos que necesita el sexo... Yo lo conozco mejor que

nadie y lo sé. Y tú... bueno... No te veo cumpliendo sus expectativas.

—¿A qué viene esta conversación, Victoria? ¿Estás intentando que dude de él? —Raven estaba empezando a estar harta de sus consejos malintencionados.

—No, querida, solo te prevengo. Y quiero que seamos amigas, al fin y al cabo, puede que en un futuro compartamos hombre.

—Me gustaría que te fueras.

—Te has molestado, cuánto lo siento. Pero puedes asegurarte por ti misma; no es tan difícil. Métete en su cama y compruébalo, comprueba que no despertarás sus instintos, que no te deseará, que no vas a activar su pasión. Lo entiendes, ¿no?

Victoria le hizo un gesto inequívoco de alzamiento con la mano y sonrió mientras se levantaba de la silla y salía del establecimiento. Su parte estaba cumplida; había conseguido generar duda en ella, en su potencial para agradar a James. Charles estaría conforme, el resto era cuestión suya, manejar a Tenston era mucho más complicado que hacerlo con una insegura e insípida americana rica.

Cuando Peach regresó no había rastro de Victoria, solo la expresión de Raven era insondable y no por miedo, sino por rabia. ¿Quién se había creído esa tipa que era para llegar, machacarla y largarse como si nada? Desde luego no la conocía en absoluto y a James tampoco, él no era el esclavo de su sexualidad que ella creía, por lo menos no era algo que hubiera visto en él hasta ese momento. Pero ¿y si tenía razón? Daba igual; su relación con James estaba por encima de encuentros sexuales.

—¿Pasa algo?

Peach pudo observar su ceño fruncido, la tensión de su cara y su cuerpo.

—Victoria ha estado aquí.

—¿Mientras yo estaba en el baño?

—Sí, me ha estado comiendo la cabeza sobre James.

—No le hagas caso, está fastidiada por vuestra relación.

—Dice que no soy su tipo, que todo lo hace por salvar su título y que se irá

con otra a la primera de cambio.

—Y esa otra será ella, ¿no? Por favor, qué mala.

—Peach, me has dicho que nunca llevó a ninguna mujer a Tilman, ¿es cierto?

—Que yo sepa, solo a Victoria, sus otros líos...

—Ya. No pasa nada, al fin y al cabo, era su novia.

—No le hagas caso, de verdad, o solo va a amargarte; no le des ese poder. James es lo mejor que te puede pasar, y tú, a él. Era cuestión de tiempo que esa bruja te abordara, son enemigos de James.

—Tienes razón, vamos a disfrutar de nuestra mañana sin pensar en arpias frustradas.

—Eso.

Peach pagó la cuenta del refrigerio y ambas volvieron a sus compras. Sin embargo, Raven no dejó de pensar en ese encuentro, en las malas intenciones de Victoria y en Peach, en que siempre se posicionaba como firme defensora de James. Era lo normal, lo quería mucho pero ¿y si había algo más que no le decía? Ante todo, ella quería que él fuera feliz. ¡Sería tan fácil de comprobar! Las palabras de Victoria resonaron en su cabeza: métete en su cama. No, no podía hacerle eso a James a traición.

Charles leía el periódico con interés esa mañana, día de descanso y de paz; eso era lo que hacía en esos momentos cuando la puerta se abrió y Victoria, más sonriente de la cuenta, entró y se sentó a su lado en el sillón.

—Estás muy contenta.

—Me he encontrado con la vaca esa y la he puesto en su sitio.

—No vas a dejarla tranquila, ¿no?

—Te estoy ayudando, querido.

—¿A mí?

—Si ella lo abandona no podrá salvar su propiedad, todo acabará para él.

—¿Y crees que por hablar con ella se va a marchar?

—No hay nada peor para el corazón de una mujer que sentirse inferior.

—Rica y con dinero, ¿por qué iba a sentirse inferior?

—Digamos que los deseos sexuales de James van por otros derroteros.

—Y eso es algo que tú sabes muy bien.

—Lo único que sé es que a estas alturas ella ya estará deseando tenerle cabalgando entre sus piernas y que él no va a ocupar ese puesto en mucho tiempo.

—¿Cómo sabes eso? Ella es guapa.

—No para James, sé lo que le gusta.

—Y estas deseando que lo dejen, así recuperas a tu amante.

—No será tan sencillo.

—Por si no te has dado cuenta, estamos prometidos y esta conversación es inadecuada.

—A ti te importa una mierda con quien me acueste.

—Con James no, ya lo sabes.

—Entonces tendrás que valorar lo que más te conviene en este momento, cuál es tu deseo.

—Hundir a James, luego haz tú lo que quieras con sus pedazos.

—Pues eso, ya he hecho mi parte: sembrar la duda en Raven. Van a ir a pasar unos días en Tilman House, lo sé, se lo he notado en la cara cuando lo mencioné. Aunque ella lo niegue sé que está pensando en si sería capaz de follar con ella.

—Y lo harán.

—No si él tiene una distracción.

—¿Quieres ir? No te lo permito.

—Por supuesto que no; esa distracción debes ser tú el que la maquine, no querrás que yo haga todo el trabajo.

Charles sonrió; era su turno. Victoria tenía razón y ya sabía cómo dar su golpe de gracia.

—Hay veces que se me olvida lo retorcida que puedes llegar a ser.

—Por eso hacemos tan buena pareja.

—¿Solo por eso?

Charles le acarició el brazo de forma sensual, pero ella se retiró.

—Sí, querido, solo por eso.

Ella se alejó contoneando sus caderas; la necesidad sexual que tenía no la apaciguaba ese hombre que leía en el sillón, pero lo peor era que otros tampoco, solo había uno que encajaba con ella y la saciaba, uno que hacía meses le estaba vedado y que ansiaba recuperar.

Charles la vio subir a su habitación. Ese día lo pasarían en su casa. Pero había cambiado, ya no quería estar descansando, cogió le móvil y envió un mensaje.

Charles:

Tengo planes, llámame esta tarde.

Hertonchild:

De acuerdo, ya era hora.

Después buscó un número en la agenda y llamó, lo necesitaba para ultimar los detalles.

Matthew Butler entró en la biblioteca y se sentó a esperar a su anfitrión. Charles no tardó en llegar y sentarse enfrente de él; le gustaba marcar su posición.

—Necesito que hagas algo.

—¿Y es?

Matt llevaba un tiempo algo más tranquilo, desde que Raven Simmons había llegado para hacerse cargo de los problemas económicos de los Tenston. De repente, su vida iba de maravilla; Deborah estaba encantada, y él, fuera de los conflictos de su familia, aunque era algo que ya llevaba sucediendo desde aquella única conversación con James, había cumplido y no había vuelto a recurrir a él. Solo las llamadas de Charles le recordaban que ahora eran algo así como socios, que él ansiaba las tierras y Matt el título; sin embargo,

útilmente ya no lo tenía tan claro y más desde que Lancaster había intentado jugársela aliándose con Roger sin su consentimiento. Quizás era el momento para decirle a Charles que dejaba su trato, pero tenía algo de miedo a sus represalias; al fin y al cabo, tenía mucho más poder que él.

—Será sencillo, no te pongas a la defensiva. A veces actúas como si esto no fuera a ser beneficioso también para ti.

—¿Te explicas?

—Para bien o para mal, Victoria se ha inmiscuido en nuestros planes y ha hablado largo y tendido con la americana. La pobre está tan colada por James que parece no soportar que no lo atraiga sexualmente, o eso es lo que piensa Victoria. Las mujeres y sus inseguridades.

—¿Y?

—Al parecer van a hacer un viajecito a Tilman House para que ella la vea y es ahí donde Victoria cree que ella va a actuar.

—¿Y?

—Joder, Matt, hay que hacer que James falle, que meta la pata y la hunda.

—¿Quieres que impida que se acuesten?

—De eso se encargará Hertonchild. Tú solo debes averiguar qué días van a viajar allí. No te resultará muy complicado; Deborah debe saberlo.

Matthew miró hacia la lámpara de rincón que había en la esquina. No le gustaba usar a Deborah para sus tramas; luego se sentía incómodo ante ella.

—Veré lo que descubro.

—Perfecto, avísame cuando lo sepas para que Bruce esté listo.

—¿Qué pensáis hacer?

—Nada drástico, no te preocupes, solo hay que impedir que se le levante. Ya sabes que para que un hombre no funcione lo mejor es tocar su mente.

—Quizás James no es de esos y no le afecta. Debe ser muy bueno en la cama; mira cómo tiene a Victoria.

—Todo hombre tiene un punto débil, y él no es menos.

—Tú sabrás. ¿Algo más?

—Lárgate ya.

Matt se levantó de la silla y se marchó, estaba deseando hacerlo. ¿Por qué siempre acababa sacando el tema de Victoria? Era la única forma que tenía de molestar a Charles. Porque solo eso lo hacía bajarse de su pedestal; solo James lo conseguía y para él era una pequeña satisfacción. Pero debía centrarse y, sin despertar sospechas, saber qué días eran los elegidos para el viaje a Tilman House. Nunca había entendido el amor de James hacia esa propiedad; no eran más que un montón de estructuras del campo sin ninguna gracia. Si él tuviera que vivir allí, se moriría; por suerte, Deborah tampoco era muy fan de la campiña. Si el título caía en sus manos, la vendería sin dudar.

Capítulo 18

James y Raven caminaban despacio por el Puente de Westminster. Ya era la segunda vez que lo cruzaban, de alguna manera a ella le hacía ilusión hacerlo y ese día él le había prometido una intensa visita turística. Las paradas imprescindibles habían sido de su agrado: el Big Ben, la zona de Westminster y la visita más relajada al Acuario.

—Hemos pasado un buen día y no nos hemos encontrado con ex indeseables como en Chicago.

Raven sonrió ante su broma. ¡Si él supiera que sí había habido encuentros indeseados y hasta dolorosos! Pero lo estaban pasando bien.

—¿Y ahora?

—El atardecer es el momento ideal para subir al London Eye.

A Raven se le iluminó la cara. Era el remate de día perfecto. Siempre había querido subir en esa noria. Era lo primero que acudía a su mente cuando recordaba todas esas imágenes que había contemplado sobre Londres.

—Genial.

Pronto James adquirió los pases para acceder a la impresionante noria junto a un grupo de turistas. Se colocaron al fondo, en uno de los laterales, y desde allí, desde la cabina acristalada disfrutaron de lo que el giro dejó a sus pies. El Támesis serpenteaba bajo ellos y todo el centro de la ciudad envolvió sus ojos. Raven señalaba lo que iba reconociendo y James intentaba explicarle su historia, tanto la más antigua como la más moderna de los pocos rascacielos

que horadaban el cielo de Londres.

—Me alegro de que te esté gustando el paseo.

—Está siendo perfecto, gracias. Londres es precioso; debería haber venido antes.

—A pesar del gris de ambiente.

—A pesar de eso, aunque hoy está haciendo buen día.

James se rio ante su entusiasmo. Realmente estaba contenta allí con él y eso lo fascinaba. Había sido capaz de dejar Chicago por darle una oportunidad y, a pesar de las complicaciones, seguía allí, riendo por cualquier novedad, haciéndolo feliz. La atrajo hacia él y, sin previo aviso, la besó, un beso suave sin otras intenciones, un beso que quería darle, que necesitaba sentir. Se dejó llevar y la sujetó con fuerza entre sus brazos. No le importó la altura ni el lugar ni la gente que había a su alrededor. Todas las parejas se besaban. Raven no supo reaccionar, lo que menos esperaba era un besazo de James en mitad del giro de aquella noria y se quedó laxa a su merced. Mientras un latigazo de electricidad la hacía tambalearse y agradecerle que la sostuviera, sintió cómo empezaban a fallarle las piernas, cómo todo su equilibrio se esfumaba y su cabeza daba más vueltas que el London Eye, pero fue un mareo delicioso, placentero, una sensación de calma y de deseo como nunca antes había sentido. Y reaccionó, abrazándolo, sintiendo en sus manos su espalda bien definida a través de la camiseta, sus músculos tensándose. Lo abrazó pidiendo paso en su boca, recorriendo todo su torso con ansias, lo apremió a seguir, sacando todas las dudas que ese día había acumulado, exigiendo su lugar a su lado. Pero solo fue un beso casto y sin intenciones lascivas. James se retiró tan rápido como había llegado a sus labios. Empezó a notar el límite al que la conducía y no era el sitio ni el momento para hacerlo. Sacando fuerzas de voluntad, se separó de ella y sonrió, terminando el espectáculo y ante la atenta y extraña mirada del resto de los ocupantes del vagón de cristal. Raven respiró como si llevara mil minutos sin hacerlo, como si el mundo se hubiera detenido y fijó la vista al frente, al maravilloso *skyline* de Londres. No podía

mirarlo a la cara, a su sonrisa, a su abandono, no tenía fuerzas, ¿por qué no disfrutaba de ese beso que tan delicada e inocentemente le había dado él? ¿Por qué no lo aprovechaba y era feliz con eso? Había sido un gran paso adelante, el que él tuviera ganas de besarla. Porque ese beso sí había sido para ella, si la había mirado a ella, sí sentía algo por ella. Y sonrió, acercándose a él y apoyándose en su pecho mientras la noria descendía. Así debían ser las cosas, no tenía prisa. Ese beso era un paso adelante. Pero ¿cómo tenía ese efecto tan devastador sobre ella? ¿No aprendía? No quiso darle más vueltas. Londres aún estaba por recorrer y descubrir.

Y así lo hizo, la diversión regresó, la ciudad le gustaba más a su lado. Era alegre, divertido y muy listo. Pero no solo se había fijado en eso, sino también en la cantidad de gente, no solo mujeres, que los miraron al pasar. Esa sensación que había tenido en el spa había regresado con fuerza: la sensación de que no pegaban, de que las miradas de la gente no solo se centraban en descubrir lo atractivo que él era, sino en preguntarse qué hacía ella a su lado, en cuestionar si eran o no pareja y en decantarse por el no. Y esa realidad había pasado de las mentes de las personas que los cruzaban a su mente, pero lo peor era que llevaba días pensando en si también había pasado a la mente de James, si esas reticencias a tocarla, ese beso corto, esas palabras solo sugeridas eran a causa de eso. Nunca había tratado el tema, ella no le había preguntado cuál era su tipo de mujer, tampoco hacía falta, la había conocido, quizás debía hacerlo, sentarse con él y preguntarle a la cara si ella le gustaba, si lo excitaba hasta niveles de lanzarse sobre ella y poseerla toda la noche. Pero eran preguntas que no podía hacerle y la duda seguía allí, regresando a ratos y torturándola. La voz de James se coló entre sus pensamientos.

—Sé que no es un restaurante, pero los sándwiches aquí son muy buenos.

Raven dio un respingo cuando él le tendió el emparedado de pan relleno; ni siquiera se había dado cuenta de que había ido a comprarlo, tan centrada estaba en sus pensamientos. Sonrió y, tomándolo de sus manos, le dio un bocado.

—Delicioso.

—No es la típica comida rápida, ¿verdad?

—Y podemos seguir con el paseo desde el suelo.

Pero, a pesar del buen ambiente, James pudo notar que algo la había molestado. Era muy fácil verlo en su expresión; su cara siempre era un libro abierto. Tal vez se había enfadado por ese beso en la noria, quizás había sido demasiado repentino y en un lugar público, pero había respondido a él, quizás por eso estaba molesta, porque se había sentido vulnerable y observada.

—¿Estás bien?

—Claro que sí. —Demasiado entusiasmo al contestar.

Continuaron caminando. James contemplaba la ciudad, hacía mucho tiempo que no lo había hecho con tanta tranquilidad, ajeno a las miradas y los cuchicheos de varias mujeres que pasaban a su lado. Raven no tuvo tanta suerte. ¿Él se daría cuenta de cómo lo miraban? El tercer bocado que le dio al sándwich la hizo detenerse.

—¿Pasa algo?

—No tengo más hambre.

—¿Y eso?

—Estoy a dieta.

—¿Desde cuándo?

—Desde el otro día.

James arqueó una ceja sin entender si era broma o en serio y solo sonrió.

—Volvamos a la casa. Has tenido un día movidito. Y en un par de días nos vamos de viaje.

—Tengo ganas de ver Tilman House. —El cambio de tema le vino genial y a James también, enseguida se le iluminaron los ojos—. Desde que leí el diario, vi las fotos y me contaste la historia de tu familia, me siento como si la conociera.

—Espero que te guste; no está en todo su esplendor, pero seguro que se lo devolveremos, entre los dos.

Y ahí estaba otra vez, esas ganas de un futuro juntos que ella también compartía, pero ¿a qué precio?

Raven se tumbó en la cama después de un día intenso. Decir que estaba agotada era poco, sus ánimos habían subido y bajado igual que la noria de Londres, y eso la derrotó. ¡Menudo día de mierda! La lerdá esa solo había conseguido enfadarla y fastidiarlo todo. Peach tenía razón; era lo que buscaba y no le iba a dar esa satisfacción. Sin embargo, James la había besado, su primer beso con él, porque el de Chicago no contaba, y se lo veía tan feliz. Y estaba tan cerca de ella descansando en su habitación, aunque también estaban todos los demás... Sacó el teléfono de su bolso y llamó a Sharon; le vendría bien su punto de vista.

—¿Qué tal? ¿Cómo va todo, flor?

—Bastante bien; Londres me gusta. Falta algo de sol, pero me está gustando conocer la ciudad.

—¿Y con tu conde?

—Es perfecto, siempre buscando agradarme y que me sienta cómoda. Su familia es la que es un poco especial. Pero sus amigos son geniales.

—Vale, eso ya me lo cuenta tu madre. Yo pregunto por vuestra intimidad.

—Vas muy rápido.

—¿Aún nada? ¿A qué esperáis? ¿Y si no sois compatibles en la cama?

—Nuestra relación no funciona así.

—¿Seguro? No pareces muy convencida.

—¡Yo qué sé, Sharon!

—Oye, que eres tú la que ha llamado. ¿Algo va mal?

—Es la bruja de su ex. Me ha estado comiendo la cabeza.

—¿Y desde cuando una petarda puede contigo?

—No puede conmigo, solo que...

—¿Qué te ha dicho?

—Que James nunca va a desearme y que se buscará una amante. Sharon, no

quiero que solo se acueste conmigo por obligación.

—Pero contabas con eso, ¿no?

—No, digo, sí. No sé.

—Has cambiado de parecer y es normal. James es muy guapo. ¿Le notas un comportamiento extraño? ¿Te rehúye?

—No, me besó.

—Eso es bueno.

—¿Qué me aconsejas?

—Si yo estuviera en tu lugar, me habría metido ya en su cama para ver qué tal va. Si, como dice esa bruja, él no se excita, tendrás que decidir.

—Y si no se excita, ¿tú qué harías?

—Yo me buscaría a otro, pero tú no te pareces a mí. Tú tienes otra forma de ver las cosas, de valorarlas.

—Ya.

—¿Quieres acostarte con él?

—Sí, pero no quiero precipitarme.

—¿Cómo te sientes con esa duda?

—Nerviosa, enfadada, incómoda.

—Pues cámbialo. Ve a por todas.

—Gracias, Sharon, lo pensaré. Tengo tiempo.

—Es tu vida, flor, solo tú puedes decidir cómo vivirla.

—Te quiero.

—Te quiero y te echo de menos. Llámame otro día y pasa de la bruja piruja esa. James está contigo, con trato o sin trato, estáis juntos en esto.

Raven se quedó escuchando el silencio del otro lado de la línea, Sharon también tenía razón, todos la tenían. Ellos estaban juntos, con unos parámetros distintos al resto de las parejas y podían ser igual de buenos. ¡Qué importaba el maldito sexo en esos momentos! Solo quería estar con él y visitar Tilman House, la que en un futuro sería su casa.

Capítulo 19

Hacía varias semanas que conocía de la existencia de la casa, varios días que sabía qué era, dónde estaba y qué significaría en su futuro, unos días que había visto las fotos de la familia en ella. Y sus ganas habían aumentado. Y, por fin, a través de la ventanilla del coche de James la divisó. Estaba preparada para verla, preparada para lo que se iba a encontrar, aun así, sus sentimientos eran encontrados. Por un lado, la belleza del lugar la cautivó, los espacios verdes, la naturaleza que la bordeaba, la gran estructura de piedra y ladrillo, todo era una estampa preciosa. Sin embargo, por otro lado, el lugar estaba desolado, solitario, con un aspecto extraño de abandono. No era deterioro de la casa, ni de sus anexos, más bien eran las malas hierbas que crecían en su prado verde, las enredaderas que crecían sin control invadiendo verjas y muros, eran el exceso de ramas de los árboles que debían estar podados a la perfección. Le faltaba vida, cuidados. Le faltaba una mano amorosa, una que seguramente sí había tenido en algún tiempo pasado, pero que en esos momentos estaba ausente.

William había avisado a su primo Thomas para que adecentara, con la ayuda de alguien del pueblo, dos de las habitaciones de arriba, los baños, la cocina y el salón, para que hiciera la casa habitable unos días y para que nadie más los molestara. A Thomas no le importó, prefería estar al margen de las idas y venidas del conde, en su posición de guardián y nada más y que el jefe no tuviera que informarle de nada. Cuando llegaron, todo estaba preparado; no

hizo falta avisar a nadie.

James giró a la derecha y se dieron de bruces con la puerta de entrada a la propiedad, se bajó del coche y la abrió, un chirrido lo acompañó.

—Lo arreglaré para que vaya con control remoto —le dijo cuando volvió al coche.

—Será mejor. ¿No hay nadie?

James le señaló a una pequeña casa de piedra gris que había a la izquierda casi pegada al muro.

—Ahí vive un primo de William, Thomas; es el que guarda la propiedad en nuestra ausencia.

—Así no está totalmente abandonada y se evitan riesgos.

—Exacto.

El coche avanzó por una especie de camino empedrado que llevaba directamente a la casa, atravesando el prado. Raven lo observó; era un buen lugar para crear un bonito jardín, con parterres de flores y arbustos florales, con algún balancín y sitios con sombra a base de alguna carpa, muy del estilo decimonónico; lo hablaría con Peach.

—Es bastante más grande de lo que me imaginé.

—Bienvenida.

Raven sonrió. Desde luego que le gustaba; conforme se acercaba se sentía más y más acogida en esta, más y más a gusto y en su hogar.

James le fue señalando uno a uno los rincones. La emoción se sentía en su voz, en su forma de describirle la zona, de hablarle de los jardines o del panteón familiar. Ella lo dejaba seguir, aunque siempre le habían resultado curiosos los caprichos de los nobles, cómo todo se congregaba en sus tierras, su familia, su abolengo. El panteón en la misma casa era una muestra de ello, quizás algún día sus restos también descansarían allí, junto a James y a sus hijos. Sonrió, no era momento para darle vueltas a algo tan incierto aún; era de decidirse, de aunar lo que sentía su corazón con lo que le marcaba su mente, porque estaban en total discordancia.

El coche se detuvo frente a la puerta principal y, después de descargar el equipaje que traían, entraron. Raven se sorprendió admirando lo que tenía frente a sus ojos. A pesar de la penumbra, del olor a cerrado y del aspecto desvalijado, estaba ante una magnífica construcción que se equiparaba a la belleza de su entorno. Y vio su gran potencial, su futuro. Volvió a sonreír; de nuevo allí su imaginación le jugaba una mala pasada. Tenía que decidirse ya.

—Es inmensa.

—Sí, de niño siempre había un rincón en el que esconderse y jugar.

—¿Ahí está la biblioteca? —dijo Raven señalando una de las puertas laterales, recordando el sueño que había tenido. James asintió; no era raro, la mayoría de ese tipo de edificaciones la tenían a ese lado.

—Luego te lo mostraré todo. Ahora subamos a dejar las maletas, las habitaciones de arriba están preparadas. El primo de William se encargó.

—Se nota el calor aquí dentro.

—Por lo menos estaremos cómodos. Iremos trayendo comida del pueblo y solucionado ese problema.

James la acompañó a la planta de arriba y la dejó establecerse. Tenían unos días idílicos por delante y estaba deseando que empezaran. Todo marchaba a la perfección.

—Sorpresa.

James le mostró una cesta de mimbre que había sobre la mesa de madera de la cocina.

—¿Y esto?

—Te llevaré a dar un paseo cerca del río y comeremos allí. Una velada campestre.

—Me apetece mucho.

Había pasado la noche bastante tranquila, sin sueños raros, sin nerviosismo, sin preocupaciones y la mañana prometía mucho más. James estaba frente a ella, con esa deslumbrante sonrisa que tanto la afectaba y dispuesto a pasar

con ella un día en el campo.

Unos minutos después, se dirigían a paso lento hasta la vera del río que James tenía pensada. Los rayos de sol acompañaban y un ligero calorcito muy poco típico los calentó.

—Hace muchos años que no me siento a comer en el suelo.

—¿Los condes no lo hacen?

—La verdad es que alguna vez de niño, pero mis padres no eran muy aficionados a estas veladas campestres. No eran adecuadas a su posición.

—Pues a mí me encantaban, cada vez que íbamos al rancho o a la playa. Bueno, ya lo viste en Chicago; no perdemos la oportunidad de sacar la nevera portátil.

James sonrió. Parecía que aquello había pasado hacía siglos, que no llevaban tan poco tiempo juntos, que no se acababan de conocer.

Raven se sentó en el lugar en el que él le indicó. El fresco verdor que los rodeaba, el sonido del agua corriendo en el río, todo parecía sacando de unas de esas películas cursis de sobremesa, pero no le importó. Cruzó las piernas sobre la manta de cuadros escoceses que James tendió. Siempre le habían gustado esas telas, le recordaban a otras tierras, a otras gentes y a otras épocas. El ambiente cálido pero plomizo de la orilla del río le otorgaba cierto encanto atemporal y el picnic y la tela lo completaban.

—Muy adecuado.

—Son los colores del clan de mi madre.

—Hablas como si estuviéramos en la Escocia de hace siglos.

—Pero es cierto, mi madre es medio escocesa y trajo estas mantas consigo, de niños casi siempre nos sentaba en el suelo sobre ellas o las utilizaba para envolvernos.

—Había olvidado que eres medio escocés.

—Más bien una cuarta parte.

—Te pareces más a ella que a tu padre.

—Sí, bueno, es lo que siempre me han dicho.

La hierba a su alrededor estaba verde, a juego con sus ojos, los mismos que había heredado de esa parte escocesa que también se le notaba en el pelo castaño cobrizo, algo más oscuro que el de su madre. Raven cogió un sándwich y empezó a comer.

—¿Quién ha preparado la comida?

—La encargué.

—¿Sándwich de atún y mayonesa?

—Es mi favorito. —Raven sonrió, una mezcla algo extraña; James la observó, no era una delicatesen, pero servía para el instante rural—. Esta noche me volveré a acercarme al pueblo para traer una buena cena. Aunque la cocina y la casa no estén totalmente preparadas, no vamos a prescindir estos días de lo mejor.

—La verdad es que la propiedad es magnífica, tanto como imaginaba.

—¿La imaginaste?

—Sí, cuando leí el diario de Natalie que me dejaste.

—Entonces te agrada. Si hay algo que te gustaría añadir...

—Caballos.

—¿Caballos?

—De niña mi padre me llevaba a montar. Siempre deseé tener mi propia yegua, mi propio lugar para cabalgar, pero no tuve tiempo de hacerlo. Soy más cosmopolita que rural y, al morir mi padre, bueno, lo dejé de lado.

—No hay problema, pueden rehabilitarse las antiguas cuadras.

—Traeré a Taste y tendremos un perro.

—Los animales que quieras; hay sitio de sobra incluso para una granja.

Raven sonrió imaginándose entre cerditos y cabras. No creía llegar a tanto, pero la imagen le hizo gracia. James se acercó a ella y sin previo aviso la acarició en el cuello, apesándolo suavemente con su mano y aproximándola hacia su rostro, hacia sus labios, depositando en ellos un suave beso que poco a poco fue volviéndose más intenso. Sería el ambiente campestre, sería la paz que allí se respiraba, sería la compañía, pero James no lo dudó, le apetecía

besarla, sentirla aunque fuera por unos instantes, le apetecía empezar a tener con ella una verdadera relación de pareja y unos besos y caricias frente al río sería un buen comienzo. Raven cerró los ojos ante su beso y dejó que él la acercara todavía más a su cuerpo y la abrazara con la mano que le quedaba libre. Entre sus brazos estaba en la gloria, sintiendo su calor, su olor, sintiendo su sabor mientras su juguetona lengua se movía junto a la suya. La excitación fue creciendo mucho más cuando James la recostó sobre la manta de cuadros escoceses y se situó a su lado sin dejar de besarla y acariciarla. Raven le devolvió el abrazo, recreándose en su ancha espalda que se perfilaba a través de su camisa y disfrutó, disfrutó mucho de ese recién descubierto deseo. Estaban solos, no le importaba lo que ocurriera. Era lo que realmente quería desde hacía mucho tiempo, esa complicidad, esa necesidad de la que tanto había dudado. Sin embargo, había algo extraño, algo que continuaba en tensión, alejado de ese ímpetu que debería tener un arrebatado de pasión como aquel. Y lo entendió, James no iba a pasar de un magreo al aire libre. Así lo hizo, abandonó la posición sobre su cuerpo y se dirigió al río, cogió un poco de agua y regresó para salpicarla. Raven soltó un grito ante la sensación del agua fría en su piel después del acaloramiento anterior.

—No hagas eso.

Pero lo dijo con una sonrisa. La frustración por el acto interrumpido estaba ahí, oculta; ya habría tiempo para preocuparse. Por lo menos había sido un avance y no quería que él sospechara nada de sus pensamientos. Era momento para la diversión y, sin dudarlo, hizo lo mismo, mojando a James en la cara.

—¿Y dices que no te gustaba?

James volvió a la orilla para vengarse, aunque sin tiempo para hacerlo porque Raven le dio un suave empujón que hizo que perdiera pie y cayera al río, en la parte que menos cubría.

—Yo gano.

—Desde luego que no, tramposa.

Y, alargando la mano, la agarró de la camiseta de flores y la trajo hacia sí,

al agua, sentándola sobre él, aunque eso no evitó que se mojara. Ambos empezaron a reírse, parecía niños jugando en una tarde de verano. Eso era lo que buscaban, desconectar, estar tranquilos, disfrutar. Y eso hicieron, el resto de la velada en la campiña de los Tenston.

James se apoyó tranquilamente en la barra del bar a esperar su encargo para la cena; prefería ir él, moverse entre la gente de su pueblo. Aprovechó para tomar una cerveza, a esas horas de la tarde ya más bien la noche. Pocos eran los que quedaban en el bar, la mayoría estarían en su casa y volverían después de cenar a por un último trago.

—Vaya, vaya. Me ha costado dar contigo y eso que el pueblo es pequeño. Te invito a esa cerveza.

—Gracias, pero ya está pagada.

—Nos sentamos; hay algo que quiero hablar contigo.

—Puedes hacerlo aquí.

El nuevo compañero de James sonrió. Desde luego que era difícil charlar con él, pillarlo con la guardia baja, pero estaba allí para hacerlo, para contrariarlo, para enfadarlo, en eso había quedado con Charles.

—Venga, James, sentémonos.

—¿Qué quieres, Bruce?

—Tilman.

—De verdad que eres pesado, siempre igual.

—¿Y bien?

—¿Te ha mandado Lancaster?

—Verás, Lancaster parece más interesado en esos proyectos ecológicos y sostenibles tuyos; yo por mi parte los veo una soberbia gilipollez, solo quiero las tierras.

—Para terminar de cerrar tus dominios.

—Acéptalo, Tilman siempre será una carga para ti.

—No, acéptalo tú: nunca vas a tener mis tierras.

—Sabes que estoy teniendo una tremenda paciencia contigo, que intento hacer negocios a buenas.

—¿Ahora vas a empezar a amenazarme? Por Dios, Hertonchild, estos terrenos fueron de otros antes que tuyos, solo eres un aprovechado, un burgués con dinero que busca, comprando, elevar su ego.

—Cuidado, Tenston, yo no te he insultado.

—Lo haces cada vez que te acercas a lanzarme tu ofensiva oferta.

—De acuerdo, haremos algo. Tú me llamarás cuando quieras vender.

—Pues espera sentado.

—Piensa que quizás sigas sin conseguir el apoyo de capital e inversión que necesitas.

—Parece que Lancaster no te ha informado bien, ya no necesito el apoyo de los bancos o los inversores. Cuando tienes el efectivo necesario no hacen falta.

James miró a la zona de la cocina, impaciente, ¿cuánto faltaría? Luego volvió la vista a Bruce que sonreía muy cerca de él, de su cerveza. La cogió y casi la apuró de un trago.

—Sé lo que estás pensando en este momento... —dijo Bruce apoyándose también en la barra con más calma—. «Si sabe que nunca podrá conseguir Tilman, por qué parece estar tan tranquilo, ¿qué esconde?». Quién sabe, igual sí que creo poder conseguir Tilman.

—¿En serio?

—Charles me ha contado lo de tu americana, lo que va a hacer por ti y tú por ella. Un buen negocio, pero todavía no estáis casados y el amor da muchas vueltas, amigo.

—¿Amigos?

—Venga, sabes que tengo medios para hundir tus negocios, para acabar con tus aspiraciones en Tilman, para pararlo todo. Charles y yo podemos acabar con tus sueños.

—No podrás, ya tengo el dinero necesario.

—Ya te lo he dicho, James; no es solo el dinero. Son influencias en la mayoría de los bancos y las empresas del país. Solo debo hacer unas llamadas.

—Amenazas y más amenazas. Vete a casa, Bruce.

—¿Crees que eres fuerte, que estás protegido? Por favor, eres un ingenuo. Nuestra influencia se extiende al otro lado del charco. No nos costará nada sacar los trapos sucios de los negocios de tu americana. Quién sabe, incluso podemos hacerla caer. ¿Qué te parece? ¿Quieres que acabemos con ella?

—No llegareis a ese nivel, ni siquiera Charles puede...

—¿Lo intentamos? ¿Te arriesgarás?

—Creo que sí. Haced lo que queráis, solo es un farol.

—Tienes muy malos enemigos, James, y solo por unos terrenitos de nada.

—Sal de mi vista, nunca tendrás Tilman House.

Bruce sonrió de forma maliciosa, aunque parecía seguro. Podía notar su desconcierto su duda ante sus palabras. Su parte estaba hecha, ahora era cuestión de esperar. Se levantó del taburete que ocupaba a su lado, dejó un billete y se dispuso a salir, no sin antes darle una palmadita en la espalda, un gesto que estremeció a James, quiso ignorarlo mientras salía, mientras se marchaba del bar, pero ¿y si tenía razón? ¿Y si eran más peligrosos de lo que pensaba? ¿Y si podían dañar a Raven? Por primera vez desde que se había enfrentado a ellos tuvo miedo, y no por sí mismo, sino por Raven.

Cuando el dueño del bar le entregó la bolsa con su comida salió al amparo de la noche. Por suerte, no había nadie cerca de él y caminó hacia su coche. Ya tenía la cena y no tenía ganas de otros encuentros no deseados; subió al coche y aceleró. Raven estaría esperándolo, solo iba a tardar un momento en recoger la cena. Mientras conducía su mente estaba en las palabras de Hertonchild. ¿Hasta dónde llegaba su poder? ¿Estaría solo exagerando? Seguro que sí, quería ponerlo nervioso, hacerlo ceder. Pero esa idea no se le iba de la cabeza, la idea de arruinar a Raven, de haberla metido en una maraña de enemigos que, por su culpa, acabarían con lo que su familia tenía, con lo que su

abuelo había conseguido para ella. No tenía sentido darle vueltas, a la mañana siguiente lo primero que haría sería llamar a Paul para advertirlo, para que le confirmase si había alguna manera de que Bruce cumpliera su amenaza, de que alguien como él se inmiscuyera en los asuntos de negocios de los Simmons. Paul sabría lo que hacer y cómo actuar ante la amenaza.

Bruce sacó su teléfono y marcó el número de Charles. No hizo falta mantener una larga conversación. Ambos sabían cuáles eran sus papeles en el acoso y derribo de James.

—Le he metido el miedo en el cuerpo y algo más.

—¿Estás seguro? —preguntó Charles al otro lado.

—Parecía muy seguro de sí mismo, pero sé que se lo va a pensar.

—¿Qué le dijiste?

—Amenacé de forma discreta a la americana.

—Y funcionó.

—Sí.

—Vaya, la chica le importa más de lo que pensé. Eso está bien.

—¿Crees que venderá?

—Me da igual lo que haga mañana, solo me interesa lo que le ocurra esta noche, lo que tus palabras le hayan afectado.

—No te entiendo.

—No hace falta, mi plan sigue yendo a la perfección.

—Pero Tilman...

—Tranquilo, todo se andará.

—De acuerdo, confío en ti.

—¿Entonces le diste eso?

—Sí, ni se enteró, estaba más pendiente de que sacaran su cena de la cocina que de mí.

—Perfecto, ya hablaremos.

Bruce colgó el teléfono, y Charles se recostó en el sillón que ocupaba,

cruzando los brazos tras la nuca y cerrando los ojos. Sí, todo iba a la perfección. Victoria se había ocupado de la americana, y Bruce, de James, y él ni siquiera se había despeinado. Estaba seguro de ganar. Miró el gran retrato de su padre que tenía enfrente. Él estaría enfadado, no entendería su obsesión con James, le diría que debía actuar con más frialdad, sin involucrarse emocionalmente, que, si no, todo saldría mal, pero poco le importaba, sabía lo que hacía y estaba más feliz si James caía por su mano.

Unos minutos después de llegar, Raven bajó a la cocina y se sentó en la mesa que James ya había preparado. Había tardado algo más de la cuenta, pero eso le permitió descansar un poco del día en el campo.

—La cena está servida.

James abrió los envases de aluminio en los que había traído la cena y repartió el asado de cerdo con salsa de patatas y la tarta de manzana casera. Olían bastante bien.

—Tiene buena pinta.

—Es una de las especialidades del bar del pueblo, junto con un delicioso *Steak and kidney pie* que probaremos otro día para comer.

—Suenan bien.

—Espero no perjudicar mucho tu dieta —bromeó James, pero al parecer ella no siguió la broma; tenía otras preguntas.

—¿El pueblo pertenece a tus propiedades?

—Lo era hace muchos años. Después se volvió independiente, junto con parte de las tierras. Es lo normal, no estamos en la edad media. Aun así, parte de los terrenos adyacentes a la casa siguen en mi poder.

—¿Qué hay del resto?

—Algunos se mantienen en manos de los del pueblo, aunque la mayoría son trabajadores a sueldo. Casi todo fue adquirido por una especie de terrateniente.

—¿Entonces trabajarán para ti también?

—Es lo que quiero: traer más empleo a la zona.

—¿Y ese terrateniente es el que está detrás de Tilman?

James arrugó la nariz. Lo que menos le apetecía era recordar la maldita charla que había tenido con Bruce, pero ella no tenía la culpa, y él no se lo iba a contar hasta que no calmara sus preocupaciones.

—Sí, busca controlar toda la tierra y tener el monopolio. Pero hablemos de otra cosa.

Raven notó que por alguna razón la conversación no le agradaba y cambió de tema. Estaban solos en Tilman, bastante cómodos el uno con el otro y no quería estropearlo.

—Mientras comprabas la cena he estado dando una vuelta por la casa, indagando.

—¿Indagando?

—Sí, descubriendo sus recovecos. Está un poco vacía.

—Mi padre no pudo vender la casa, pero sí lo que contenía. Había cuadros importantes, plata, tapices antiguos, porcelanas de principios de siglo de las más caras de Europa. Era una belleza; me hubiera gustado que la hubieras conocido entonces.

—Lo bueno es que ahora la decoración está en nuestras manos.

—Más bien en las de Peach, aunque seguro que te deja opinar.

Raven soltó una risilla. Él tenía razón; Peach estaría encantada de dar de nuevo vida a la gran casona y lo haría a la perfección.

James se restregó los ojos, parecía cansado, pero el esfuerzo físico del día no había sido excesivo.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Igual va siendo hora de irse a dormir.

—Mañana te llevaré al pueblo.

Raven asintió; llevaban unos días allí, habían paseado por los alrededores, por el río, por los bosques y estaría bien hacerlo por la localidad. Le gustaba

ver todo a través de los ojos de James, incluso recordaba ese sueño que había tenido sobre el diario de Natalie; sí, Tilman le gustaba. ¡A la mierda sus preocupaciones, sus dudas, era el momento de actuar! Se dejaría llevar, quería sentir, sentirlo, lo quería a él, por completo. Y desde luego que no iba a repetir la frustración del picnic. Ese había sido el primer paso y era el momento de dar el siguiente.

James se metió en la ducha y dejó que el agua tibia lo calmara, tranquilizara su mente y su alma. Las cosas se estaban arreglando y no habría nada que las estropease. Si no hubiera sido por Hertonchild, habría sido un muy buen día, la excursión al lado del río le había dejado un buen sabor de boca y deseos de mucho más, pero iba a seguir sus primeras decisiones y dejar lo físico para cuando todo se calmase más, sin prisas, sin atosigarla. Por suerte su acercamiento no la había espantado y había respondido bien.

Sin embargo, esos malditos nervios que lo acompañaban desde la conversación con Bruce...

No conseguía alejar la preocupación de su mente, incluso sentía cómo su corazón se aceleraba y su imaginación le jugaba malas pasadas. Veía a Raven teniendo que vender su casa, sus lujos, todo lo que había conseguido su adorado abuelo, la veía malvivir y no lo soportaba.

Si todo era por su culpa...

Dio un golpe con el puño en la pared de la ducha y apoyó la cabeza en el frío baldosín. Un sonido a su espalda lo sacó de sus pensamientos y el roce de una mano a lo largo del torso lo hizo girarse. Raven estaba allí, con su característico rubor, pero desnuda, dispuesta a ocupar la ducha con él. El pelo le caía por los hombros, suelto y revuelto. No esperó ni dijo nada, se puso de puntillas y le dio un beso, agarrándolo por la cintura y acercándose a su piel con ansias. El sonido de los latidos de su corazón llegaba a sus oídos con la fuerza de un tambor... Pom pom pom... demasiado fuerte, demasiado rápido; ella lo notaría, incluso sus manos temblaban, todo su cuerpo lo hacía. Se sentía

muy extraño. ¿Qué le ocurría? No le hizo más caso, iba a centrarse en la mujer que tenía a su lado, desnuda y más que dispuesta. El paso lo daba ella y nada era impuesto. ¿Habría estado equivocado al frenar sus impulsos todo ese tiempo? ¿Ella no lo vería como una mala forma de convencerla? Pero allí estaba, ella era la que lo buscaba.

Raven había tardado mucho tiempo en decidirse a hacerlo, mil pros, mil contras, pero era en ese momento o nunca. Lo deseaba desde hacía mucho, aunque siempre había tenido miedo al rechazo. Y lo que había pasado al lado del río... Los últimos días habían sido muy complicados en ese aspecto, las constantes críticas a su físico, las palabras de Victoria, sus propias necesidades, todo había jugado en su contra. Debía comprobarlo, debía quitarse de la cabeza esa duda, ese peso que llevaba fraguando desde Chicago y que Victoria se había encargado de convertir en un fuego que quemaba demasiado. Si James no la deseaba, si ella no conseguía excitarlo, darle lo que necesitaba sexualmente, ¿cómo sería su vida con él? ¿Podría hacer como ella y dejarlo tener amantes? Sabía la respuesta: ella lo amaba, ya no tenía caso negarlo, lo amaba desde el momento en que lo había visto allí de pie en su salón en Chicago esperando para conocerla, desde que se había dado cuenta de que no era su conde del montón, sino un sueño hecho hombre. Y quería que él sintiera lo mismo por ella, que la buscara, que estuviera deseando llegar a casa para estar con ella, para tocarla y besarla como ella lo haría con él, para tener un futuro feliz. Y si no era así, ella no iba a negarle una vida completa. No podía condenarlo, porque él sería respetuoso y la mantendría a su lado. No quería ser la causante de su desdicha, de que en algún momento se arrepintiera de su decisión, de que llegara a cansarse y a odiarla. Estaba harta de tantas dudas. Así pues, se desnudó y acudió a su habitación, hacía un rato que escuchaba el sonido del agua.

James le devolvió el beso con ganas, atrayéndola hacia él, mojándola bajo la ducha y con su lengua, respondiendo a su contacto. No se dijeron nada, ¿para qué? Sus manos y sus bocas hablaban por ellos. James la apretó contra

su cuerpo y hundió su boca en el hueco de su cuello, aspirando su aroma junto a su gemido, llevaba tiempo deseando hacer eso, deseando comprobar cómo sonarían. Raven se sujetó a él, temblando ante su contacto, excitada al máximo nivel y más cuando notó cómo sus manos se recrearon en sus pechos, moldeando sus pezones a su antojo. Ni en sus mejores sueños había imaginado sentirse así ante su tacto. Jamás había pensado que lo ansiaría tanto, que un trato de convivencia la haría sentir así, pero era lo que buscaba. No podría ser de ninguna otra manera. Los dedos de James continuaron su avance por su pecho, acomodándose levemente en sus caderas y emprendiendo poco después camino hacia un sitio mucho más íntimo. No opuso resistencia, abrió ligeramente las piernas para dejarlo ahondar, soltando un fuerte gemido de placer cuando sus dedos, largos, expertos, se introdujeron en su interior, recibidos por la humedad que mostraba su excitación. James se esmeró, utilizando sus manos, su boca, su experiencia para llevarla poco a poco hasta un orgasmo potentísimo que ella recibió gritando su nombre. Notó cómo la tensión de los músculos de Raven durante el clímax se iba relajando y cómo su agitada respiración hacía lo mismo, había sido rápido, pero aún faltaba mucho por hacer. Sin embargo, algo fallaba. Su deseo no iba a la par, su cabeza, sus actos decían una cosa y su miembro otra. ¿Cómo era posible que siguiera laxo si estaba haciendo lo que deseaba, si sentía un placer a la par que el de ella? Algo no iba bien, su corazón seguía palpitando con fuerza y no era por el placer como había pensado. Apretó los párpados con fuerza, intentó relajarse y hacer descender toda su sangre al lugar en el que en esos momentos tenía que estar. Volvió a besarla con ansias, a recrearse en sus pechos y sus curvas, a tocar su suave piel, observó a la bella mujer que tenía a su merced, ¿qué coño pasaba? No conseguía ponerse a tono. Las emociones del día, la tensión. El maldito de Hertonchild había conseguido desestabilizarlo y alterarlo y algo que llevaba tiempo deseando se le resistía. Raven se merecía toda su atención y no la estaba recibiendo, por mucho que lo intentara. Sintió su calor, su cuerpo, sus bellas curvas, su olor dulzón, su deseo por él. Y ocurrió: las

imágenes de ella sonriendo, su apoyo, su ternura, se vieron empañadas por la duda y la culpa. ¿Si acababa perdiéndolo todo por él, por sus enemigos?

No quería fallarle, pero todo se volvió en su contra, sus pensamientos, su maldito miembro que no hacía caso a sus deseos y no se activaba. Se separó lentamente de ella, del hueco sensual de su cuello, de sus senos turgentes.

—¿Raven?

La respuesta fue un gruñido de placer. Ella se entretenía con sus manos entre sus muslos, buscando animarlo.

—James —repitió su nombre en medio de la excitación, no quería darse cuenta de la situación, todavía no.

Él sujetó su mano con desilusión, sin entender qué le estaba pasando, sin entender cómo podía arder de deseo, tener el corazón a mil por hora y aun así no ser capaz de cumplir. Cuanto más continuara, mayor sería la decepción.

—Para, Raven, hoy no.

Raven abandonó su misión. No era el momento. Estaba claro, lo acababa de comprobar, todos sus intentos habían sido en vano y no, no iba a conformarse con un poco de alucinante sexo oral para salir del paso, ya no.

O todo o nada.

Y no era la adecuada. Ya no tenía sentido la lucha. Sonrió, ¡claro que no! ¡Qué había esperado! ¿Ser como Victoria y despertar la lujuria inmediata en su hombre? Debía ser realista, no iba a funcionar así, y quizás de ninguna manera. No era eso lo que deseaba en su futuro y su vida. Salió despacio de la ducha y se envolvió en una de las toallas con suma aceptación. Y no vio la desilusión en su verde mirada, ni el miedo, ni el deseo frustrado. No vio las preocupaciones. No vio los motivos reales por los que James la separó de su abrazo.

—No pasa nada —dijo Raven con suavidad, acariciando su mejilla y sin dejar de admirar su hermosa desnudez, su masculinidad.

James le devolvió la sonrisa. Desde luego que no pasaba nada; ella lo entendía y ya tendrían tiempo para amarse cuando todos esos que buscaban

hundirlo tuvieran que olvidarse de ellos y estuvieran en paz y felices. Ese día se lo explicaría todo.

—Raven. Te compensaré por todo.

—Lo sé.

—Gracias, no sabes lo excepcional que eres.

Ella asintió con desgana. ¿De qué le servía que la admirara tanto si como mujer no...? Regresó a su habitación para terminar esa noche catastrófica. No dijo más, el pasillo la recibió, oscuro, enorme, frío, la gran casa no la recibió como ella esperaba. Dejó de parecerle tan fascinante; no viviría el gran amor de Cynthia Wranson con su librero francés, no era para ella, el amor le era esquivo. Victoria tenía razón y ella había caído en su juego, como bien afirmaba su nombre: había ganado. Había pensado que podía vivir sin él, pero James tenía razón cuando le dijo en Chicago que quizás un trato así no era para ella, que necesitaba amar y ser amada. No era más que un autoengaño, ahora lo sabía. Se tumbó en la cama y contempló el dosel, ¿quién conservaba aún doseles en las camas? Desde luego estaba fuera de lugar, aunque hiciera solo unos minutos que se sentía así. Cerró los ojos e intentó dormir; no pudo. La noche iba a ser muy larga allí sola, con sus pensamientos como únicos acompañantes.

Capítulo 20

Raven no tenía claro cómo enfrentar la situación, pero sabía que su decisión era la correcta. No podría vivir toda su vida enamorada de su marido sabiendo que él no la deseaba, que él estaría sometido. Si había aceptado esa situación, había sido por la igualdad de sentimiento que conllevaba, pero eso no era lo que estaba pasando. Debía ser tajante cuando hablara con él, dura, directa, hasta cruel, mentir para que él la dejara ir. Si se enfrentaba a sus ojos y a esa sonrisa, acabaría cediendo. No quería vivir así y no quería condenarlo a vivir así cuando solo era por dinero. Bajó al piso de abajo con calma, ya vestida, ya con las maletas hechas, ya con todo preparado. Paul estaría de camino, lo había despertado en plena noche para hablarle de su situación y como siempre lo había aceptado sin hacer preguntas.

James tomaba un bollo en la cocina, era lo que había sobrado del día anterior; no se había acercado aún al pueblo. Y estaba esperándola. ¿Qué tocaba, un paseo por este? Ya daba igual.

—Te he guardado uno de crema.

—Gracias.

—Ayer lo pasé muy bien; tenía ganas de estar un tiempo así contigo, de avanzar en nuestra relación. —James sentía la necesidad de explicarse—. No quiero que dudes de lo que podemos llegar a conseguir juntos. Me gustas mucho; no quiero que pienses más en lo que pasó anoche entre nosotros. No he dormido dándole vueltas a lo que pudo pasarme anoche y creo que fue

porque...

«Muy mal momento para sacar ese tema —pensó Raven—, ¿cómo no iba a tener dudas si todo eran rechazos?» Pero debía actuar ya o no sería capaz de hacerlo.

—Esto no va a funcionar.

Raven fue directa. No quería alargar su agonía. James levantó la cabeza, ¿a qué se refería?

—¿Tilman?

Raven apretó los puños bajo la mesa. No quería una larga conversación, no la soportaría.

—Lo nuestro.

—¿Qué?

—No es como imaginaba.

—¿Qué? Puedo darte una explicación, ayer estuve...

—Da igual, pasó lo que pasó. —James frunció el ceño, ¿de qué le hablaba? —. Anoche me di cuenta de muchas cosas, James. No es esto lo que quiero.

—Pero fue algo puntual, te lo juro. Por Dios, Raven, estamos hablando de sexo, solo sexo.

—Suficiente para mí; lo he intentado todo para que me desearas y eso no ha pasado, ni pasará. Y es lo que quiero.

James enmudeció de golpe, incluso estaba seguro de que su cara se estaba poniendo blanca por segundos. ¿Un desliz sexual y se acabó todo? Estaría de broma, ¿no? Pero el gesto serio de Raven le confirmó que no lo estaba.

—¿Me estás diciendo que no cumplí ayer y todo se va a la mierda?

—Sí, lo siento.

—Puedo explicarlo; las cosas no son tan sencillas.

—James, yo no te gusto.

—Por supuesto que me gustas.

—¿Hasta cuándo vas a mentirte a ti mismo? ¿Hasta cuándo vas a soportarlo? No puedo consentir que mi marido llegue a engañarme, a tener a

otras mujeres.

—¿De qué me hablas? Nunca te haría eso, yo te...

—¿No te das cuentas? Nos estamos mintiendo. No era esto lo que yo buscaba.

—¿Y qué buscabas? ¿Qué esperabas?

—Un conde del montón.

—¿Un conde del montón? ¿Qué significa eso?

—Alguien como yo.

James le mantuvo la mirada con intensidad. ¿Realmente ella era así de superficial? ¿Dónde había estado esa información hasta ese día? Lo había conseguido engañar.

—Nunca has visto lo que vales y lo peor es que por mucho que yo te lo diga no me vas a creer. Seguirás pensando que solo me engaño y te engaño, que estoy contigo solo por tu dinero; las cosas han cambiado.

—Tenías toda la razón, siempre la has tenido. Necesito amor, necesito sexo con amor.

James cerró los ojos con fuerza. Esa era la verdad; ella se sentía inferior a él, y a él, quizás ese miedo lo estaba controlando, quizás empezaba a pensar que estaría mejor alejada de él. No, no era lo mejor; ella estaba siendo una egoísta.

—No puedes rechazarme porque ayer las cosas no salieran como las esperabas. Para mí también fue una decepción.

—Sé que no buscábamos un amor irracional, sino todo lo contrario, pero sé también que necesito a mi lado a un hombre que me complete en otros aspectos y uno de ellos es en la cama.

Un buen golpe bajo, cruel; Raven quería concluir ya. Entonces fue cuando la mirada de James se oscureció. Raven pudo sentirlo, pero lo que no sintió fue lo que pasaba por dentro del hombre que tenía enfrente. James sí pudo verlo en su mente y en su corazón. Fue como si fuera un gran muñeco de esos de porcelana pura guardados en un bello estante y al abrirlo se escurriera de él y

cayera lentamente hasta estamparse en el suelo de piedra y hacerse añicos. Porque acababa de descubrir que ella, esa mujer que había creído especial, esa mujer a la que empezaba a considerar su igual, esa mujer que había conseguido devolverle la sonrisa, esa, era igual que el resto, una egoísta, una niña mimada acostumbrada a hacer su voluntad y a guiarse por sus caprichos, alguien que no pensaba nada más que en ella y que no dudaba en romper sus promesas. Sin honor, sin dignidad y sin remordimientos ante el daño que hacía a su alrededor. Todo su odio hacia el resto del mundo se concretó en ella, en ese rechazo, en esas palabras. Quizás no debería sentirse así, pero era lo que le dejaba su alma. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana de su casa, de la casa que había cobijado a su familia durante generaciones y en la que había puesto sus esperanzas, su futuro con Raven.

Raven ni se movió; hacía unos segundos quería una discusión corta y en esos instantes estaba temblando que fuera así, ese pesado silencio y esa expresión. Sabía que no hablarían más del asunto, que todo estaba ya roto y que era su culpa. Las entrañas empezaron a arderle, pero no iba a ceder, lo amaba con locura y su rechazo y desgana de la velada de la noche anterior le habían hecho mucho daño, un dolor que ya había podido vislumbrar cuando él había llegado a Chicago, pero que había querido ignorar. Su vida no estaba junto a él, no iba a ser feliz así; su abuelo lo entendería. Él no era su conde del montón.

—Le he pedido a Paul que venga a por mí.

—¿Ni siquiera vas a regresar conmigo? —Voz honda, fría, cavernosa, imposible de albergar. Le preguntó sin dejar de mirar por la ventana.

—No, es lo mejor. No te preocupes; por mi parte te prometí ayudarte y es lo que haré. No voy a dejarte solo. Tendrás el dinero para Tilman y espero que en un futuro podamos ser amigos. Paul se quedará y terminará de arreglar tus asuntos.

James no contestó, ¿amigos? No hacía falta reírse de él y ser una hipócrita. Ya todo estaba roto, igual todos tenían razón, y ella había sido solo un

espejismo, quizás su familia había visto algo que él no pudo ver, quizás sí, ella no era su tipo. Se dio la vuelta y abandonó la cocina. Esa iba a ser la última vez que se vieran.

Cuando Paul llegó, el silencio ocupaba completamente la casa. Él conocía parte de las circunstancias y no preguntó nada más. Por suerte, James no hizo acto de presencia y él no insistió; ya habría tiempo para calmar las cosas. Raven no habló y se dirigió con paso ligero al coche no sin antes echar un último vistazo a Tilman, a lo que podría haber sido. No había visto a James desde la discusión; se había encerrado a cal y canto en su habitación. Ni siquiera se despidieron, mejor así.

Raven subió al vehículo y fue Paul el que se encargó de su equipaje. El camino iba a ser largo.

—Tengo billetes de avión a Chicago; llévame al aeropuerto.

—¿Estás segura? —Era el momento de las preguntas.

—Sí. He abierto los ojos.

—¿Lo quieres?

—Ese no es el problema.

—¿Y cuál es?

—No quiero que sea infeliz, que acabe odiándome por estar a su lado. No quiero que se vea en la necesidad de tener una amante. Eso lo haría sentirse culpable y a mí con él. No quiero ser yo la única que sienta, que ame, que desee. No quiero que él esté obligado a hacerlo. No lo haré, no seré la causa de su desdicha, no quiero que llegue a sentir que una familia sea un peso, que acabe odiando a sus propios hijos como hizo su padre con él. No voy a arriesgarlo todo por mi capricho, por mi enamoramiento y mis propios deseos.

—Estás hablando de cosas que no sabes si van a pasar.

—Da igual; no voy a correr el riesgo. Nuestro trato era por dinero y posición; a mí la posición ya me da igual y no voy a anular su vida por el dinero. Quiero que sea feliz; le daré el dinero igual.

—Es una buena forma de verlo, como un amigo al que le haces un favor.

—Debió ser así desde el principio, una cooperación entre socios. Me habría ahorrado mucho dolor.

—El amor no se elige, surge sin más.

—Yo no buscaba amar, solo quería un título. Pero me fue imposible separar ambas cosas, no con James.

—Ahora tendrás que vivir con tu decisión, ya no hay vuelta atrás. Él estará dolido.

—Se le pasará en cuanto empiece a trabajar en Tilman House, en sus proyectos; se olvidará de la gordita americana.

—Ya.

Paul dejó ahí la conversación. Aceptaba su decisión, pero no la compartía. Él sí creía que James no estaba solo con ella por el dinero y, si era como Raven decía, había sido capaz de engañarlo. Pero ¿qué habría pasado la noche anterior entre ellos para decantar la balanza de Raven? Sería algo personal. No iba a remover los malos momentos. Y ella pronto se apaciguaría en su casa de Chicago y con su gente, un océano los volvía a separar, quizás nunca debería haberlo cruzado.

Habían pasado varios días, días en los que James no había regresado de Tilman House, días de autocompasión y de acumulación de rencor, de llanto a ratos y de desilusión. Días en los que la embriaguez lo obnubiló todo.

William entró despacio en la oscura habitación, sin hacer ruido. Sabía que el despertar sería complicado, un potente olor rancio y de humedad lo golpeó. Hacía dos días que Paul había vuelto a Londres y lo había informado de lo que había ocurrido, de la marcha de la señorita Simmons. Se acercó a la ventana y descorrió la cortina, dejando pasar la luz.

—Joder, cierra eso.

La voz ebria de James le hizo menear la cabeza. Nunca lo había visto borracho, no a él.

—Milord...

—No me llames así —le gritó un segundo antes de aferrarse la cabeza y meterse otra vez debajo de las sábanas.

William se acercó a la cama y se sentó a su lado, levantando la que lo cubría, la resaca era intensa, pero no pudo esconder unas lágrimas que resbalaron rebeldes por sus mejillas. Le separó los brazos que tapaban su cara y lo dejó desahogarse, abrazándolo. James sintió su consuelo de padre, ese consuelo que nunca había tenido antes.

—Todo se arreglará.

—Me ha dejado, William. Creí que todo sería distinto y me ha dejado.

—Fue un trato superficial que se transformó en algo más profundo. Por eso no podía ser. No era esa su función, en algún momento del camino todo se complicó.

—¿Qué voy a hacer ahora? Por unos segundos pude pensar en un futuro feliz. Sé que todo empezó por interés económico, pero ella de verdad me gustaba.

—Puedo preguntarle qué ocurrió.

—Un error, William, solo un fallo en la intimidad. No entiendo qué me pasó. Su inseguridad hizo el resto; ella huyó.

—No le dé más vueltas, saldremos adelante.

—Estoy cansado de luchar.

—No lo creo.

Pero no era así, lo más sencillo sería vender a Hertonchild o negociar con Charles y era algo que nunca haría. Se levantó de la cama y se dirigió a la ducha. William tenía razón, era el momento de continuar y buscar otra solución.

—¿Cómo te enteraste?

—Paul me informó. Está esperando en Londres.

James frunció el ceño. ¿Qué mierdas haría aún en su casa? Había que regresar.

—Nos vamos, prepárate.

—Recogeré sus cosas.

Se metió en el baño y abrió el agua de la ducha, dejando que esta lo limpiara y se llevara su resaca, su malestar y sus sueños, que se llevara su autocompasión.

James entró directamente a la biblioteca. No hizo falta que nadie le dijera dónde estaría Paul y tenía ganas de acabar con todo.

—Creí que ya estabas en Chicago.

—Llevo dos días esperándote. Tenemos que zanjar algunos asuntos.

—Es fascinante la poca importancia que das a lo que ha pasado.

—Por suerte todo terminó antes de que fuera demasiado tarde, aunque he de decirte que confiaba en que funcionaría.

—Tú la conoces mejor que yo, quizás debiste advertirme de que se largaría.

Paul se dio cuenta de que estaba enfadado y no era para menos. Iría al grano. No quería pasar mucho más tiempo en Londres; Raven lo necesitaba.

—Tengo preparado un documento de cesión de cierta cantidad para que...

James soltó un bufido y se sentó en el sillón del escritorio.

—No quiero nada de ella.

—James, debes enfriar tu enfado. Las cosas están como están y es mejor para ambos.

—No quiero nada, ¿no me escuchas?

—Es más complicado.

—No te preocupes; te devolveré lo que me dejasteis.

—Las cosas no van por ahí. Raven me ha encargado que ponga en tus manos un efectivo para que...

—Métete el dinero por el culo y lárgate de mi casa; ya no eres bien recibido.

—Si Raven se entera de que no has aceptado el dinero...

—Pues no se lo digas, no es un problema para vosotros mentir, ¿verdad?

Ahora fuera de mi vida.

—¿Cómo piensas salir de esta?

—Ese ya no es tu problema.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio.

—Fuera.

Paul no podía irse de allí sin convencerlo, sin hacerle aceptar ese dinero.

—¿No ha oído a mi hijo? —La voz de Brianna llegó desde la puerta.

—Señora, esto no va con usted.

—Milady, debería haberse acostumbrado ya, y le preguntaba si es que no ha oído a mi hijo.

—Me voy. —Sacó una tarjeta y se la dio a James—. Llámame si lo necesitas.

James sonrió con desgana y la rompió en sus narices; no había nada más que hablar. Paul negó y salió de allí. Todo había terminado mal. Solo esperaba que James analizara las cosas y las entendiera, con Raven o sin ella, necesitaba su ayuda.

El sonido de la puerta al cerrarse los devolvió a su realidad.

—Has hecho bien, hijo, esa zorra americana...

—Ahora no, mamá.

—Te dije que era una mala idea, que ella no estaba a tu altura.

—Ahora no.

—Una arribista sin sangre noble, no merecía nuestro apellido, nuestro título.

—He dicho que te calles, no necesito tus malsanos consejos. —James no pudo evitar levantar la voz.

—Haz lo que quieras, pero no la tomes conmigo.

—Es enternecedora tu recién descubierta preocupación por mí.

Brianna frunció el ceño. Se dio media vuelta con furia y salió de allí. Lo dejó solo, aunque igual debería haber aceptado ese dinero.

Paul subió al avión y se recostó en su asiento en primera clase. El viaje iba a

ser largo. El rechazo y la forma de actuar de James lo habían pillado por sorpresa. Entendía que era por dignidad, pero había sido un error. Sin embargo, había algo extraño en todo lo que había pasado. Ambos estaban dolidos, enfadados y decepcionados, ¿Cómo se le había pasado por alto que los dos acabaran enamorados? Pero era algo que no diría a Raven. No lo creería y ese tema ya era tabú. Como tampoco le diría que él no había aceptado el dinero. No quería preocuparla más, alargar el dolor por más tiempo. Lo había dicho James con claridad: ya no era su problema. Cerró los ojos e intentó dormir. Todo había concluido y era momento para el olvido.

Capítulo 21

Era una mala hora para andar por el centro de la ciudad, no le gustaban las muchedumbres. Nunca le habían gustado, pero no tenía más remedio. Desde que se había hecho a la idea de que volvía a estar solo, todo ocurría de forma más lenta, más apática, pero su vida continuaba y había empezado a buscar trabajo, como muchos más, como uno más. Apenas tenía tiempo para relajarse y eso era bueno en esos momentos, no pensar en nada, no pensar en ella, en que ya no estaba, en que había sido un estúpido orgulloso al no aceptar su ayuda económica, ¿qué más podía hacer? ¿Acordase el resto de su vida de que se la debía a ella? Eso nunca.

—Vaya, contigo quería hablar.

—No me jodas. —James dijo eso para sí, pero el cabreo lo envolvió. Era la persona a la que menos quería ver.

Y allí estaban, Lancaster y su querido cuñado. Charles le abrió la puerta de la cafetería que tenían justo enfrente y James entró, cuanto antes acabaran mejor. Los tres se sentaron cerca de la ventana y de la puerta.

—Tu ruptura con la americana nos ha sorprendido a todos —dijo Charles con fingida pena.

—Adiós. —James se levantó de la silla y se dispuso a marcharse. Charles se lo impidió.

—Por favor, no seas crío. Pero bueno, iré al grano. Mi oferta sigue en pie.

—Y mi negativa también.

—Piénsalo, James.

—Vete a la mierda, Charles. —James miró a su cuñado que se mantenía en silencio y con la cabeza baja—. ¿Tú no dices nada?

—Lo siento, James.

—¿Qué sientes, Matt?

—Que no salieran bien las cosas, yo...

—Me dais asco.

—No es nuestro problema que la americana huyera porque tú no cumpliste. James frunció el ceño, ¿cómo sabía eso Charles? No lo había contado.

—Tú qué sabrás.

—Tal vez sí lo sé, igual tuviste una ayudita.

—¿Qué quieres decir?

—¿Estaba buena la cerveza?

Y lo entendió, Hertonchild le había puesto algo en la bebida aquella noche en el bar del pueblo, por eso se sentía tan extraño, por eso...

—Maldito seas.

—Los negocios son negocios, James. No me gusta perder.

James lo cogió del cuello de la camisa y lo alzó del taburete que ocupaba. Respiró hondo y lo soltó. Ya nada le importaba. Esa noche solo había sido el detonante definitivo, algo inevitable. Ella se habría ido igual tarde o temprano.

—Vete a la mierda, Charles.

—Mi oferta sigue en pie.

Y sin decir más, salió de allí. No tenía tiempo para hipócritas malvados, para gente sin ningún escrúpulo en arruinar su vida. Charles y Matthew lo vieron alejarse calle abajo con andar frenético.

—Está acabado, ahora sí es cuestión de tiempo. No sé qué haría Victoria, pero desde luego hizo huir a la americana.

—Quizás sea para tener vía libre —soltó Matthew sin pensar; lo de la droga había sido muy rastroso.

—Estás mejor callado.

Matthew también se levantó y salió de allí. Por ese día ya lo había soportado bastante. No estaba bien, lo sabía, la expresión de derrota de James, sus ojeras, su cansancio, se le revolvía el estómago. La droga que ellos habían puesto en su bebida había sido rastrero y cruel. Él no estaba al tanto de eso; hacía un tiempo que Charles actuaba por libre y él ya no estaba cómodo en contra de su cuñado, ya no quería hacerle más daño, ¡cómo deseaba poder dar marcha atrás y decirle a Losley que se fuera a freír espárragos! James era su familia y no se lo merecía. Lo sabía.

James continuó su camino, furioso, humillado, dolido. Este era su estado natural desde hacía tiempo y ver a esos dos no ayudaba a mejorarlo, y menos después de enterarse de que toda la culpa de lo que había pasado aquella noche en Tilman había sido de Charles, aunque tampoco fue que Raven le hubiera dado opción para explicarse ni que le importara haberse marchado dejándolo solo. Otro terrible error en su vida, otro más de los muchos que lo acompañaban, pero un error con el que no contaba, que lo había pillado por sorpresa y en el mismo momento en que todo parecía ir sobre ruedas, en el que, por fin, empezaba a confiar, empezaba a volar feliz. ¿Y qué era ese gesto de pena de su cuñado? ¿Qué pasaba por su cabeza? La intención de Matthew le dolía de verdad. No se llevaban muy bien, pero pensar que había tenido algo que ver con los planes contra él de Charles... Caminó un par de manzanas más, dejando currículos en los lugares más variados, ya poco le quedaba por visitar y se iba haciendo a la idea.

—Hola, querido.

James soltó una maldición ante el saludo. ¿Cómo podía pasarle eso en un intervalo de dos horas? ¿Cómo podía tener tan mala suerte con los encuentros incómodos y no deseados?

—Tengo prisa.

—Te veo algo cambiado, James.

—Yo a ti más feliz, Victoria.

—La verdad es que llevo una buena mañana, de compras ya sabes.

—Me alegro. Adiós.

—¿Por qué no tomamos algo? Para recuperar viejos tiempos.

—No, gracias, no quiero estar contigo. No quiero verte ni hablar como amiguitos, no lo somos desde hace mucho.

—Menudo humor gastas desde que te dejó la gordita —dijo ella con una sonrisa de triunfo.

James la miró con rabia, una mirada que la dejó helada y en silencio, una mirada que le dijo todo.

—Olvídame.

El apelativo de «zorra» lo omitió; no quería más problemas. Entró en el último edificio de oficinas que le quedaba en las cercanías y salió con la misma frustración. El mundo se había conjurado contra él. ¿Dónde estaban los trabajos? Se pasaba el tiempo pegado al teléfono móvil esperando la llamada que lo sacara de sus problemas, que le diera un ligero respiro.

El tiempo estaba gris, la niebla no abandonaba las calles esa mañana, y Andrew estaba igual. El plano que tenía delante no conseguía que se concentrara y Peach estaba igual. Había planeado un fin de semana de parejitas hacía tiempo y la ruptura de James y Raven la había desolado. ¿Cómo no se habían dado cuenta de que algo iba mal? ¿Cómo no lo habían visto venir? Desde entonces James estaba ausente, encerrado en sí mismo. Había tenido más desengaños amorosos, pero nunca a ese nivel y no solo eso, sino que les había prohibido, bajo amenaza de muerte, que intentaran hablar con Raven, y eso era algo que su esposa no llevaba muy bien. Sin embargo, así estaban las cosas

James tocó ligeramente la puerta de cristal del despacho de su amigo haciendo que diera un respingo en su taburete alto.

—¿Tienes un minuto?

—Adelante. Me vendrá bien parar.

—Será rápido.

—Pues tú dirás, ¿qué te trae por aquí? —James le enseñó unas carpetas, estaba buscando trabajo—. ¿Has tenido suerte?

—Todavía no, por eso he venido. Necesito que me consigas una cita con uno de los vendedores de casas; no puedo esperar más.

—¿Qué?

—Voy a vender mi casa. Después de darle muchas vueltas, es la única solución que se me ocurre. He estado mirando la demanda y el precio por el que se están vendiendo las casas de Eaton Pl. y los alrededores y me daría para salvaguardar Tilman House y empezar a vivir de otra manera hasta que encuentre algún trabajo.

—¿Vas a vender Eaton? Es vuestra casa desde hace muchos años. Naciste ahí.

—Lo he pensado mucho; no me lo hagas más difícil. Sé que te mueves en el mundo de las ventas y que conoces gente adecuada. Localízame al mejor y al que pueda conseguir más precio.

—Sé quién es el más adecuado, pero no si va a aceptar. Normalmente está muy solicitado.

—Yo hablaré con él de los detalles.

—Creo que puedo convencerlo. Lo llamaré.

—Perfecto, avísame cuando lo tengas. Voy a seguir mi vuelta.

—Sabe tu madre que...

James negó, más adelante se enfrentaría a su familia, tenía suficiente con seguir adelante.

—Quedamos luego. ¿En serio no hay otra solución?

—Yo no la veo, sin el dinero de Raven no hay nada.

—No debiste rechazarlo; ella tenía buena fe.

—No me jodas, Andy. No quiero nada de ella. Y para colmo Lancaster ha renovado su oferta, sabe la situación en la que estoy, supongo que por Matthew. Ayer me abordaron en el club.

—¿Entonces? ¿Les vas a dejar ganar a tus enemigos?

—No, no cederé Tilman House. Con el dinero que obtenga podré pagar el embargo de Tilman y las deudas de sus impuestos. No podré trabajar allí sobre mis proyectos, pero puedo dejarla fuera de las conjuras económicas de esos imbéciles.

—¿Y la inversión que querías hacer?

—Tendrá que esperar. Por ahora me conformo con pagar lo que debo y encontrar un trabajo. Si tengo una nómina, quizás logre convencer al banco.

James extendió los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos, derrotado.

—¿Por dónde empiezo? Llevo tres días dando vueltas sin éxito.

—¿El trabajo?

—Sí.

—*The City* es la primera opción, un paseo por sus empresas.

—Es lo que hago. ¿Qué me dices de la tuya?

—Ahora mismo no hay vacantes, pero puedo preguntar.

Iba a ser complicado, pero Andy no quería desanimarlo. Veía a James cada vez más abatido, más hundido, a punto de ceder.

—Empiezo a impacientarme.

—James, ¿qué pasó realmente entre ella y tú? —Andy no sabía nada, él no se lo había contado.

—Consígueme esa cita para la venta.

Le dio un toquecito a Andrew en el hombro y se marchó.

—¿Por qué no vienes a cenar a casa?

—No tengo tiempo, otro día. Saluda a Peach.

—Sí, claro.

James cerró la puerta de cristal del despacho de Andrew y se alejó por el pasillo. No era que no quisiera pasar tiempo con ellos, pero no quería contar nada, aún no, ya habría tiempo cuando estuviera preparado.

En cuanto James se marchó, Andrew cogió el teléfono y marcó el número de Chase Milton, el mejor agente inmobiliario de la ciudad. Rápidamente le

explicó la situación del inmueble que quería vender.

—Eaton Pl., ¿dices?

—Sí, querría una venta rápida y al mayor precio posible, ¿puedes encargarte tú?

—¿Con mi porcentaje de siempre?

Y ahí estaba el negociador. Si hubiera vivido en el medievo, hubiera sido un buen usurero, pero lo conocía bien, el dinero, aunque tuviera suficiente, siempre lo hacía reaccionar.

—Por supuesto.

—No sé, Carrington. Es cierto que la zona es magnífica y que hay mucha demanda. Lo tendré en cuenta, pero estoy de trabajo hasta arriba, pasará un tiempo.

—No me fastidies, ¿no hay alguna forma de adelantarlo?

—Lo siento, Andrew, es lo que puedo ofrecerte, puedes buscarte otro agente.

—Venga, Milton, eres el mejor para sacar un buen precio.

—Y por eso estoy tan solicitado. Me caes bien, lo tendré en consideración, pero no puedo darte una fecha.

—De acuerdo, ¿qué tal si hablamos de negocios? Sé lo interesado que estás en la nueva urbanización que tengo entre manos.

—No está en tus manos, sino en la de tus jefes. Solo eres un trabajador más.

—Puedo persuadirlos, confían en mi criterio.

—Y solo tendría que...

—Quedar con mi amigo y tratar los detalles.

Se hizo un silencio, Milton estaba analizando qué ventajas sacaría de esa venta en comparación con otra y estaba claro: más dinero y más beneficios.

—De acuerdo, dentro de una semana, a las diez de la mañana en mi oficina.

—Gracias, Milton.

—Estaremos en contacto.

James se dejó caer sobre la silla del club y apoyó la carpeta en la mesa. Habían sido varias semanas de: «No eres lo que buscamos, ya te llamaremos si necesitamos a alguien como tú». Empezaba a estar harto. Había quedado allí con Andrew; al parecer ya había hablado con el agente inmobiliario.

—¿Y bien?

—Más de lo mismo. —James se sentó a su lado.

—No lo entiendo. Sabes tres idiomas, tienes un master, ¿qué más quieren?

—Me da la impresión de que en esta ciudad nos conocemos todos y eso es lo que me cierra las puertas. ¿Qué sabes del agente inmobiliario?

—Está hasta arriba de trabajo, le llevará un tiempo.

—Tiempo que no tengo, las deudas de las casas empiezan a acumularse de nuevo.

—Debiste aceptar el dinero de Raven. —James frunció el ceño con rabia ante el comentario de Andrew, ¿otra vez lo mismo?—. Lo siento, no debí decir eso. Traigo buenas noticias, se reunirá contigo. Al principio estaba reticente, pero le ofrecí una manzana que quería morder. Al fin y al cabo, todo es por dinero.

—Como todos.

—¿Necesitas algo para este mes?

—No te preocupes. Joder, la venta sería la solución momentánea. Sin la deuda de la casa ni la de Tilman House tendría un descanso.

—Y tus proyectos abandonados.

—Aplazados, así como la reconstrucción de Tilman, pero por lo menos seguirá siendo de mi propiedad y esos capullos... Luego solo necesitaría alquilar algún piso pequeño y encontrar trabajo para sobrevivir.

—Y si tu hermano hiciera lo mismo... —James no contestó, era mucho pedir—. ¿Qué ha dicho tu madre?

—Aún no lo sabe, estaba esperando a hablar con el agente.

—Va a ser complicado.

—Es lo que hay; tendrá que aguantarse.

—Siempre puede ir con tu hermana.

—No es una opción; Matthew no la dejará ni pasar la puerta.

La situación se estancaba de nuevo, era necesario vender la casa y para eso necesitaba animar al agente, convencerlo, y para eso era la cita.

Andrew lo había informado sobre él, su nombre, su carácter, su forma de trabajar, hasta sus gustos y sus debilidades. Entre él y Peach habían hecho los deberes, todo lo que necesitaba para llegar preparado a esa reunión. Avanzó por la oficina que la inmobiliaria tenía en pleno centro de la ciudad y fue hacia el despacho más alejado y con mejores vistas del nivel. Variadas fotos de pisos, casas y haciendas colgaban por doquier con indicaciones y anotaciones por todos lados. Tocó ligeramente con los nudillos en el cristal y, ante el gesto con la mano de Milton, accedió.

—Buenos días, soy James Tenston; teníamos una cita.

El hombre era algo más joven que él, con unas gafas de pasta de diseño y ropa en estilo vintage que le otorgaban un aire de modernidad muy contradictorio.

—Por supuesto. —Milton le indicó que se sentara frente a él—. Carrington me informó de que estaba interesado en vender su casa en Eaton Pl.

—Correcto, tengo entendido que usted es el más indicado para hacerlo.

—Sí, iré al grano. He estado mirando el precio de los inmuebles por allí y bien podría sacar dos o tres millones. El problema es que mi trabajo es intenso y por ahora tengo otras prioridades igual de suculentas. Hay mucha demanda de inversores extranjeros y ricos en la ciudad; tardará un tiempo.

Andy tenía razón, debía negociar.

—¿Hay alguna forma de acelerar los trámites y de que me ponga como máxima prioridad?

—Conozco sus circunstancias, lord Tenston; entienda que necesito una seguridad.

—En nuestro contrato se especificaría que tendría un porcentaje de la venta.

—Sí, un quince por ciento, pero eso lo recibo en todos.

—Otro incentivo, quizás.

—Quizás.

—¿Cuánto?

—Una cifra simbólica a modo de adelanto, digamos ¿diez mil?

James resopló, más dinero, pero debía conseguirlo.

—De acuerdo, deme unos días.

De repente la mirada y la sonrisa de Milton cambiaron. Algo en la expresión de su cuerpo, en sus ojos, en su forma de recostarse en su sillón de cuero. Algo que a James no le agradó.

—La verdad es que estaba pensando que podíamos organizarnos de otra manera, ¿qué tal una cena?

James sonrió, estaba en lo cierto, lo había visto ya en varias ocasiones, pero siempre con mujeres. Milton le sonreía lanzándole miraditas y sus intenciones estaban claras. Sería fácil, como siempre, un polvo con él y asunto arreglado. Menudo montón de mierda, pero no iba desencaminado. Era la forma más rápida para conseguir el dinero, pero no sería él el que acabara en su cama.

—Cuando tenga la cantidad, se lo haré saber. Gracias por todo, pero no me interesa su proposición.

—Es una pena; aun así, espero que hagamos negocios pronto. Una cosa no quita la otra.

—Por supuesto.

James le estrechó la mano sin muchas ganas y se marchó. Era un medio para un fin, y por eso debía tolerarlo y no partirle ahí mismo la cara por sus insinuaciones.

James hizo presión con los dedos sobre el tabique de la nariz. Su madre estaba cada vez más alterada. No lo entendía, no veía las cosas como las veía él, ¿qué esperaba? ¿Comprensión por su parte? Brianna daba vueltas por el salón

con el ceño fruncido y levantando la voz.

—No voy a irme de aquí; es mi casa.

—No hay más opciones, estamos en la ruina. Lo único que nos puede salvar es vender la casa.

—¿Para qué? ¿Para salvar Tilman House?

—Para poder sobrevivir. Buscaremos otro lugar más asequible hasta que todo se arregle.

—No viviré en un piso minúsculo y sucio, hacinada y en malas condiciones solo porque tú seas un inepto.

James resopló para intentar calmarse, debía estar acostumbrado a los insultos de su madre, pero aun así...

—Es lo que vamos a hacer. Con el dinero que nos den por la casa podremos pagar la deuda de Tilman y alquilar algo por un tiempo. Buscaré un trabajo y poco a poco...

—Roger y yo nos iremos con tu hermana.

—No podéis ir con ella.

—Es lo que haremos, si tú no quieres...

—No podéis.

—Deja de amargarnos la vida.

James no pudo más. No iba a morderse la lengua más. Estaba harto de que todos estuvieran en su contra, de que siempre lo culparan a él de todo.

—Matthew no quiere que aparezcáis por allí; si lo hacéis, dejará a Debbie. No voy a permitir que arruinéis también su vida.

—Mientes.

—Hablé hace mucho con él. Me exigió que nos apartáramos de ella, de su familia, que no quería saber nada de nuestras deudas, problemas y reputación. ¿Sabías que papá le pidió dinero para que pudiera casarse con Debbie?

Su madre desvió la vista, por supuesto que conocía esos detalles y ¿le extrañaba que su cuñado los odiara? Y eso que no les había contado nada de sus chanchullos con Lancaster.

—Si llevas a cabo tus planes, nunca te lo perdonaré.

—No hay otra opción.

—Vende el título, traspasa Tilman House.

—¿Y de qué vivimos? ¿Cómo mantendremos tu ritmo de vida y el de Roger?
¿Cómo mantendremos la casa?

—Nunca lo mereciste.

—Si te refieres a heredar toda vuestra mierda, tienes toda la razón.

Brianna apretó los labios con fuerza, con rabia.

—¿Por qué no te casaste con la americana? ¿Por qué dejaste que se fuera?

—¿Ahora quieres a Raven? ¿Se te olvidan los insultos y el menosprecio al que la sometiste? ¿No era una zorra advenediza?

—Pero fuiste tú el que la dejaste ir.

—Fue su decisión, no la mía.

—Eres un inútil.

Brianna salió del salón con paso ligero. No iba a seguir discutiendo. No se saldría con la suya. James ya había tomado esa decisión. Él era el conde, el dueño, y poco podía hacer, pero maldita la gracia que le hacía tener que abandonar su hogar. Quizás si hubiera sido más amable con la americana, ahora no estarían en esa situación tan crítica.

James se quedó un rato más sobre el sofá; las discusiones con su madre siempre lo ponía muy nervioso, pero debía decírselo, ponerla sobre aviso. Sonrió con sorna; de repente su madre apreciaba a Raven, lo que era capaz de hacer para molestarlo sin importarle la tensión y los problemas que lo rodeaban y que lo único que intentaba era salvarlos a todos. Sin embargo, debía ser sincero consigo mismo: no lo hacía por ellos, sino por su abuelo, por él. Pero no era el momento para darle vueltas a la reacción de la gran Brianna, debía conseguir el dinero que Milton le había pedido. Y rápido. Solo tenía una opción. Se mordió el labio inferior con fuerza, se mentalizó, llevaba días pensando en cómo conseguir tanto capital, y cogió el teléfono. Su descenso a los infiernos no había hecho más que comenzar.

Capítulo 22

Entró por la puerta del hotel y se dirigió directamente a recepción. No se fijó en los clientes que se entretenían tomando un café en las mesas de la cafetería que había en el salón de al lado o en los que se dirigían al restaurante de lujo detrás de la puerta dorada del fondo, al gran salón adornado con una enorme lámpara de araña con cristales; para qué hacerlo, ya no era su mundo. Se sentía alejado de todo, de todo lo que siempre había sido su fe, de todo lo que antes había considerado su lugar. Miró el gran reloj que tenía enfrente. En uno de los pilares floreados, tenía una hora antes de que ella llegara, necesitaba centrarse y pensar. Apoyó el brazo en el mostrador y se dirigió a un joven con gafas que sonreía exageradamente.

—Suba a la suite 3 un par de botellas de su mejor whisky.

—Sí, señor, enseguida.

Cogió la llave tarjeta que él le entregó y subió en el ascensor hasta la última planta, seguro que tenía la mejor vista de la ciudad. Y no se equivocó. Era un hotel nuevo para él. Nunca antes habían quedado allí, pero se le antojó como todos los demás, lujos y excesos para aburrir.

Pronto tuvo allí las botellas que pidió y pronto apuró un par de tragos. Su mente divagó, ¿por qué le resultaba tan difícil? Se había acostado mil veces con Victoria. Era la única mujer que le había hecho hervir la sangre de pura lujuria, con la que se sumergía en una vorágine sexual sin pensar mucho. ¿Qué le pasaba? Tenía que olvidarse de la razón por la que estaba allí, imaginarse

que era una noche más de desenfreno con ella, que jodería mucho a Charles. Mentalizarse, mentalizarse, mentalizarse, esa era la cuestión y animarse con un poco de química como aquella noche en Tilman, pero al revés. En unas horas habría acabado. Después de todo ella no era distinta a las demás, a todas las que lo habían traicionado, solo buscaban un puto buen polvo. Y fue entonces cuando una risa cantarina, un cabello rebelde y oscuro, unos ojos color miel y un olor dulzón lo invadió. No, todas eran iguales.

El ruido de la puerta al abrirse lo hizo desviar la vista hacia ella. ¿Ya había pasado una hora? Victoria accedió y dejó su bolso y su abrigo sobre el sillón del saloncito que tenía la suite, frunciendo el ceño al ver la botella casi vacía y al hombre apurar el último trago del vaso que sostenía.

—¿Estás borracho?

—Lo suficiente.

—Tú nunca bebes, James.

—Ni follo por dinero, pero, ya ves, las cosas cambian. Y no me llames James, esta noche soy... —pensó un minuto.

—No digas tonterías.

—Tienes razón, no tiene cuenta decir nada de nada.

—Esto es absurdo, estás bebido.

—Tranquila, te haré gozar.

—Mira, voy al baño, despéjate.

James se tumbó sobre la colcha de seda de la cama, la droga, aunque muy ligera, empezaba a hacer efecto. Fijó sus ojos en el techo mientras la esperaba, sin mirar nada en concreto, con la mente en blanco, era lo mejor. En poco tiempo su futuro se había vuelto a complicar. De nuevo lo habían traicionado, abandonado, menospreciado, pero había decidido no hundirse, aceptaría las cosas cómo estaban y se dejaría de ínfulas de gran conde. Debía hacer todo lo que estuviera en su mano. Ya había comprendido que su vida sería así, que estaba solo. La traición de las mujeres que le importaban dejaba un mal sabor de boca, y entender que su deber era mantener a una familia que lo

despreciaba y que solo quería verlo acabado, encargarse de ellos para siempre y cargar con sus mierdas, era su destino y punto. Y en eso estaba; iba a organizarse como mejor pudiera sin mirar atrás ni lamentarse.

Victoria salió del baño con un conjunto de lencería impresionante, pero él ni se inmutó.

—Me alegra que hayas entrado en razón, tu lugar está junto a mí.

«Di mejor entre tus piernas, puta».

No le contestó, ¿para qué? No estaba allí para charlar. Se levantó de la cama y, despacio, se acercó a ella para besarla con pasión. No iba a ser tan difícil. Al fin y al cabo, ella siempre había sido su debilidad, solo su orgullo saldría perjudicado. La desnudó con prisa e hizo lo mismo, sentándola sobre la cama y arrodillándose a su lado. Ella abrió las piernas para invitarlo y agarró fuerte su cabello para impedir que moviera la cabeza de entre sus muslos, para evitar que la placentera tortura a la que la sometía acabara. Ese era su lugar y saciar su deseo era su deber, ¿por qué le costaba tanto entenderlo? Cuando la tuvo al límite de su control, James se levantó y se situó sobre ella, sabía lo que le gustaba, sabía que con Victoria no se podía ser suave, y no lo fue. Se adentró en ella sin pedir permiso, sin piedad y ella lo recibió arqueando más sus caderas, rodeándolo con las piernas y agarrándolo del culo, pidiéndole más, solo él la hacía sentirse así, daban igual las circunstancias, el olor a alcohol, su silencio...

James hacía malabares con su autocontrol para no fallar, pero le estaba resultando muy difícil. Las imágenes de Raven acudían a su mente para traicionarlo, ¿por qué lo hacían? La veía señalando el horizonte con una sonrisa en el London Eye, la veía encima de la escalera con ese impresionante vestido negro el día de la fiesta de Lancaster, la veía con ese infantil pijama de flores que llevaba en Chicago y la vio la mañana en la que le dijo que se marchaba, que él no era suficiente para ella. Apretó los párpados para alejar la frustración y centrarse en su trabajo, en quien lo rodeaba con las piernas con fuerza y gemía bajo su peso. Y mientras el placer crecía y los envolvía, ella no

lo miró a los ojos, no vio sus frías pupilas y no sintió cómo el corazón del hombre se congelaba. Solo notó cómo se corría y sonrió. No le importaba que hubiera sido así de rápido porque sabía que nunca estaba saciado con una sola vez.

La jornada sexual fue intensa, sus cuerpos, bañados en sudor, buscaban un aliento de aire, de calma. Victoria sonreía, con una amplia mueca de satisfacción tumbada al lado de James, que se empeñaba en mantener su silencio. Solo su respiración agitada lo delataba. Sin embargo, todo había concluido. No lo molestó y pronto sintió su respiración más calmada. Se había dormido. Estuvo un buen rato mirándolo, retirando su pelo cobrizo de su frente. Lo llevaba demasiado largo, pero estaba tan guapo. Perdió la noción del tiempo, hasta que se hizo demasiado tarde.

—¿James?

La voz de una mujer se filtró en su mente dormida y él sonrió al escucharla a su lado, al sentir su calor. Se removió, perezoso y dijo su nombre.

—Raven...

No era ella y frunció el ceño. Delante de él estaba Victoria y su realidad lo golpeó con fuerza. Parecía molesta.

—Tengo que irme ya.

—Como quieras.

James le dio la espalda a su realidad, a ella.

—¿Cuánto necesitas? —Victoria se sentó en la cama ya vestida, dispuesta a marcharse. James no había hablado en todo el tiempo, solo para decir el nombre de esa mujer, y siguió sin hacerlo, solo elevó los hombros en señal de duda y ella entendió que el precio lo ponía ella. Le dejó un sobre en la mesa y se dirigió a la puerta, era mejor dejarlo solo—. La habitación está pagada hasta mañana, puedes dormir aquí.

Siguió sin respuesta, James solo le siguió dando la espalda al girarse en la cama, Victoria contempló su espalda desnuda y perlada de gotas de sudor antes de cerrar la puerta. James se enderezó y cogió el teléfono.

—Recepción, ¿desea algo?

—Hola, suite 3, súbame otras dos botellas de su mejor whisky y cárguelo a la tarjeta del que reservó la habitación. Reserve también dos días más y que nadie me moleste.

Durante ese tiempo se encerraría allí. No quería ver a nadie; no quería enfrentarse con nadie, solo pensar que estaba solo en el mundo, como el último habitante de la tierra. Y flotar, olvidarse de su dolor, en otra dimensión, sin dinero, sin deudas, sin malos pensamientos ni odios. Sin traiciones.

—¿Y dices que no ha venido en dos días?

Andy se paseó por el salón de la casa de los Tenston, restregándose el pelo con nerviosismo. La llamada preocupada de William lo hizo ir hasta allí. El comportamiento de James era errático desde hacía un tiempo, algo más que entendible dada su situación. Pero llevaba días sin saber de él, desde que casi le ordenara, le suplicara que consiguiera un agente para la venta de la casa. Ni siquiera le había contado qué era lo que había hablado con Milton o si él había aceptado. Sin embargo, no creía que hubiera dejado de lado sus responsabilidades, por eso le extrañó que no diera señales de vida. De alguna forma sentía cómo si lo estuviera perdiendo.

—Por eso lo llamé, nunca había desaparecido así —le explicaba William restregándose las manos, intranquilo, posiblemente sería el único de la casa en estar en ese estado de preocupación.

—No te preocupes, William, seguro que está bien.

—No está bien, señor Andrew. No está bien desde que la señorita Raven se marchó.

—Lo sé, he intentado ayudarlo, pero...

La puerta de la casa se abrió y James hizo acto de presencia. Su aspecto desaliñado y borracho no alejaron las preocupaciones de William. El quicio de la puerta lo sujetó.

—Qué bien, una reunión.

—¿Dónde estabas?

—Consiguiendo dinero, ¿no es eso lo que se espera de mí? El capullo de tu amigo Milton me pide una cantidad simbólica como garantía. —James arrastraba las palabras que apenas se entendían—. Igual hubiera sido más sencillo si me hubiera dejado...

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué dinero? ¿Llevas dos días bebiendo? —Andy se acercó a él y lo sostuvo.

James sonrió y le entregó el sobre con el dinero.

—Me faltan tres mil libras, ¿puedes prestármelas?

—Por supuesto, pero ¿qué ha pasado?

—Ponlas en este sobre. Busca a ese agente inmobiliario, dale este dinero y que venda la casa ya, con esta comisión me dará prioridad.

Andy abrió el sobre que le entregó y se preocupó todavía más.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—No es de tu incumbencia, haz lo que te digo.

—James, no estás bien.

—Que lo hagas, joder.

—Está bien, pero cuéntame qué ocurre.

—Todo va a solucionarse, tiene que hacerlo. Yo ya no sé qué más hacer. Y se acabó. No voy a vivir por encima de mis posibilidades, ya no. Tengo que aceptarlo, solo sirvo para una cosa. —Miró a William y se apoyó en él, el mareo empezaba a crearle malestar, no estaba acostumbrado a esos excesos sin control—. No es necesario que sigas con nosotros, Will, te daré una carta de recomendación para que busques otro trabajo, uno mejor, en el que se te aprecie de verdad y en el que te paguen. Ya no hay sitio para ti en nuestra miseria, en nuestra desgracia. No te mereces que te arrastremos.

William apretó los puños, impotente, pero tenía razón. Si vendía la casa y se mudaban a un piso pequeño, él ya no pintaba nada con ellos. Estaba a punto de llorar. No podía oponerse a los planes de James. Hubiera sido tan bonito que se casara con Raven.

—¿Y su madre y su hermano? —preguntó William, con ellos iba a ser más complicado.

—Harán lo que yo diga.

Andrew cerró los ojos con fuerza, iba demasiado deprisa.

—Esta no es la solución, James, no puedes hundirte en la bebida, acabar como tu padre.

—¡Yo no soy mi padre, Andy! —James se abalanzó sobre él y lo empujó contra la pared, frunciendo el ceño con rabia, pero luego apoyó su rostro en su hombro y comenzó a llorar. Fue entonces cuando Andrew se dio cuenta de que había pasado algo más grave—. Me he acostado con ella; he hecho lo que juré no hacer. Por favor, ayúdame a vender la casa de una puta vez para que no tenga que volver a hacerlo.

Andrew lo abrazó. No podía verlo así de derrotado. Pero entendió, el dinero era de Victoria; él había cedido, no había tenido otra opción.

—Vamos a llevarlo a su habitación, William; yo me encargo de todo.

Guardó el dinero en el bolsillo de su chaqueta y junto a William subió las escaleras de la casa hasta su cuarto. Lo desvistieron y lo metieron en la cama para que durmiera la borrachera. Cuando despertara habría más que un cabo suelto bien atado, empezando por el imbécil de Milton.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Tienes alguna oferta?

—Sí, desde hace años, pero no quiero dejarlo solo.

—Y no lo harás, estaremos pendientes, pero quizás por el momento es mejor que aceptes ese trabajo. Las cosas van a estar complicadas por aquí en cuanto se venda la casa.

—No se merece esto.

—Lo sé, William.

El hombre abandonó despacio la habitación dejando a Andrew con James, velando un rato su sueño. En cuanto James se durmió, Andy cogió su teléfono móvil y llamó a Deborah. Ya era momento de que se enterara de lo que

pasaba, de los chanchullos a su alrededor, de lo que James estaba pasando realmente. Su vida en la feliz ignorancia iba a terminar, ya era tiempo de que enfrentara su responsabilidad.

—¿Diga?

—Deborah, soy Andrew.

—¿Pasa algo?

—Sí, es sobre James. Él no quiere decirte nada y mantendrás en secreto que yo te lo voy a contar, pero debes conocer las circunstancias de lo que está pasando, de lo que acaba de pasar.

Andrew respiró hondo y empezó a hablar. Sabía que, si James se enteraba, se enfadaría, pero no era tiempo para dudas, no podía verlo tan hundido, que pasara solo por eso.

Deborah Butler colgó el teléfono y se dejó caer en su sillón favorito, no podía creer lo que Andrew acababa de contarle. No podía ser verdad. ¿Su marido aliado con Lancaster para destruir a James? ¿A tanto llegaba su odio? Tragó saliva al escuchar la puerta cerrarse y se preparó mentalmente. Era el momento de enfrentar a su marido. No esperó a que él se acercara a darle un beso.

—¿Es cierto, Matt? ¿Estás actuando contra mi hermano a mis espaldas? ¿Estás conspirando para que pierda el título y Tilman House?

No lo dejó pasar más allá. Necesitaba mirarlo a los ojos y entender algo.

—No es tan sencillo, Debbie.

—Pues explícamelo, explícame por qué quieres hundir a James. Siempre estuve a tu lado en tus rencillas con mi padre, las apoyé y las comprendí, pero lo que intentáis con James es rastrero. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo poniéndole la zancadilla a alguien que está luchando por sobrevivir? No te reconozco, Matthew. ¿Tuvisteis algo que ver en la marcha de Raven Simmons?

Matthew bajó la vista al suelo con sentimiento de culpa. Las lágrimas de Deborah empezaron a salir sin control de sus ojos. Andy le había dicho la

verdad. No soportaba ver a su hermano así de hundido, no soportaba saber que su esposo había tenido algo que ver en la huida de Raven, su única salvación.

—Lo siento. No creí que llegarían tan lejos. Te juro que me alegré cuando tu hermano buscó a la americana. Que no tomé parte en lo de Raven, no sabía realmente qué tramaban.

—Pero tampoco los detuviste.

—Sé que no tengo excusa, pero fue todo idea de Lancaster y Victoria lo apoyó.

—¿Victoria?

—Fue ella la que se encargó de sembrar la duda en la mente de Raven.

—¿Cómo habéis podido? Era la última esperanza de James. ¿Puedes hacer algo?

—No, no puedo tener a Lancaster como enemigo, no puedo permitir que la tome conmigo y mi familia, contigo.

—James va a vender la casa de Eaton Pl.; me lo ha dicho Andrew, ha conseguido el dinero que debe darle a la inmobiliaria, ¿sabes cómo lo ha hecho? —Matthew negó—. Se ha acostado con Victoria por dinero, con esa mujer que acabó con su futuro, con esa zorra oportunista que siempre presumió de querer a mi hermano. ¿Por qué no acudió a nosotros, a mí? Porque sabía que eras su enemigo. ¿Sabes cómo me siento?

—Perdóname.

—No es tan fácil, querido. No sé si puedo volver a confiar en ti.

—Te quiero y te prometo que estoy arrepentido de todo lo que le dije a tu hermano, de todo lo que he hecho.

—Júrame que no vas a traicionarlo más.

Matthew se acercó a ella y la abrazó. No podía verla llorar. Había intentado ser más fuerte, estar por encima de esa estúpida familia de condes, pero la amaba demasiado. Llevaba varios días intentando no escuchar la risa de Lancaster mientras le contaba cómo la americana dejó a James, regodeándose de su triunfo. En ese instante un malestar se le había situado en la boca del

estómago y no lo abandonaba. Sabía que eran remordimientos. Cuando se había aliado con Losley estaba dolido, furioso con su familia política, pero las cosas habían cambiado. James nunca le había reprochado que se asociara con Lancaster y no había vuelto a insistir en el tema del dinero. Era mucho más digno que él, que ellos; lo había demostrado. Y Deborah lloraba abrazada a él. No iba a permitir que ella fuera infeliz, no se lo merecía y James tampoco. Era tarde para arreglarlo con él, sin embargo, lo intentaría.

Andrew entró en el despacho acristalado de la inmobiliaria con paso frenético. Ni siquiera dijo buenos días, solo le lanzó el sobre con el dinero en la mesa de diseño y apoyó las manos en ella, enfrentándolo.

—Diez mil libras de James; haz lo que acordasteis. Tienes tres días o yo me encargaré de que nunca más trabajemos contigo.

—No te enfades, Carrington, ese fue nuestro trato. La verdad es que le ofrecí otro, pero lo rechazó —contestó Milton con una sonrisa.

—Eres un imbécil.

—Oye, yo no te he insultado. ¿No ves que todo está en mis manos?

—No me jodas, Milton, véndela y ya puedes sacarle un buen precio.

—No te preocupes, ya tengo comprador. De alguna manera me fie de que tu amigo conseguiría pronto el dinero y adelanté su venta.

—¿Puedo saber quién la ha comprado?

—No puedo decírtelo, aunque sí te adelanto que son una pareja joven y muy rica. No han puesto ninguna pega a mi precio. Y sí, han sido más de tres millones. ¿Lo ves? No tienes que venir amenazando.

—Perfecto entonces; arregla los papeleos y trasfiere cuanto antes la cantidad a James. Te daré el teléfono de su abogado. Es mejor que todo esto lo lleve él.

Andrew le apuntó en un papel los datos de Bradley Turner y se lo entregó.

—Bueno —dijo Milton cogiendo el papel—. Pues ha sido un placer hacer negocios con vosotros. Nos veremos cuando acabéis las edificaciones, ¿no?

- Deberías estar conforme con tus honorarios y tu dinero extra.
- Fuiste tú el que me lo ofreciste.
- De acuerdo, estaremos en contacto.
- Y dile a James que, si cambia de opinión... lo estaré deseando.
- Espera sentado.

Andrew lo oyó soltar una carcajada mientras abandonaba el despacho. Tendría que tratar de nuevo con él, pero ya sin la presión de esos días, por suerte todo se había solucionado bien y esos más de tres millones de libras serían el bote salvavidas de James y de Tilman House, aunque aún quedaba mucho camino por recorrer.

Capítulo 23

Charles paseaba nervioso por el salón del estudio de su casa, sus planes volvían a fallar y era algo a lo que no estaba acostumbrado. Ni sus contactos en las altas esferas ni la huida de la americana ni las intrigas con Hertonchild habían llegado a buen puerto. ¿Qué más le quedaba? James seguía escapando a su red, pero no se daría por vencido. Matthew permanecía sentado en el sillón frente a su mesa, distraído, alejado mentalmente de allí. Hacía días que no se veían, que intentaba estar ausente de sus tratos. Tampoco era que le importara mucho, con él o sin él seguiría adelante. Solo había sido un medio para un fin, y ya no lo necesitaba, solo era un incordio.

—¿Cómo es posible que haya conseguido salvar Tilman House? Aún no lo entiendo, ¿sabes algo, Butler?

—Ha vendido la casa de Eaton Pl. y ha pagado con eso todas sus deudas.

—¿Su casa? ¿La casa de la familia? ¿Y lo has permitido?

—Son cosas que están fuera de mi alcance. Él es el conde y el propietario.

—Así no conseguiré terminar con él. Butler, hemos perdido mucho dinero y tiempo en esto, y no voy a ceder. Tengo que pensar en algo ya.

—Todo por un proyecto de agricultura ecológica, qué estúpido.

Charles frunció el ceño ante su comentario. Sí, se estaba convirtiendo en una molestia, en un grano en el culo.

—Creí que ya tenías claro cuáles son mis motivos.

Matthew se giró hacia la ventana y miró la calle transitada por coches y

transeúntes que no sabían nada de lo que pasaba por su mente, por lo que sentía hacia lo que había hecho. Los remordimientos estaban aflorando y no le gustaban.

—No cuentes conmigo; no necesito el dinero.

—¿Qué?

—Que ya no estoy contigo en esto, no voy a dañar más a James. Es de mi familia. Me arrepiento de lo que he hecho hasta ahora.

—¿Ahora lo aprecias?

—Nunca debí dejarme llevar por mi odio hacia su padre.

—Eres un mierda cobarde.

—Piensa lo que quieras, pero me alegro de que te haya vencido, de que ya no puedas meter tus zarpas en Tilman.

—No me ha vencido, imbécil, aunque no tenga Tilman, él tampoco podrá llevar a cabo sus planes. Me encargaré de que no consiga trabajo en Londres, de que solo tenga opción a lo más bajo. Y te advierto de una cosa, si no quieres acabar como él, más vale que de verdad te mantengas al margen.

Matthew asintió y se dirigió a la puerta para marcharse. Sabía que era muy capaz de llevar a cabo su amenaza. Esperaba esa reacción, pero se lo había jurado a Deborah. No quería estar ni un segundo más con ese hombre. Maldita la hora que había estrechado su mano aquella tarde en el club.

—Estás amargado y eres un infeliz. Te abriré los ojos a algo: el dinero que ha conseguido mi cuñado para salvarse quizás no esté tan lejos de ti.

—Largo de mi casa —le gritó Charles.

Matt salió a la calle con una sonrisa después de darle el golpe de gracia a Lancaster. Que Victoria estuviera detrás del dinero de James le quemaría las entrañas. No hacía falta entrar en detalles, no hacía falta que supiera cómo lo había conseguido, la humillación que James había debido pasar. Elevó la cara al cielo y recibió unas pequeñas gotas de lluvia y niebla. Se sentía mucho mejor; había solucionado sus conflictos con Debbie y con su familia, a partir de ese momento se mantendría al margen.

La lluvia caía con fuerza y el paraguas poco podía hacer. Esa mañana la humedad ocupaba todo su cuerpo. No le había dado un segundo de respiro. Pero no era la lluvia lo que le preocupaba. Había perdido la cuenta de las veces que lo habían ignorado en los posibles trabajos. No era normal, la mano negra se extendía. Por suerte, la venta de la casa estaba casi finiquitada, y Turner tenía todo listo. No solo se haría cargo de los impuestos y deudas sobre la propiedad, sino también todo lo referente a los asuntos con el estado, con la corona, con el condado. Incluso había obligado a Turner a devolver el dinero que Paul Connors le había prestado en nombre de los Simmons. No quería nada de ellos. El asunto le había costado una buena discusión con el abogado, pero al final había tenido que ceder. Pero, sin trabajo, nada sería duradero. Poco le quedaría después del coste de todas sus deudas. Dejó el paraguas en la entrada y escurrió sus pies antes de acceder al salón. William se acercó a sujetarle el abrigo mojado sobre todo en las mangas.

—¿Un mal día, milord?

—¿Es alguno bueno? —William sonrió con pena—. ¿Qué hay de tu trabajo?

—En cuanto se muden, me iré.

—Me alegro de que tengas un sitio.

—¿Y ustedes?

—Hemos estado mirando algo; Turner me ha dado algunas opciones.

—La señora Butler está aquí.

—¿Y mi madre?

—En la velada para los fondos de los niños del orfanato.

—¿Por qué no deja de ir a esos eventos? No hay dinero para ellos.

—Porque antes muerta que dar señales de debilidad —afirmó Deborah.

—Desde luego.

—Estás empapado —dijo ella dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal va todo?

—Como siempre.

—Puede que tengas un enemigo evitando que encuentres algo.

—¿Matt te lo ha dicho?

—Sabes que está arrepentido.

—Sí, lo siento; solo ha sido un mal día.

—¿Qué vais a hacer? ¿Por qué no venís a mi casa?

—No creo que a tu marido le haga gracia cargar con nosotros.

—Ahora está más receptivo.

—¿Y aguantará a mamá y a Roger? —Deborah sonrió. Era mucho pedir—.

No te preocupes, me basta con saber que tú estás bien y no quiero que él tenga la tentación de envenenarme mientras ceno.

Debbie soltó una risilla, por lo menos aún tenía humor para ser irónico.

—¿Has mirado algo?

—Sí, en el barrio de Brixton hay una casa con varias alturas. Uno de los pisos está para alquilar y es bastante independiente. La casera vive en el de abajo y solo hay otra familia en el último. Creo que está en Ruschcroft Rd. y nos costaría 1500 libras al mes. Con lo que he sacado por la casa tenemos para pagar las deudas y los impuestos sobre el condado y sobre Tilman, y para vivir un tiempo. Pero tengo que tener otra fuente de ingresos ya.

—Lo entiendo, pero si necesitas algo no dudes en pedirlo.

—Andrew también se ha ofrecido.

—¿Y William? Puede venir a mi casa.

—Encontró trabajo con un matrimonio noble. Son de mediana edad y no tienen a sus hijos con ellos. Es muy cómodo y tranquilo para él.

—Entonces está muy bien. ¿Y tú? Dime la verdad.

—Sobreviviendo.

—¿Has vuelto a saber de Raven?

—No, ni quiero y, si vas a sacar el tema, es mejor que te vayas.

—Quizás necesitaríais hablar sobre lo que pasó.

—No, debería acostumbrarme a que las mujeres solo me quieren para una cosa.

—No seas tan dramático.

—¿Tú crees?

Debbie meneó la cabeza. Cuando se encabezonaba en algo no había quien lo convenciera. Era el genio y el orgullo de los Tenston. James estornudó, la humedad empezaba a afectarlo.

—Venga, me voy ya. Sube, quítate esa ropa y date una ducha.

James le dio un beso y se marchó. Pocos minutos después dejó que el agua caliente de la ducha resbalara por su piel algo helada; miró su baño privado, la extensión de la ducha, sería algo que no tendría en la nueva casa, algo a lo que debería renunciar, acostumbrarse iba a ser difícil, pero lo conseguiría. ¿Raven? ¿Por qué todos se empeñaban en recordársela? No quería hacerlo; no iba a ceder. Se lo había dicho a su hermana, las mujeres solo lo querían para una cosa, solo les importaba eso de él. Todas unas frívolas, superficiales y mentirosas. Raven había huido por una mala noche sin dejarle explicarse, Victoria le había dado siete mil libras por follar... Quizás no era mala idea, quizás era una buena forma de conseguir dinero rápido, quizás así dejarían de engañarlo.

James soltó el aire que retenía antes de entrar al lugar. La puerta era pequeña, discreción mandaba, pero sabía de sobra qué iba a encontrar dentro: un club de lujo para gente con dinero. Ya no había marcha atrás; su hermana le había dado la idea y necesitaba dinero a como diera lugar. Sabía que mientras Charles Lancaster estuviera detrás, no podría conseguir nada decente, pero no podía esperar a que saliera otra cosa. No disponía de tanto tiempo; el dinero pronto se acabaría. Su madre y su hermano se encargarían de ello. Quizás estaba allí por interés, por enfado e ira, por castigarse de alguna manera, por terminar de convencerse de que era eso lo que todas querían. No era bueno actuar en caliente, pero su rabia no iba a enfriarse en mucho tiempo. ¿Una especie de venganza por necesidad? No quiso darle más vueltas. Estaba allí solo. No había hecho participe a nadie de sus intenciones; ¿para qué?, ninguno lo entendería.

La exquisita mujer lo esperaba en un sillón de cuero negro. James frunció el ceño ante la escena tan cliché, vestido a juego con el sillón, tacones de aguja, medias de rejilla.

—Acércate. ¿Cuál era tu nombre?

Lo recorrió con la mirada todo lo alto que era y se pasó la lengua por el labio inferior. Le gustaba lo que veía. James ni se inmutó, ¡cómo a todas! Por eso estaba allí. Todas las mujeres que pasaban por su vida buscaban lo mismo: buscaban acabar en su cama, joderlo bien, no veían más allá. Y aprovecharía esa coyuntura. Después de varios meses buscando trabajo sin lograrlo, iba a sacar el dinero de donde fuera y eso era lo más rápido y rentable.

—Charles Butler. —«¡Toma nombre!»

—Charles, ¿puedes quedarte en ropa interior?

James se desnudó y ella se levantó para verlo más de cerca, para tocar su ancha espalda y recorrer su pecho con los dedos.

—¿Y bien?

—Lo que veo me gusta. ¿Estás bien dotado?

—Lo suficiente.

Pero ella no pareció convencerse, delante de él, empezó una suave caricia por el interior de su muslo, para poco después introducir la mano por la costura de sus calzoncillos.

—Puedo enseñarte formas de mantener esto erecto, de aguantar —dijo recreándose en su tacto y su textura, disfrutando.

Pero James no podía decir lo mismo. Un desagradable escalofrío lo recorrió. Un malestar y unas ganas inmensas de vomitar lo agitaron. Se había equivocado, su rabia estaba enfriándose ante ese contacto, ante esas intenciones. Ese no era su lugar. Acabara como acabara, no se iba a quedar allí. La cogió de la muñeca y la obligó, con algo de fuerza, a abandonar su palpamiento.

—Lo siento, no puedo. He cambiado de idea.

Ella lo miró con los ojos como platos. ¿Hablabas en serio? ¿Le había puesto

la miel en los labios para luego quitársela? Tenía que convencerlo. Era perfecto para eso, a sus clientas les encantaría.

—Espera, juntos podemos ganar mucho dinero. Te pagarán lo que pidas. Yo te pagaré el doble.

James la fulminó con la mirada, y ella dio un paso atrás ante la furia que vio en sus ojos verdes. Él recogió su ropa, se vistió en silencio y salió de allí. Y eso fue lo que quedó en esa sala: silencio.

Pero aún le quedaba algo por hacer.

Y aprovechó la coyuntura de la noche de revelaciones.

James entró en el siguiente antro con paso firme. Se había acabado el lamentarse. Tomaría las riendas de su vida y de la de su familia. El olor era intenso, el humo lo envolvía todo, ¿eso era lo que le gustaba a Roger? Se acercó a la barra y con un gesto llamó a una de las chicas que servían copas con poca ropa.

—Quiero hablar con el dueño —le dijo a una de las camareras.

—¿De parte de quién?

—Dígale que Tenston quiere verlo.

No hizo falta mucho más. Enseguida, lo condujeron a la parte de atrás, a una especie de despacho que había en la trastienda, en el que le esperaba un hombre, bastante sorprendido por no ver al Tenston que esperaba. James no le dio tiempo a hablar, se acercó a él, ignorando al fornido guardián que estaba junto a él

—Seré rápido. A partir de ahora nadie va a hacerse cargo de las deudas de Roger Tenston, se acabó. Por mucho que deba, no va a recibir ni una sola libra.

El hombre sonrió, haciendo que una cicatriz que le cruzaba la mejilla se arrugase con el gesto, desde luego tenía agallas.

—¿Es una amenaza, milord?

—Solo le informo que mi hermano ya no le es rentable a su negocio porque nadie se hará cargo de su deuda.

—Tengo otros medios para cobrar.

—¿Cuál? ¿Matarlo, herirlo? ¿A él o a su familia?

—Por ejemplo.

James se enderezó. Apoyó las manos en la mesa y lo enfrentó.

—Ya puede empezar. Mátenos a todos, me importa una mierda, pero no va a recibir nada de dinero. ¿Le es conveniente cargar con tantas muertes y no cobrar? Usted verá, pero creo que no es tonto.

Le dejó unos billetes en la mesa, el pago de la deuda hasta ese momento y el hombre lo vio claro: ese sería el último pago. Roger Tenston había dejado de ser un negocio.

—No volverá a entrar en mi bar, pero hay otros a los que podrá ir.

—Corra la voz, no tengo nada que perder.

Salió de allí con paso firme, con confianza. Estaba en la miseria; su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados, pero, aun así, se sentía más fuerte. Iba cerrando puertas y pronto podría estar solo entre sus cuatro paredes. No quería sobresaltos, ni nadie que entrara en su refugio mental. Roger pondría el grito en el cielo, su madre se enfadaría todavía más; sin embargo, él tenía el control y le importaba una mierda lo que pensarán ellos. En unos días se mudarían y su vida cambiaría para siempre. Esperaba que el trabajo no tardara mucho en aparecer; solo debía bajar mucho el listón, llegar a algún sitio en el que sus manos negras no quisieran entrar, una zona de empleo en la que fuera una humillación establecer sus influencias.

Capítulo 24

El sonido del despertador lo hizo abrir los ojos. Eran las cuatro de la mañana. La luz apenas se colaba por la ventana y la noche aún lo acompañaba. Iba a tener que acostumbrarse a eso, a trabajar por la noche. Era lo único que había encontrado, lo único que le dejaban encontrar. Media hora después, estaba frente a la oficina del que sería el encargado, recibiendo de sus manos el mono verde de trabajo y las primeras indicaciones. El hombre, algo mayor que él y con una forma física envidiable, lo condujo a través de los muelles hasta el sector en el que desarrollaría su trabajo. Al llegar a él, otro hombre los recibió.

—Te darás cuenta enseguida de que este es un trabajo duro; esperemos que lo resistas, marqués.

James frunció el ceño. No le gustaba el apelativo que el encargado se había aficionado a utilizar para referirse a él, ya ni siquiera lo corregía.

—Lo intentaré.

—No es difícil, carga y descarga. Eso durante ocho horas o más. Ahora te dejo con Said, él será tu compañero y te pondrá al día.

Se marchó sin explicarle nada más y dejándolo con el que sería su compañero. El hombre, bastante joven, lo recibió con una sonrisa y un fuerte apretón de manos.

—Bienvenido, ¿puedo preguntar por qué te llama marqués?

—Soy conde.

—¿Hablas en serio?

—Desde luego.

—¿Y qué haces aquí?

—Problemas económicos.

—Pues como todos —Said sonrió; no estaba allí para juzgarlo, y James lo agradeció—. No te preocupes, es un trabajo duro, pero un trabajo. Yo te ayudaré en lo que necesites.

Durante varias horas, Said lo puso al día de lo que debía hacer, de los contenedores que debían descargar y controlar. La mayor parte de las mercancías que entraban y salían de Londres pasaban por allí, en sus manos estaba que todo funcionara bien.

James se sentó en una de las vigas de metal que había en el suelo y estiró la espalda dolorida. Estaba realmente cansado y solo era la primera noche. Miró sus manos, las palmas ya estaban enrojecidas.

—No estoy acostumbrado a esto.

—Pronto lo estarás —lo consoló Said y le entregó un pequeño bulto envuelto en film de cocina—. Supongo que nadie te dijo que trajeras algo para comer.

—No.

—Pues sírvete, tenemos media hora para comer. —James cogió agradecido el trozo de bocata que él le dio y se sentó a su lado—. ¿Cuál es tu situación?

—Mi familia está en la ruina.

—Y hay que arrimar el hombro. —James asintió.

—¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Ya ves que no; soy de Marruecos y vine hace cuatro años con mi familia: esposa y tres críos. Ella limpia casas por horas, pero no nos da para mucho.

—Lo siento.

—¿Cómo es ser conde?

—En mi caso, una puta mierda.

Said soltó una fuerte carcajada. Estaba bien que mantuviera el humor en esa

situación. Debía ser muy difícil para él.

—Me caes bien.

—Tú a mí también.

—Mi anterior compañero era algo racista y siempre buscaba escaquearse.

James sonrió. Los ojos oscuros de Said brillaban. Eran sinceros, tanto como los de... Cerró los ojos con fuerza, no quería seguir pensando en ella.

—¿Qué coño hacéis? Ya deberíais estar currando. —El encargado se acercó a ellos y los levantó.

—Está cansado, es su primer día.

—¿Y ese es mi problema, Said? Quiero el contenedor 11 descargado en menos de una hora. Sabes que no tendré ningún problema en despedirte. Además te voy a hacer responsable del marqués. ¿Qué te parece? Venga, a trabajar.

James se acercó a Said. No era momento para discutir, y menos por su culpa. Tres horas después, dejó su uniforme de trabajo en la taquilla del mini vestuario que tenían para cambiarse, se despidió de Said y regresó a su casa. Lo único que quería era descansar, dormir, tumbarse en la cama hasta que llegara la jornada siguiente.

Durante unos meses la relación entre los dos se afianzó y llegó a convertirse en cómplices y en confidentes. Pasaban mucho tiempo hablando de sus penas mutuas. James le habló de su padre, de su familia, de su abuelo; Said hizo lo propio contándole cómo era su vida anterior en Marruecos. Entre los dos se creó un vínculo de afecto que hizo que el duro trabajo de James fuera mucho más llevadero, incluso había momentos en los que Said se empleaba el doble para que él descansara algo más. Gesto que James agradecía. Hacía tiempo que nadie se preocupaba tanto por su bienestar. Por el contrario, se fue alejando de lo que había sido su vida como conde, como James Tenston, conde de Wranson, y lo hizo sin darse realmente cuenta de ello. Ya poco o nunca veía o quedaba con Andrew y con Peach, menos aún acudía a fiestas o eventos. Pronto dejaron de invitarlo. Sus amigos le dieron espacio. Sabían que los

cambios a los que se enfrentaba eran inmensos y con gran pesar dejaron pasar el tiempo, confiando en que todo pasaría.

—Moví todos mis hilos para que no encontrara trabajo en ningún sitio adecuado, decente. Lleva unos meses en los muelles. No es ni la sombra de lo que era. Solo hay que esperar un poco más.

Charles Losley le entregó un vaso con un poco de brandy a Bruce Hertonchild. La sala privada que alquilaba en el club era su lugar de reunión.

—¿Y crees que con eso bastará?

—No lo sé, pero he estado pensando y podemos ir más allá.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Hertonchild.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer por conseguir Tilman House?

—Cualquier cosa. Para mí Tilman es como la última pieza del puzle que llevo una vida intentando hacer, un hueco en ese cuadro.

—Pues hay que ser mucho más radical. James es fuerte e inteligente, mucho más de lo que creía. No podemos contar con Matthew. Se ha venido abajo. Pero sí con Roger.

—Roger es un inepto.

—Pero ¿qué pasaría si el condado fuera suyo?

—Que no nos costaría nada convencerlo para vender.

—Entonces eso es lo que hay que conseguir.

—James no renunciará a él.

—James está hundido, en el límite; no sería de extrañar que el trabajo que ahora tiene se vuelva contra él. Solo hay que quitarle al burro su zanahoria y hacer que muera de agotamiento.

Bruce sonrió. Desde luego era peligroso tener a Losley como enemigo. James tenía las de perder. No era que le importara mucho. Tampoco entendía el odio visceral que Charles le tenía, ¿todo porque se había acostado con su prometida? No, seguramente era pura envidia y, si algo no toleraba Losley, era envidiar a alguien. No podía haber nadie por encima de él, aunque solo fuera

una sensación, aunque solo estuviera en su cabeza.

Nada más atravesar la puerta del piso en el que vivían, su hermano se abalanzó sobre él. Las discusiones se sucedían casi todos los días y, en los momentos en los que no se gritaban, el silencio lo ocupaba todo. Su madre se pasaba el tiempo en su habitación, quejándose de lo pequeña, oscura, húmeda y deprimente que era, hablando de sus amigas, sus reuniones, sus vestidos, todo lo que ya no tenía a su disposición y maldiciendo a James por sacarla de su adorada casa. Y Roger no era menos, llevaba un tiempo yendo y viniendo sin resultados, sin diversión, sin poder hacer lo que siempre había hecho. Tardó un tiempo en darse cuenta de quién era el causante de su contrariedad en la diversión. Pero, al parecer, ya lo sabía.

—Eres un cabrón —le dijo zarandeándolo levemente de la camiseta justo en el instante en el que se disponía a salir a trabajar, ese día tenía un turno doble —; no solo nos dejas en la calle, sino que prohíbes que yo pueda ir a mis lugares favoritos...

—Cuando puedas pagarte tus mierdas, vuelves.

—Tú debes hacerte cargo de todo, eres el conde.

—Y es lo que estoy haciendo y, si no estás de acuerdo, ahí tienes la puerta. Ya tienes edad para independizarte. ¡Ah, no, que no tienes a dónde ir! Sabes que por lo menos aquí tienes un techo para dormir y comida. Siento si no es digno de un conde, pero es lo que hay. Busca trabajo.

—¿Quieres que trabaje en los muelles como tú por un mísero sueldo?

James se soltó de su agarre, harto de sus reproches. Lo agarró del cuello y apretó, qué fácil sería acabar con todo. El grito de su madre lo hizo volver a la realidad.

—Quiero que te quites de mi vista.

Se alejó de allí. Llegaba tarde a trabajar. Los dejó solos. Brianna abrazó a Roger para consolarlo, ya poco podían hacer contra James. Había cogido las riendas de su vida a la brava y debían aceptarlo, ya no tenían poder sobre él.

Sin embargo, Brianna sintió un ramalazo de orgullo al verlo marcharse.

William llamó a la puerta del piso de arriba con el ceño fruncido. Había más polvo del que él consentía. Llevaba unos meses trabajando en casa de los marqueses de Runwaster. La verdad era que estaba bien; sus nuevos jefes tenían unos setenta años y no daban mucho trabajo, sin hijos viviendo con ellos ni nietos, todo estaba muy tranquilo, además de que lo respetaban y lo trataban bien, pero no era lo mismo; no eran su familia. Escuchó unos pasos cansados al otro lado y enseguida la puerta se abrió. James lo miró sorprendido; no esperaba encontrarlo allí.

—¿William?

—Milord. —William hizo una ligera reverencia.

—No tienes que hacer eso.

Pero no le hizo caso. Lo que sí hizo fue mirar a través de él, a la sala que tenía detrás, al minúsculo piso en el que vivían. Y observarlo con más calma, su mirada casi perdida, su rostro en constante pena, la infelicidad hecha hombre. Aun así, pudo esbozar una sonrisa.

—¿Estáis bien? —le preguntó.

James no contestó, no pudo. Un nudo en la garganta se lo impidió y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. William era el único que le hacía soltar toda la presión, y él lo sabía, entró en la casa y lo abrazó como lo hubiera hecho un padre.

—Es difícil, todo es difícil.

—Lo sé. Por eso he venido, he pensado que podemos ir a Tilman House y limpiar algunas de las malas hierbas del camino de piedra.

—Me apetece mucho.

—Lo suponía, al fin y al cabo, has luchado por ella. Le vendrá bien cambiar de aires.

—¿Cómo sabías que es mi día libre?

—Siempre estaré pendiente de usted.

Unas horas después aparcaron delante de la fachada de la gran casa. Tilman House se mantenía en pie, con todo su esplendor intacto, pero solitaria, abandonada, sin vida. Por unos breves momentos de dicha, la habían visto llena de niños, con una nueva familia otorgándole la alegría que necesitaba. Sin embargo, solo eran fantasmas que pululaban mostrando lo que pudo ser y nunca sería.

—Sigue siendo magnífica.

—Por lo menos ha conseguido alejarla del peligro, protegerla.

—Pero no es lo que deseaba para ella. Quería volver a habitarla, a darle alegría. Quería formar una familia aquí.

—Volver a los años en los que su abuelo aún vivía. Por suerte no lleva tanto tiempo cerrada.

—Aun así, necesita una buena reforma.

—Habrá tiempo.

—No sé, William; me llevará mucho conseguir ahorrar algo.

—Yo lo ayudaré.

James sonrió ante su sinceridad, estaba seguro de que se lo decía de verdad, que de alguna manera era también su sueño. Se acercaron caminando hacia el patio posterior, allí la vegetación empezaba a ocupar el espacio deshabitado.

—Empecemos por limpiar las malas hierbas.

James se agachó y arrancó un puñado de plantas, era un comienzo.

—No sé si estoy para cavar, ya no tengo edad.

—Podríamos avisar a tu primo, ¿aún anda por aquí?

—Sí, tiene casa gratis y ha encontrado trabajo cerca. Tiene pareja, ¿sabe? Una vida, y no le supone mucho vigilar la propiedad de vez en cuando.

—Eso está bien, así no tendré que preocuparme.

—Aunque ya no trabaje para usted, he estado al tanto de todo.

James asintió, era algo que nunca había dudado. Caminó despacio por el camino de piedra, rumbo a la cripta familiar, la última vez que estuvo en ella fue cuando empezó todo. La visita era obligada.

—¿Cuántos años has estado al servicio de mi familia?

—Fue mi abuelo el que empezó a trabajar con los Tenston hace años, luego mi padre y luego yo.

—Desde siempre. —James abrió la puerta de hierro y ambos entraron. Todo seguía igual; el tiempo estaba congelado en esa pequeña morada eterna, un oasis en su vida—. Mi oferta sigue en pie. Podrás descansar aquí si lo deseas.

—Gracias, milord.

—Llámame James.

William se negó. Era algo que nunca haría, a pesar de que James era como un hijo para él. Sonrió, había cosas que no iban a cambiar y que era mejor que no lo hicieran.

El resto del día lo pasaron recorriendo los caminos, los senderos, los recovecos, disfrutando de unos instantes de paz y sosiego. Llevaba tiempo necesitándolo.

Capítulo 25

Deborah abrió la pequeña nevera casi vacía y la rellenoó con lo que traía; no era mucho, pero se había propuesto encargarse de que no les faltara comida, involucrarse más, algo que debería haber hecho desde hacía tiempo. Miró la cocina con algo de pesadumbre, apenas unos fuegos y un fregadero en una minúscula encimera, algunos platos sucios y bastante desordenada. ¿Qué estaban haciendo su madre y Roger? ¿No se daban cuenta de que James estaba trabajando? Pero no estaba allí para limpiar. Había hablado con él y le había contado la situación tan tensa que tenía. Estaba allí para sacar a su madre de esas cuatro paredes, para intentar que se calmara y que cambiara de aires.

—¿Mamá?

Brianna salió de su habitación al oír la voz de su hija. Se acercó a ella y aceptó el beso que depositó en su mejilla.

—¿Ves cómo me veo obligada a vivir?

—Sería peor si James no se ocupara de vosotros.

—Siempre vas a darle la razón.

—Es que la tiene, lo que teníais no era una vida saludable, era cuestión de tiempo.

—¿Y tú? ¿Podemos contar contigo?

—Sabes que sí, pero Matthew...

—Sí, algo me dijo James. También por nuestra culpa, ¿no?

Deborah bajó la vista; no quería hablar de eso.

—¿Roger no está?

—No quiere vivir aquí.

—Ya. Mamá, he pensado que podíamos ir al spa y relajarnos.

—Como quieras.

—Venga, ánimo, pasemos un día fuera.

Brianna asintió y la siguió con su mal gesto tan cotidiano; Debbie sonrió, iba a ser complicado, pero le bastaba con estar con ella, aunque fuera en silencio, posiblemente mucho mejor.

Por primera vez en su vida, Brianna se sentía extraña en el mundo que siempre había adorado. ¿Qué esperaba conseguir? ¿Que todo siguiera igual? Había veces que también pensaba como James. Era un mundo demasiado superficial. Se encerró en el lavabo e intentó calmar sus ideas. Su hija solo había intentado animarla, pero no lo estaba consiguiendo. Había agradecido a Debbie que la sacara de ese barrio, pero en esos momentos, después de haber aguantado las miradas de desprecio mal disimulado de los que había creído sus amigos, ya no lo tenía tan claro.

Unas voces de mujeres jóvenes la sacaron de sus pensamientos. No pudo evitar escucharlas con atención sin que la vieran.

—¿Entonces es cierto? —dijo una de ellas.

—Sí, Victoria me lo ha contado, pero es algo que debe quedar entre nosotras. Si se entera que te lo he dicho, me mata.

—¿Y crees que es ahora ese su trabajo?

—¿En qué estás pensando?

—Si Victoria le pagó por sexo, ¿por qué no hacerlo yo?

—He pensado lo mismo.

Las tres soltaron una carcajada.

—¿Te imaginas que acepta?

—Podemos intentarlo. Solo pensar en tener a James Tenston entre mis piernas...

—Y solo por un poco de dinero.

Brianna no salió del baño mientras ellas hablaban frente al espejo. No podía, estaba paralizada sin saber si había entendido bien. ¿Su hijo se había acostado con Victoria por dinero? ¿Había llegado a ese extremo? Y recordó cuando William le había confesado los problemas que había tenido para vender la casa, ¿había sido entonces? Apretó los ojos con fuerza y controló su rabia. ¿Cómo se atrevían a tratar así a su hijo, a su niño? James había conseguido mantenerse después de todas las trabas vitales, había sido capaz de adaptarse a trabajar como un obrero más, a vivir casi en la miseria y a soportarla a ella, a Roger. No se merecía esto. ¿Qué había hecho ella por ayudarlo? ¿Dónde había estado su madre todos esos años? Los remordimientos se le instalaron de golpe en la boca del estómago, creándole un malestar intenso. Pedirle perdón no era bastante. Y por fin lo entendió: James tenía razón, todo había cambiado. Ella había cambiado y ese ya no era su mundo.

Salió del baño con la cabeza alta y recogió a Deborah. Era el momento de marcharse. Su hija no se opuso; vio la mirada brillante en los ojos de su madre, algo había cambiado, pero no dijo nada. De repente, Brianna se detuvo un segundo y luego avanzó con paso firme hacia una de las hamacas en la zona de relajación más privada.

—Si vuelves a acercarte a mi hijo James te arruinaré la vida; créeme eso se me da muy bien.

Victoria la miró con intensidad, sin saber qué contestar y sin entender ese arrebatado de Brianna.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto que sí. No tendré ningún problema en tener una charla con tu futuro esposo. Sé lo que pasó entre vosotros y no voy a consentirlo. Aléjate de él para siempre.

Y se marchó de allí dejándola con la palabra en la boca. Era lo que se merecía. Victoria frunció el ceño con enfado. Quién se había creído esa mujer

para venir a amenazarla.

—Mamá, ¿qué ha pasado ahí? —disimuló Deborah.

—Vamos a un lugar más tranquilo y te lo cuento todo.

Deborah asintió. Sabía lo que había descubierto, pero no cómo. Ella se lo contaría en un momento, de eso estaba segura. La siguió calle abajo con una sonrisa, porque allí estaba su madre y caminaba erguida y con el orgullo de hacía años.

James abrió la puerta ante el golpeteo insistente del visitante. Al hacerlo recibió un fuerte bofetón que lo descolocó.

—¿Cómo te atreves a contarle a tu madre lo que pasó entre nosotros para que me amenazara en el spa? Si piensas que así vas a sacarme más dinero, la llevas clara.

James no entendía el arrebato de Victoria ni qué hacía allí ni qué era lo que le estaba reprochando. ¿Su madre amenazándola? ¿Cómo se había enterado? Pero no había sido él el que había hablado.

—Sal de mi casa, puta —insultó Brianna saliendo de su cuarto—. ¿No has tenido suficiente con lo que te dije en el spa?

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber James cada vez más extrañado.

—Yo te lo explicaré. Tu madre me ha amenazado públicamente. Menos mal que no había mucha gente, gracias por develar nuestro secreto.

—No me enteré por él, víbora. Fueron tres de tus amigas las que lo discutían en el baño del spa sin saber que yo estaba allí. Las muy guarras hablaban de llamar a mi hijo para acostarse con él como lo hiciste tú.

—¿Qué? —preguntó James cada vez más nervioso—. Les ha dicho a tus amigas que lo hice por dinero. ¿Cómo has podido?

—Fue un comentario confidencial con Rose. Nadie lo sabría.

—Pues parece ser que ya son muchos los que lo saben —afirmó Brianna—. Fuera de mi casa, de nuestra vida o el siguiente en saberlo será Lancaster.

Victoria alzó el mentón con superioridad. No iban a amedrentarla.

—Controla a tu madre, James, o lo haré yo.

—Fuera de mi casa, puta —insistió Brianna, pero esa vez lo acompañó de un empujón y un portazo.

James miraba la puerta sin moverse, avergonzado. Había sido un buen golpe para su orgullo y no pudo más.

Brianna lo vio temblar e hizo algo que llevaba siglos sin hacer, se acercó a él y lo abrazó, dejando que sus lágrimas cayeran sobre sus hombros y haciendo algo más ligero su peso. James se perdió en el calor de ese abrazo de madre que nunca había sentido, en ese afectuoso apoyo.

—Estoy muy orgullosa de ti, mi amor.

—Nada me sale bien. No puedo huir de la mala fortuna.

—No digas eso, cariño, toda la culpa es mía. Yo dejé que esto sucediera. Yo te abandoné. Pero ahora estoy aquí.

James no dijo nada, solo mantuvo ese abrazo, ese contacto tan añorado, esas palabras de consuelo que nunca habría esperado, esa nueva confianza recobrada. ¿Sería posible que su madre hubiera recobrado la cordura y el amor por él?

—Qué escena tan encantadora —dijo Roger con sarcasmo al entrar y verlos abrazados, rompiendo el embrujo fraternal.

Brianna soltó a James y se dirigió con paso firme hacia Roger, dándole dos fuertes guantazos que le cruzaron la cara. Era momento de intentar arreglar sus errores, y Roger era uno. Debía ser dura, muy dura. Ambos hermanos contemplaron a su madre con cara de sorpresa ante su acto.

—Vete de esta casa. Ya no perteneces a esta familia.

—¿Qué estás diciendo, mamá?

—Se acabaron los chantajes, la mala vida, los despilfarros, los insultos, todo. Te irás de aquí y solo podrás volver cuando sepas cuál es tu lugar y estés dispuesto a ayudar. —Y repitió el mismo gesto que había tenido con Victoria, echándolo y cerrándole la puerta en las narices. Debía aprender. Después se volvió de nuevo hacia James que seguía estupefacto—. Debí hacer esto hace

años y debí hacerlo también con tu padre. ¡Qué bien sienta! Saldremos de esta, cariño, yo también buscaré algún trabajo para ayudar.

James sonrió. ¿Podría haber algo de luz al final de ese largo túnel oscuro en el que estaba sumida su vida? Tal vez sí.

Llevaba días o más bien noches sin poder acceder a ninguno de sus lugares favoritos. Ya nadie le prestaba dinero ni le fiaba, James había conseguido arruinar su vida. Su madre lo había echado de casa por él. Solo le quedaba una salida.

—¿Qué haces en mi casa?

—No sabía a quién acudir, Losley; necesito dinero.

—Nuestro acuerdo hace tiempo que dejó de ser viable. ¿Por qué iba a querer ayudarte?

—Haré lo que quieras, trabajaré para ti.

—No te necesito, Roger.

—Te he dicho que lo que quieras.

Charles se recostó en su sillón de la biblioteca. Quizás no vendría mal tenerlo de su lado. No había conseguido acabar con James y eso lo reconcomía por dentro, nunca antes había fallado, pero ¿realmente estaba dispuesto a cualquier cosa por vencerlo? Lo había hablado largo y tendido con Hertonchild y seguirían adelante. Sonrió, sin Matthew a su lado, Roger sería mejor conde que James, y era un experto en borrar su rastro.

—De acuerdo, pero nuestra colaboración se mantendrá en secreto. Te daré el dinero que necesites y a cambio solo te pediré información.

Roger asintió, y Charles se recostó en su sillón con gesto triunfante. Nada era mejor que tener al enemigo controlado y qué mejor que hacerlo desde sus filas, desde el interior de su familia. Sí, Roger era una opción más idónea que Matthew: era manejable, sugestionable y estaba desesperado. La combinación perfecta para sus planes.

Capítulo 26

Apenas amanecía y el muelle ya estaba a pleno rendimiento. Después de varios meses, James empezaba a acostumbrarse al duro ritmo de trabajo y a las pocas horas de sueño. Por suerte, Said siempre tenía una sonrisa en la boca y algo agradable que contar. El día anterior había disfrutado de una tarde de diversión con sus hijos y esa mañana intentaba convencerlo para que pasara a comer en su casa, que Sheima quería prepararle algo de su tierra. James asentía. Últimamente lo único que hacía era trabajar y alternar algún paseo por las orillas del Támesis. No tenía ganas de más, ni para qué. Su ocupación le evitaba el darle vueltas a la cabeza, el preocuparse por lo que ya no sería.

—Cuidado con el contenedor.

Said esperaba que la grúa bajase completamente el contenedor de metal, pero el operario no era muy diestro. Said frunció el ceño; maldita la gracia que le hacía que esa mañana fuera el encargado el que manejara el aparato.

—¿Dónde está Greg? —le preguntó James que intentaba colocarse fuera del área de apoyo.

—Estará de vacaciones.

—Pero ¿hay vacaciones aquí?

Said soltó una carcajada y asintió, tampoco entendía la ausencia de Greg. Pero lo que sí entendió fue el giro brusco que dio una de las cadenas de sujeción del contenedor y con un alto reflejo dio un paso hacia James que se dio de bruces contra uno de los palés de madera de la esquina, arañándose con

uno de los hierros. Con ese gesto rápido, Said consiguió sacar a James de la dirección del choque que efectuaba la enorme cadena, recibiendo de lleno el intenso golpe que iba contra James y saliendo despedido un par de metros. James gritó al verlo caer como si fuera un fardo. Gritó pidiendo ayuda, sin saber si moverlo o no. Todos acudieron a ver lo que pasaba. No era la primera vez que presenciaban un accidente y actuaron con rapidez. La ambulancia no tardó en llegar. Las primeras atenciones de los médicos consiguieron evitar la muerte de Said. James estaba petrificado. Sabía que estaba con vida, sabía al hospital que lo llevarían, y también sabía que, si Said no lo hubiera empujado, el golpe frontal que él hubiera recibido sí que hubiera resultado mortal.

Andrew casi corría por el pasillo del hospital. La llamada de James lo había preocupado, y más después de tanto tiempo sin saber de él. Le había explicado de forma entrecortada lo ocurrido con Said, el peligro que había corrido. Lo encontró en una de las salas de espera, estaba cabizbajo pero sano. Se sentó a su lado y apoyó una mano en su hombro.

—Pensé que te había ocurrido algo grave.

James se rascó el rasguño del brazo que le recordaba lo ocurrido, ya ni se acordaba de este. Pudo pasar de todo, pero ese arañazo era lo único que había sacado de lo sucedido; ni siquiera le había hecho caso.

—Said me apartó, si no, no sé qué habría pasado. Ese golpe era para mí y no dudó en ponerse en medio.

James se abrazó a Andrew, ¿cuánto tiempo llevaba sin compartir nada con él?

—¿Cómo está?

—Parece que le ha afectado a la columna, no saben si volverá a andar.

—Eso es horrible.

—Y lo peor es que tiene tres hijos que dependen de él. Y yo no puedo hacer nada.

—De acuerdo, no pasa nada; no te preocupes. Tiene mujer, ¿no? Pues no se

hable más, Peach necesita ayuda en casa.

—¿Qué?

—Es lo que tú hubieras hecho. No me cuesta nada, salvó a mi mejor amigo. Aunque últimamente me tengas algo abandonado.

James dejó que las lágrimas por la tensión, por el miedo, por el amigo, salieran.

—No quería arrastrarte a mi mundo.

—Si crees que tomarme un café en un bar de mala muerte cerca del muelle me va a matar es que no me conoces en absoluto.

—Tienes razón, lo siento.

—¿Necesitas hablar?

—Más bien confesarme.

Andrew soltó una carcajada; no era momento de risas, pero con su compañero fuera de peligro, su esposa con un trabajo digno y su amigo recuperado no se sentía de otra manera. Le apetecía mucho escuchar el alma de James, dejar que se desahogara de verdad. Y lo hizo.

La cafetería del hospital no daba para mucho, gente por todos lados con bandejas de plástico que descansaban de una mala noche de acompañantes o que apaciguaban el hambre de forma rápida para volver al lado de sus enfermos. James había prometido pasar el día con Said para que su esposa descansara y estuviera con sus hijos. Le había costado un mundo pedir el día libre a ese imbécil de su superior, pero no creía que lo despidiera por eso.

—Cuéntame tus diligencias, hijo.

—Mira que eres tonto. —James se relajó y empezó a hablar—. La verdad es que, como sabes, el problema lo tuve con la muerte de mi padre; sin embargo, si te soy sincero ha sido desde que Raven se fue.

—Te ha afectado mucho más que otras.

—No sé, Andrew; ella parecía distinta, tan noble, tan buena, tan sincera. Creo que su rechazo y su huida me han tocado dentro. Esperaba tener un futuro con ella, incluso ya lo vislumbraba. Y no un futuro de conveniencia, sino que

creo que la quería de verdad desde el primer momento que se sonrojó ante mí allá en Chicago.

—Males de amores.

—Me siento traicionado, abandonado, dolido, furioso. Tengo desde ese día un nudo dentro que no se me va y que me empuja a hacer tonterías como lo de Victoria.

—Lo de Victoria estaba justificado.

—Lo de Victoria fue un arrebató de orgullo. No fue solo por el dinero, fue por joderla. Pero el que acabó jodido fui yo y encima sentí como si estuviera haciéndole algo horrible a Raven. Y me cabreé conmigo mismo por molestarme por alguien que también me había abandonado. Y entonces hice otra tontería mayor.

James se rascó la cabeza.

—Miedo me das.

—Pensé que como todas las mujeres me querían solo para el sexo, eso es lo que iban a conseguir y que ganaría algo de dinero a su costa.

—¿Qué has hecho, James?

—Nada, estoy en los muelles. Pero me decidí y busqué un lugar para ejercer de...

—¿Puto? ¿Estás loco?

—Ya te he dicho que no pasó nada. Me encontré con una de esas madame y, en cuanto ella quiso tocarme, me largué.

—Madre mía, James. ¿Por qué no has hablado conmigo antes? ¿Te has olvidado de que estoy a tu lado?

—Lo sé, Andy, perdóname, necesitaba tiempo para aclararme, para abandonar mis sueños y cambiar definitivamente de vida.

—¿Y eso me excluye a mí y a Peach?

—En esos momentos sí, pero ahora...

—Lo entiendo y te perdono.

—¿Sabes si Peach está en contacto con Raven?

—Creo que no, pero si lo está a mí no me lo dice.

—Habla con ella y dile que bajo ningún concepto le cuente cuál es mi situación, que no le diga nada de mí.

—De acuerdo.

James miró por la ventana de la cafetería. El exterior estaba nublado, uno de esos días de mañanas brumosas de verano. Ya hacía un año más o menos que todo había vuelto a cambiar y durante ese tiempo había sido una lucha constante por la supervivencia. Ya no le importaba, su vida seguía, un piso deprimente, un trabajo duro y mal pagado, una familia extraña y un título que le pesaba más que nunca.

Y por supuesto un corazón roto que se negaba a sanar.

—¿Es cierto?

James ni siquiera llamó a la puerta del deprimente despacho del jefe encargado, el mismo que había manejado la grúa esa fatídica mañana del accidente.

—¿El qué, marqués?

—¿Has despedido a Said?

Eso era lo que le habían dicho; eso era lo que representaba a su lado aquella noche un nuevo compañero.

—Eso parece, sí.

—No puedes despedirlo.

—¿Y eso quién lo dice?

—La ley. Ha sufrido un accidente laboral y está de baja. El contrato del trabajador y sus derechos dicen que...

—Dicen lo que yo quiera que digan. Un inválido no nos sirve. Recibirá una indemnización.

—Una miseria que no le servirá para nada.

—Es lo que hay.

—Es explotación. ¿Y si el accidente fue provocado?

—¿Qué insinúas, Tenston? Seguro de que no quieres entrar en estas disputas.

—Digo que el golpe iba para mí y digo que no soy ni tonto ni ingenuo. ¿Qué pasaría si te denunciara? ¿Hallarían algo sospechoso? Mucha casualidad esa mañana, ¿no crees?

—Said está despedido, ¿crees que me importa? —Una sonrisa malvada asomó a su rostro—. Puedo encontrar peones como él a montones, solo es un puto inmigrante más. En cuanto a ti, también puedes acabar en la calle como él. ¿Es lo que quieres, lo que buscas, marqués?

James apretó los puños con rabia, tristemente tenía razón. Said no era nada para los de su calaña, para gente sin alma, sin remordimientos. A él poco le importaba su familia, sus hijos, poco le importaban sus trabajadores, lo dijo claro: uno más, y eso era también él para su jefe. Se tragó la bilis que amenazaba con salir a su boca y con una mueca de disgusto dio media vuelta y salió de ese deprimente despacho, pero más deprimente era que siempre perdieran los mismos, los pocos trabajadores honrados que aún quedaban, los hombres nobles que, como Said, no habían dudado en dar su vida por un amigo. Por suerte, Andrew se había ofrecido a ayudar. Sin embargo, James continuó con la mosca tras la oreja. Había algo raro en todo lo ocurrido, pero por desgracia, nunca tendría pruebas de ello.

Brianna estaba orgullosa de su labor. Normalmente nunca se habría acercado a la lejía o a los productos de limpiadores, pero desde que se encargaba de la limpieza de su pequeña casa se sentía útil. Quizás en poco tiempo podría buscar trabajo como asistente, ya lo hacía bastante bien. Entró en la habitación de Roger, la única que le quedaba por adecentar. Había días que su hijo no dormía allí, que se alejaba un tiempo, pero no lo culpaba. Debía aprender cuál era su lugar y a la fuerza lo acabaría haciendo. Su apoyo incondicional solo le había hecho daño, ¡qué equivocada había estado! ¿Cómo habría sido todo si hubiera estado siempre al lado de James? Sin embargo, no tenía caso

preocuparse por eso, era tarde, solo le quedaba estar con él en esos momentos y demostrarle que todo había cambiado y que era su madre. Roger debía comprenderlo también. Sacó una bolsa de debajo de la cama para poder limpiar el suelo, cuando un sobre cayó de detrás del colchón. Brianna lo cogió para devolverlo a su lugar y vio lo que tenía en su interior, frunciendo el ceño con furia.

Roger metió la llave en la cerradura con dificultad. La borrachera se lo impedía, pero abrió rápido, más bien lo hizo la persona que estaba dentro. Brianna lo empujó dentro y le agitó un sobre ante los ojos. Roger intentó quitárselo al ver qué era y ella reaccionó dándole una fuerte bofetada.

—Conoces las circunstancias en las que vivimos, los esfuerzos que debe hacer tu hermano para mantenernos y ¿tienes un sobre lleno de dinero escondido? ¿No era tu intención compartirlo con nosotros? ¿De dónde lo has sacado?

—Es mío, lo he ganado.

—Trabajando desde luego que no, ¡contéstame!

—¿Qué está pasando aquí? ¿A qué vienen estos gritos?

James escuchó los gritos de su madre desde el piso de abajo y corrió para ver qué pasaba. La noche de trabajo había sido intensa, compensando su faena con la de Said que seguía en el hospital. Estaba realmente cansado y lo que menos necesitaba era que no lo dejaran dormir. Brianna le entregó el sobre con el dinero.

—Devuélvemelo. —Roger intentó cogerlo de nuevo.

—¿Qué es esto, Roger? —James también frunció el ceño. Era muy raro que su hermano tuviera dinero para sus juergas, muy extraño. La última vez que había conseguido dinero...—. ¿Quién te lo ha dado?

—No te importa.

James no aguantó más. Algo no le cuadraba, y agarró a su hermano de la camisa para luego darle un buen puñetazo. La nariz de Roger empezó a

sangrar.

—Habla.

Roger intentó defenderse, pero en su estado solo pudo tambalearse, no así James que continuó con varios golpes más. Cuando cayó al suelo, lo alzó, enfrentando su mirada, y le exigió la verdad. Roger empezó a temblar y unas lágrimas cayeron por sus mejillas. Todo se había complicado. Era miedo, era dolor lo que sentía.

—¿Qué has hecho? —Brianna separó a James de Roger, algo no iba bien.

—Lancaster me lo dio.

—¿A cambio de qué? —le gritó James.

—Por información sobre ti.

—¿Qué le contaste?

—Lo siento, James. —La borrachera lo hacía hablar, quizás después no se acordaría de nada y había que aprovecharlo.

—¿Qué información le diste?

—Tus turnos de trabajo, tus jefes, tus compañeros. Lo quería saber todo.

—¿Para qué? ¿Te das cuenta de lo que has hecho, de lo que ha pasado?

—Yo sería mejor conde.

Y cayó rendido por los desfases de la noche, de los días, de la presión. James lo dejó allí, durmiendo en el suelo.

—¿Qué quiere decir?

—Que Lancaster provocó el accidente que hirió a Said, que lo arregló todo para que la cadena del contenedor se soltase. Casualmente esa mañana estaba el encargado y no el operario habitual.

—¿Por qué querría hacer daño a Said?

—Said me retiró del trayecto del contenedor. Me salvó la vida, mamá. Ese golpe me habría matado.

—¿Buscaban matarte?

—Un accidente laboral no es tan raro. Y ya has oído a Roger: él sería mejor conde. Mejor para Lancaster, que no tardaría en hacerse con todo lo de Roger.

—Eso es monstruoso, ¿tanto te odia?

—Voy a solucionar esto de una puta vez.

—Ten cuidado.

James salió y cerró la puerta con un portazo, dejando a Brianna muy preocupada. ¿Hasta dónde eran capaces de llegar? ¿Por qué Roger se prestaba a eso en contra de su propia familia? ¿Hasta dónde podía llegar el odio? La vida de James corría peligro, aunque ahora que lo sabía todo, posiblemente Losley desistiría. Roger ya no era una opción. Ella haría todo lo necesario para que el título nunca pudiera ser suyo, ni de ellos.

James llamó al timbre varias veces, insistiendo, molestando. Pronto el mayordomo le abrió. Sin decir nada lo empujó y accedió, dirigiéndose directamente a la habitación de Charles. Era demasiado temprano para que se hubiera despertado ya. No se equivocó.

Agarrándolo de la chaqueta del pijama lo lanzó de la cama al suelo, apoyando la rodilla en su pecho para impedir que se levantara.

—Estoy vivo, jodido hijo de puta. —Y le dio un puñetazo sobre el tabique de la nariz, que hizo que Charles se retorciera de dolor—. ¿Qué creías, que no me acabaría enterando de lo que hiciste? Tus actos de asesino han costado la vida a un buen hombre. Voy a denunciarte.

—No tienes pruebas. —La voz de Victoria llegó desde la puerta.

—No, no las tengo y no puedo esperar que vuestras conciencias os hagan desistir.

James se levantó del suelo en el que aún estaba con Charles.

—Deberías irte, James.

—¿Qué os he hecho, Victoria? Nunca he actuado en vuestra contra. Yo te quise. ¿Por qué todo esto?

Charles aprovechó para abrir el cajón de su mesita y sacar una pistola que guardaba ahí y apuntarle al pecho. Victoria gritó.

—No la hagas, Charles.

Las manos de Lancaster empezaron a temblar, deseaba hacerlo. Apretar el gatillo y ver a ese hombre al que odiaba desplomarse muerto.

—Hazlo, hijo de puta, aprieta el gatillo.

James se le acercó, impulsándolo a hacerlo, alentándolo y ofreciéndose.

—Charles, por favor, esto acabaría contigo. No podrías explicar un asesinato; James no tiene pruebas de lo del muelle.

—Se ha colado en mi casa a robar y a atacarnos. Tengo un buen pretexto para disparar.

Victoria se puso entre ellos. No podía permitir que Charles arruinara su vida, su prestigio social por un impulso. Y Charles se calmó, bajando el arma.

—James, vete ya, por favor.

James no dijo nada más. Solo esperaba que la pareja desistiera de intentar acabar con él, que de una vez abandonara esa idea y lo dejaran en paz, a él y a su familia. Al fin y al cabo, ya estaba suficientemente hundido.

Capítulo 27

Los panfletos y las guías de viaje se amontonaban en la mesa. Sharon se había encargado de esparcirlos por doquier. Llevaba dos semanas intentando convencerla para ir con ella, pero ¿qué se le había perdido otra vez en Londres? Habían pasado muchos meses desde que había decidido romper su trato con James, desde que había decidido poner un océano de nuevo entre los dos y, aunque les hacía ver a sus seres queridos que lo tenía todo superado, no podía dejar de pensar en él. Algunas noches, el sueño le jugaba malas pasadas y su cuerpo recordaba lo que había sentido en aquel breve contacto con él, con sus labios, el tacto de su piel bajo sus manos. Tanteaba dormitaba sobre su regazo, ya no era el pequeño gatito de aquellos días despreocupados, lo único de James que guardaba de ellos. ¡Y Sharon no entendía que lo que menos necesitaba en esos momentos era volver a la ciudad y rememorarlos con más ansias!

—Si crees que me voy a dar por vencida la llevas clara.

—No insistas; estás empezando a hartarme.

—Nunca he hecho uno de estos viajes sin ti.

—Vale, pero elige otra ciudad, cualquiera de Europa me vale.

—¿Sabes la envidia que sentí cuando viajaste tú allí? Además, es genial, ya conoces la ciudad y podrás llevarme a recorrerla. Serás mi guía, iremos a nuestro aire y compraremos mucho en Harrods y pasaremos por Picadilly Circus.

—¿Y montamos en el London Eye?

—Sí, sí.

—¿Qué parte de que quiero olvidarme de James no entiendes?

—¿Y qué parte de que fuiste tonta por dejarlo no entiendes tú?

—Sabes mis motivos.

—Mira, ya te lo dije, ¿qué tiene de malo estar casada con un hombre al que amas?

—¿Qué él no me amará?

—¿Y eso lo sabes porque ahora ves el futuro? Eres tonta y ya.

—De acuerdo, esa es tu opinión, pero no voy a cambiar la mía y, por supuesto, no iré contigo a Londres.

—Por favor, por favor, además, serán solo unos días y posiblemente no nos encontremos con nadie que conozcas. Evitaremos los lugares a los que suelen ir.

—No, seguro que coincidimos. Y ahora él tendrá todo lo que necesitaba e irá de la mano de una de esas guapísimas mujeres, de Victoria, ya vuelve a ser un conde rico.

—Pues nos cambiamos de acera. No fastidies, Raven; estás peor que cuando lo dejaste con Axel y eso que este matrimonio de conveniencia con James iba a ser para no sufrir.

—Lo sé, pero volver a Londres...

—Hay más de ocho millones de habitantes allí sin contar a los turistas; no nos vamos a cruzar con tu conde rico y guapo. Tienes que pasar página y centrarte en divertirte con tu amiga. ¿Me vas a dejar sola en este viaje? Sería la primera vez.

Sharon empezó a hacer pucheros y a poner ojos de pena; sabía que Raven acabaría cediendo así.

—¿Por qué no se lo pides a otros?

—Me gusta estar contigo; eres especial.

Raven sonrió, pronto empezaría con los abrazos cariñosos, los besitos de

amistad y los elogios. Pero había algo que sí era cierto, siempre habían estado juntas y Sharon siempre estaba a su lado. Confiaba en que sabría sacarla de una situación difícil si algo pasaba en Londres.

—De acuerdo, prepara el viaje.

—Perfecto. Aquí tienes —dijo dándole una pequeña carpeta que sacó del bolso—, salimos mañana. No lleves mucho equipaje, pienso comprarlo todo allí. Te quiero.

—¿Desde cuando tienes los billetes?

—Desde hace una semana, esperaba convencerte o los habría tenido que cambiar. —La abrazó y le dio un sonoro beso—. Lo pasaremos genial; será como un antes y un después en tu vida, en nuestras vidas.

Londres seguía igual, aunque en esa ocasión le pareció algo más melancólica, más gris. ¿Había visitado los mismos lugares con James? Porque entonces le habían resultado deslumbrantes. Cuando estos pensamientos acudían a su mente se enfadaba con ella misma. ¿Tanto había llegado a amarlo en tan poco tiempo? Cómo se había engañado a sí misma. No podía tener un futuro sin amor, era una romántica y enamoradiza, siempre sufriría. Mientras Sharon se dedicaba a picar algo en todas las tiendas de moda de la ciudad, ella imaginaba a James allí con Victoria, feliz por haber recuperado su vida, paseando de la mano y besándose sin pudor. Era lo que debía pasar, cada uno tenía su lugar.

—¿Raven?

La voz la hizo salir de su ensimismamiento y un caluroso abrazo la rodeó. Peach seguía igual de afectuosa y cordial.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Qué haces por aquí? ¿James sabe que has venido? —Peach no dejaba de abrazarla y de hablar, mejor, porque Raven no sabía qué contestar a tanto entusiasmo, pero de pronto su expresión cambió—. ¿Te has enterado de la situación y has venido a ayudarlo?

—No, no sé nada, ¿qué pasa?

—Vaya, creí que...

—Hola. —Sharon salió de la tienda que tenían enfrente y notó la tensión de Raven—. Soy Sharon, amiga de Raven.

—Hola, yo Peach, la mujer del mejor amigo de James.

—¿Peach?

—Es un apelativo cariñoso que me pusieron de niña.

—¿Qué pasa, Peach? —insistió Raven, algo no iba bien.

—Raven, no creo que debas involucrarte con ellos de nuevo, dijimos que nada de pasado.

—Lo sé, Sharon, pero no me gusta la cara de Peach.

—No es un buen lugar para hablar.

—Pues no me moveré de aquí hasta que me lo cuentes.

—De acuerdo, pero vayamos a un sitio más tranquilo.

Avanzaron hasta una cafetería que estaba en esa misma calle, concurrida por los que descansaban de un recorrido por el centro de la ciudad. Sin embargo, ninguna se fijó en las caras de entusiasmo de los otros turistas. Se decidieron por una mesa del interior, en una zona más privada. Raven no esperó a que les sirvieran el café, empezaba a estar ansiosa por las noticias de su amiga inglesa.

—¿Y bien?

—Hace tiempo que no veo a James y Andy casi tampoco, desde que trabaja en los muelles se hace difícil coincidir.

—¿En los muelles?

—Sí, al vender la casa tuvo que mudarse a otro barrio y...

—¿Qué casa? ¿Qué me estás diciendo?

—Entonces es cierto que no sabes nada de nada.

—No. Paul se encargó de hacer los trámites con él y darle el dinero.

—Raven, James no aceptó tu dinero. Por eso tuvo que vender la casa de Eaton Pl. para hacer frente al embargo de Tilman House. Fue muy duro para

todos.

Raven estaba petrificada, aterrada, impactada. Y sintió rabia por todo lo que había estado pensando de él durante esos meses, creyéndolo en brazos de otra, feliz y rico.

—¿Estuvo en peligro?

—Es complicado. Hace poco que un compañero suyo sufrió un accidente en el trabajo. Estuvo a punto de morir; James habría salido muy mal parado si él no lo hubiera retirado.

Raven no podía creer lo que ella le estaba contando, lo del accidente; tenía que comprobar que todo estaba bien, que él estaba bien.

—¿Dónde vive ahora?

—Desde entonces, Andrew está más con él, pero sigue enfadado por lo que os pasó y me ordenó que si hablaba contigo no te lo dijera. Está muy dolido. Cree que...

—Que yo también lo abandoné. —Empezó a llorar—. Por favor, Peach, dime dónde vive ahora; necesito verlo, ayudarlo.

—No lo aceptará.

—Por favor, sabes que solo yo puedo hacerlo.

—James me va a matar. —Cogió una servilleta de papel y le escribió una dirección—. Es un barrio de la zona 2, es tranquilo y barato. Comparten casa con la inquilina y otra familia.

—Gracias, Peach.

Raven no esperó más, se levantó y la abrazó, para salir casi corriendo hacia la dirección que le había indicado. Cogió uno de esos taxis tan característicos que tanto le habían gustado la primera vez que llegó a Londres, con James, pero era distinto, los sentimientos, el dolor, el desengaño, tan diferente a la ilusión de aquellos primeros días allí.

Sharon la vio salir, no la siguió. No le hizo mucha gracia que se fuera, pero entendió sus razones. El amor movía montañas, y su amiga estaba enamorada aunque no lo reconociera. Miró a Peach que tenía una amplia sonrisa.

—Nos hemos quedado solas —le dijo Sharon.

—Habrá que esperar. Si quieres puedo acompañarte yo.

—Pues sería genial; no me gusta ir sola por ahí.

Terminaron tranquilamente de tomarse el café. No podían hacer nada por ellos, todo estaba en manos de Raven. Sharon disfrutaría del resto del día, al fin y al cabo, ella sabía cuál era su hotel y tenía su teléfono por si algo salía mal, y seguramente estaría más contenta con su conde inglés. Solo deseaba que James pensara igual.

El sonido del timbre era estridente y más confuso fue que le abriera una anciana que carecía de sonrisa.

—Busco a James Tenston.

La mujer no dijo nada, solo le señaló la escalera del pasillo y le indicó un dos con los dedos. Raven tampoco iba a entretenerse mucho con ella. Subió hasta el segundo piso que ella le había dicho y volvió a tocar la puerta. Unos pasos en el interior se aproximaron y se abrió. Los ojos de Brianna se abrieron como platos ante la visitante inesperada. Raven echó un vistazo al interior. No era grande, ni bonito, pero tenía algo de luz, apenas un salón enano, una mini cocina, un baño y dos puertas más que serían habitaciones completaban el lugar. ¿Cómo había permitido que llegaran a eso? ¿Cómo no le había informado Paul en su momento de que James había rechazado su dinero?

—Hola, querida. —El abrazo de Brianna la pilló desprevenida. ¿Desde cuándo era amable y capaz de sonreír?—. Me alegro mucho de verte. ¿Cómo sabías dónde encontrarnos?

—Perdona, Brianna, pero quisiera hablar con James.

—Está trabajando y aún no ha vuelto. Trabaja parte de la noche, pero ya debería estar al caer.

—¿Puedo esperarlo?

—No, no puedes. —El tono frío y cavernoso que se oyó a su espalda la hizo temblar—. Puedes irte por dónde has venido.

Sin mucho tacto la empujó levemente y atravesó la puerta. James no parecía el mismo. Unas hondas ojeras rodeaban sus ojos verdes, apagados, incluso creyó verlo más delgado.

—James, yo no sabía que...

—¿No escuchas? He dicho que te largues de mi casa.

—Hijo, no creo que debas hablarle así.

—No es tu problema, madre. —Se giró hacia Raven y frunció el ceño, mostrando un atisbo de rabia contra ella, contra la vida—. ¿Te vas o tendré que echarte?

—James, por favor.

—De acuerdo.

La tomó del brazo con cierta brusquedad y la arrastró hasta el pasillo, cerrando la puerta en sus narices sin mucha delicadeza.

—James —gritó ella desde fuera.

—¡Qué te alejes de mi vida, joder!

—Hijo, ella solo quiere...

—Me voy a descansar, madre; no le abras bajo ningún concepto.

—Pero...

—No quiero verla, ni hablar con ella. No hay nada entre nosotros, ella lo decidió así.

Raven lo escuchó todo desde el exterior y las lágrimas empezaron a abandonar sus ojos. Se sentía impotente, decepcionada con ella misma. Oyó también los pasos rápidos de James y cómo se cerraba la puerta de una habitación del interior. Inmediatamente después la puerta principal se abrió.

—Lo siento, Raven, no quiere. Han pasado muchas cosas.

—No te preocupes, Brianna, volveré otro día y otro hasta que me escuche.

—No sé qué pasó entre vosotros. Él no me lo ha contado, pero es muy orgulloso, no cederá. Ha sido muy duro.

—De acuerdo, pero volveré de igual manera; ahora sé cuál es mi lugar.

—¿Ha ido bien?

Sharon salió a su encuentro desde el baño en cuanto escuchó la puerta de la suite. Pero no recibió respuesta. Raven se dirigió directamente a la cama y se hizo un ovillo para llorar.

—Ni siquiera me ha dejado hablar. Me odia, Sharon, y con razón.

—No creo que te odie.

—Tú no lo has visto. Su mirada de ira, su voz acusadora, sus gestos, su aspecto cansado. Ha debido de ser muy duro para él, y yo pensando que estaría viviendo a cuerpo de rey. Soy lo peor.

—No sabías que no quiso tu dinero.

—Ni me preocupe en preguntarle a Paul cómo había ido todo, y él me lo ocultó, ¿por qué me lo ocultó?

—Quizás James se lo pidió, y Paul no quiso que sufieras más.

—Si lo hubiera sabido no habría tardado tanto en volver, en ayudarlo. Me he comportado como una gran egoísta. Soy de lo peor.

—Otra vez...

Sharon se sentó a su lado y la abrazó, el reencuentro había ido mal y ella estaba algo desestabilizada. Debía admitir que no había pensado en eso al viajar a Londres, pero ya era tarde.

—Siento todo esto, Sharon; no era así como querías pasar tus días libres.

—No te preocupes, contaba con que ocurriera algo, aunque no todo esto.

Raven sonrió levemente. Su amiga estaba a su lado, siempre, arrastrando con ella sus problemas, pero en esos momentos no era su lugar. Y Sharon también lo sabía.

—No sé el tiempo que tendré que estar aquí. No me iré hasta que no se solucione todo. Es mejor que regreses a Chicago.

—¿Estarás bien?

—Sí, tengo a Peach y tengo un buen motivo para luchar; ahora lo sé.

Sharon vio la convicción en sus ojos, esa fuerza que la empujaba en las situaciones difíciles y la hacía ganar. No tenía nada por lo que preocuparse y

esa batalla tenía que librarla sola, por su felicidad, por su futuro.

Unas horas después, el viaje de varios días había terminado. Con un fuerte abrazo y un beso, las amigas se despidieron en la recepción del hotel. Sharon tomó un taxi para ir al aeropuerto de vuelta a Chicago y, en cuanto el vehículo desapareció de su vista, Raven cogió el teléfono para llamar a Paul, le debía muchas explicaciones y era el momento para empezar a arreglarlo todo.

Capítulo 28

James se tumbó despacio en la cama, el dolor de su espalda palpitaba con fuerza. Llevaba días muy cansado. El nuevo compañero no era como Said. Ir al trabajo ya no era un suplicio menor; mientras él había estado allí, le había hecho llevar bien esas duras horas, pero desde el accidente, todo iba a peor y la obligación era mayor. Suspiró al estirarse en el colchón. Con un leve gesto de molestia, el cuerpo empezaba a revelarse. El trabajo más intenso de la cuenta le pasaba factura. Desde que Said no estaba, no le parecía tan llevadero y no tenía tanta ayuda, controlado más de la cuenta por el capataz. Estaba incómodo, desconfiado, frustrado. No tenía pruebas de que estuviera involucrado en el accidente, pero tampoco las necesitaba, un buen sobre de dinero habría convencido a cualquiera y de eso Lancaster tenía y mucho. Si hubiera tenido más alternativas, habría dejado el empleo, pero no podía. Solo confiaba en que, al no tener ya la opción de Roger, Charles desistiera. Y si no lo hacía y acababa muerto, pues uno menos. Intentó cerrar los ojos. Sintió un escalofrío que lo recorrió y un temblor involuntario. Todo empezó a darle vueltas y las cuencas de los ojos a pesarle, bien pensado, llevaba varios días notando eso. Se levantó y fue al baño, el espejo le devolvió un aspecto algo demacrado, con unas hondas ojeras, más de la cuenta. Otro temblor, ¿qué le pasaba? No eran tan seguidos ni tan intensos. El sonido de la puerta le hizo abandonar su escrutinio en el espejo. Abrió sin muchas ganas de recibir visitas.

—No voy a irme sin que hablemos.

James miró el gesto compungido de Raven, vio la sinceridad en esos ojos miel, tan expresivos, pero el problema no era ella, era él. Se mantuvieron la mirada unos largos segundos y sin previo aviso, James le volvió a cerrar la puerta en las narices sin decirle nada, sin ningún remordimiento, poniendo rumbo de nuevo a su cama. Necesitaba descansar, que esos temblores lo abandonaran. Creía que incluso empezaba a tener fiebre; ella le daba fiebre. Pero no pudo llegar, los temblores aumentaron y se sucedieron con mayor rapidez, algo no estaba bien, nada bien. Se desplomó. Todo se volvió negro.

Raven apoyó la frente en la puerta, pero no iba a llorar. Necesitaba ser fuerte para vencer la oposición de James, solo tenía que hablar con él y ambos aclararían las cosas. Le explicaría por qué se había ido, que se había comportado como una idiota y le daría la oportunidad de que le contará qué había pasado esa noche nefasta.

—James, por favor, escúchame. James, ábreme. —Entonces oyó el golpe de la caída y se le puso la carne de gallina—. James, ¿qué pasa? ¿James?

Intento abrir la puerta sin éxito, empujando con todas sus fuerzas, pero no podía perder tiempo. Bajó al primer piso y llamó a la casera; ella tendría una llave. La mujer, con cara de pocos amigos, la acompañó al otro piso y, al abrir, Raven lanzó un grito de desesperación: James estaba tirado en el suelo, presa de los temblores y la fiebre.

—Llame a una ambulancia, deprisa —le gritó a la mujer que bajó a su casa para hacerlo, mientras ella intentaba reanimar a James, manteniendo su cabeza entre sus piernas—. Cariño, vamos, reacciona. James, ¿me oyes?

Las lágrimas de impotencia empezaron a brotar y no solo por no poder hacer nada por él, sino por miedo de perderlo. El aspecto que tenía no era nada bueno, ¿y si era grave?, ¿y si... moría? ¿Por qué lo había dejado solo? ¿Por qué se había marchado? Si le pasaba algo, solo sería culpa suya.

La ambulancia no tardó en llegar, aunque a Raven le pareció una eternidad. Pero sí lo hizo el diagnóstico.

Horas de pruebas, de esperas, de no saber qué tenía, hasta que su médico la informó: tenía tétanos. Una herida con un hierro oxidado en su trabajo, probablemente del día del accidente, un rasguño que había pasado desapercibido por las circunstancias apremiantes de lo que ocurrió, una herida que se había curado mal, que se había infectado de una manera poco apropiada y que había evolucionado a una enfermedad mortal. Los siguientes días eran críticos para su vida. James podía morir.

Raven agarraba con las dos manos el café que Peach le había traído. No se había movido del hospital desde que había llegado con James.

—Deberías irte a descansar.

—No podría.

—Pero sería lo mejor. Deborah vendrá en un rato y puede quedarse con él. Andrew y yo también estamos aquí.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—No podemos hacer nada por él; está en manos de los médicos.

—No voy a volver a irme.

—De acuerdo, estamos contigo.

—Lo arreglaré todo, cuando despierte todo estará como antes.

Peach la abrazó y dejó que llorara en su hombro. Tuvo que pasar algo así para que las cosas volvieran a su cauce. Sin embargo, iban a ser unos días muy complicados.

Capítulo 29

Mirar a James a través del cristal de la Unidad de Cuidados Intensivos había acabado con sus defensas. Llevaban más de una semana de tensión, de no saber a ciencia cierta si viviría o moriría. Por suerte, después de seis días, los médicos habían conseguido controlar la enfermedad y los espasmos que sufría se habían mitigado, dejándolo respirar con normalidad y recuperarse poco a poco, pero el riesgo de muerte en el tétanos era alto y debía estar controlado las veinticuatro horas del día. Posiblemente ya no tendría ningún ataque más, o eso le habían dicho los médicos, pero era necesario por si había una recaída, una parada cardiovascular o algún ataque mayor.

Ya en una habitación privada y vigilada, lo único que continuaba acompañándolo era la fiebre alta; sin embargo, eso era buena señal, ya que la fiebre iría disminuyendo. La había llamado varias veces en su delirio febril, a ella, solo a ella; la buscaba su subconsciente y ella, egoísta, estaba encantada de que eso ocurriera.

—¿Cómo está?

—Los médicos dicen que igual, pero veo que saben que cuantos más días pasen sin que haya cambios, mejor, será señal de que mejora.

—He venido para informarte de que estoy haciendo todo lo que me dijiste.

—Gracias, Paul, no sé qué haría sin ti.

—Debo confiar en que ya no cambiarás de opinión, ¿no?

—No, no debí irme nunca; por mi culpa casi ha muerto.

—No fue culpa tuya. —Raven elevó una ceja de forma irónica. Paul carraspeó; seguía molesta y arrepentida por no haberse enterado de lo que había pasado con el dinero. Cambió de tema—. ¿Y su madre?

—Ella y Deborah han estado aquí hasta hace una hora. Les dije que se fueran a descasar, que yo me quedaba con él. Las tres no hacemos nada aquí.

—Ayer hablé con ella sobre los trámites. Está muy cambiada.

—Estos meses han sido muy duros para todos.

—La verdad es que lo siento por James, pero me alegro de que haya pasado esto.

—¡Paul!

—Te darás cuenta de que estoy en lo cierto. Algo me dice que todo va a ir bien a partir de ahora. Voy a seguir con lo mío, cualquier cosa que necesites me llamas.

—Necesito que soluciones todo cuanto antes.

—Y así será. La recuperación de la casa de Eaton Pl. está en marcha. Tengo que viajar a Grecia, a las Cícladas, allí viven los nuevos dueños que ya están casi convencidos, incluso parecen querer vender más barato de lo que compraron. Hay cosas que no se entienden, pero voy a aprovecharlo y a visitarlos antes de que cambien de idea.

—Sé que lo conseguirás.

—Y el viaje a Grecia me apetece, volveré con noticias y resultados cuanto antes.

Le dio un beso en la frente y se marchó rumbo a las costas del Egeo. No quiso decirle nada, pero era él el que se sentía culpable por no haber insistido, por no haber hecho algo más cuando James se ofuscó ante el ofrecimiento de su dinero. Había salido adelante, pero a qué precio. Antes de irse miró por la ventana de la habitación, él parecía descansar tranquilo, ajeno al hecho de que su vida poco a poco se iba arreglando, y era algo de lo que él se encargaría. Ya estaba harto de tanto vaivén, se merecían ser felices. Y el principio: recuperar la casa de Eaton Pl.

Paul accedió al despacho de la blanca y soleada casa al borde de un acantilado que daba al mar Egeo, acristalada, abierta a las maravillas de esas islas, imbuida con la naturaleza que la circundaba. Viendo la propiedad, no era de extrañar que hubieran sido capaces de pagar más de tres millones por la casa de Eaton, aunque no entendía cómo alguien quería cambiar ese paraíso por Londres.

—Puede esperar en el despacho, señor Connors, Liliana lo atenderá enseguida.

—Muchas gracias.

Paul se sentó en uno de los mullidos sillones que había en la sala tan blanca como la casa y cruzó las piernas mientras la chica de pelo oscuro se marchaba por el pasillo. ¿Le había dicho que se llamaba Eliza? No importaba. Miró de nuevo a su alrededor; una suave brisa procedente del mar le agitó levemente el pelo en la nuca y le hizo cerrar los ojos y relajarse. Estaba extrañamente cómodo, como si no estuviera allí para hacer negocios. Hacía una semana que se había puesto en contacto con la secretaria de Liliana Moon y poco después había hablado con la mujer. Al principio estuvo recelosa, al parecer quería saber quién era el hombre interesado en comprar la casa que hacía tan poco había adquirido, pero el recelo era mutuo. Paul tampoco se fiaba de ella, de que hubiera comprado tan rápido en cuanto había salido a la venta. Sin embargo, allí estaba, dispuesta a vender de nuevo después de haber indagado en quién sería el comprador, de eso no le cabía duda, era una mujer inteligente y una negociadora nata, aunque iba a hacer un muy mal trato.

—Buenos días, señor Connors, disculpe la tardanza.

—No... No importa, señora Moon.

Paul estaba casi sin habla; la mujer joven que tenía enfrente era impresionante, hermosa, deslumbrante, cualquier adjetivo se quedaba corto para describir el impacto que sufrió al contemplar por primera vez a esa beldad pelirroja y de increíbles ojos azules. Pero su sorpresa no quedó ahí.

—Pasa, amor, este es el señor Connors, el interesado en la casa de Eaton

Pl. en Londres.

Un hombre también joven, más alto que ella y a la par en belleza le extendió la mano para que la aceptara, clavando en el abogado unos maravillosos ojos verde esmeralda.

—Bienvenido a las Cícladas, señor Connors.

—Gracias, señor...

—Garden, pero puede llamarme Alan.

—Es mi marido —explicó Liliana.

—Por supuesto. —Paul reaccionó, se colocó las gafas y sacó una de las carpetas para empezar. Debía salir de su embotamiento ante tanta hermosura.

—Cuando Susana me dijo que venía a verme, me sorprendió. No esperaba que me encontrara; dejé bien claro al agente inmobiliario que no trascendiera mi nombre.

—Tengo mis medios, señora.

—Liliana, por favor.

—La verdad es que era de máxima prioridad para mí localizarla, Liliana. ¿Puedo preguntar por los motivos de la venta?

—No me gusta Londres —contestó Alan con una sonrisa.

—Fue un regalo, pero equivoqué la ciudad —explicó Liliana.

—¿Quién querría abandonar este paraíso? —afirmó Paul.

—Más bien prefiero Escocia —manifestó Alan.

—Por eso decidí venderla de nuevo.

—Pero cuando entré en contacto con su secretaria no me dijo que estuviera de nuevo en venta.

—No tengo prisa por vender; como ve, no me hace falta el dinero.

—¿Por eso me pide la mitad del precio pagado?

—Prefiero que alguien la disfrute a que permanezca cerrada y se estropee.

—Muy considerado.

—No comprendo por qué tanta pregunta. Según tengo entendido, usted quiere recuperar la casa y lo hará a un precio más que justo. ¿No está de

acuerdo? —cuestionó Alan.

—Por supuesto que sí; estaría loco si no lo aprovechara. —Paul sonrió—. Entonces todo correcto. Traigo los documentos necesarios para el cambio de titularidad de la escritura y la compraventa. En unos días tendrá el pago efectuado y el negocio quedará cerrado.

Liliana cogió los papeles y los hojeo para firmarlos.

—La propiedad volverá a manos de James Tenston, el antiguo dueño, ¿no? —dijo ella, era su condición.

—Desde luego, respeto los acuerdos a los que llego. Milord está bajo mi protección, yo me encargo de sus asuntos legales.

—Perfecto.

Paul la vio estampar su rúbrica en el papel con una extraña satisfacción. Si no hubiera sabido cómo era la casa, creería que lo estaban engañando, pero no era así. Había conseguido cerrar un gran acuerdo gracias a la generosidad de unos desconocidos, o quizás solo había sido por el capricho de una pareja de niños ricos a los que no les importaba nada el dinero. Cuanto más los miraba, menos los entendía. Guardó los documentos en la carpeta de nuevo y estrechando sus manos se dispuso a marcharse.

—Puede quedarse en la casa hasta que se marche —ofreció Alan con educación.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero me iré cuanto antes. —Paul acarició la cartera de cuero que llevaba—. Están esperando mis noticias.

—Pues, entonces, ha sido un placer tratar con usted. —Liliana sonrió, y Paul de nuevo quedó atrapado en ese bello rostro, en esos rizos rojos.

—Lo mismo digo, Liliana. —Luego se giró hacia Alan y concluyó con una ligera inclinación de cabeza. Su estancia en las islas griegas había concluido con éxito.

Alan estiró las largas piernas ocupando el sillón de enfrente. Paul se acababa de marchar y esperaba que no volviera por allí, que su encuentro no se repitiera, que, nada más atravesar esa puerta, se olvidara de ellos. Y sería

lo normal, nada había que los relacionara con los Tenston a ojos del americano. Durante todos esos años los condes de Wranson habían zozobrado, pero nunca a ese nivel. Liliana no lo había permitido.

—Entonces seguro de que vuelve a las manos de los Tenston, ¿no?

—Sí, es el abogado de la joven que iba a casarse con James. Los registros contenían su nombre.

—Sigo sin entender por qué llegaste a este extremo, por qué dejaste que James pasara por todo esto.

—Todo iba bien hasta que la herencia cayó en manos de su padre.

—Se hubiera notado mucho una inyección de capital en ese momento.

—No hubiera pasado desapercibida, pero James es distinto; él sí es un Tenston de los pies a la cabeza. Me recuerda mucho a Evan.

Alan sonrió ante el recuerdo de su querido amigo, ante el recuerdo de su sonrisa, de su mala cara cada vez que paseaban horas entre las salas de la biblioteca de Nueva York. Ya habían pasado más de cien años y todavía lo recordaba todo. En sus mentes nada se borraba. Pero en esos momentos, ese era su presente y James Tenston su responsabilidad.

—Comprar la casa a un precio excesivo para ayudarlo y devolvérsela casi por la mitad, es una buena forma de apoyo que pasa desapercibido.

—Se la hubiera regalado si eso no hubiera resultado sospechoso.

—Cierto, ¿cómo explicar tu interés por la familia siendo una desconocida?

—Por lo menos James recuperará lo que le pertenece.

—Y nosotros estaremos más tranquilos.

—Te hice una promesa aquel día.

—Y la has cumplido durante todos estos años, gracias.

—A pesar de no estar juntos, siempre me acordaba de ti y por eso lo hice.

—Cuidaste de Cynthia por mí, protegiste y apoyaste a Natalie y a su familia por mucho tiempo y es algo que siempre te agradeceré.

Liliana se sentó sobre las largas piernas de Alan y enredó sus dedos en su cabello oscuro y rizado. Estaba tan guapo así, pensó, y le dio un intenso beso

que los unió y los envolvió. Para ellos siempre era así. Lo que suponía la desesperación para la gente normal, ellos lo veían como un trámite más en la vida. A veces se sentían como los eternos vigilantes, pero los Tenston eran especiales para ellos y solo querían que fueran felices. James por fin lo conseguiría, a pesar del peligro, de la humillación, de la decepción, del dolor, ahora tenía a una mujer fuerte a su lado. Liliana sonrió al separarse de los labios deseables de Alan y ambos se miraron a los ojos, igual que aquella última vez en Nueva York, cuando Liliana se llamaba Lena y Alan era Aidan, un joven y guapo librero francés, eterno prometido de la condesa Cynthia de Wranson.

—Todo está de nuevo en su lugar —dijo Liliana.

—Como debe ser —respondió Alan y volvió a hundirse en el hueco de su cuello, su paraíso.

Paul miraba el azul del mar desde el barco que lo llevaba a coger el avión que lo devolvería a Londres con el trabajo hecho, con un poco de desasosiego, de pena por abandonar ese edén. Cogió su teléfono móvil y efectuó la esperada llamada.

—¿Y bien? —preguntó Raven algo nerviosa al otro lado de la línea.

—La casa vuelve a ser de James Tenston. No he tenido que mover un dedo, parecían muy interesados en vender.

—¿Y eso?

—Fue un regalo no deseado; no les importaba, y eso jugó en nuestro beneficio.

—¿La casa está bien?

—Pasé antes de venir, está perfectamente.

—Entonces es muy curioso.

—Más bien algo excéntrico. Deberías haber visto la impresionante casa que tienen frente al Egeo, lo jóvenes y guapos que eran los dos. No es extraño que también sean altruistas.

—Es raro verte tan impresionado con algo así.

—Ha sido como hacer un viaje al paraíso.

Raven soltó una carcajada; Paul no solía divagar y menos poetizar.

—Ven cuanto antes y organiza los trabajos de Tilman; te necesito.

—Claro que sí, cariño, estoy de vuelta. ¿Cómo está James?

—Recuperándose poco a poco.

—Es hora de que tomes las riendas, Raven, hay cosas que yo no puedo arreglar.

—Lo sé.

Paul colgó el teléfono; se la escuchaba más animada y sabía que era muy capaz de solucionar las cosas a su alrededor, aunque tuviera que poner a cada uno en su lugar. Se sentó en una de las butacas que había al lado de la borda y disfrutó del azul de cielo, de los rayos de sol, de lo poco que le quedaba en esos lares. Pronto, la neblina de Londres lo envolvería de nuevo. Por fortuna, esa niebla solo sería una cuestión meteorológica porque, en sus vidas, las nubes se iban disipando y dejarían un sol tan radiante como el que contemplaba en esos instantes.

El sonido de la cerradura de la puerta les hizo alzar la vista y, cuando Raven entró, se dio cuenta de que los tres habían acudido a su llamada, quizás el único que se sentía fuera de lugar era Roger. Al verlo, frunció el ceño. Estaba muy demacrado. El tiempo que llevaba sin verlo lo había desmejorado sobremanera, pero lo que más la sorprendió fue verlo algo alejado de su madre.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó él, la incomodidad era palpable.

—Os he reunido para que hablemos.

—No tengo nada que hablar contigo. —Otra vez el singular.

—Déjala explicarse, Roger —ordenó Brianna—. ¿Quién está con James?

Raven sonrió; en ese momento sí veía preocupación en la mirada de la madre.

—Andrew y Peach están con él.

—¿Y bien? —Deborah suponía que no estaban allí, en el piso enano de James para hablar de su salud; iban a menudo al hospital.

—La situación debe cambiar, cuando James salga del hospital...

—Si es que sale —afirmó Roger con una mueca de maldad.

—¿De verdad quieres que tu hermano muera, Roger? —le cuestionó Raven frunciendo el ceño y enfrentándolo; él desvió la mirada.

—Así yo sería el conde.

—No, no lo serías, no podrías pagar el título.

—Sí, si me caso contigo. ¿No era ese el trato?

Raven se acercó más a él y le dio un fuerte bofetón, descargando en él toda la rabia e impotencia que tenía acumulada. Los ojos sorprendidos de Roger la hicieron calmarse y no seguir golpeándolo hasta hartarse.

—Compórtate, Roger —gritó Brianna, su hijo bajó la cabeza, por un momento parecía arrepentido—. Si no, ya sabes dónde está la puerta.

—No pasa nada, Brianna, voy a pasar por alto ese comentario por el bien de James y de esta familia. Lo que quería contaros es que a partir de ahora esto debe cambiar. El peso de esta familia no va a caer solo sobre los hombros de James.

—No podemos hacer mucho.

—Me basta con que os convirtáis en una familia de verdad. Paul va a volver a comprar la casa de Eaton Pl.; se ha reunido en Grecia con el dueño actual y no creo que tarde mucho en formalizar la venta. Brianna, sé lo que adoras Londres y también sé lo que James echa de menos Tilman House. Así pues, mi apuesta es la siguiente. Tú vivirás aquí, en Londres, en Eaton —le dijo a Brianna—; tendrás a tu disposición una interna para que viva contigo y una asistenta que acudirá para ayudar con la limpieza tres veces por semana. James y yo nos quedaremos contigo hasta que las reformas que él quería llevar a cabo terminen en Tilman. Paul ha ordenado que ya empiecen las obras.

—¿Has hecho eso? ¿Has tomado las riendas de la situación? —preguntó

Deborah—. Es maravilloso, Raven.

—Es lo que James merece. La casa, por supuesto, estará a nuestro nombre, pero podrás disponer de ella como quieras, Brianna.

—Muchas gracias, cariño. —Ella se acercó y le dio un beso. Estaba admirada.

—Se os olvida algo, ¿qué pasa conmigo?

—A eso voy, Roger. Es momento de vivir por ti mismo. Pero no pienses que voy a abandonarte, sino que te apoyaré. Ya pensamos una vez que lo mejor era alejarte de aquí un tiempo y creo que es lo correcto. Irás a América, a mi casa, mi madre se encargará de todo. —Roger frunció el ceño—. A no ser que prefieras acabar muerto en la calle, porque es lo que pasará si no cambias tu comportamiento.

Deborah sonrió. Todo estaba expuesto y claro; Raven había organizado todo a las mil maravillas. James estaría orgulloso cuando saliera del hospital. Tilman House se convertiría de nuevo en la base del condado. La recuperación de la casa de Eaton Pl. para su madre era magistral. La familia estaría más unida aun viviendo separados, y Roger, él estaría mejor respirando otros aires. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Bienvenida a la familia.

—Gracias, Deborah, espero contar contigo.

—Por supuesto.

—James tiene mucha suerte por tenerte a su lado, hija. —Brianna también la abrazó y Raven se apoyó en sus hombros. Necesitaba también su cariño.

—Lo único que quiero es estar con él.

—Entonces todo está claro.

Roger suspiró ante la escenita. Ya no había vuelta atrás.

—¿No tengo otra opción?

—Me temo que no, en cuanto todo esté atado aquí, viajarás con Paul.

—¿También tengo que abrazarte y agradecértelo?

—Deja el sarcasmo, Roger; acabarás comprendiéndolo. —Raven cogió su

bolso y se dispuso a marcharse—. Volveré ya al hospital. Paul preparará la mudanza cuando vuelva. Os dejo solos.

—Nos vemos más tarde, cariño.

Brianna la acompañó a la puerta y le dio un último beso, James estaba en muy buenas manos. Roger suspiró; había mantenido su actitud rebelde, su mal carácter por puro orgullo, pero quizás no era mala idea alejarse de todos sus problemas, dejar atrás la pobreza, la desesperación a su alrededor, la influencia de James, de su madre, la sombra de Lancaster que aún planeaba sobre él. De alguna manera, todo lo que había pasado con su hermano lo hacía sentirse culpable y, a pesar de sus palabras, lamentaba que estuviera en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. Y lamentaba las palabras hirientes que había dedicado a Raven. Lo que ella sentía por James era real y estaba fuera de todo trato anterior. Su bofetada le escocía, pero más le dolía su comportamiento hasta ese día. Su madre había cambiado, se había dado cuenta a tiempo de sus errores e intentaba arreglarlos. ¿Podría él hacer lo mismo? ¿James lo perdonaría? Raven tenía razón; Chicago era un buen destino para calmar las cosas para arreglar su vida, aunque sabía que no había nada bueno en él.

Brianna vio a Roger bajar la cabeza y meterse en su habitación. Su expresión era inequívoca: no habría oposición por su parte. Deborah se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Me voy ya. Voy a contarle los cambios a Matthew. Seguro que se alegrará de que por fin acabe este infierno. Cuando Paul regrese me avisáis y os ayudó con la mudanza.

—Gracias, cariño.

Deborah le dio otro beso, su madre estaba contenta. Se le notaba; su rostro relajado se lo confirmó.

—¿Vas a ir luego al hospital?

—Sí, veré si convenzo a Raven para que se vaya a descansar.

—No creo que lo consigas; no se separa de su cama.

—Pronto se recuperará del todo, ¿no crees?

—Sí, ya ha estado consciente algún momento.

—Pero muy poco.

—La enfermedad ha dejado su cuerpo exhausto, debe descansar.

—Lo sé, Debbie, pero aun así...

—Saldrá de esta, mamá, es muy fuerte.

Brianna asintió, llevaba muchos días luchando contra el tétanos. Era un campeón y solo debía reponerse y descansar. Todos estaban a su lado, dándole fuerzas y no los decepcionaría.

Capítulo 30

Raven dormitaba sobre la cama del hospital que ocupaba James.

No se separaba de él. Había recuperado la consciencia en varias ocasiones, pero por muy poco tiempo. Apenas habían hablado, pero consiguió calmarlo, hacerlo entender que su lugar estaba allí. Estaba tan cansado que no había rechistado; sin embargo, sabía que la conversación y los reproches quedaban pendientes.

Hacía poco que la enfermedad le había dado un respiro y esa tarde estaba consciente. Raven alzó la cabeza para despejarse y se encontró con la mirada verde de él contemplándola con interés.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó preocupada; James frunció el ceño con enfado.

—¿Por qué has vuelto?

—Te quiero.

James arqueó una ceja, ¿después de lo que pasó?

—¿Y cuándo te diste cuenta de eso? No pareció afectarte mucho al huir de esa forma. Aún recuerdo lo que me dijiste. Ni siquiera me dejaste explicarme. Y de repente, ¿me amas?

—Siempre ha sido así, solo tuve miedo.

—No puedo confiar en ti, Raven. Me dijiste cosas muy duras, me heriste. ¿Por qué te fuiste? No fue por lo que me dijiste, ¿verdad?

—No, lo siento; solo intenté ser dura.

—Pero sí fue a raíz de lo que pasó esa noche.

—Sí, de alguna manera me convencí de algo.

—¿Qué?

—Que era demasiado... ¿cómo lo diría? Fea, poca cosa, para ti.

—¿Qué? —Esa vez la pregunta estuvo acompañada de una subida de tono.

—No pegaba contigo, somos muy distintos.

Los ojos de James se enfriaron, bañados por la ¿ira? Ella lo sintió.

—Me estás diciendo que he pasado todos estos meses por la humillación, la ruina, el durísimo trabajo porque tú te sentiste fea. ¿Te das cuenta de que tuve que vender mi casa, de que me acosté con Victoria por dinero solo porque tú dudaste de tu belleza?

—Bueno, yo... si lo ves así parece...

—Infantil, Raven, un arrebato de niña tonta. —La miró intensamente a los ojos—. Sal de aquí por favor, no quiero verte; estoy muy enfadado.

—No iré a ninguna parte.

—Quiero estar solo, sal.

—Vale, lo entiendo, pero estaré fuera. —Él le dio la espalda y ella empezó a salir de la habitación—. Entiendo que te parezca infantil, pero quiero que comprendas lo que fue para mí llegar aquí y soportar los menosprecios de tu familia, los cuchicheos y las burlas de la gente que te rodeaba, de esas preciosas y delgadísimas mujeres. No sabes lo inferior que me sentí. Luego pensé que te condenaba a tener que soportarme a tu lado y que acabarías siendo infeliz conmigo, ¿cómo podía privarte de una vida plena en todos los aspectos? A pesar de nuestro acuerdo, no quise condenarte a eso.

—¿Cómo?

—No me deseabas, James.

—¿De qué hablas? ¿Sabes la cantidad de veces que tuve que alejarme de ti para no arrancarte la ropa y poseerte?

—¿Qué?

—¿Sabes? Esa noche todo fueron problemas. Me encontré con Bruce en el

bar y me amenazó, incluso te amenazó a ti. Los nervios me pudieron, pensé en llamar a Paul para comprobar si estabas realmente en peligro. Y no solo eso, al parecer Hertonchild me puso algo en la bebida, algo que me impidió cumplir. No fue rechazo; fueron las circunstancias nefastas de esa maldita noche. No fue rechazo, no fue falta de deseo. No te ignoraba en ese aspecto. Durante todo ese tiempo, juntos, no quería que pensaras que buscaba convencerte con el sexo, que utilizaba esas armas para retenerte. Contigo quería que fuera distinto, puro, demostrarte que eras especial para mí.

Raven se quedó sin habla. ¿Todas las veces que había pensado que él se apartaba, que no había deseo en sus ojos era por miedo a perderla si se lo demostraba? ¿Qué idiota había sido por no preguntárselo y enfrentar sus dudas con él! Sonrió.

—¿Qué estúpida fui! Me equivoqué tanto. Me dejé dirigir por esas mujeres, por Victoria, por su maldad y consiguieron lo que buscaban, hacerme dudar.

—Sí, todos son bellas fachadas que admirar, pero debiste ver más allá, darte cuenta de que en el interior todo estaba derruido y podrido. Ese mundo de mierda es el que me rodea, gente que se alegra del mal de otro y que está desando verte caer para pisarte más. ¿Y tú creías que eras fea a su lado?

—Ahora lo sé, James, pero entonces estaba sola, me dejé influenciar. Lo siento.

—¿Por qué no me lo contaste? —Se giró de nuevo y lo vio en sus ojos, ese brillo que mostraba tan claramente sus sentimientos.

—Supongo que tuve miedo. De alguna manera, esa noche en la que quisimos intimar me di cuenta de que nuestro futuro no iba a ser el pactado, que yo acabaría amándote con locura, deseándote y que tú solo acudirías a mí por obligación. Eso iba a hacerme más daño que el acuerdo frío que teníamos.

—El amor no entraba en tus planes.

—No, el amor no correspondido no.

—¿Dónde ha quedado esa primera conversación en la que hablábamos del cariño por los años vividos?

Raven sonrió. Recordaba aquello. Muchas cosas habían cambiado en esos meses.

—No me importa, ya no me importa nada. Te quiero y solo quiero estar contigo y protegerte.

—Raven, si te digo que no he dejado de pensar en ti, que cuando me acosté con Victoria no solo me dolió por el dinero, sino que me sentí mal por ti, si te digo que en algún momento de este camino te metiste muy dentro de mí, si te digo que me sentí terriblemente culpable por no haber intentado convencerte, ¿me creerías?

—¿Por qué no lo hiciste?

—No quise que pensaras que era por tu dinero. Y me equivoqué; debí dejar las cosas claras desde el principio.

—Pues olvidemos todo y empecemos de nuevo: «Hola, me llamo Raven y soy de Chicago. Te he estado mirando y me gustas mucho».

James sonrió y estrechó la mano que ella le ofrecía.

—Encantado de conocerte, tú también me gustas mucho.

—Perfecto, ¿puedo invitarte a cenar?

—Creo que yo voy a ir más rápido. Así pues: Raven Simmons, te quiero y quiero que seas mi condesa de Wranson.

—Sí, sí.

Regresó al lado de la cama y se lanzó sobre él dándole un apasionado beso, sin querer separarse de él. James se deshizo del abrazo, debía conservar su orgullo.

—Oye, sigo enfadado por tu infantilismo y no eres fea. Ahora sal hasta que se me pase.

—De acuerdo, te dejo solo.

Raven sonrió ante su berrinche; él volvió a darle la espalda, pero ella salió con una enorme sonrisa. No era la escena de declaración de amor que había soñado, sin embargo, estaba feliz.

—Mejor.

—Te traeré un sándwich de atún y mayonesa.

—Sí, por favor —dijo James sin mirarla, pero su boca también dibujaba una sonrisa. Era un futuro muy prometedor.

El resto del día lo pasaron hablando, contándose lo que habían hecho hasta ese día de separación. Raven le explicó la conversación que había tenido con Victoria antes de ir a Tilman, sus sentimientos, sus sensaciones de inferioridad. Y James hizo lo propio; le habló de lo sucedido con Hertonchild y la droga. Le dijo lo que habían tramado Charles y su hermano, del accidente frustrado y le confesó lo que pasó cuando se acostó con Victoria, las circunstancias que lo habían llevado a hacerlo. De nuevo estaban juntos, dejando atrás los malos momentos y los peligros a los que había estado expuesto. Estaba vivo y junto a ella, y eso era lo que más le importaba, todo lo demás carecía de interés. Raven acarició su pelo cobrizo cuando él se recostó para descansar y le dio un beso en la frente, tan inocente, tan romántico. James alargó la mano y la empujó hacia él para darle un buen beso en los labios, un beso prometedor que la dejó temblando de excitación de pies a cabeza y no era por una enfermedad.

La cama del hospital era lo suficiente grande como para albergarlos a los dos, sobre todo cuando James dormía de lado en uno de los extremos. Raven estiró las piernas sobre el colchón y se puso a leer una de las revistas sobre arqueología que había comprado en un kiosco del hospital. Había dudado entre esa o una de moda, pero las revistas de chicas eran algo superior a sus fuerzas y, bueno, ya contaba con Peach para eso. Repasó la página; el artículo sobre unas excavaciones que una organización americana, la ASLAC, llevaba a cabo en la tierra de Yemen, antiguo y mítico reino de la Reina de Saba estaba interesante. Al parecer ya habían encontrado indicios en la piedra escrita de la existencia de la reina y del viaje que hizo a Jerusalén. Imbuida como estaba en la lectura no notó cuando el brazo de James la rodeó por la cintura hasta que no hizo algo de fuerza para atraerla hacia él.

—¿Estás bien? —Raven lo miró preocupada.

—No me preguntes eso más; ya no debería estar aquí. Pero sí, estoy bien, en estos instantes, muy bien.

James se incorporó levemente y depositó un beso en la parte baja de su cuello, retirando la blusa. Raven se estremeció ante el suave contacto, ante la presión de su brazo alrededor de su cintura y que cada vez iba bajando más, sin embargo, no era el momento. James llevaba varios días casi recuperado, refunfuñando por tener que pasar más tiempo allí, pero en esos días no solo había ido recuperándose, sino que las caricias y los besos se habían sucedido con más asiduidad, pero todo muy superficial.

—Para, James.

—Ni lo sueñes, esta vez no te vas a escapar.

—Aún estás débil y te cansas con facilidad.

—Me da igual, llevo mucho tiempo sin hacerlo.

Raven elevó el cuello para dejarlo besarla, ¿por qué lo elevaba si no quería? Pero las sensaciones que él estaba generando en su cuerpo amenazaban con hacerla ceder.

—Estamos en el hospital y sigues enfermo; no quiero que empeores.

—No busques excusas, nos lo debemos.

—Pero no aquí o así. Tenemos todo el tiempo del mundo; descansa.

James resopló y abandonó su abrazo, frustrado. Raven sonrió al ver su cara, al ver su necesidad, al ver su deseo por ella, algo que llevaba mucho esperando.

—No creo que pueda descansar en este estado.

De nuevo ahí estaba, ese encantador gesto de niño grande, ese berrinche de condesito que tanto empezaba a gustarle.

—Con eso sí que puedo hacer algo. —Raven se levantó de la cama y se dirigió a la puerta para cerrarla, tendrían unos momentos para ellos solos; eso no le podía hacer mucho daño—. Relájate.

Y volviendo a la cama se situó a su lado y bajó lentamente las manos,

acariciando su pecho y encaminándose a su entrepierna. James cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que primero sus manos y luego su boca iban despertando, arqueando la espalda ante cada nueva caricia, ante cada nuevo toque. Estaba realmente a gusto, cómodo, sin presiones. Nunca había sentido eso por una mujer, nunca se había permitido conocerlas antes que acostarse con ellas, nunca había empezado a quererlas antes que a desearlas y le encantó la sensación, no solo el placer, si no más que nada el amor. En esos instantes de éxtasis en los que la aferraba del pelo para que no parase y mientras se corría en su boca diciendo su nombre, se dio cuenta de que nunca antes había sentido eso: el amor. ¡Qué equivocado había estado al pensar que llegó a querer a Victoria o a las demás que pasaron por su vida!

—Lo siento, no calculé —dijo con la respiración aún acelerada.

—No me importa.

Raven se colocó a su lado de nuevo, arreglándose el pelo; estaba sonrojada, para ella también había sido algo especial; no solía hacer esas cosas tan a la ligera, pero estaba tan bien con James. Sentía que la necesitaba, que la deseaba, que ya era algo importante para él. No quedaba lugar para la vergüenza o el pudor excesivo. Así debía ser su intimidad.

—Has estado genial.

—Gracias, es lo que espera una chica después de hacerle eso a su novio.

James sonrió ante su leve sarcasmo, ella parecía feliz.

—Me gusta cómo suena eso: novio, aunque deberías empezar a utilizar el prometido.

—¿Prometido? No veo ningún anillo en mi dedo. Los ingleses tenéis fama de ser muy originales y románticos en las pedidas de manos, ¿no?

—¿Y eso dónde está escrito?

—Seguramente en alguna piedra, así nunca se borrará.

—Creo que nos confundes con los escoceses de las novelas rosas.

—Podría ser, pero eres medio escocés.

La sonora carcajada de James rebotó en la habitación y fue directa al

corazón de Raven; no necesitaba nada más.

—Muy bien, tendrás tu fiesta de pedida, con lujos, invitados, música de cámara.

—No, por favor.

—Es culpa tuya por pedirlo.

—Me arrepiento.

—Demasiado tarde, ya estoy llamando a Peach, va a estar encantada de organizarla.

—Dame ese teléfono. —Raven se abalanzó sobre él, haciéndole cosquillas.

—No escatimaremos en gastos. ¡Oye, estate quieta! ¿No querías que descansara?

—Perdón —dijo quedándose quieta de golpe. James sonrió.

—Pero ¿qué jaleo es este? ¿Y por qué está la puerta cerrada?

La voz de la enfermera les llegó a través del cristal opaco de la puerta. Raven corrió a abrir.

—Lo siento, estaba dormido y no quise que lo molestaran.

—Será un minuto; solo comprobaré los gráficos de hoy —dijo la enfermera—. Parece que se encuentra bastante mejor.

—Sí, mucho mejor, deseando que me den el alta médica.

—Posiblemente mañana si es que no hay fiebre... —Se detuvo al ver los gráficos, algo no encajaba—. Vaya, aquí hay algo extraño, tendré que avisar al médico.

—No puede ser, ha estado bien todo el tiempo —afirmó Raven.

—Miré esta subida de...

—¿Podemos hablar un momento?

Raven la cogió del brazo y se la llevó a un rincón de la habitación.

—Usted dirá.

—Es que en ese instante estábamos... bueno... intimando, ya sabe.

La enfermera sonrió al verla ruborizarse; eso explicaba el cambio de temperatura del enfermo.

—De acuerdo, lo pasaré por alto, pero que no ocurra más. Puedo ocultar una elevación puntual, sin embargo, si ocurriera más veces no podría.

—No se preocupe; no pasará más, lo prometo.

—Cariño, entiendo que deba ser difícil teniendo a un hombre así, pero ten un poco de paciencia. Será cuestión de un día o dos a lo sumo.

—Gracias.

—De todas formas intentaré que le den el alta cuanto antes.

—Sí, está ya muy nervioso por estar aquí postrado.

—Y no solo él, cariño, tengo a las enfermeras revolucionadas. Todas quieren venir a atenderlo, ¿por qué crees que lo hago yo en persona?

Le guiñó un ojo y le sonrió; la joven le caía bien. Recogió la carpeta y se marchó. Recordó el primer día que habían llegado allí; había sido la comidilla: un guapísimo conde en el hospital. Se hablaba de que una joven iba con él, pero no podía ser su esposa ni su novia, eran muy distintos físicamente; sin embargo, resultó que sí lo eran. Esos primeros días, todas habían pensado que ella tenía mucha suerte al tener de pareja a un hombre como James y nada menos que un conde. Las enfermeras la envidiaban y creían que era una afortunada, pero después de esas semanas la percepción había ido cambiando. El trato que tenía con ella era más cordial y se había dado cuenta de que no era ella la afortunada por estar con él, sino James por tener a Raven a su lado. Y el paso de los días se lo habían confirmado. Se merecían estar juntos, viviendo su amor después de ese duro golpe, de esa enfermedad y de ese miedo a la muerte. Sonrió de nuevo. Conseguiría que le dieran el alta, un día más y volverían a su apasionada vida.

Capítulo 31

El médico había consultado los últimos informes hacía casi una hora y el alta médica ya estaba en manos de Raven mientras esperaba a que James terminara de vestirse. De vez en cuando tarareaba. Después de varias semanas en el hospital, hasta ella tenía ganas de cantar.

—He mandado que preparen una buena bienvenida en la casa.

—¿Les has dicho que me daban hoy el alta?

—Les dije que había posibilidades de que fuera así.

—Pues llama a mi madre y dile que será mañana.

—¿Por qué?

—Porque este día lo quiero pasar contigo, solos los dos. ¿Aún estás en el hotel? —Raven asintió—. Pues vamos.

—Pero todos están deseando que...

—¿Hablamos de deseos? No voy a dejar que pase más tiempo. Es hora de que ambos nos demos un homenaje.

Raven lo observó guiñarle un ojo con esa sonrisa tan maravillosa y no insistió más. Él tenía razón; era el momento para ellos, para darse todo lo que les faltaba, para demostrarse lo que sentían el uno por el otro, para cerrar esa maldita duda y por fin dejar que sus cuerpos hablaran. Pero lo que más la excitó fue que James parecía mucho más impaciente que ella. Se levantó de la cama después de atarse los zapatos y se acercó a ella, depositando un suave beso en sus labios. Le quitó la bolsa de aseo que llevaba en las manos y salió

delante de ella, apremiándola a que lo siguiera y no tardó ni un segundo en hacerlo, como tampoco en llegar a su hotel. Había elegido uno cerca del hospital después de que Sharon se marchara.

James no esperó más. En cuanto Raven atravesó la puerta, arrojó el bolso en la cama y se abalanzó sobre ella.

—Desnúdate —le dijo mientras él ya se quitaba su camiseta.

Ella no dudó y lo imitó. Quería sentirlo de nuevo, sentirlo todo, abandonarse por fin al placer. Él parecía tener prisa y no esperó a que ella se desprendiera de su ropa, en cuanto la alzó, la boca de James se arrojó como un animal hambriento sobre sus pechos, probando, succionando, atormentándola con su lengua juguetona y húmeda, despertando punzadas y escalofríos de placer en lugares mucho más íntimos. Raven terminó de quitarse la blusa y la ropa interior como pudo y se abrazó a él. Habían tenido momentos privados, pero nada que ver con eso, con la certeza de que esa vez sería hasta el final. James la empujó con suavidad hacia la cama sin dejar de besarla, de acariciarla y de excitarla. No quería darle ningún respiro, que no tuviera ningún atisbo de duda sobre su propio deseo, pero ella lo sabía, notaba la dureza de su entrepierna rozando sus muslos, buscando liberarse de sus pantalones. No lo pensó más y abrió la cremallera para hacer realidad sus deseos, arrojando sus pantalones y calzoncillos al otro lado de la habitación, recreándose en el tacto de sus nalgas, sus piernas, su espalda que ya estaban sobre ella. De pronto sintió cómo James la sujetaba de las muñecas y elevaba sus brazos por encima de su cabeza, mientras con la otra mano empezaba a acariciar sus hermosas curvas y descendía hasta abrirle los muslos para él. Sus dedos empezaron a invadir su interior, lentamente al principio y mucho más rápido después, haciendo que arqueara las caderas acompañándose a sus movimientos y soltando un fuerte gemido de placer. James sonrió y solo se detuvo para mirarla y contemplar el rubor de sus mejillas, para colocarse sobre ella, para no esperar ni jugar más. Ya habría tiempo después; en esos instantes solo quería sentir cómo ella lo envolvía por completo. Le soltó los

brazos y apoyó sus manos en la pared de enfrente mientras se introducía en ella y dejaba que lo abrazara con tensión, con fuerza.

—Rodéame con las piernas.

—Vale. —Raven habló entre suspiros, ajena a todo lo que no fueran los movimientos, el tacto y el olor de James. Había dudado unos segundos cuando él empezó a acariciar su cintura, su vientre, pero él parecía recrearse y estar encantado con sus líneas generosas y ella no iba a negarse esa sensación de triunfo; ya se lo había dicho muchas veces: no era fea y no estaba gordita. Y allí estaba, pidiéndole que lo rodeara con sus largas piernas. Le hizo caso, colocando de mejor forma sus piernas alrededor de su cadera, la ligera elevación que llevó a cabo hizo que él entrara más profundamente y aumentara el placer, el gemido profundo de James se lo indicó. Verlo tan al límite, tan excitado en el asalto de su cuerpo estaba acabando con sus defensas. Sin embargo, las murallas que antes cayeron fueron las del hombre que se movía con frenesí sobre ella y que unas embestidas más y con un fuerte gemido final, se corrió en su interior, apoyándose sobre su pecho y respirando aceleradamente en su cuello después.

—Lo siento, ha sido demasiado rápido.

—Ha sido precioso.

James soltó una carcajada, no era la definición que esperaba.

—¡Qué bien! Hago el amor de forma preciosa.

—No quería decir eso, pero me he sentido tan bien, como si nos conociéramos de toda la vida, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

—Aún no, no hemos acabado.

—Estás cansado; tienes que descansar.

—Ya lo haré después. Prepárate, voy a hacer que subas al cielo, preciosa.

Raven sonrió, pero no por mucho tiempo. Dio un respingo y un suspiro intenso de placer al sentir la lengua de su hombre toqueteando con pericia su punto más sensible. Elevó las rodillas para facilitarle el trabajo y se aferró a

su pelo cobrizo con ganas y pasión mientras él utilizaba también sus dedos para llevarla al límite; sin embargo, no llegó a él. James quería que fuera por completo y, demostrando una magnífica capacidad de recuperación, volvió a introducirse en ella de forma magistral, haciendo que ella regresara a envolverlo con las piernas y se ajustara a sus rítmicos y maestros movimientos, pidiendo más, recibiendo sus besos y sintiendo hasta límites insospechados. ¿Alguna vez había sentido eso con alguien? No lo recordaba así de placentero, así de maravilloso. Y mucho más magnífico fue cuando el orgasmo la alcanzó, un latigazo tremendo, intensísimo, explosivo que la hizo gritar su nombre con todas sus fuerzas. La calma que vino tras la tempestad fue extremadamente relajante y la dejó exhausta, satisfecha, saciada, sonrojada y con una sonrisa tonta en los labios. James salió despacio de ella, apoyándose sobre un codo en el lateral para contemplarla desnuda, a su lado, sudorosa, aún con temblores de placer. Tampoco había sido como con las otras y era algo que ya sospechaba; ella era especial en todo, una magia la rodeaba y esa magia lo había envuelto también a él, no era solo placer, era amor.

—Tenías razón, he subido al cielo.

—Nunca miento.

Por unos instantes se miraron a los ojos y se lo dijeron todo, su vínculo estaba sellado, eran uno solo. Después de todo lo pasado, era el mejor colofón. Pero James mantenía esa sonrisa pícaro y excitada que tanto gustaba a Raven y pronto supo por qué: su erección seguía intacta. No habían hecho más que empezar. Sin embargo, durante esos primeros instantes, él había dominado la situación íntima y era momento de cambiar las tornas. Raven se situó a horcajadas sobre él, introduciéndose lentamente y empezando un ritmo acompasado que lo hizo arquearse. Desde esa posición podían seguir mirándose a los ojos, a la cara, en esa posición no había nada que ocultarse, estaban desnudos, unidos y eso era algo que ya nada ni nadie podría romper.

Unas horas después, James dormía plácidamente apoyado en el vientre de Raven. Había acabado agotado; todavía no estaba recuperado del todo, pero

ella agradeció el esfuerzo. El resto del día lo obligaría a descansar y al día siguiente volverían a la casa de Eaton Pl., volverían a su vida, a su lugar. Regresarían del paraíso privado para arreglar juntos su futuro. Le acarició el pelo con un fuerte sentimiento de adoración y también se durmió.

La vuelta a Eaton fue como se esperaba. La pequeña y privada fiesta de bienvenida fue a las mil maravillas, incluso Roger estuvo más calmado de la cuenta; al fin y al cabo, James había estado a punto de morir y de alguna manera se sentía culpable, incluso aceptaba y se resignó a viajar un tiempo a Chicago. Raven había cambiado su habitación a la de James y todas las noches dormían juntos como si ya estuvieran casados y, durante esos minutos antes de dormir, hablaban de sus planes. Ella le contó la pequeña reunión que había tenido con su familia con algo de precaución. Quizás había sido tomarse demasiada confianza, pero ya estaba hecho. Habían sido medidas desesperadas. A James no pareció molestarle, por el contrario, fue como quitarse un peso de encima y así se lo hizo saber. Unos días después, ya no quedaba nada por aclarar, por conocer y por contarse. Sin secretos, así iniciaban su vida uno al lado del otro.

Capítulo 32

Caminaban tranquilamente por Hyde Park; habían ido allí para pasar unas horas paseando entre árboles, entre rosaledas y junto al lago. La recuperación de James era rápida, pero después de tantos días en el hospital se cansaba con facilidad. Iban de la mano, muy pegados, pero a Raven ya no le importaban las miraditas de los extraños. Solo eran ellos dos y ¡a la mierda lo que los demás pensasen! ¡Sí, la gordita americana había conseguido a su conde y no era nada del montón!

Hacía varios días que habían regresado a la casa de Eaton Pl., que la sonrisa de Brianna había vuelto a su rostro, que James había ido recuperando su vida, Raven le había hablado de sus otros planes, de lo que Paul ya había iniciado en Tilman, pero le hizo prometer que se recuperaría del todo antes de ir allí y asumir el mando.

—Mi madre está muy contenta; me parece que te adora.

—Ha cambiado mucho.

—Fue a raíz del cambio al piso; creo que concretamente en el momento en el que se enteró de lo que hice con Victoria.

—¿Se lo contaste tú? —Esa parte no la conocía.

—Lo descubrió en el spa. Al parecer estaba siendo un chisme entre chicas; eso no le gustó y despertó su instinto de protección maternal.

—Fue un golpe de suerte.

—No sé qué pensar; supongo que la ira pudo con ella, igual que conmigo.

No podía creer que Victoria hubiera aireado lo que pasó.

—No debió hacerlo; es una bruja.

Desde que James le había dicho que esa zorra le había pagado por follar, se la llevaban los demonios y la odiaba todavía más. ¿Y la muy puta afirmaba que lo amaba? Eso no era amor, era egoísmo y capricho. Por suerte ya nunca volvería a caer en sus redes engañosas; ella estaba allí para protegerlo y ¡ay de ella si la veía cerca de su hombre!

—Da igual, se complicaron muchas cosas, incluso pensé en... —Pero no terminó la frase. Solo había sido una idea peregrina, nunca hubiera podido ejercer por dinero.

—¿En qué? —Raven lo miró ante su silencio y dejó de pensar en Victoria.

—No importa. Oye, ¿crees que soy mala persona por estar más feliz porque mi hermano esté lejos?

Raven sonrió; no habían hablado con Roger desde que se había marchado, pero conocía cada detalle de su estancia en su casa de Chicago.

—No, porque sabes que está bien. Si vieras lo feliz que está mi madre por tenerlo allí; entre ella y Gwen lo van a sacar persona, seguro. Aunque él refunfuñe, ellas creen que son sus salvadoras, está bajo su amparo total.

—No lo maquilles; no debería sentir descanso por no tenerlo por aquí.

—Eres un buen hermano. Después de lo que te hizo no merecía ninguna consideración por tu parte ni por la mía. Estuviste a punto de morir.

—Y así está fuera del influjo de Lancaster.

—Eso es.

James recorrió el parque con la mirada: niños jugando a la pelota, aprovechando una mañana tranquila con algún que otro rayo de sol, una pareja con perros que se entretenían recogiendo los juguetes que les lanzaban, dos equipos de básquet jugando en una improvisada pista de hierba.

—¿Qué voy a hacer ahora? Desde que empecé a trabajar en el muelle dejé de lado los asuntos del condado; no sé cómo estará todo.

—No debes preocuparte por nada; Paul y yo lo estamos arreglando.

—¿Qué?

—Que no fue la casa de Londres lo único que solucionamos. Ya empezaron las obras en Tilman House.

—¿En serio? ¿Te encargaste de todo?

—Por supuesto que sí, mi amor. Montaremos tus proyectos, incluso las alas de la casa destinadas a laboratorios y desarrollo.

—He pensado que Said y Sheima pueden venir a trabajar para mí en la casa, poco a poco está recuperando la movilidad de las piernas. Podemos construir un anexo para ellos y sus hijos. Estarán mucho mejor que en Londres. Al parecer él tiene nociones sobre tierras de cultivo y trabajó en la construcción, y su esposa puede ayudar en la casa. Así no cargaré a Andrew con la responsabilidad.

—Eso sería genial; él te salvó la vida y se merece lo mejor. Hablaré con Paul para que lo prepare todo.

—¿La casa está en mejores condiciones que la última vez que fuimos?

—Sí, está casi lista para vivir, aunque la estamos modernizando bastante.

—Quisiera ir y verlo todo con mis propios ojos, aún me parece mentira.

—Pues claro, nos mudaremos cuando quieras, porque, ¿es allí donde quieres que vivamos?

—Si tú quieres.

—Yo quiero lo que tú quieras. Mientras acaban las reformas de Tilman viviremos con tu madre y luego los tres nos marcharemos allí.

—¿Los tres?

—He vuelto a contratar a William. Dejó corriendo el otro trabajo que tenía, aunque a su jefe no le hizo mucha gracia perderlo.

—¿Y no ha regresado a Eaton aún?

—Sabe que tenemos asistenta y ha preferido mudarse ya a Tilman, a ayudar en lo que pueda.

—Eso es perfecto. —James se agachó y le dio un suave beso en la mejilla, estaba realmente agradecido por todo lo que estaba haciendo, por volver a su

vida—. ¿Estarás tranquila en Tilman? ¿Qué hay de tu trabajo, de tus empresas e inversiones?

—Paul se encargará de todo y yo puedo viajar de vez en cuando; no hay problema.

—¿Te gustará vivir allí conmigo?

—Sí, me gustará; solo quiero estar contigo, tener juntos un futuro, una familia. Te quiero.

—Aunque no sea tu conde del montón.

—¿Aún recuerdas eso?

—Esas palabras me cabrearon mucho; nunca me habían rechazado por eso.

Raven soltó una risilla y se lanzó sobre él; tenía unas ganas terribles de cubrirlo de besos y ya no se contenía. Y las noches, eso era lo mejor. Se sonrojó. James lo notó y sonrió. Era tan sencillo saber en lo que estaba pensando.

—Vayamos al London Eye.

—Por cierto, al comprobar la hoja de ingreso del hospital vi que tienes un segundo nombre, pero solo la inicial.

—Sí, James C. Tenston.

—¿Cuál es?

—Calvin. James Calvin Tenston.

—¿Calvin?

—Manías de mi padre; creyó que era gracioso.

Raven intentó contener la risa, y James meneó la cabeza. No era la primera que se reían por su segundo nombre. La aferró de la cintura y la apretó contra su cuerpo. Irían a la noria, pero estaba desando volver a casa y sentirla de nuevo bajo su cuerpo, que el sonrojo regresara a sus mejillas, a su piel.

—¿En qué pensaste?

Esa pregunta lo sacó de sus imágenes sensuales.

—¿En qué? ¿Qué?

—Antes de hablar de lo de Roger dijiste que las cosas se complicaron y que

incluso pensaste en... Y te callaste, ¿qué ibas a contarme?

—Nada.

—Venga, James, te conozco ya y tienes la expresión de que me ocultas algo. Nada de secretos, ¿recuerdas?

—De acuerdo, es algo que solo sabe Andrew y ahora tú. Prométeme que no te vas a enfadar.

—No me enfadaré.

—Recuerda que eran tiempos difíciles, que estaba dolido, enfadado con las mujeres, humillado por Victoria y sin blanca.

—Claro. Si hubieras aceptado mi dinero...

—Vale, me pudo el orgullo.

—¿Y qué pasó?

—Pensé que si todas las mujeres ibais a buscar lo mismo en mí, lo haríais pagando, dinero rápido y fácil.

—¿Me estás diciendo que...?

—No llegué a hacerlo, no pude; eso no era para mí. Pero sí fui a hablar con la dueña del negocio. No pasó de un simple toqueteo. Me largué asqueado y fue después cuando empecé a trabajar en el muelle.

Raven lo miró fijamente sin decir nada, con la boca abierta y los ojos como platos. ¿Le hablaba en serio? ¿Había estado a punto de convertirse en puto? Solo pudo balbucear.

—Ah, ah...

—¿No dices nada?

—Es que no me lo puedo creer.

—Tú lo dices: medidas desesperadas.

—¿Tanto llegaste a odiarme?

—Ahora sé que no era odio real, solo decepción. Pero ya estás aquí.

James la abrazó y le dio un beso, para luego dirigirse a comprar las entradas para dar una vuelta en el London Eye. Raven lo esperó, desde luego; su mundo había girado trescientos sesenta grados en poco tiempo y todo

porque ella había dudado y se había dejado llevar por las malas artes de Victoria. No merecía su amor.

Subieron a una de las cabinas acristaladas y volvieron a disfrutar de las mejores vistas de la hermosa ciudad a sus pies, como aquel día que tan lejano parecía ya en el tiempo, como aquel día en el que todo fueron esperanzas y felicidad y desde allí se juró que, aunque no se merecía su amor ni su perdón, no iba a volver a renunciar a él, ya no. Sabría compensarlo todo y para eso tenían el resto de su vida.

La mañana prometía. Un día en medio de la semana, unas horas de relajación privada en el spa para ellos dos, solos, sin nadie alrededor, sin tener que medir sus acciones. James apoyó sus manos en el borde de la piscina; las burbujas salpicaban a su alrededor mientras él se acercaba a depositar suaves besos sobre el cuello de Raven. Ella respondió con ansias al que recibió en la boca, abriendo la suya. Sería muy fácil, solo tendría que retirar un poco su bañador y dejar que él hiciera el resto, que la llevara al límite como hacía poco había descubierto.

—Vaya, veo que sigues llevando ese bañador tan hortera.

La voz de Victoria hizo que James abandonara su asalto y que Raven hiciera una mueca de disgusto. ¿Qué hacía allí, espiar, colarse? Era su hora privada. Él se recostó en la piscina y dejó que ella se defendiera sola. Era suficientemente capaz de hacerlo y más cuando Victoria había invadido su terreno.

—Ya ves, no me ha hecho falta ir de compras. A él le gusta este.

—No sé si os habéis dado cuenta de que estáis en un lugar público. Deberíais comportaros de una forma más decente.

—Dijo la más indicada para ello. ¿Sabes que está reservado para nosotros? Te has colado, guapa. —Raven no iba a dejar que la amedrentara, que volviera a contrariarla. Le tenía muchas ganas desde hacía un tiempo, desde que se había enterado de cómo había tratado a su hombre—. Voy a contarte un

secretillo... Nunca lo he hecho en un spa.

Victoria arrugó la nariz. ¿Quién se creía que era? Allí plantada ante ella con todo su orgullo intacto. Sonrió con sorna, no era la primera vez que la hacía huir.

—Ten cuidado, querida; estas aguas debilitan a cualquiera.

James se tensó ante ese comentario, el golpe bajo de Victoria no le pasó desapercibido y se preparó para defenderse, pero no hizo falta. Raven la miraba con una sonrisa.

—Creo que eso no va a pasar —le contestó guiñándole un ojo—. Está más que recuperado.

—¡Qué bien!

Victoria no dijo más. Esa vez Raven se había salido con la suya, manteniéndose a su nivel y se encaminó a la otra sala sin despedirse. Cuando se alejó, Raven regresó al lado de James y se sumergió hasta el cuello en las burbujas.

—Venga, guapa, a otro lugar a soplar la po...

—Raven, esa boca —le regañó James con una sonrisa. Le gustaba cuando se ponía peleona, cuando sacaba a la chica de Chicago.

—Perdona, es que no voy a permitir que esta tía vuelva a tocarme la moral.

—Marcando territorio, sí, señora. —Y volvió a besarla—. Creo que puedo solucionar lo de hacerlo en el spa.

—Espero que no se cuele nadie más.

Victoria escuchó las risas de la parejita mientras estaba tumbada en el diván de dos salas más allá. Se mordió la lengua y se tragó su enfado y decepción. Odiaba verlos así, odiaba que ella hubiera regresado. Era algo que no esperaba y encima con esos humos. La americana quería guerra y ahora iba a ser mucho más complicado hundirla, la tipa era más difícil de eliminar que un ataque de sarna y escocía igual. Intentó relajarse mientras le daban el masaje que había pedido, pero le fue imposible sabiendo lo que los tortolitos estaban haciendo entre el calor burbujeante del agua y de sus cuerpos.

Dio un portazo al entrar que hizo que ambas mujeres dieran un respingo, incluso Muriel estuvo a punto de dejar caer la cubertería de plata que acababa de pulir.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó dejando el estuche de diseño en la mesa más cercana.

—Quiero que se mueran, que se ahoguen en ese jacuzzi. Quiero que se le caiga el miembro a pedacitos y que ella se atragante con su propia mierda. Quiero que se les caiga el techo del spa encima y nunca encuentren sus cuerpos. Quiero que desaparezcan de mi vida, del mundo, porque no es posible que todos podamos ocupar el mismo espacio.

—¿Qué estás murmurando? —Agnes también se aproximó para calmarla, pero Victoria evitó el contacto.

—Los odio, los odios mucho, a los dos. No puedo soportar que sean felices.

Y subió las escaleras a todo correr. Muriel y Agnes se quedaron en el pasillo esperando hasta oír el portazo de la habitación de arriba.

—¿Y bien? —preguntó Agnes a su compañera.

—Está claro que es por James.

—Y la americana esa.

—Sabíamos que no le saldría bien su apuesta por el sexo por dinero con el conde.

—Todo le ha estallado en las narices.

—Se le pasará, la boda y su vida con Lancaster la harán olvidarlo todo.

Muriel regresó a coger el estuche de la cubertería de plata y se encaminó a la cocina. En esos momentos era mejor que Victoria llorara sola su decepción. Era la primera vez que no conseguía lo que quería, y James era lo que siempre había deseado. Una pena las circunstancias y su miseria.

Capítulo 33

La noche era resplandeciente en esa parte de la campiña inglesa, algo extraño para esa época del año, pero se presentaba un otoño atípico. Una gran luna que empezaba a brillar en la línea del horizonte llenaba de luz la oscuridad y se bañaba en el agua del río que discurría tranquilo al lado de los innegables amantes. Descansaban abrazados sobre la hierba de la ribera, en silencio, dejando que sus manos recorrieran con inocencia parte de sus mutuas pieles. Raven inspiró y expiró despacio, hundiéndose más en el pecho que la sostenía, sin dejar de pasar sus dedos por el antebrazo que la rodeaba. Todo estaba en su lugar.

—Empieza a hacer fresquito —dijo sintiéndose la mayor aguafiestas del mundo.

—Puedes ir a casa ya.

A casa, qué bien sonaba eso. Y vaya si estaban en casa. Tilman House volvía a resplandecer después de su llegada y del torbellino que había montado Peach para decorarla. Volvía a llenarse de vida, de luz, de color y de belleza; Raven ya entendía lo que había llegado a ser en sus buenos tiempos, cuando Cynthia Tenston, su anterior dueña americana, la había disfrutado y la había salvado. La historia se repetía.

—¿No te importa?

—No, ahora voy yo. Recogeré esto y te alcanzo, aunque pasaré antes por la casa de Thomas para hablar con William del trabajo para mañana. Quiero

acelerar la construcción de la casa para Said.

—¿Qué hay de la gente del pueblo?

—Esperando mi llamada, no tenía ninguna duda de eso.

—Hertonchild no debe estar muy contento.

—Que se busque otra campiña; esta siempre ha pertenecido a mi familia.

—Y poco a poco volverá a tus manos.

—Lo estoy deseando, deseando ver salir de aquí a Bruce con el rabo entre las piernas.

—Se buscará otro lugar para invertir.

—No soy como él; tampoco busco arruinarlo, solo que se aleje de aquí, que deje de amenazarme y molestarme.

—No creo que vuelva a hacerlo. Paul consiguió amedrentarlo.

—Me siento un estúpido por haber llegado a dudar, por haber pensado que podía perjudicarte en algo.

—No conocías a ciencia cierta nuestras debilidades. Es normal que te preocuparas. Por eso te lo repito: no hay nada turbio en mi fortuna. Mi abuelo se encargó de eso, y Paul lo protege con puño de hierro.

—Si analizas bien lo ocurrido fue una concatenación de malentendidos.

—Y de tontos que nos los creímos.

James lanzó una carcajada ante su comentario y le dio un beso mientras ella se levantaba de la manta tartán en la que descansaban para regresar a la casona.

—Llegaré enseguida, espérame desnuda.

—No lo dirás dos veces, desnuda e impaciente, amor.

La siguió con la mirada alejándose por el camino, un recorrido por un prado perfecto, ya sin malas hierbas, sin desorganización, un cuidado paseo por un precioso jardín. No se podía estar más feliz, su casa de nuevo en pie y habitada, sus proyectos en marcha y una preciosa y magnífica mujer a su lado. Pensó en su abuelo, en que estaría muy orgulloso de lo que había conseguido, estaría orgulloso de ver de nuevo a Tilman en su apogeo.

Al cabo de unos minutos de contemplar el río y los álamos que se movían con el viento que empezaba a levantarse allí, él también la imitó y se dirigió sin prisa a la casa de Thomas.

Raven se tumbó en la cama a la espera de su amante, a la espera de lo que sabía que iba a ocurrir en cuanto llegara. Su cuerpo ya lo estaba anticipando. Miró el reloj, había transcurrido más tiempo del que pensaba, la charla con William estaba siendo más larga de lo que imaginaba, pero no le importó. Extendió la mano y abrió el cajón de la mesita. El diario de Natalie descansaba en este. Sonrió y recordó aquel vívido sueño que había tenido una de sus primeras noches en Eaton Pl.; se levantó y se puso la bata, tenía algo que comprobar en la biblioteca.

Thomas le ofreció un café que James rechazó. Estaría allí poco tiempo, tenía cosas más apremiantes que hacer en la casona.

—He pensado que mañana podemos ir a dar una vuelta por el bosque, por las tierras del norte; quiero ver con mis propios ojos si son adecuados para las abejas.

—Por supuesto, milord, las obras de los laboratorios están muy avanzadas; pronto todo estará listo. Podemos empezar con las abejas.

—Ahora tienes que enfrentarte a más alboroto por aquí, ¿no, Thomas?

—No me preocupa, milord.

—¿Te gusta esto?

—Sí, he llegado a tener una vida aquí y me alegra haber vuelto a mi casa y a mi trabajo.

James lo miró con interés. No estaba muy convencido de lo que decía. Era el primo de William, por eso estaba allí, pero no se parecían en nada.

—Me alegro de oírlo. ¿Dónde está tu mujer?

—Descansando ya, milord.

—Lo siento, es un poco tarde; yo también me voy a ir. Raven me está esperando. Mañana nos vemos, William, si quieres puedes dormir en la casa.

—Me quedaré aquí esta noche.

William sonrió; prefería dejarles un poco de intimidad. La necesitaban. Estaba feliz, después de la preocupación por lo que le había pasado a James, de casi perderlo, todo volvía a su lugar. Habían sido días muy duros, difíciles, aunque él hubiera estado en otra casa, con otros jefes, su corazón había seguido anclado al joven milord y nunca había dejado de velar por él. Había dejado pasar largas horas delante del cristal de la habitación del hospital, apoyando su recuperación, al lado de Raven y de la familia; había pasado largas horas sentado en el despacho junto a Paul, organizando, elaborando y poniendo en marcha todos los proyectos de James, rezando para que se recuperara y pudiera disfrutarlos. Y, por fin, sus ruegos habían sido escuchados. Había veces que el barco se mantenía en continua zozobra y a la deriva hasta llegar a buen puerto. Fijó su mirada perdida en la ventana y frunció el ceño ante el reflejo anaranjado y el humo que el exterior le devolvió. Se levantó de golpe, haciendo caer su silla al hacerlo y llamando la atención de Thomas y James, que miraron hacia el lugar que él lo hacía.

Las lenguas de fuego empezaron a extenderse por Tilman House y el humo a ocuparlo todo, impidiendo ver con claridad. James corrió todo lo que pudo a través del jardín para llegar hasta las puertas, pero en el momento en que se disponía a entrar, William lo agarró con fuerza y lo detuvo. James intentó zafarse de su fuerte agarre, pateó, gritó, sin embargo. William lo retuvo; si entraba ahí, moriría.

—Raven está dentro; seguramente dormida, esperándome. ¡¡¡Suéltame, William!!! Déjame entrar.

Gritó con un fuerte sentimiento de rabia, de impotencia, de miedo por lo que estaba pasando en su casa. Incredulidad ante ese fuego que cada vez lo consumía todo con mayor rapidez y que amenazaba su felicidad.

—No puede hacer nada, ¿no lo ve? Los bomberos vendrán enseguida.

—Será tarde, déjame entrar; ella me necesita.

James se dejó caer. No podía seguir forcejeando; se agarró a William y dejó que las lágrimas de impotencia y miedo resbalaran por sus mejillas mientras gritaba de dolor. No podía ser que algo así estuviera pasando, no podía ser que su casa estuviera ardiendo con la mujer que amaba en su interior. No podía tener tan mala suerte.

—Milord, por favor... —William no sabía qué decirle. Si hubiera habido alguna posibilidad, él mismo habría entrado a buscarla, pero habían descubierto el fuego cuando ya estaba extendido.

—¡¡¡Raven!!!

James gritó su nombre; gritó hasta que la garganta le escoció, hasta que las lágrimas se le atragantaron, hasta que las fuerzas empezaron a fallarle.

Y entonces la oyó.

Oyó cómo alguien pronunciaba su nombre.

Oyó a Raven a su espalda, llamándolo.

Y todo volvió a su lugar.

James se deshizo del agarre de William y miró al lugar del que procedía la voz, creyendo que sería una alucinación. Pero no lo era. Raven corría hacia él con solo una bata que la cubría. Se lanzó en sus brazos, asustada y él la recibió entre besos húmedos por sus lágrimas.

—Empecé a oler el humo, y sentí el calor del fuego; fue horrible.

—Creí que habías muerto ahí dentro, que te había perdido.

—Salí.

—¿Cómo?

—Estaba en la biblioteca cuando entendí que había fuego en la casa. Intenté salir, pero el pasillo y el piso de arriba ya estaban ardiendo. Así que, salí por el pasadizo.

James frunció el ceño. ¿De qué pasadizo hablaba?

—¿Un pasadizo?

—En la biblioteca, tras el tapiz del centro.

James negó, no tenía constancia de ningún pasadizo en la casa, pero ella estaba allí y por algún sitio había salido.

—No sé de qué me hablas.

—Ya sabes, un pasadizo que va desde la biblioteca hasta el patio de atrás, frente al camino de la cripta de la familia. ¿No sabías que había uno?

—No, nunca nadie me habló de él.

—Pues hay uno.

—¿Cómo lo supiste?

—Lo vi en mi sueño.

James arqueó una ceja. Nada de lo que le contaba tenía sentido, pero no insistió, ella estaba viva, a salvo y entre sus brazos. La abrazó con fuerza y ambos contemplaron arder Tilman House, arder sus sueños, mientras los bomberos llegaban e intentaban apagar ese desastre.

Capítulo 34

El olor de las tostadas la despertó. Hacía unos días que James le llevaba el desayuno a la cama, que la consentía más de la cuenta. Realmente había pasado miedo por el fuego.

—Buenos días, condesa.

—Aún no.

—Todo llegará. ¿Qué tal has dormido? ¿Sientes algo extraño?

—Estoy bien, no estuve casi nada expuesta al humo.

—Pero tengo que cuidarte.

—Desde luego que vivir contigo es una aventura constante.

—No te aburrirás, pero me apetece un poco de paz.

—Y a mí. —Le dio un bocado a una de las tostadas con mermelada de naranja—. Sigo dándole vueltas a lo del pasadizo, a que no supierais que estaba allí.

—Lo extraño es que tú sí. Y por un sueño.

—La verdad es que nunca pensé en eso antes, pero esa noche como tardabas lo recordé y decidí bajar a comprobarlo. Por suerte para mí, sí que existía.

—Hay veces que los sueños nos muestran la realidad; quizás viste algo en la casa la primera vez que activó tu instinto.

—No sé, el sueño fue muy vívido, como una de esas novelas históricas, viviendo a través de la mirada de ese librero francés que estuvo allí con Cynthia.

—Sin embargo, todo está relacionado con nosotros. Que Cynthia fuera americana, que Aidan tuviera unos ojos parecidos a los míos...

—Sí, supongo que fue sugestión.

—Y te salvó la vida.

El sonido del teléfono móvil lo hizo levantarse de la cama que ocupaba junto a ella. Era Paul; puso el altavoz para que Raven también lo oyera.

—He hablado con el jefe de bomberos. Al parecer el fuego fue provocado.

—¿Cómo? —preguntaron los dos a la vez.

—Alguien entró y prendió las cortinas del pasillo de arriba.

—¿Sabrían que había gente en la casa?

—Llevábamos un par de semanas allí; todos lo sabían —afirmó James.

—¿Quién podría querer matarnos?

—¿Lo dudas? No es la primera vez que lo intentan.

—No os precipitéis —manifestó Paul al otro lado de la línea—, dejadme indagar un poco y si han sido ellos voy a dejar la pasividad e ir al ataque.

—De acuerdo, pero si han sido ellos de nuevo quiero que los hundas del todo. —James acababa de perder la paciencia. Una cosa era intentarlo con él y otra era ir contra Raven.

—Déjalo en mis manos; te mantendré informado. Voy a ir a Tilman.

—Será una ruina consumida por el fuego. Ni siquiera he querido ir allí para no verla en esas condiciones.

—Lo derruido se reconstruye, James; las vidas son lo que importa.

—Lo sé.

—Ya lo hemos hecho antes y lo haremos de nuevo.

—Gracias, Paul.

—Averiguaré lo que pueda, vosotros descansad.

El sonido de su voz al otro lado se apagó. James se tumbó al lado de Raven y se tapó la cara con las manos.

—Han llegado muy lejos —dijo James.

—No sabemos qué pasó.

—Intentaron matarnos, a los dos. No tendrán fin.

—Paul lo descubrirá. Deja de preocuparte.

—¿No tienes miedo?

—Nunca tengo miedo.

—Eres realmente fascinante. ¿Dónde has estado toda mi vida?

—No es para tanto, en el fondo es sencillo: no creo que se arriesguen más o acabaremos pillándolos.

—Sí, es para tanto, te quiero.

Raven se sonrojó, no se acostumbraba a escuchar esas palabras de su boca, de que la mirara así cuando lo decía, de que con solo oírlas se estremeciera. No le dio tiempo a contestarle. El ambiente cambió de repente y la preocupación dejó paso al deseo, a la necesidad de tocarse, de sentirse, de extraer todo el placer que pudieran del otro, sin piedad, sin límites. Cuando James la besó con pasión y se situó encima de ella, Raven solo dejó la mente en blanco para disfrutar.

William se mantenía callado en el asiento del copiloto; todo era muy extraño, nadie entraba en Tilman sin que él lo supiera, se sentía tremendamente culpable, ni siquiera había dormido allí, si hubiera estado, quizás...

—Deja de darle vueltas, William.

—No puedo, señor Connors, si yo hubiera estado en la casa...

—Si hubieras estado en la casa posiblemente estaríamos llorando tu pérdida.

William desvió la vista hacia el paisaje que entraba por su ventanilla, un paisaje de sobra conocido, después de sesenta años conocía la campiña como la palma de su mano y odiaba que algo escapara a su control de esa manera.

—Por dónde vamos a empezar.

—No hacía falta que vinieras podría haberme encargado yo solo.

—Soy excesivamente cabezota.

—Ya me he dado cuenta de eso. —Paul vio cómo el hombre sonreía

levemente—. Lo mejor es que empecemos por el principio: quién tiene acceso a la casa.

—Nadie, solo nosotros y...

—¿Y?

—Mi primo Thomas para las emergencias, pero es de fiar.

—Aun así, hay que hablar con él. Puede que alguien del pueblo se colase y se la robara.

William elevó los hombros en señal de duda, pudo ser cualquiera sin que ellos se enteraran.

—Quizás no averigüemos nada —manifestó.

—Quizás, pero por el momento le haré una visita a Bruce Hertonchild para tantearlo. Sé que está en la casa de por aquí.

—Si han sido ellos de nuevo, no va a sacarle nada de nada.

—Sin embargo, solo quiero meterle el miedo en el cuerpo, exponerle unas cuantas anomalías que he encontrado en sus empresas, en sus contratos; ayudarlo a decidirse a que deje de una vez en paz a los Tenston y, si puedo, a que no se meta en los nuevos proyectos de James.

—No lo hará.

—Poco a poco los nuevos empleos de James harán que la mayoría de sus trabajadores cambien de empresa, no tengo ninguna duda y, con algo de suerte, cesará su monopolio en estas tierras y el condado de Wranson lo recuperará.

—Como debe ser, pero eso no significa que cesen en sus rencores.

—Si te digo la verdad, no creo que hayan sido ellos de nuevo. Es demasiado arriesgado y más sabiendo, como estoy seguro de que saben, que ahora estoy yo tras ellos.

Paul empezó a reducir al llegar a la verja de Tilman House. El aspecto de la propiedad era desolador, incluso creyeron ver los últimos rastros de humo que todavía quedaban.

—Es una catástrofe.

—Se recuperará, pronto nos encargaremos de eso. Te dejaré en la casa de tu

primo y yo haré mi visita. Espero que esto se solucione ya.

—Deberíamos dejar que la policía se encargase.

—Todo a su tiempo.

William bajó del coche y contempló la sonrisa de Paul, a pesar de las circunstancias estaba bastante resuelto. Hertonchild se las vería con él de tú a tú, sería su venganza personal por amenazar a su familia y todo por lo que siempre había luchado. Cuando el coche se alejó, entró en la casa de su primo. Thomas se levantó de golpe del sillón que ocupaba, extrañado al verlo, pero no fue alegría por su visita lo que William percibió.

Como era de esperar, Bruce Hertonchild ocupaba una de sus casas en los alrededores de Tilman. No había querido alejarse más, no iba a dejar de acechar a su presa, pero era algo que estaba a punto de cambiar. Paul entró en el salón en el que el terrateniente hojeaba su periódico y, sin ser invitado, se sentó a su lado. Bruce ni siquiera alzó la cabeza del papel, no le prestó atención y mantuvo su arrogancia hasta el extremo, Paul sonrió.

—¿Ha tenido algo que ver en el incendio de Tilman y el intento de asesinato? —Mejor ir al grano; Bruce lo miró.

—Desde luego que no, ¿por quién me toma?

—Por alguien que ha intentado atentar contra James en diversas ocasiones, solo o bajo la influencia de Charles Lancaster.

—No he tenido nada que ver con lo ocurrido, pero no voy a negarle que me alegró. No tiene nada contra mí.

—Descuide, solo investigo.

—Pues si no desea nada más, le pediría que se fuera.

—Sí, hay algo más.

Paul extrajo de su maletín una carpeta con diversos documentos que depositó con estrépito sobre la mesa que tenía delante de él.

—¿Qué significa esto?

—Contratos fraudulentos, propiedades especuladas, trabajadores sometidos

y en condiciones más que sospechosas... Si quiere continúo.

Bruce lo miró frunciendo el ceño. ¿De dónde había sacado toda aquella información?

—Todo eso es falso.

—La verdad es que me da igual. Mi interés es que deje en paz a mi chica. Según tengo entendido, se creyó con suficiente capacidad y fuerza como para amenazar mi imperio, el imperio de los Simmons, y nadie, nunca, ha hecho eso sin consecuencias. Yo me encargo de eso. Quizás no haya tenido nada que ver con el incendio, pero de igual modo puedo acabar con usted, por mucho poder que crea tener, por mucho dinero e influencias, no tiene ni idea de a quién se enfrenta.

—¿Qué quiere?

—Ya se lo he dicho, aléjese de los Tenston y de sus intereses. No volverá a interferir en nada que tenga que ver con ellos.

Paul se levantó de su asiento y recogió los documentos. Se marchó con paso firme, ya no quedaba nada por decir. Bruce desvió la mirada hacia la ventana, la noche ya caía en la campiña, no hizo falta que respondiera. Todo estaba claro. Había perdido.

Paul subió en el coche y regresó a Tilman. Por ese lado no había hallado ninguna prueba, pero le sirvió para eliminar a un enemigo y quizás a dos.

William se paseaba por la sala principal de la pequeña casa con el ceño fruncido mientras Thomas se frotaba las manos con nerviosismo sin perder de vista a la mujer que bajaba la mirada sentada en una de las sillas altas. Cuando entró Paul, así los encontró, percatándose enseguida de que algo iba mal.

—Fue ella —soltó William se sopetón, señalándola.

—¿Qué pasó? —Paul pudo ver el malestar, pero no el arrepentimiento de la mujer.

—Yo no sabía nada, lo juro. —Thomas se defendió; el trabajo allí era lo único que tenía y necesitaba que lo creyeran—. Pensé que eran de su familia;

ella me mintió.

—Quiero una explicación —insistió Paul.

—Es el momento de confesar. —William estaba empezando a hartarse.

—¿Y si no lo hago? —preguntó ella.

—De acuerdo. Te prometo que si me cuentas todo no habrá represalias contra ti. Te marcharás de la zona y no volverás. Es una buena oferta, mejor que ir a la cárcel.

Ella lo miró. ¿Sería verdad? En cuanto William empezó a preguntar y Thomas se vino abajo, todo se había complicado. Su muy estúpido novio enseguida había atado cabos y había develado a su adorado primo que ella se había ausentado la noche del incendio. Y era cierto, ellos habían estado allí y Thomas sabía que ella no estaba. De todas formas, tarde o temprano lo habrían descubierto; ellos eran los únicos que disponían de llave de la mansión. Esos malditos ricos siempre creyéndose por encima de ellos, tratándolos como sirvientes, como si estuvieran en el siglo XIX, y Thomas estaba tan feliz. Era tan simple, tan conformista, tan amable siempre que empalagaba. Cuando esas mujeres habían llegado y le habían ofrecido esa suma tan importante de dinero no lo había dudado, nada la unía realmente a los Tenston. Si estaba allí, era porque no tenía otro lugar, pero con ese dinero la cosa cambiaría. No lo consiguió, aunque si confesaba podría marcharse y aún tenía ese dinero.

—Llegaron dos mujeres y me ofrecieron dinero por acabar con la casa, por hacerlos sufrir. Supongo que se me fue de las manos.

—¿Quiénes eran?

—No las había visto nunca.

—¿Te dijeron su nombre?

—No.

—¿Cómo te pagaron?

—En efectivo.

Paul arrugó la nariz. No iba a poder seguir el rastro de ninguna transferencia.

—¿Puedes describirlas? —preguntó William, quizás él las conocía.

—Una era grandota, pecosa y aunque tenía algunas canas se veía que debió ser pelirroja. La otra era más delgada y baja, de ojos marrones y saltones y nariz aguileña. No sé nada más.

—¿De por aquí?

—No lo creo, pero no puedo asegurarlo.

—De acuerdo. —Paul entendió que no iba a conseguir nada más, que hasta allí llegaba su investigación, pero nunca había roto una promesa—. Tienes mi palabra, márchate de la propiedad y no regreses.

Capítulo 35

La tarde era extrañamente tranquila, mucho más de lo que estaban acostumbrados, últimamente parecía que todos los problemas y las desgracias se habían puesto de acuerdo para ocurrir juntas. Pero, esa tarde, Raven descansaba con la cabeza sobre las piernas de James, mientras este leía el periódico con calma. La decisión de dejar a Paul y a William con la investigación había sido un acierto.

—He estado pensando que podríamos irnos un tiempo a Chicago, unas minivacaciones hasta que todo se pase.

—No sé si sería buena idea dejar todo parado.

—No estará parado, bueno, los proyectos sí, pero ahora lo principal es reconstruir Tilman y, mientras eso ocurre, podríamos ir. Cuando regresemos la casa estará lista para entrar de nuevo a vivir. Y verás con tus propios ojos los progresos de Roger.

James arqueó una ceja, era algo que no le apetecía mucho; al fin y al cabo, él seguía estando en la lista de enemigos de su hermano.

—No sé si... —dijo de nuevo, pero el sonido del móvil no lo dejó terminar la frase. Era Paul.

—Tengo una noticia buena y otra mala —contestó Paul desde el otro lado de la línea; James había activado el altavoz.

—La buena —manifestó Raven.

—Sabemos quién fue el que provocó el incendio, más bien, las que lo

provocaron.

—Eso es genial —dijo ella.

—¿Y la mala? —quiso saber James.

—No sabemos quiénes son en verdad.

—¿Cómo?

—William habló con su primo y entre los dos consiguieron averiguar que fue la novia de Thomas la que entró en la casa y prendió fuego. No les fue difícil amenazarla y hacerla confesar: dos mujeres le dieron dinero para que lo hiciera. El problema es que ella no las conocía, ni ninguna le dijo su nombre. Hemos llegado a un callejón sin salida.

James se rascó la cabeza, algo no le cuadraba y una idea empezó a cobrar luz en su cabeza.

—¿Te describió cómo eran?

—Sí, pero no sirve de mucho.

—¿Mujeres de mediana edad, unos cincuenta o así?

—Exacto.

—Una de ellas pelirroja, con muchas pecas y grandota. Y la otra de ojos saltones y pelo oscuro y canoso, delgada y de rostro anguloso.

—¿Cómo sabes eso?

—Sé quiénes son. Yo me encargo del resto.

—¿Necesitas ayuda? Regresamos esta misma noche.

—Esta noche ya estará todo arreglado; prefiero que te quedes allí e inicies la reconstrucción.

—Como quieras, no te metas en más líos.

—No te preocupes; voy a finiquitar los riesgos.

—De acuerdo, ya me lo contarás todo.

La línea se cortó al otro lado; Raven miró a James con intensidad e interés.

—¿Y bien?

—Debo hacer una visita.

—Voy contigo.

—No, es mejor que vaya solo.

—¿Adónde?

James vio la preocupación en los ojos y el gesto de Raven; habían pasado demasiadas cosas.

—No te preocupes —le dijo dándole un beso—; esta vez llevo yo el as bajo la manga.

—No me has contestado.

—Las mujeres de las que habla Paul son las damas de compañía de Victoria. La cuestión es si ella las envió o no.

—Pero si ella tiene algo que ver, será peligroso.

—No, porque no sabe que yo sé que fueron ellas y, si hay algo que tengo claro, es que ella no permitirá que vayan a la cárcel.

Raven asintió, en ese aspecto él tenía razón; conocía a Victoria mejor que ella y entendía ese apego con las dos mujeres.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

James volvió a besarla, cogió su abrigo y salió por la puerta mientras Raven se quedaba en la entrada; sin embargo, se tranquilizó. Había algo en su expresión cuando se fue, algo en su apostura, la sensación de triunfo de que, por fin, estaba con él.

James llamó a la puerta de la gran casa con insistencia. En otro momento de su vida le había parecido impresionante, así, con su aspecto monumental, y tres veces más grande que su casa de Eaton Pl.; en otra época había disfrutado allí, incluso había fantaseado con vivir en ella con Victoria. Pero eso eran cosas del pasado, superficiales, sin valor. En ese instante lo comprendía, todo lo ocurrido había tenido una sola meta: demostrarle su fortaleza y enseñarle que se podía ser feliz y estar realizado por completo de manera distinta a como siempre había pensado. El dinero y la posición no eran lo importante, un medio necesario sí, pero nada más. A los hechos se refería: él era feliz con menos, con Raven a su lado, Victoria y Lancaster no lo eran, a pesar de los

lujos, del dinero y de la posición social que ocupaban. Sonrió, ya estaba al final de ese camino iluminador. Los pasos al otro lado de la puerta lo sacaron de sus cavilaciones.

Agnes abrió, y frunció el ceño ante la inesperada visita.

—¿Milord?

—Quiero hablar con Victoria.

—La marquesa está indispuesta.

—Será rápido y, al contrario que en otros momentos, podéis estar presentes.

—No es bienvenido, milord; le pido que se marche. —Muriel acudió al oír las voces.

—Es sorprendente que estéis tan tranquilas después de haber intentado quemarme vivo.

Las dos mujeres abrieron mucho los ojos por el impacto de sus palabras y se miraron.

—Nosotras no...

—No necesito vuestra confesión, dejasteis un testigo. La pregunta es si fue idea de Victoria.

—No —contestó Muriel con nerviosismo—, ella no sabe nada.

—Prefiero que ella me lo confirme. —Alzo la vista hacia las escaleras y gritó su nombre—. ¿Victoria?

Ella no tardó en aparecer y descender las escaleras como si fuera una estrella de cine de los sesenta. Una sonrisa se dibujó en su rostro al verlo a esas horas buscándola.

—Querido, ¿has cambiado de opinión?

—No, he venido a advertirte.

—¿Y se puede saber de qué?

—Supongo que habrás oído lo que pasó en Tilman.

—Sí, todos lo saben por aquí; eres el chisme de la semana.

—Lo que no sabes es que fueron ellas las que lo provocaron —dijo ignorando sus palabras y señalando a sus damas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo te atreves a acusarlas sin pruebas?

—Tengo testigos. De todas formas, no te pongas nerviosa, solo vengo a decirte que, o dejas de interferir en mi vida, de intentar hacernos daño a Raven y a mí, o las denuncio y acaban en la cárcel por intento de asesinato. Y esta amenaza se extiende a Lancaster; él también abandonará sus asuntos conmigo y con mi prometida. Es fácil: os olvidáis de que existo y ellas no acabarán entre rejas. ¿Estamos?

Victoria apretó los dientes; no terminaba de creerlo, pero entonces vio las miradas bajas de sus damas, de esas mujeres que la habían criado y querido todos esos años, de esas mujeres que habían sido capaces de tomarse la venganza por su mano para protegerla, para que ella estuviera feliz. No podía permitirlo.

—Tienes mi palabra. No os molestaremos más.

—Ninguno de los dos, ni de los amiguitos de Charles.

—Nadie lo hará, pero no denuncies, por favor.

—Tú también tienes mi palabra y, como ya te dije un día, controla a tus damas.

—Yo no les pedí nada; no fue idea mía. Nunca te haría tanto daño.

—No es lo que ordenas, querida, sino lo que puedes llegar a desear. Ellas siempre intentarán cumplir tus deseos y, aunque tú no se lo pidieras, sé que es algo que querías.

Victoria arrugó la nariz ante sus duras palabras; sin embargo, tenía razón, ella había deseado que les ocurriera algo y todo se había complicado. Debía tener más cuidado con lo que demostraba ante ellas.

—Entonces si todo está aclarado, te pediría que te fueras.

—Con mucho gusto. Y en cuanto salga por esa puerta estoy muerto para vosotros.

Victoria asintió y lo observó mientras daba media vuelta y salía, cuando lo hizo respiró y relajó la presión que tenía en los hombros. A pesar de que había perdido, de que el amor de su vida se alejaba para siempre, se calmó. Muriel

y Agnes se acercaron a ella y la abrazaron; por suerte, todo se arregló sin lamentar nada, solo una buena conversación y reprimenda quedaba en el aire. Pero para Victoria había algo más. Cogió su teléfono móvil y llamó a Charles, unos segundos después, él contestó a la llamada, fue rápido.

—Ven a mi casa, es urgente.

La cena se enfriaba en la mesa, Charles le daba vueltas con el tenedor con el ceño fruncido, con enfado, con frustración. Cogió el vaso y lo lanzó con fuerza contra la pared de enfrente. Por primera vez en su vida había perdido, y esa sensación no le gustaba. Cuando Victoria le habló de lo del incendio y de las amenazas de James, intentó convencerla de que él no podría cumplir esas amenazas, pero la verdad era que no quería dejar a su presa libre. Sin embargo, aunque hubiera decidido ignorar a Victoria, fue al hablar con Bruce cuando se dio cuenta de que todo había acabado. Si era verdad que Paul Connors disponía de esos documentos sobre sus negocios, era cuestión de tiempo que acabara salpicado. Debía ceder, por él, por su futuro, por su reputación. Y era algo que no le gustaba aceptar.

No tenía otra opción; se olvidaría de Tenston y de su venganza. Enfriaría su sangre y se dedicaría a otra cosa. Desde ese instante, dejaba de importarle lo que él hiciera. No había perdido, pensó. Era su decisión y era él el ganador, él el que se casaría y tendría en su cama a Victoria, la mujer que James amaba. Sí, no era el perdedor, sino el ganador.

Epílogo

Los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana del cubierto de cristal, descubriendo a James acariciando el pelo castaño de una Raven dormida. La última vez que habían estado juntos en esa cama había sido hacía más de un año, cuando él había sufrido aquella insolación. Las cosas habían cambiado mucho, pero ellos seguían allí, abrazados. Si le hubieran dicho aquella noche bajo los efectos de la fiebre que acabaría loco por esa chica de Chicago, no los hubiera creído. ¡Cómo habían variado las prioridades de aquel contrato tan frívolo! En esos momentos, mientras el olor de su pelo y de su cuerpo lo embargaban, se daba cuenta de lo absurdo de aquel acuerdo. ¡Qué distinto habría sido todo si ella no hubiera aceptado! Todo lo que se habrían perdido el uno del otro. Y allí estaba de nuevo en la ciudad de Raven, feliz, relajado y saciado mental y físicamente al lado de esa mujer de mirada sincera y clara, de esa mujer sin dobleces, amable, tierna y fuerte cuando era necesario, esa mujer que estaba predestinada para él. No tenía ninguna duda de que el destino los había unido, de que él era para ella ese conde del montón.

Llevaban unas semanas en su casa, descansando de la pesadilla del incendio, de la enfermedad, del caos que se había apoderado de ellos. Por suerte, todo estaba más tranquilo de lo que James esperaba, incluso Roger estaba feliz, sonriendo de vez en cuando y mirando con admiración tanto a Elisabeth como a Gwen, bromeando con ellas y, sobre todo, respetándolas. Sus ojos claros mostraban un profundo cambio, una limpieza que nunca

hubiera creído que su hermano poseía. Y se encontraba muy bien, además; buscaba la conversación con él, se interesó por los acontecimientos y por el desenlace de la disputa con Lancaster, y alegraba de que hubiera acabado obligado a retirarse, de que lo hubieran vencido.

Aunque los amantes estaban descansando en Chicago, los proyectos en Inglaterra marchaban viento en popa. El fuego no había destrozado tanto como pensaban al principio y, entre Paul, William, Andrew y Said, mantenían la propiedad en perfectas condiciones. Y, por si fuera poco, Paul le había informado de que muchos de los hombres y mujeres del pueblo que antes trabajaban con Hertonchild, estaban más que convencidos de volver a hacerlo para los Tenston, incluso le expresó su deseo de ir, poco a poco, haciéndose con otros terrenos cercanos, reduciendo el monopolio de Bruce y recuperando el control; quizás también hacerlo vender. Cuando el abogado se lo contaba, él sonreía, desde luego, Paul tenía muy mal perder y el hecho de que Hertonchild hubiera amenazado a su Raven no había ayudado. En el fondo quería verlo acabado y fuera de sus tierras. Y conociéndolo, acabaría consiguiéndolo.

Raven se removió en sueños y lo abrazó más fuerte. Desde que habían vuelto a estar juntos y a compartir intimidad era imposible que durmieran separados, y era algo que agradecía. La necesitaba a su lado, pegada a él. Le retiró el cabello del cuello y depositó en él un suave beso, aspirando su aroma, dejándose llevar por el momento. Pronto ese beso estuvo acompañado de una caricia, una que descendió desde ese hueco de su cuello hacia mucho más abajo, metiéndose entre la fina blusa de su pijama de flores y recreándose en sus aureolas que reaccionaron a su tacto. Ella abrió los ojos despacio, sintiendo sus caricias y buscando más, la somnolencia no era una excusa y su cuerpo lo sabía. Alzó la cabeza con ansias y se aferró a él, a su deseo, pidiendo un beso intenso, de esos que la hacían temblar entera. James no lo dudó y con un suave susurro amoroso se situó sobre ella, utilizando su boca con mucho más ímpetu. Lo excitaba verla tan dispuesta como él, tan receptiva a pesar de estar casi dormida.

Pronto Raven sintió cómo su erección buscaba colocarse en la posición adecuada y eso la estimuló todavía más, él estaba más que preparado mientras la hacía estremecerse jugando con sus pezones, mientras volvía a demostrarle, una y otra vez, lo que la deseaba. Su lengua dibujó suaves líneas húmedas a lo largo de su pecho y enseguida encontró otra humedad distinta, mucho más íntima y sensual. Raven arqueó las caderas cuando él lamió con fuerza y gritó su nombre ante la explosiva sensación que despertaba en ella. No había llegado aún al orgasmo, pero le gustaba de la misma manera. Ese primer toque en su intimidad, ese primer envite de su miembro, luego era más placentero, sin embargo, ese primer contacto era devastador. No duró mucho; al parecer, su hombre estaba ansioso y, colocándose de nuevo, entró en ella sin premura y la abrazó con todo su cuerpo, uniendo piel con piel hasta hacerse uno solo. James solo tuvo conciencia de ella, de las sensaciones que despertaba; siempre era así. Su forma magistral de envolverlo con las piernas, de posicionarse a la perfección para que la penetración fuera magnífica, para llevarlo rápidamente al clímax.

—James, escucha...

Raven no quería romper el instante, pero sabía que estaban muy cerca de culminar, que lo que sus cuerpos mostraban era pura pasión a punto de reventar.

—Ahora no.

James estaba en la gloria y por nada del mundo iba a detenerse.

—¡¡James!!

Raven insistió, lamentando hacerlo. Estaba intentando centrarse en lo que quería decirle, en lo que necesitaba decirle, imposible teniendo a ese hombre dentro de ella imponiendo un ritmo de infarto, hasta que él lanzó un gemido más intenso y las pequeñas convulsiones le indicaron que había concluido. No pudo evitarlo y, con la última penetración, ella también concluyó, dejando que un escalofrío de placer la agitara y la relajara.

—Dime —preguntó James.

Aún tenía la respiración acelerada, ya recuperando de las maravillosas sensaciones que lo habían recorrido. Raven estaba en la misma situación, desperezándose con una sonrisa de satisfacción. Ya era demasiado tarde para lo que tenía que decirle.

—No acabes dentro.

—¿Qué?

—Ponte un condón, no voy protegida.

—¿Y me lo dices ahora?

—Lo he intentado antes.

James se rascó la cabeza. Tenía razón, pero no había podido evitarlo; ella lo envolvía por completo y lo hacía perder la cabeza. Nunca le preocupó la forma de hacerlo; ella lo controlaba todo, él solo lo disfrutaba. Hasta ese instante.

—¿Estás en días...? —quiso saber él.

—Sí.

James apretó los parpados con fuerza. Debía haberla escuchado, pero ella tampoco había puesto mucha resistencia por su parte. Todo había sido demasiado rápido e intenso. Salió de ella y se tumbó a su lado.

—Hace tiempo que no... —dijo James como meditando para sí mismo.

—¿Qué no qué?

—Que no hay un niño corriendo por los pasillos y los jardines de Tilman House.

Raven sonrió. Era algo que le apetecía mucho, un niño con los rasgos y los ojos de James, algo parte de ellos dos, algo suyo de verdad.

—Estaría bien que se pareciera a ti.

—Creo que sería mejor que no, que saliera a su mamá.

—Castaño y regordete.

—Guapo y fuerte.

—¿Y si es niña?

—Pues la alejaré de nobles ingleses y estúpidos.

Raven soltó una fuerte carcajada y lo besó, situándose sobre él de nuevo.

—Siendo así, aún tenemos unas horas hasta el desayuno que podemos aprovechar.

Con poco esfuerzo hizo que James se volviera a deslizarse en su interior. Ese era su paraíso, su edén, su felicidad. Así era cómo quería pasar el resto de su vida. No importaba dónde ni con quiénes la compartieran, habían descubierto que lo que realmente necesitaban era tenerse el uno al otro. Para siempre.

—He pensado que podríamos cambiar el nombre de la casa. ¿Qué te parece Raven House? Un nuevo inicio después del fuego, otra vez.

—Mejor dejarlo como está —dijo ella entre susurros.

La idea la alagó, pero Tilman siempre sería Tilman House. Raven sonrió entre gemidos. Su hombre estaba con ella, su familia, sus amigos, su amor. Tante dormía y ronroneaba a sus pies, tranquilo y feliz, como ella. Porque, contra todo pronóstico y a pesar de todo lo que habían pasado, James era y siempre sería: SU CONDE DEL MONTÓN.

Nota de la autora

Hola, lector o lectora. En primer lugar, gracias por acercarte a las páginas de mi novela, amante de la novela romántica, y espero que te haya gustado. Supongo que habrás seguido con entusiasmo las aventuras y desventuras de los Tenston y, sobre todo, de James y de Raven, pero hay algo dentro de estas páginas que quizás necesite una aclaración y es el cameo de unos personajes terciarios, más que secundarios, que te has encontrado entre estas páginas y que también aparecen en el sueño de nuestra Raven. Se trata, como ya habrás adivinado, de Liliana Moon y de Alan Garden, con nombres distintos en el sueño: Lena y Aidan. Y te preguntarás por qué lo llamo cameo, y es porque son personajes de otra de mis novelas: *Génesis. La travesía del escriba*. Cuando empecé a escribir *Un conde del montón* no tenía claro qué apellido ponerle a mi noble inglés, y entonces tuve la idea de utilizar el de los condes que ya había creado en *Génesis*. ¿Por qué no hacer a James descendiente de esos condes de principios del siglo XX que utilicé en esa novela? Me pareció genial, y así lo hice, ahora bien, ¿qué cuestión surge sobre Lena y Aidan? La normal, en mi otra novela son los protagonistas, narro sus vidas y sí, son INMORTALES, por eso viven en otras épocas y en la actual, por eso hay alusiones a la Revolución francesa, a las Guerras Mundiales y a otras épocas históricas. Y sí, soy aficionada a hacer cameos en mis novelas. Esta no es la única; me gusta incluir personajes de mis otros libros en los nuevos, siempre y cuando pueda relacionar personajes que tengan algo que ver con los nuevos

personajes y puedan interrelacionarse entre ellos.

Espero que todo esto no haya sido un problema al leer mis líneas y que de nuevo nos leamos en un futuro.

Si te ha gustado

Un conde del montón

te recomendamos comenzar a leer

El tiempo de la razón perdida

de *Ava Cleyton*



Capítulo 1

Desde la terraza del dormitorio principal de la finca manchega de Los Romeros se podría contemplar un millón de veces el atardecer. Nunca sería el mismo. Cientos de matices propiciarían que el sol día a día desapareciera de una forma extraordinaria, distinta cada vez, aunque siempre salvaguardando una belleza casi cósmica, como de ficción. Rosas intensos se mezclarían al trasluz, entre las pomposas nubes algodónadas, con naranjas brillantes y violetas de los cuadros más coloridos. Tal vez por el suave recitar de las chicharras, o por el lejano ladrido de algún galgo afanándose en rescatar la presa para su amo, los atardeceres de la casa de Clara poseían un encanto especial, sublime e inusitado no solo para el caminante extranjero, poco acostumbrado quizás, a sensaciones tan sencillas y a la par tan maravillosas, sino para cualquier ser humano sensible capaz de saborear la hermosura de la naturaleza y de sentir la omnipresencia de la Diosa como algo único.

Desde allí una mujer joven, apoyada en la balaustrada de piedra del balcón floreado, contemplaba el maravilloso espectáculo del que el sol la hacía partícipe todas las tardes de aquella hermosa primavera de 1936, mientras saboreaba con dulce calma aquellos ratitos vespertinos, en los cuales la vida le parecía un poquito más amable.

El trajín de las criadas no irrumpía en su paz. Al contrario, la relajaba observarlas. Aprovechaban esas horas para ocuparse de la colada, siempre abundante en una casa de tales dimensiones, con tantas habitaciones: catorce, sin contar las reservadas a los gañanes, de cuya ropa, de labor la mayoría, se ocupaban ellos mismos. Vestidas todas de color blanco casi celestial, entonaban una dulce copla andaluza. Clara disfrutaba al verlas tan pulcras, inmaculadas, impolutas. Les dijo una mañana, antes de comenzar con la tarea: «Soy consciente de su trabajo, fabrican el jabón con sus propias manos,

recogen el excremento de las gallinas, alimentan a los cerdos; no obstante, les ruego que ante mí se presenten ustedes curiosas».

Así que, por capricho de la señora, aquellas jornaleras, melladas algunas, o incluso luciendo un antiestético bello oscuro por encima de los labios, mostraban un aspecto verdaderamente mágico, como de cuento. Y para evitar que la maniática señora se enfadase y las regañara, o incluso las despidiese (ya se había dado el caso), habían adoptado la sabia costumbre de cambiarse de bata antes de realizar la última tarea de la jornada, cuando en Madrideoj atardecía y la señora, relajada, tomaba su delicioso té con pastas traídas de Magán, mientras esperaba con graciosa impaciencia el regreso de su señor esposo.

Clara García Moreno no soportaba la miseria. Simbolizaba para ella no solo la pobreza, sino también la dejadez y el conformismo absoluto del ser humano, incapaz de superar sus propias adversidades. La vida podía ser más plácida si los enseres de la casa estaban siempre en orden, si el patio se quedaba todas las noches barrido y si el mantel de cada día despedía un certero aroma a «blanco nuclear».

Y odiaba las sobras. Los restos de comida le provocaban náuseas, sobre todo desde que llegó a la finca. Jamás permitía a las cocineras aprovechar la carne del cocido de los jueves para hacer croquetas, costumbre muy arraigada, por cierto, entre las mujeres de su entorno, ni mucho menos repetir un mismo plato dos días seguidos. Decía que no tenía ninguna necesidad de andar con menudencias, ya que su marido poseía suficiente riqueza como para permitirse ciertas licencias, por lo cual, con respecto a ese tema, era también bastante «estricta». Hasta tal extremo llegaba su absurda obsesión que en más de una ocasión se tiraron cantidades pecaminosas de carne hervida a la basura, de tocino o de garbanzos, pues en su atolondrado empeño tampoco permitía que el servicio comiera de sus sobras. Este hecho singular propició que doña Rosa, su suegra, la calificara en más de una ocasión, de «loca paleta despilfarradora».

Ciertamente, no le faltaba razón. Era tal su paranoia que a diario se aseguraba del número de comensales que se sentarían a la mesa. Después elaboraba una lista exhaustiva de los alimentos que iban a consumir y se la daba a la cocinera, Gertrudis. Esta, que a veces no podía entender la manía de la señora de comprar a diario teniendo una despensa en la que podrían dormir veinte individuos con bastante comodidad, fruncía el ceño y se metía el papel en el bolsillo del mandil, a la espera de que su hija Magdalena, la única de sus ocho vástagos que había ido a la escuela, se la descifrara.

Y es que Clara, desde que llegó hacía más de un año a la finca, organizaba al servicio de forma dictatorial, sin contemplaciones ni gestos que pudieran delatar el más mínimo indicio de camaradería, lo que provocaba muchas críticas no solo por parte de su suegra, que la soportaba estoicamente por ser la mujer de su único hijo varón, sino por parte de sus subordinadas, que veían en ella a una enemiga, de la cual se burlaban sin piedad en los placenteros descansos que les brindaba la siesta.

Así, el origen humilde de la señora era el tema de conversación predilecto de aquellas sirvientas envidiosas y chismosas. Para ellas, el ascenso social de «doña» Clara suponía un insulto, un ultraje, una humillación, pues creían que el puesto de la dama, a la que a regañadientes otorgaban el para ellas dudoso tratamiento de «señora», estaba en la cocina, entre las cazuelas y los fogones, y no entre las sábanas de algodón y las colchas de encaje bordadas a mano con delicadeza y primor. Se les hacía incluso ridículo considerarla distinta cuando habían jugado con ella, poco por cierto, en la plaza del ayuntamiento, cuando eran niñas. No comprendían como el señorcito Javier, tan apuesto y distinguido, tan refinado y cosmopolita, se había podido fijar en una pueblerina como ella, cuando había viajado tanto y con toda seguridad, habría frecuentado a verdaderas señoras de la aristocracia madrileña, de soltero, que con mucho, nada tenían que ver con la insulsa Clara.

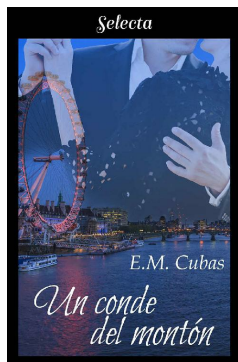
Aquel atardecer era, además de extraordinario, único para ella. El doctor Oliver, médico del pueblo y amigo especial de la familia desde hacía muchos

años, poseía los esperados resultados de las pruebas médicas que Clara se había hecho en Toledo. Sobre su mesa, un sobre color sepia procedente del laboratorio revelaba la verdad. A esas horas, el doctor Oliver había examinado escrupulosamente el resultado de los análisis que prescribió a Clara hacía más de tres semanas. No había ningún indicio desfavorable, por lo que al encaminarse a la finca de Los Romeros, relajado después de un ajetreado día de consulta, decidió disfrutar con plenitud del hermoso paisaje que se abría ante sus ojos. El mes de junio en Madrudejos suele ser bastante caluroso. Aquel año las cabañuelas predestinarían un mes inestable en cuanto a las lluvias, pero por lo demás, se acercaba la fiesta de San Juan, y el tiempo no regalaba sorpresas. Caía la tarde, y el sol se iba escondiendo y dejaba un halo de placidez a los habitantes del pueblo, que se entretenían hasta que el estómago les ordenaba volver a sus casas. Algunos de ellos echaban partidas de mus que terminaban como el rosario de la aurora, otros preferían una charla tranquila en la tasca con la música del cuplé en un destartalado aparato de radio y, mientras las mujeres tejían unos paños de ganchillo con hermosas y dificultosas formas romboides y figuras imposibles en los bancos de la plaza, los niños jugaban a las tabas y las niñas saltaban a la comba, soñando con ser tan altas como la luna.

Él quiere mantener su fachada de perfecto conde, aun en tiempos modernos.

Ella, superar los complejos en cuanto a su cuerpo de curvas generosas y fuera de la moda de la delgadez.

Y los intereses económicos y una promesa común a cumplir serán quienes hagan que sus destinos se crucen.



James Tenston no quiere asumir el legado, envuelto en deudas, ruina y dolor, que hereda de su padre al morir. Sin embargo, no tiene otra opción más que tomar las riendas de una familia en decadencia y convertirse en el XIV conde de Wranson, y ello tan solo gracias al recuerdo de su difunto abuelo.

Raven Simmons es una joven que, debido a la promesa que le hace a su abuelo antes de que muera, acepta que su vida transite el camino de un matrimonio por conveniencia a cambio de un título nobiliario. Decidida a que ningún hombre la vuelva a engañar, a no sufrir más por amor, cree que esa será la forma para encontrar la tranquilidad que ansía.

Los intereses serán la razón por la que sus caminos se crucen. Pero todo puede ocurrir en un matrimonio basado en el respeto, la confianza y la amistad... incluso cuando todos querrán separarlos.

Mi nombre es **Eva Cubas**, soy de un pueblo de Cuenca. Siempre he sentido pasión por el arte, la historia y la literatura. Decidí escribir en mis ratos libres, convencida de poder, por fin, concluir una novela. Me gusta leer, sobre todo novela histórica y disfruto con las que me llevan a otras épocas y otros mundos. Valoro la imaginación y la originalidad, los autores y artistas que son capaces de innovar y salirse de las pautas corrientes establecidas y valoro el esfuerzo que todo ello conlleva. En mis novelas busco cambiar la forma de ver la historia a través de mis protagonistas. No son las típicas novelas históricas, policíacas o románticas, pero sí me valgo de la historia para contarlo todo de la forma más veraz posible.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Eva Cubas

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-28-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un conde del montón

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre E. M. Cubas](#)

[Créditos](#)